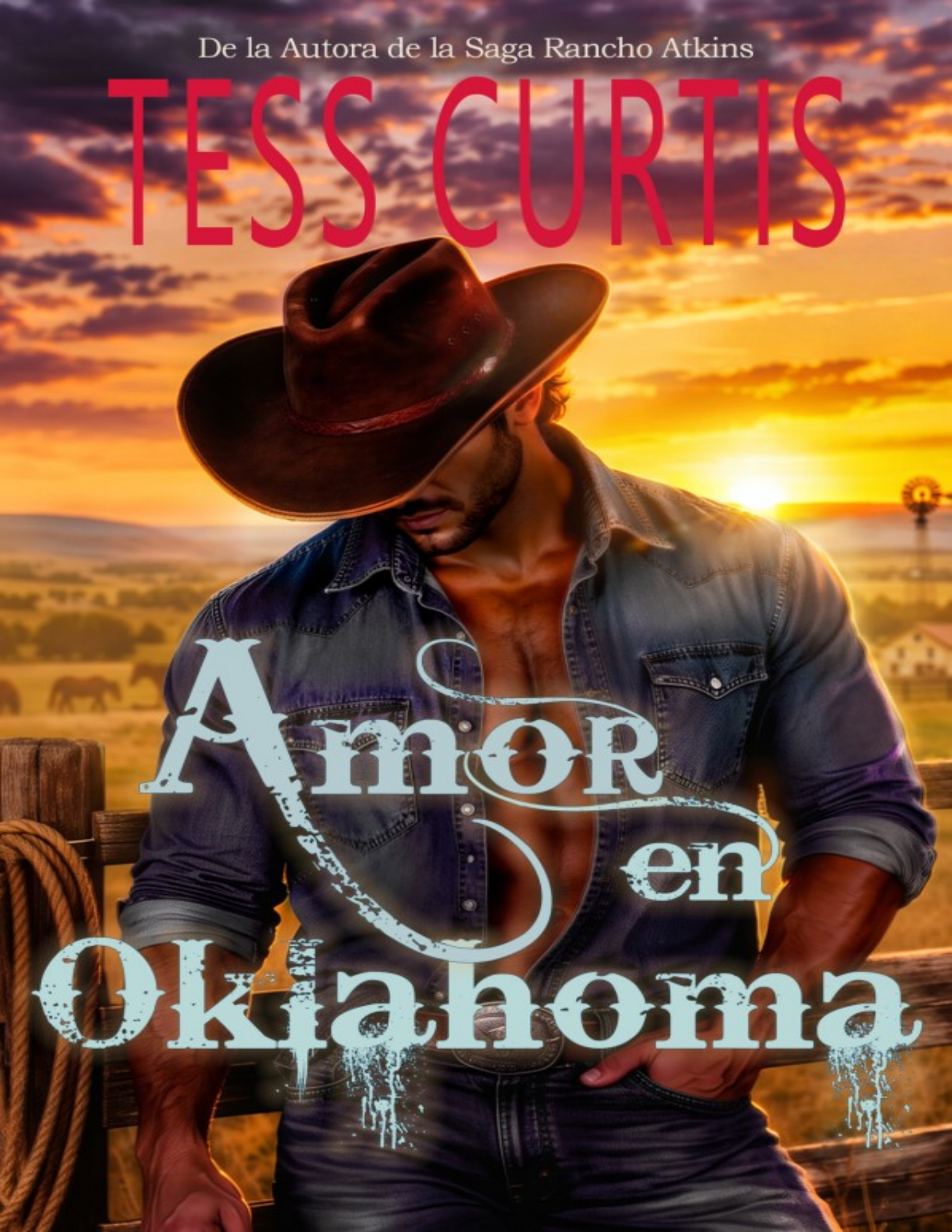
De la Autora de la Saga Rancho Atkins

TESS CURTIS



Amor en Oklahoma

Amor en Oklahoma

TESS CURTIS

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Amor en Oklahoma

©Tess Curtis, ®2026
Fecha de publicación: agosto 2026
Diseño de portada: Amparo Tárrega
Encuadernación: ML
Corrección: ML

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual
Depósito legal: P-
ISBN:

Índice - Amor en Oklahoma

KINGFISHER, OKLAHOMA
RANCHO CLAYTON
LA MAÑANA SIGUIENTE
UNA MUJER INTERESANTE
PESADILLAS
UN NUEVO TRABAJADOR
SABOTAJE
LA IRA DEL HURACÁN SCARLETT
LOS PROBLEMAS NO SE DETIENEN
HOUSTON, TEXAS
CENA ELEGANTE
¿CHARLIE O COLT?
CIMARRON OIL
DECISIONES COMPLICADAS
VUELTA A LA RUTINA
LLEVA CUIDADO, LINDA

VISITA
AMBIENTE ENRARECIDO
LA LLEGADA DE LA TORMENTA
LA TORMENTA
RECUERDOS DE UNA NOCHE
REFLEXIONES
UNA DECISIÓN IMPORTANTE
MÁS PRESIÓN
TENEMOS UNA CITA
DECISIONES Y CITAS
NECESITO UNA AMIGA
CELESTE AL ACECHO
INSOMNIO COMPARTIDO
¿OTRA CITA?
LA ESPERA
¿CITA EN OKLAHOMA?
ESGUINCE O PALIZA
UNA NOCHE MUY LARGA
MEDIAS VERDADES
REPROCHES
CONFESIONES A MEDIANOCHE
EL SECRETO DE COLT
VUELTA AL RANCHO CLAYTON
CONTACTO
CONFESIONES
CAMBIOS
UN BRINDIS Y ALGO MÁS
UNA NUEVA REALIDAD

EL REGRESO DE CHARLIE SIERRA
CELOS
VISITA INTERESADA
CABEZA DE COBRE
UNA SERPIENTE MANIPULADA
HAY UN CULPABLE
UN RESPIRO, SOLO UNO
LA CONFESIÓN
PLANES
SOSPECHAS Y CERTEZAS
LA CONFESIÓN
EL PROBLEMA QUE VIENE
POSIBILIDADES
CONSULTAS Y CERTEZAS
CONFESIONES
EXPLICACIONES
AMIGA Y ENEMIGO
ENAMORADOS
DULCE Y AMARGO
CORREO DE VUELTA
ME QUIERE, PERO…
UNA NUEVA CITA
SOLEDAD Y TRAICIÓN
VUELTA A… ¿CASA?
COMIENZOS
MENSAJES
LA VIDA SIGUE
¿POR QUÉ?

¿NO HARÍAS TÚ LO MISMO?
ROSAS DE OKLAHOMA
VUELVEN LAS GAFAS
EVOLUCIÓN
LA ÚLTIMA CARTA
NO SÉ QUÉ… ¿ME AYUDAS?
VISITA
ROSAS MARCHITAS
ESCUCHAMOS, PERO NO JUZGAMOS
UNA CITA DE VERDAD
ESTOY CON LINDA
EPÍLOGO

El hogar no es un lugar,
sino una persona
Tess Curtis

KINGFISHER, OKLAHOMA

—Deberías comprarte algo de ropa nueva —le dijo Scarlett, su mejor amiga desde el instituto, mientras observaba el escaparate de una tienda al otro lado de la calle. Ambas mujeres estaban sentadas en la parte exterior del bar de la localidad mientras disfrutaban de sus bebidas. Las temperaturas primaverales comenzaban a ser agradables.

—No es un buen año —respondió Linda Clayton, actual dueña y gestora del rancho familiar.

—La sequía —resopló la otra mujer antes de beber un sorbo de café, sabiendo a qué se refería.

—Ya sabes, los rancheros vivimos mirando al cielo —Linda sonrió, resignada.

—También está bien de vez en cuando mirar a la tierra, por ejemplo a… —la vista de Scarlett se cernió sobre un hombre que acababa de bajar del autobús unos metros más allá. Cargaba con un petate y dedujo por su porte que debía ser militar.

—No, gracias. Tuve suficiente con dos años de matrimonio con Asher —dijo, echándole un vistazo al recién llegado. No parecía de la zona.

—Ese tío no se parece en nada a Asher —la contradijo.

—Aun así.

—Apuesto a que ese sí es un hombre con principios.

—Scarly —la llamó cariñosamente, en tono de advertencia.

—De acuerdo. ¿Y qué me dices del marine al que escribiste en Navidad? —Scarlett recordó que le habló del programa *Soldiers'*

Angel y Linda le había escrito una carta a un marine al azar, además de enviarle unas galletas caseras de jengibre. El hombre le respondió por email, agradeciéndole el detalle y ambos habían mantenido el contacto de manera asidua en los últimos meses.

—Su base debe haber entrado en modo secreto. Hace días que no sé nada de él.

—O puede que haya regresado con su esposa y sus cinco hijos a Ohio.

—No es de Ohio y dudo que esté casado o tenga cinco hijos.

—¿En serio? ¿Y eso cómo lo sabes?

—Intuición.

—Ni siquiera sabes su nombre —la contradijo.

—Se llama Charlie Sierra.

—Dos códigos militares. Yo soy Alfa Zulú —bromeó y le sacó la lengua a su amiga.

—Te queda bien ese nombre —sonrió Linda.

—¿Te gusta? Ese tío, no el nombre —dijo seria, mirándola.

—Es alguien que me escucha y que no me da problemas, y eso ya es un avance en mi vida.

—¿Por qué no le dices de quedar en persona?

—Está al otro lado del mundo, Scarly.

—Pero debe tener permisos, todos los tienen. Al menos uno o dos meses cada año.

—Creo que no estoy preparada.

—No tienes que casarte con él, Linda.

—Lo sé, pero… no sé.

—¿Y si le pides una fotografía?

—No —desestimó de nuevo.

—Temes que sea un jovenzuelo lleno de acné.

—No es eso.

—¿En serio?

Linda tomó la taza que tenía en su mano y removió el café en un movimiento de muñeca.

—No quiero ponerle cara, no necesito hacerlo. Me gustan las cosas como están.

—Te gusta, pero temes que sea un *Sherk*.

—¡No creo que sea un *Sherk*! —sonrió Linda, sabiendo que su amiga tenía algo de razón.

—Ya, claro. ¿Y si fuera cómo…? —Scarlett miró alrededor, buscando un candidato para darle un buen ejemplo. A los parroquianos los tenía muy vistos, pero el tipo que había bajado del autobús volvió a entrar en su campo visual, esta vez sin el petate. Todo hacía indicar que se dirigía hacia el local donde estaban ellas—. Aquel tipo, el del autobús.

—No sé quién es —dijo Linda, fijándose en el hombre.

—No quiero que me digas quién es, solo quiero que me digas si te gustaría que fuera así.

—De acuerdo. Sí, estaría bien —dijo Linda, esperando que la conversación quedase allí.

Scarlett sonrió, satisfecha.

—¡Hola! —dijo Scarlett, cuando el hombre pasó a su lado.

—Hola. —respondió el desconocido, extrañado por el saludo, deteniéndose a mirarla durante una fracción de segundo. Luego se fijó en la otra mujer que compartía mesa con ella y que no lo había saludado. Tocó el ala del sombrero que llevaba puesto, antes de continuar su camino hacia el interior del local —Señora.

—¿Qué demonios acabas de hacer? —se quejó Linda, bajando la voz, una vez el hombre desapareció.

—Ser educada.

—No has sido solo educada —le recriminó.

—Lo he sido. Lástima que parecías interesarle más tú que yo —suspiró y se llevó una mano al pecho, dramática.

—¡Idiota! —rio Linda.

—¿Por qué no vas y lo saludas?

—Porque no suelo entrarles a los hombres.

—¿Esperas que ellos hagan todo el trabajo?

—Ya no espero nada de ninguno. Excepto de uno: mi abogado. Y hoy espero que llegue pronto —miró su reloj de pulsera.

—¡Aguafiestas!

—Ahí llega —dijo Linda, levantándose de la silla nada más verlo aparcar.

—Yo invito —le indicó antes de que pagara—. Me gustaría que nos viésemos la semana que viene para comer o cenar.

—Pasa antes de eso por mi casa.

—No lo dudes —Scarlett abrazó brevemente a su amiga antes de entrar en el local, mientras el abogado se acercaba a ella.

***

Colt se sentó en la barra del bar y pidió algo fuerte para beber. ¿Qué demonios estaba haciendo en Kingfisher? Bebió un sorbo del vaso de bourbon. ¿Quizá era que no estaba preparado para presentarse en Kansas y decirle a su hermana que volvía al rancho veinte años más tarde? No se sentía con derecho a hacerlo después de tanto tiempo, ¿o solo se trataba de que le ponía nervioso el pensar el verdadero motivo por el que se había detenido precisamente en Kingfisher? ¿Sería capaz de llevar a cabo aquella última misión? Bebió de nuevo de su vaso, tratando de decidir su camino.

—No eres de aquí, vaquero —le dijo la mujer rubia que lo había saludado a la entrada del local.

—No, y tampoco soy vaquero —el hombre sonrió y mostró una bonita dentadura.

—Eres marine. Pero creo que has sido vaquero antes —dijo Scarlett, segura de sus palabras.

—¿Y tú eres del FBI o…?

—No —sonrió ella—. Solo soy una provinciana algo observadora. ¿Buscas trabajo?

—Aún no lo sé.

—Recién retirado del servicio, ajá —a Scarlett le pareció interesante.

—¿Y tú? ¿Qué buscas?

—Saludar a un posible nuevo vecino. Soy Scarlett —le tendió la mano.

—Colt —el hombre se la estrechó y volvió a beber de su vaso—. ¿Quieres tomar algo?

—Yo no, gracias. Pero… ¿qué tal si invitas a mi amiga la de ahí fuera a una copa?

—¿Perdón?

—Sé que la has visto antes —sonrió Scarlett.

—¿Y por qué debería invitarla? —admitió que la había visto. Pero no le admitiría que, además, le había parecido muy atractiva.

—Porque… lleva un año complicado. Y no parece que vaya a llover pronto. Eso es algo que le preocupa.

—¿Trabaja en un rancho?

—Tiene uno.

Colt fijó su mirada en la puerta del local y vio entrar a la mujer de la que hablaban. Había llegado a considerar el asunto, pero ahora venía acompañada de un hombre.

—Creo que ya ha conseguido compañía —señaló con la cabeza a la pareja.

—¡Oh, no! Es solo su abogado. Pedirá una copa, estará un par de minutos con ella, le dará malas noticias y se irá dejando la mitad de la bebida. Suele pasar así.

—En ese caso… puede que sí necesite esa copa después —convino Colt, tras pensarlo.

—¡Exacto! —Scarlett sonrió, satisfecha.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Linda Clayton.

El vaso de Colt se detuvo a medio camino de la boca y fue posado sobre la barra de nuevo. ¡Linda Clayton! ¡Dios, era ella! La mujer que le había escrito aquella carta en Navidad y que sin saberlo le devolvió la esperanza y la vida. La que hizo que tuviera algo por lo que mantenerse vivo. Frunció el ceño, observándola fijamente.

Scarlett posó un billete de cincuenta dólares en la barra y se lo acercó.

—Tengo mi propio dinero —dijo él, volviéndole a acercar el billete a la mujer.

—No quería ofenderte —lo recogió esta.

—Hay pocas cosas que puedan ofenderme hoy en día.

—Bien. En ese caso, ha sido un placer, Colt…

—Sullivan.

—Colt Sullivan —repitió Scarlett su nombre—. Puede que Kingfisher sea un buen lugar. Es tranquilo, hay oportunidades y los veteranos son bienvenidos.

—Parece un buen sitio —él cogió su vaso y brindó hacia ella con una sonrisa. Luego la mujer miró hacia su amiga sin ser vista y sonrió a su vez, antes de abandonar el bar.

***

—¿Qué demonios me estás diciendo, Dax? —preguntó Linda, molesta, tras escuchar a su abogado y gestor. Volvía a insistirle en un tema que ya creía zanjado.

—Que deberías considerar escuchar la oferta de Cimarron Oil.

—¿Sabes lo que ese tipo de gente hace a tierras como las nuestras?

—Es una compañía emergente.

—No van a inyectar químicos en mi rancho para encontrar petróleo o gas.

—No sabes si eso es lo que quieren. Mira, Linda, solo te pido que los escuches, luego la decisión será solo tuya y no te volveré a molestar. Pero te advierto que tus cuentas no están en el mejor momento. La ayuda que podría suponer esto no es nada desdeñable.

—Lloverá pronto —dijo ella, expresando más un deseo que una certeza.

—De acuerdo, pero solo por si no llueve, escúchalos. Y espero que tomes una decisión antes de la semana que viene. Eso o tendrás que despedir a un par de empleados y sé que no te gustaría hacerlo, porque tienen una familia y a ti te gustan las familias y tus empleados. Te llamaré.

Linda se sentía entre la espada y la pared. Torció el gesto y vio cómo tras darle un breve sorbo a la copa, su abogado, Dax Hollister, abandonaba el local. ¿Por qué demonios no era capaz de sostener el rancho como lo había hecho su padre, con menos medios, hasta la hora de su muerte? Ella tenía una maldita licenciatura de gestión agraria, que parecía no ser más que papel mojado en un marco en la pared de la biblioteca del rancho.

***

—¿Un mal día? —preguntó alguien, sentándose a su lado, unos minutos más tarde.

—Una mala semana, un mal mes… —respondió ella, suspirando.

—¿Qué te parece si te invito a una copa? —ofreció el hombre, que no era otro que el desconocido al que le había estado prestando atención Scarlett hacía un rato.

—¿Por qué habrías de hacer eso? —preguntó, desconfiada.

—Siempre es mejor idea beber en compañía —bromeó él y sonrió, mientras que ella se mostraba algo reacia y lo observaba, suspicaz.

—Pero pésima cuando es con un desconocido.

—Colt —le tendió la mano y ella la miró, pensando si estrecharla o no. El hombre la retiró y se dijo que no iba a ser una empresa fácil —. Ya lo pillo.

—Mira, Colt —lo nombró—. Te he visto hablar con Scarlett antes y no sé qué te ha dicho, pero debes saber que no es cierto.

—¡Vaya! —dijo con pesar fingido—. ¿Mentía cuando me ha dicho que Kingfisher es una buena comunidad con oportunidades laborales y amigable con los veteranos?

—¿Eso te ha dicho? —Linda quedó sorprendida.

—Palabra por palabra —aseguró Colt.

—En ese caso, lo siento. Kingfisher es un buen lugar, en eso no mentía.

—¿Significa que ya puedo invitarte a una copa?

—De acuerdo.

El hombre esbozó una nueva sonrisa hacia la mujer.

—Colt Sullivan —se presentó, intentándolo de nuevo.

—¿Sullivan? —frunció el ceño Linda.

—Sí, de origen irlandés —sonrió Colt hacia ella—. Mi tatara-algo vino de allí.

—Tus ojos te delatan —le dijo ella, observando al hombre, mientras que este llamaba con un gesto al camarero del lugar para que les sirviera.

Scarlett tenía razón, aquel hombre era muy atractivo y al menos constituía una cara nueva en la relativamente pequeña comunidad del sur de Oklahoma.

—¿Y tu nombre era…? —preguntó él, cuando les sirvieron.

—No finjas no saberlo. Scarlett debe habértelo dicho.

Él la miró, divertido. Aquella mujer no era estúpida. Le había seguido la corriente, pero conocía a su amiga.

—Puede que lo mencionase por encima —sonrió él—. Pero me gustaría hacer las cosas a la antigua usanza.

—Linda Clayton —se rindió ella, sabiendo que había perdido todo el interés por el hombre. Probablemente él solo buscaba un revolcón rápido en un pueblo en el cual estaba de paso. Y aunque la idea le resultaba tentadora, porque el tal Colt no estaba nada mal, era algo que no iba a hacer.

—Un placer, Linda.

—Sí, claro —sonrió de compromiso y miró su bebida.

—¿Pasa algo? —advirtió él.

—Creo que tengo que irme —dijo, tras beber un sorbo y dejar el vaso.

—¿Qué ocurre?

—Disfruta de tu estancia en el pueblo.

Linda dio un último y largo trago a su copa, cogió el bolso y se dispuso a salir del local. Alguien la llamó antes de abandonar el lugar y mantuvo una breve conversación con una funcionaria de correos que le entregó un sobre.

Solo un par de segundos después, observó cómo el forastero con quien había tomado una copa se abalanzaba sobre ella y la tiraba al suelo. Oyó a las personas del local gritar con la acción.

—¿Qué demonios crees que…? —comenzó a preguntar, molesta hacia el hombre, cuando comenzó a incorporarse. Él tiró de nuevo de ella hacia el suelo.

—¡Disparos! —gritó alguien.

—¡Todos al suelo! —agregó otro de los presentes.

—¡Que alguien que esté a cubierto llame al sheriff! —gritó un tercero.

Linda fue consciente de lo que estaba sucediendo. Alguien había disparado, el tal Colt solo había tratado de ponerla a salvo.

—Más te vale que te quedes aquí conmigo —dijo Colt entre dientes, tirando de ella una vez más para tratar de ponerla a cubierto. Algo le había mordido, él lo sabía, pero no era el momento de decirlo, no hasta que el peligro pasara.

—¿Cómo demonios lo has sabido? —preguntó ella. Nadie había dicho nada cuando ambos rodaban por el suelo.

—Era para ti —dijo él.

—i¿Qué?!

Colt fue a responder, pero no pudo reprimir una mueca de dolor. Linda lo advirtió y miró que manaba abundante sangre de su camisa.

—¡Mierda! —dijo, alcanzando su bolso para llamar a emergencias.

RANCHO CLAYTON

Estaba exhausta. No solo había ido al hospital, sino que también respondió a las no pocas preguntas del sheriff, tras el disparo ocurrido en el bar. Solo deseaba tomar una ducha y dormir. Pero todavía tenía algo más que hacer.

—No había pensado invitarte a pasar la noche en mi casa —dijo Linda, nada más entrar en el salón del rancho.

—Puedo buscar un hotel —dijo Colt, tras ella.

—No, es lo menos que puedo hacer por ti, después de lo que tú... bueno, de eso —señaló el brazo que el hombre traía en cabestrillo.

—He tenido días peores —dijo Colt, que sabía que no era más que un rasguño.

—No lo dudo, capitán —le demostró que sabía quién era y de dónde había venido.

—¡Vaya! Las noticias vuelan —dijo, percatándose de que el sheriff se había ido de la lengua.

—Es una comunidad pequeña —Linda esbozó una sonrisa.

—Tienes una casa bonita y amplia —alabó él, desviando la conversación.

—Gracias. Te prepararé una habitación —respondió, siendo práctica.

—¡Vaya! ¡Si has traído a un hombre a casa! —una mujer pelirroja envuelta en una bata de seda color rosa habló desde lo alto de la escalera y descendió los peldaños sin dejar de observar al recién llegado, que la escrutaba a su vez.

—¡Celeste! —exclamó Linda, sabiendo que habría preferido que su prima no se enterase del asunto, o no al menos no tan pronto. No estaba de humor—. El señor Sullivan es nuestro invitado esta noche, tenemos algunos negocios que tratar y se ha hecho tarde.

—¿Negocios que tratar? —preguntó Celeste, usando un tono irónico que daba a entender que no la creía en absoluto. Los

hombres con los que había negocios que tratar no eran como aquel ejemplar masculino.

—El señor Sullivan está cansado y le prepararé la habitación de invitados.

—¿Dónde está su equipaje? —preguntó la otra mujer mirando tras él, suspicaz y divertida. Había pillado a su prima con las manos en la masa y aquello la divertía sobremanera.

—A resguardo, en el pueblo —respondió Colt, después de carraspear.

—Mandaré a uno de mis hombres a por él —dijo Linda, consultando el reloj de pulsera, aún no era demasiado tarde para pedirle a alguien que diera un viaje desde el pueblo hasta el rancho.

—Buen intento —Celeste rio—. Bien, creo que sobro por aquí. Has tardado, pero creo que has elegido bien para perder la virginidad.

—¡¡Celeste!! —Linda se sorprendió a la vez que ruborizó con la impertinencia de su prima. ¿Por qué demonios había dicho aquello delante del marine, que ahora la miraba, curioso e interesado en el hecho?

Celeste rio, satisfecha con el enfado de su prima. Sabía que podría costar una charla al día siguiente, pero siempre le resultaba divertido el molestarla.

—Soy Celeste Clayton —se presentó la mujer al fin y le tendió la mano.

—¿Hermanas? —preguntó Colt, tratando de hallar el parecido de ambas.

—Primas —aclaró Linda.

—Mucho gusto. Colt Sullivan.

—¡Colt! —a la joven le agradó el nombre del recién llegado—. Es todo un placer.

—No tienes que… ¿hacer un directo o subir stories? —preguntó Linda, tratando de deshacerse de su prima.

—Sí, claro —sonrió la otra mujer antes de girarse para comenzar a subir los peldaños—. Espero que hagas honor a tu nombre, Colt.

La mujer subió hacia el piso superior, riendo sonoramente.

—¿Qué pasa con mi nombre? —preguntó a Linda.

—Supongo que… es porque en inglés suena a potrillo joven y fuerte. Olvídalo, mi prima dice cosas así todo el tiempo.

—Colt también es un arma —dijo él.

—Sí, puede que de ese tema sepas algo más —desvió la mirada hacia su brazo, preocupada.

—No creas, solo cuando me muerden y esta vez no ha sido para tanto —le guiñó un ojo tras sonreír.

—Decía en serio lo de mandar a alguien a por tus cosas —dijo Linda.

—No importa, me iré del rancho mañana temprano.

—Creo que no lo harás, ahora tienes anestesia y piensas que puedes con el mundo, mañana será más complicado para ti.

—No quiero ser una molestia.

—¿Tienes familia?

—En Kansas —admitió él.

—De dos a cinco horas de viaje. No lo permitiré —dijo, segura de ello—. Llamaré a uno de mis hombres antes de que termine el turno e irá a por tus cosas.

***

—Siento no ser de más ayuda —se lamentó Colt al ver cómo Linda hacía la cama de la habitación de invitados delante de él.

—No lo sientas, has sido de mucha ayuda hoy. Si no es por ti, yo estaría en tu lugar con un disparo. Llámame egoísta, pero prefiero estar de este lado.

—¿Tienes enemigos? —preguntó Colt, serio. ¿Por qué alguien quería meterle una bala a aquella mujer? Si bien se había percatado más tarde de que no habían apuntado a un órgano vital, la intención era herirla. ¿O quizá solo asustarla? ¿Advertirle de algo?

—Solía pensar que no —sonrió Linda, mientras tendía la colcha —. Kingfisher siempre ha sido un pueblo amable, excepto…

—¿Excepto?

—No sé, creo que las compañías petroleras están presionando a algunos rancheros en los últimos meses. Pero no tendría sentido que lo hicieran conmigo.

—¿Seguro? ¿No han mostrado interés en ti?

—Llevan semanas pidiendo que nos reunamos, pero si me meten una bala no lo lograrían, ¿cierto?

—O puede que sí, si te asustan.

—No lo sé. De todas formas, me reuniré con ellos pronto, mi abogado me ha convencido hoy para escucharlos.

—Yo que tú, tendría más cuidado que de costumbre.

—No pienso vivir con miedo —aseguró ella.

—Esa bala era para ti, Linda. No lo tomes a la ligera.

—No lo hago —suspiró y colocó un último almohadón en el lecho —. Bien. Ya está lista, puedes descansar. Si quieres tomar una ducha, puedo llamar a alguien para que te ayude.

—Puedo arreglármelas, gracias.

—Si deseas comer algo, la cocina está en el piso de abajo, creo que la has visto al subir, coge lo que desees. Si necesitaras algo más avísame, a cualquier hora.

—Sí, señora.

—Y… una cosa más. Cierra la puerta por dentro si no deseas ser molestado.

Colt frunció el ceño, sin comprender.

—Mi prima.

—¿Crees que ella…?

—Yo no creo nada, solo cierra la puerta cuando me vaya, por si acaso.

—Sí, señora —volvió a decir él mientras que Linda se dirigía hacia la salida.

—Y una cosa más —se giró y lo miró—. Tengo treinta y cinco años, me casé hace cinco y me divorcié hace tres.

Colt la miró, confuso.

—¿Y esto me lo dices por…?

—No soy una damisela, pero no traigo hombres a mi casa para acostarme con ellos. A pesar de lo que puedan decir mi prima o Scarlett.

—Sí, señora —respondió de nuevo Colt, tratando de no esbozar una sonrisa. Maldita fuera si no le gustaba la fuerza de aquella mujer.

—Gracias, por lo de hoy —dijo antes de abrir la puerta y cerrarla a sus espaldas.

LA MAÑANA SIGUIENTE

Linda no había dormido bien. Le preocupaba lo sucedido la noche anterior. ¿Alguien quería herirla? ¿Por qué?

—¡Buenos días! ¿Qué tal? —preguntó Celeste en un tono insinuante, sentándose a la mesa donde su prima tomaba café. Tomó un croissant, le quitó un trozo con los dedos y esperó una respuesta.

—¿Te has caído de la cama? —preguntó a continuación Linda.

—He madrugado.

—Ya veo. ¿Y a qué se debe el que quieras ver el sol antes de que esté en lo más alto del cielo?

—Quiero saber cómo fue todo con el hombre que trajiste anoche al rancho.

—Le preparé el cuarto de invitados y lo dejé allí. Espero que siga vivo o que no nos haya robado la plata —respondió Linda. La imaginación de su prima había volado mucho más lejos y no había creído ni por un momento que realmente tuviera negocios con Colt.

—¿En serio? ¿No te lo tiraste? ¡Joder, si estaba muy bueno! Déjame decirte, querida prima, que eres una mojigata.

—De acuerdo, te lo contaré, porque supongo que te enterarás tarde o temprano —dijo Linda, harta del asunto.

—Soy toda oídos —Celeste esbozó una amplia sonrisa, esperando otro tipo de historia.

—Lo traje a casa porque está herido, no sé si te percataste de que llevaba un brazo en cabestrillo.

—¿Ahora rescatas cachorros heridos? —se burló.

—Celeste… —dijo, tratando de ser paciente—. Había quedado en el bar con Dax, me iba a ir cuando alguien disparó y casualmente yo estaba en la trayectoria de la bala, Colt se dio cuenta y me apartó. Tuvo la mala suerte de recibirla él.

—¿Te han disparado? —preguntó, extrañada.

—Eso parece.

Celeste frunció los labios, pensativa.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé, pero si lo averiguas, puedes decírselo al sheriff.

—¿Alguien quiere matarte o fue accidental?

—Tampoco lo sé.

—¡Mierda! Tendrás que llevar cuidado, prima.

—Eso creo.

—¿Y él la recibió por ti? ¡Qué mono!

—Buenos días, señoras —dijo Colt llegando al comedor de la casa antes de que Linda dijese que no era mono, pero sí valiente. Aunque probablemente, solo había sido un acto reflejo de un marine entrenado.

—Buenos días —Celeste se atusó el pelo y sonrió hacia el hombre, mostrándose encantadora.

Linda no pudo evitar poner los ojos en blanco y negar con la cabeza.

—Buenos días, Colt —dijo la dueña del rancho Clayton—. ¿Cómo has dormido?

—Si te digo la verdad, no demasiado bien. Necesito un analgésico y un café bien cargado. Si no es mucha molestia —dijo, aún de pie.

—¡Vaya! ¡Este es nuestro héroe! —dijo otra mujer de unos sesenta años al llegar al lugar con una sonrisa y una cesta con flores, mientras miraba al hombre.

—Señora Clayton, es un placer conocerla —respondió Colt, extendiendo la mano para saludarla.

—No es mi tía, ella solo trabaja para nosotras —apuntó Celeste, aclarando aquel punto.

—Es Sofía, nos ayuda con las cosas de la casa y la cocina, no podríamos funcionar sin ella —añadió Linda, a quien le molestaba

que Celeste fuera clasista en ocasiones.

—Encantado de conocerla, señora. Yo soy Colt.

—Es un placer, muchacho. ¿Quieres unos huevos rancheros para desayunar?

—Con un café estará bien, señora. Debo coger el próximo autobús a Kansas.

—¡De eso nada! Linda me ha contado lo que pasó ayer y no te irás de esta casa hasta que estés totalmente recuperado —dijo Sofía.

—Secundo la moción —dijo Linda y sonrió.

—Yo también. Ni siquiera puedes abrocharte bien la camisa, Colt —apuntó Celeste, mirando al hombre y haciendo que él también se mirase a sí mismo.

—¡Oh, lo siento! —se disculpó este, tratando de arreglarlo, había confundido el orden de los botones. Pero no le había resultado una tarea fácil, la piel del brazo, recién pellizcada por la herida de bala, le tiraba y dolía si forzaba los movimientos.

—Deja que te ayude —se ofreció Celeste, acercándose hasta él, para desabrocharle toda la fila de ellos de uno en uno, tomando tiempo en ello, mientras lo miraba a los ojos y le sonreía pícaramente. Colt se dijo que, si no llevaba cuidado con ella, la pelirroja lo podía meter en más líos que un francotirador en medio del desierto.

—¡Celeste! —la llamó Sofía inmediatamente—. ¿Podrías por favor, traerme las tijeras de podar? Creo que las he dejado olvidadas al lado del rosal blanco del camino.

—¿Tiene que ser ahora? —se quejó la interpelada, nada más desabrochar el último botón, dejando al descubierto el pecho del hombre.

—Son muy importantes para mí —dijo la mujer.

La joven dejó la camisa de Colt a regañadientes, antes de salir de la estancia.

—¡Linda! —ordenó Sofía.

—Ajá —respondió la mujer, levantando la vista del teléfono, estaba consultando sus mails.

—Ayuda a Colt con los botones. ¿Qué me dijiste que ibas a desayunar, muchacho?

—Café, por favor.

—¡Linda! —volvió a repetir la mujer, para que se levantara de la silla y dejara el teléfono a un lado.

—¡Voy! No es mi madre, pero como si lo fuera —masculló con una sonrisa, para dirigirse hacia Colt, que trataba de abrocharse los botones.

—Puedo hacerlo yo, gracias.

—Me pregunto cuánto tiempo has tardado en ello antes de bajar. Déjame a mí, anda —Linda se acercó al hombre y comenzó a abrochárselos.

—Algo menos que en ducharme —reconoció él.

—Te dije que podía llamar a alguien para que te ayudase.

—Estoy bien, es solo el primer día. No quiero causar molestias.

—No son molestias —le dijo, levantando la vista para mirarlo a los ojos. Tragó saliva. Dios, ¡qué guapo era!

—Me gusta hacer las cosas por mí mismo —respondió, perdiéndose en la mirada marrón con motitas ámbar de los iris de la mujer.

—Te entiendo. Cuando se convierte en costumbre, cuesta delegar o aceptar ayuda.

—¿Experiencia propia?

—¿Tú qué crees? —sonrió ella, una vez terminó la tarea, él la aprobó y le devolvió la sonrisa.

—Gracias.

—Y aquí ese café bien cargado —dijo Sofía.

—Subo un momento a por un analgésico y te lo traigo. Tengo que ir a cambiar unas vacas de pastos —Linda salió corriendo escaleras arriba mientras que Colt tomaba asiento. Vio las cosas de otra manera después de que el cálido sorbo del café le recorrió la garganta. Era un bálsamo para su cuerpo.

—Está delicioso, Sofía.

—Una no puede llevar cuarenta años trabajando en un rancho sin saber hacer un buen café.

Colt sonrió, le caía bien la mujer.

—Aquí tienes —Linda bajó tan rauda como había subido y le tendió un bote de ibuprofeno—. Más tarde me encargaré de comprar las recetas que te dio el doctor anoche.

—No es necesario, esto es solo el jetlag.

—¿Acabas de regresar? —preguntó una sorprendida Linda. Que era nuevo en el pueblo estaba claro, pero no sabía que venía de tan lejos.

—Así es —confirmó él, mientras que Linda le acercaba un vaso de agua.

—Puedes descansar, Sofía no te molestará hasta la hora que desees.

—No, con esto bastará —tragó la pastilla—. Necesito hacer vida normal en esta zona horaria.

—Tómatelo con calma hoy. Voy a rotar el pasto con unas vacas, pero si necesitas algo, Sofía sabe cómo localizarme —dijo yendo hacia la puerta.

—Te acompaño.

—Estás herido —Linda esbozó una sonrisa incrédula, aunque le agradecía la intención.

—Puedo montar a caballo.

—¿Con un brazo menos?

—Sigo teniendo dos piernas y otro brazo funcional.

—¿Y si te desmayas? Hará calor.

—No lo haré —dijo, obstinado y seguro de sí mismo.

—¿Y si me ayudas a mí hoy, muchacho? —intervino Sofía—. Querría lavar algunas cortinas, necesitaría de alguien como tú para descolgarlas y volverlas a colgar. Los cowboys del rancho siempre están demasiado ocupados para mí.

Linda agradeció el gesto de su empleada para suavizar la situación.

—Claro, señora —respondió Colt.

—Mañana podrás ir con ella —dijo la mujer.

—Bueno, ya veremos —agregó Linda y recibió una mirada retadora de parte de Colt.

—No irás sola a cambiar las vacas, ¿verdad?

—¿Crees que no soy capaz de hacerlo? —la joven levantó la barbilla hacia él, en un gesto de orgullo.

—Jacob y algún muchacho irán con ella —volvió a intervenir Sofía.

—Bien —convino Colt, rindiéndose. Sabía que la había herido en su orgullo con aquella pregunta. Le preocupaba que la escena de la tarde anterior pudiera repetirse. Un rancho era un lugar mucho más sencillo para esconderse y disparar un arma contra alguien—. Espero que estén atentos, por lo de ayer.

—Todos lo estaremos —respondió Linda, entendiendo y agradeciendo la preocupación de Colt acerca de su seguridad.

—Es una muchacha orgullosa —habló Sofía, una vez que la joven salió de la casa.

—Me he dado cuenta —convino Colt.

—No lo ha pasado bien —dijo la mujer en un suspiro—. Pero siempre sale adelante. Me preocupa que alguien quiera dispararle.

—Puede que solo fuera casual —divagó Colt, sabiendo que a la mujer le preocupaba la salud de su empleadora.

—Puede, pero tú no lo crees —desveló Sofía. Lo había leído en él y en la insistencia que tenía en acompañarla a cambiar las vacas de pastos, más allá de querer ser útil o ganarse la estancia en el rancho Clayton—. Vayamos a lavar esas cortinas, no bajarán solas.

UNA MUJER INTERESANTE

Para la hora de comer Colt disponía de bastante información de Linda y de su vida, tras hacer las preguntas adecuadas a Sofía. Él no solía estar especializado en aquel trabajo, pero sabía cómo hacerlo sin levantar sospechas.

La mujer le había contado acerca de la dura pérdida de su padre y de cómo el dueño de un rancho cercano se había aprovechado de ello para ampliar su negocio, encandilándola y casándose con ella en un tiempo récord. Y de cómo la había engañado con otras mujeres. Sin duda era difícil volver a confiar después de aquello.

Linda entró en la casa seguida de su capataz, Jacob. Después de contarle los detalles de la historia del día anterior, el hombre había expresado su deseo en conocer al ángel de la guarda de su jefa. Colt y Sofía charlaban en la cocina, el marine se veía relajado con una taza de café en la mano.

—Parece que hay alguien que quiere conocerte —anunció Linda, nada más entrar en la estancia.

—Será un placer —Colt dejó el café en la encimera y alargó su mano hacia el otro hombre que llegaba con ella—. Colt Sullivan.

—Jacob Vann —el recién llegado se la estrechó con fuerza y una sonrisa en el rostro—. Estamos muy agradecidos por lo que hizo ayer, señor.

—Fue un placer —Colt sonrió a su vez.

—Jacob es el capataz del rancho desde siempre.

—Mi padre lo fue antes —la corrigió.

—Sofía, ¿podrías poner otro plato en la mesa? Jacob se quedará a cenar con nosotras hoy.

La mujer asintió con la cabeza y siguió en sus labores.

—¿Piensa quedarse en el pueblo mucho tiempo, capitán? —quiso saber Jacob.

—Colt, por favor, prescindamos de los rangos —le pidió—. Pensaba irme hoy, pero no se me permitió.

Miró a Linda, que sonrió levemente.

—Estoy con ella en eso. ¿Acaso hay alguien esperando en otro sitio?

—No, realmente. Acabo de firmar mi retiro del servicio activo. Solo quería darle una sorpresa a mi hermana.

—¿Vive en Kingfisher?

—Kansas.

—¿Tienes planes a corto plazo? Laborales, me refiero.

—No había pensado en ello.

—Kingfisher es un buen sitio —dijo Jacob.

—Supongo, excepto cuando te disparan en el bar —bromeó Colt y Jacob sonrió.

—Linda podría contratarte. Pronto comenzará la cosecha, suele necesitar personal extra —dijo Celeste y su prima la miró intensamente con una ceja levantada.

—No es un buen momento —dijo Linda.

—Tienes que cosechar.

—Si es que hay algo que cosechar. Si no llueve antes, me temo que no habrá mucho.

—También puede ser tu guardaespaldas —propuso la joven.

—Tengo cowboys suficientes para ese trabajo.

—Ninguno es un capitán de los marines entrenado —replicó de nuevo.

—Realmente soy piloto.

—¿Eres piloto? —Celeste lo miró con adoración y su imaginación voló algo más lejos, esbozando una sonrisa—. ¿Tienes el uniforme todavía?

Colt la miró y frunció el ceño. Jacob carraspeó.

—Podrías encontrar trabajo como piloto de fumigación. No abundan. Y a riesgo de… en fin, creo que la idea de Celeste es interesante. Podríamos contar con dos manos extras para la cosecha mientras echas un ojo por aquí, al menos hasta que el sheriff aclare el asunto del disparo —Jacob fue pragmático.

—Creo que le estáis buscando trabajo sin preguntarle a él si realmente lo quiere —Sofía puso cordura en el asunto.

—No, está bien, Sofía —dijo el interpelado—. Es bueno tener opciones.

PESADILLAS

Colt despertó, sobresaltado. En el sueño estaba gritando y esperaba que no hubiera sido real. La figura del avión de Austin, su compañero, cayendo sobre el desierto de Siria, apareció ante él. Aún recordaba la cara de su viuda en la puerta del hogar familiar cuando se presentó y ella supo lo que le iba a decir, derrumbándose a sus pies. Se sentó en la cama y cerró los ojos con fuerza, tenía que superar aquello. Paseó por la habitación como un león enjaulado y decidió salir de ella y tomar el aire en el porche del rancho.

Se apoyó en la balaustrada y miró la noche. Apenas si se veía solo unos metros más allá y las luces de algunas de las construcciones del rancho, los almacenes y las caballerizas, supuso.

Le vino a la mente una de las muchas conversaciones que había tenido con Austin. Una en la que le decía que debía conocer a alguien y comprobar cómo era la vida fuera de allí cuando estás lejos de los marines, aunque solo fuera durante dos meses al año. Y que cuando lo hiciera, estaría contando los días para su retiro. Su amigo sí llevaba una cuenta atrás para su jubilación, pero se detuvo en aquella fatídica madrugada en Siria.

—¿Estás bien? —preguntó Linda, sobresaltándolo.

—Sí. Lo siento —Colt trató de esbozar una sonrisa, pero no convencería a nadie.

—Te dejaré a solas —ofreció la mujer.

—No, está bien. Hazme compañía, por favor.

Linda caminó hacia él y se cerró la bata de seda que vestía. La melena castaña le caía por los hombros y se apoyó en la balaustrada

cerca del hombre.

—¿Pesadillas? —preguntó.

—Sucede cuando llevas mucho tiempo allí —dijo él, sintiéndose desnudo en parte, al confesárselo.

—Hay hechos que nos marcan, ¿cierto?

—Sí —respondió escuetamente.

Permanecieron en silencio durante unos minutos.

—A veces también sucede aquí —dijo Linda—. Recuerdo cuando nos dijeron que mi hermano había desaparecido. Me despertaba a menudo sobresaltada, siempre después de soñar con él. En todos y cada uno de mis sueños estaba a punto de encontrarlo, pero nunca lo lograba, solo caía por un hueco y despertaba.

—Sabes lo que se siente —Colt se sintió comprendido. Sofía no le había hablado del hermano de Linda.

—En cierta forma. Sé que lo vuestro es duro, el cambio a la vida civil. ¿Cuántos tiempo llevabas en los marines?

—Veinte años.

—¡Vaya! Eso es toda una vida. ¿Por eso te has retirado?

—Entre otras cosas —dijo, siendo ambiguo.

—¿Quieres limonada? Sofía siempre la deja preparada antes de dormir, para el día siguiente.

—¿No se enfadará si tomamos un par de vasos?

—¡No! —Linda sonrió—. Solo dame un momento.

Linda entró en la casa y él sonrió. Hablar con ella lo había calmado, sentirse comprendido también. Recordó por qué estaba en Kingfisher, la carta navideña de Linda y lo que había significado para él. Lo que habían significado cada uno de los mails que habían intercambiado posteriormente. Era la Linda que le devolvió la vida y supo que era mucho mejor en persona.

—Aquí estoy —la mujer apareció de nuevo en el porche y le cedió uno de los vasos. Después tomó asiento en una de las mecedoras. Colt la imitó y se oyó el crujido del material de la misma bajo su peso. El silencio se mantuvo entre ambos durante unos minutos, y escucharon el ulular de una lechuza en la oscuridad nocturna.

—¿Puedo preguntar sobre tu hermano?

—Ryan —Linda le puso nombre—. Sigue desaparecido.

—¿Cuánto hace?

—Va a hacer cinco años.

—Lo siento. ¿Qué fue lo que pasó?

—No lo sé y probablemente nunca lo sabremos —respondió y vio la cara de interrogación de Colt—. Era Navy SEAL. Desapareció en Yemen. Busqué en internet y no sé más allá de que puede que estuviera infiltrado en una operación de contrabando o terrorismo o Dios sabe qué y lo descubrieran.

—En ocasiones nos preguntamos por qué unos seguimos aquí y otros no —dijo sinceramente él, recordando que era lo que sentía siempre cuando pensaba en la familia de su amigo.

—No lo hagas —le dijo. Sabía que se castigaba con ello—. Cada uno de nosotros tiene un destino y una misión en la vida. Y cada uno tiene una hora para irse.

—Quizá tu hermano no se haya ido. Hay casos de…

—Hay un uno por ciento dentro de mí que me dice eso mismo. Puede que esté en algún lugar —reconoció Linda—. Pero no quiero darle alas a esa idea y que me duela como la primera vez si uno de estos días…

Tragó saliva y sus dedos jugaron con el borde del vaso de limonada, bajando la mirada hacia él. «Si uno de estos días, encontraban sus restos», había querido decir y no había podido verbalizar. No había hecho falta, Colt la había comprendido aun sin palabras.

—El tiempo lo dirá —trató de consolarla.

—Lo sé —Linda se levantó de la mecedora, dispuesta a ir a dormir.

—Gracias —Colt alzó el vaso hacia ella, agradeciéndole la limonada y de forma velada la charla que habían mantenido.

La mujer sonrió y se acercó hacia el marine, le puso la mano sobre el hombro y se lo apretó.

—Gracias a ti, por hacer que siga viva.

Colt la miró, sintiendo una opresión en el pecho parecida a una profunda caricia. Sí, podría decirse que esa había sido su última misión. Pero ella también lo había hecho con él y no lo sabía. Linda

lo había salvado en Siria solo con unas profundas palabras escritas sobre una hoja de papel. Ahora que la tenía tan cerca, podría jurar que aquella carta también olía a ella.

—Linda… yo… —Colt abandonó el vaso sobre la mesa, dispuesto a confesarle que era Charlie Sierra. El peso de aquella verdad pugnaba por salir de su garganta. Pero la voz de Sofía interrumpió el momento como un disparo el silencio de la noche.

—¿Va todo bien? —Sofía blandía un bate de béisbol que bajó al verlos—. He oído algo, a alguien gritar, no lo sé, estaba dormida. Puede que solo lo haya soñado.

—Todo va bien, Sofía. Gracias —Linda sonrió.

—En ese caso, volveré a la cama —dijo la mujer después de observar la escena.

—Te acompaño. Buenas noches, Colt.

—Buenas noches, señoras —dijo el hombre, irguiéndose.

Linda pasó el brazo alrededor de los hombros de Sofía y ambas entraron en la vivienda.

—Lo siento tanto, señorita —se lamentó la mujer cuando estuvo lo suficientemente lejos del invitado del rancho.

—¿Por qué, Sofía?

—He interrumpido.

—No importa, solo estábamos hablando. Y creo que nos hemos puesto un poco sentimentales —sonrió con un halo de timidez.

—¿Iban a besarse?

—No —Linda rio—. No, no es eso. Colt se acaba de retirar y me temo que arrastra un dolor profundo, probablemente ha perdido a algunos compañeros. Ya sabemos cómo es eso.

—Es un buen hombre, señorita.

—Sí, eso creo.

—Llévelo a trabajar en unos días, el trabajo físico siempre ayuda con el dolor del alma. Sé que lo necesita.

—Pero está herido, Sofía.

—Sigue teniendo dos piernas, un brazo y mucha determinación —dijo la mujer, recordándole lo que el propio Colt había dicho.

—Buenas noches, Sofía —la joven le dio un beso en la mejilla para despedirse de ella, como cuando era más pequeña y ella le

había enseñado aquella costumbre tan latina que su madre despreciaba.

UN NUEVO TRABAJADOR

Después de otra dura noche de recuerdos y tras un reconfortante desayuno que les había preparado Sofía, llegó una aún más reconfortante noticia: Linda lo invitaba a acompañarla esa mañana en el trabajo. Se sintió bien montando aquel gran caballo negro que le habían preparado. Cabalgó al lado de Linda en silencio durante horas, escuchando las conversaciones que mantenía con Jacob acerca del trabajo en el rancho.

—¿Te aburrimos? —quiso saber Linda—. No has dicho nada en toda la mañana.

—Puede ser porque estoy impresionado con todo esto. Y contigo.

—¿Conmigo? —preguntó sorprendida, después de sonreír.

—Es un rancho enorme para una sola persona.

—Gracias por el cumplido.

—No las merecen.

—Es una pena que no lo puedas contemplar en todo su esplendor, en una primavera normal, con las praderas verdes y los cultivos aún más verdes y frondosos —se lamentó.

—Debe ser maravilloso —Colt miró alrededor y trató de imaginar el lugar.

—Le gustas a Ranger —aseguró, hablando de la montura del hombre.

—Es un caballo precioso.

—De mi hermano —lo sorprendió—. Creo que le gusta que lo monten por el rancho, no solo en el cercado.

—Apuesto por ello.

—O puede que tú le recuerdes a él, altura, peso, la postura militar.

—Pero sabe que no soy él.

—Lo sabe, los caballos son animales muy inteligentes. Aun así, creo que le consuela en cierta forma.

—Puedo montarlo a menudo hasta mi marcha, si te parece bien.

—Por favor —le pidió.

A Colt le gustó comprobar que Linda, como buena ranchera, tenía una gran sensibilidad por los animales.

—Tenemos la alambrada rota por aquí —Jacob llamó su atención y los otros dos se dirigieron hacia donde estaba el capataz y descabalgaron.

Linda sacó los alicates y un tensor del interior de las alforjas y se acercó hacia Jacob, que sostenía la grapadora en su mano, mientras que Colt acercaba los dos extremos del alambre. Ella apretó los labios, pero no dijo nada. El hombre no debía hacer aquello. Colocó el tensor y Jacob grapó al poste de nuevo.

Durante toda la jornada y a pesar de que se tuvo que morder la lengua en no pocas ocasiones, Colt había colaborado activamente en el trabajo físico. Supo que la herida le molestaba, pero lo vio apretar los dientes y obviar el hecho, su intención era ser útil y lo había logrado.

—¿Entonces qué, capitán? —preguntó Jacob nada más descabalgar al final del día en las caballerizas—. ¿Has decidido si quieres quedarte con nosotros? Nos vendrías bien por aquí.

—No lo sé aún —Colt sonrió.

—Apuesto a que sabes pilotar una cosechadora —bromeó el capataz.

—Supongo que después de un F-18 o un Harrier no debería suponerme un problema —el hombre rio.

Jacob fue hasta el final de las caballerizas para dejar a su caballo mientras reía con su respuesta. Linda le quitaba la cabezada a su yegua y le acariciaba la cabeza después.

—¿Y tú que opinas, Linda? —le preguntó a la mujer.

—¿De si sabrás manejar una cosechadora? No tengo la menor duda de ello si eres capaz de despegar un avión en vertical —ella también sonrió.

—No, de que si te gustaría que me quedase por aquí —le dijo y la miró a los ojos, expectante por una respuesta.

—¿Tú quieres hacerlo? —ella también le sostuvo la mirada y se deleitó en los verdes ojos del hombre, en la mandíbula cuadrada y atractiva y en su nariz recta y elegante.

—Solo si tú quieres que lo haga —le dijo y de repente se dio cuenta de que quizá no solo estaba hablando de trabajo, sino de algo más intenso que aquello.

—Podríamos probar —respondió ella, sintiendo un extraño cosquilleo en el estómago, que desechó un instante más tarde con una sonrisa que quiso mostrar neutra—. Eres un buen fichaje.

—Espero que seas una buena jefa —añadió él y el tono con el que lo hizo ocasionó que Linda tragase saliva.

—Ella es la mejor —dijo Jacob llegando a ellos—. Déjame a Ranger.

Colt sonrió, le acarició la cabeza al caballo y le agradeció el paseo, como si de un humano se tratara, antes de que Jacob se lo llevara.

—Creo que tengo que tomar una ducha antes de cenar —dijo Linda, sacudiendo el polvo de las perneras de sus pantalones vaqueros.

—Sí, yo también —añadió Colt y se miró la camisa, deteniéndose en la zona donde estaba su herida, la camisa se mostraba con algo de sangre seca—. ¡Oh, vaya!

—¡Mierda! —exclamó Linda al verlo—. Vayamos a la casa, te la miraré.

—No será nada —desestimó él.

—¡Sabía que era una mala idea llevarte! —se lamentó la mujer —. Ven conmigo.

Colt se dijo que no pensaba discutir sobre el tema con ella, porque estaba seguro de que no era nada. La siguió a la casa y se descalzó tras ella, subiendo las escaleras hasta la habitación de la mujer, entrando en su baño.

—Así que estos son tus aposentos —bromeó él, para destensar el ambiente. Ella estaba molesta y eso que aún no le había visto la herida.

—Siéntate ahí —ordenó, señalando un lugar al lado de la bañera.

—Sí, señora —el hizo caso, mientras que la mujer buscaba el botiquín del armario.

—Quítate la camisa —volvió a ordenar después de abrir el pequeño maletín y extraer lo que iba a necesitar para aquella cura.

—Voy a tomar una ducha ¿Por qué no lo dejamos para luego? —propuso él.

—Lo dejaremos para luego, pero ahora quiero ver cómo está y decidir si tenemos que volver al hospital o no.

Colt se dijo que sería mejor hacerle caso y comenzó a desabrochar los botones. La herida le tiró e hizo una mueca que ella percibió.

—Maldita sea, déjame a mí —habló de nuevo Linda, soltando el apósito y el bote de desinfectante que tenía en las manos.

Las suaves manos de ella rozaron las masculinas y grandes manos del marine antes de que se retirasen de los botones de la camisa, que desabrochó rápidamente.

—Nunca vi a una mujer hacer esto tan rápido —bromeó Colt.

—Sé hacer cosas aún más rápido —respondió sin mala intención, pero a él le pareció un comentario de lo más sexi y le hizo sonreír—. No tiene gracia.

—Yo creo que sí —la camisa de Colt bajó por los hombros y la herida del brazo quedó al descubierto.

—¡Mierda! —exclamó, al ver la sangre seca alrededor de la herida. Era la primera vez que se la veía y no sabía el alcance de la misma. Colt le había restado importancia con las palabras rasguño y mordida, pero era algo más que aquello.

—No es para tanto —dijo él, echando un vistazo y tratando de quitarle hierro al asunto.

—¿En serio? —Linda continuó seria y se giró hacia el botiquín, cogió un apósito y el desinfectante, lo primero sería limpiar toda aquella sangre y ver qué había debajo o hasta dónde se había descosido.

Linda se inclinó hacia delante y la gravedad hizo que la camisa negra de la mujer y los tres botones delanteros desabrochados dejaran al descubierto el comienzo de sus senos y el sujetador rojo que vestía bajo la prenda ese día. Colt tragó saliva y cerró los ojos durante un instante. Maldita fuera aquella mujer, acababa de hacerlo endurecer como a un colegial en tan solo un momento tras la visión.

—Sabía que te ibas a quejar —dijo ella, pensando que el gesto del hombre se debía al antiséptico sobre la herida. Colt sonrió, prefería que pensara aquello.

—¿Qué es, doctora? —preguntó un poco después, cuando terminó de limpiarla.

—Está bien, por suerte. Solo ha salido un poco de sangre por el esfuerzo de hoy —dijo, observando aún la herida, tratando de buscar algún resquicio que le hiciera decidir volverlo a llevar al hospital.

—Te lo dije, no es nada —Colt habló y la miró a los ojos, prefería mirarla allí, era más seguro para él, aunque la otra imagen constituía toda una tentación a la que sucumbió de nuevo sin querer.

—Sí, bueno, tenías razón —Linda se irguió y lo miró desde arriba. Luego Colt se levantó y quedaron casi igualados, con aquellos aproximadamente quince centímetros de altura que los separaban. El hombre era alto y le gustaba ese hecho.

—¿Me da permiso para ducharme, señora? —bromeó él, mientras se abrochaba la camisa con alguna dificultad.

—Permiso concedido —Linda se permitió relajarse y le apartó de nuevo las manos al hombre para ayudarlo en la tarea, propiciando un nuevo roce de la piel de ambos. Colt se sintió más abrasado por el breve roce de los dedos de la mujer que por el antiséptico que había usado con él segundos antes.

—Antes lo hacías más rápido.

—Antes estaba asustada.

—Gracias —le dijo, conmovido.

—No puedo permitir que sufras una sepsis sin ni siquiera hacerte firmar un contrato para el seguro médico —ella también sabía bromear.

—Seguro que no —Colt sonrió.

—Después de la ducha me gustaría ponerte algo cicatrizante, solo para ayudar a que vaya más rápido —dijo, terminando de abrocharle la camisa.

—Sí, claro —convino él y se dispuso a salir del baño para dirigirse a su habitación.

Linda quedó a solas en el baño y se miró al espejo, había notado la mirada de Colt a su escote. Se abrochó instantáneamente un botón de la camisa, pero luego sonrió y decidió que le gustaba, porque era algo que no le sucedía desde hacía demasiado tiempo.

SABOTAJE

—Señora, hay un problema con las vacas —dijo Dylan, uno de los cowboys llegando hasta las caballerizas, donde Linda, Jacob y Colt descabalgaban, después de otro día en el que había repasado las alambradas en el siguiente recinto donde pastaría el ganado.

—¿Qué problema? —Linda se alarmó. No necesitaba más problemas en el rancho.

—Será mejor que me sigan. El cowboy tenía el quad arrancado en la entrada. Tanto Jacob como Colt siguieron a la dueña del rancho al exterior y todos montaron a caballo, siguiendo al cowboy hasta el actual recinto donde pastaban las vacas.

—¡Maldita sea! —exclamó Linda al ver tres reses que yacían muertas sobre el terreno y otras tres más echadas, una de ellas luchando por respirar—. ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé, venía de revisar los cultivos y las vi tiradas en el campo.

Linda fijó su vista en el animal que trataba de respirar con dificultad.

—Jacob, trae un arma —ordenó a su capataz.

Colt asistía con preocupación a la escena que allí se desarrollaba, no sabía por qué, pero no creía que hubieran caído enfermas casualmente. Miró alrededor y no vislumbró a nadie, aunque el que hubiera hecho aquello no se habría quedado a contemplarlo.

Jacob se acercó a Linda con el arma y se la tendió, mientras que la mujer apretaba la mandíbula, eran sus reses y aquello le dolía,

independientemente de los meses de trabajo que suponía y de la pérdida económica.

Linda la cogió y se acercó hasta la vaca, Colt caminó rápidamente hasta ella y deslizó la mano por el brazo de la mujer para quitarle el revólver, antes de que ella tan siquiera lo amartillase o apuntara a la cabeza del animal. Se miraron durante una fracción de segundo en la que ella entendió sus razones y fue la mano del exmarine la que amartilló y disparó en la cabeza a la res de una forma certera, haciendo que tras la detonación su sufrimiento se detuviera. Linda lo miró un segundo y endureció la mirada. Ella lo habría hecho, pero agradecía que Colt hubiera tomado la iniciativa. La mujer volvió a apretar la mandíbula y dio nuevas órdenes.

—Jacob, llama a la veterinaria, quiero que venga, para ayer. Que intente salvar a las dos que aún están vivas y después que tome muestras de las vacas muertas y que las analice. También del agua.

—Sí, señora —respondió Jacob.

—Dylan, llama a los otros muchachos, hay que cerrar el paso al agua actual. Traeremos bebederos portátiles y agua nueva hasta saber qué les ha ocurrido o si el agua está en condiciones. Colt, ayúdales en lo que puedas, ya me entiendes —se refirió a su herida.

—Yo iré a llamar al sheriff —dijo finalmente, dirigiéndose hacia su montura para desaparecer poco después.

La tarde en el rancho no había sido sencilla, la cena había pasado tan a un segundo plano que nadie había probado bocado. El sheriff no tardó demasiado en llegar y permaneció en el lugar mientras la veterinaria trataba de salvar la vida de una de las vacas y pedía que llevasen a otra de ellas a un granero para examinarla más detenidamente. El agua estaba bien y no fue necesario usar los bebederos portátiles. Lo que les hubieran hecho, había llegado a ellas de otra manera. Una vez que todo el mundo abandonó el rancho, Linda agradeció a sus trabajadores el esfuerzo complementario y se dirigió hacia la vivienda principal, donde subió las escaleras, tomó una ducha y se introdujo en la cama. Mañana sería otro día y rogaba para que no fuera como aquel.

***

Colt se despertó demasiado temprano y bajó al piso de abajo de la vivienda, vio cómo la puerta del porche trasero estaba abierta y supo que era Linda la que estaba allí. Decidió preparar café antes de reunirse con ella.

—¿Estás bien? —Una cálida mano masculina se posó sobre su hombro, deslizándose por el brazo en una larga caricia. Delante de ella, apareció otra mano con una taza de humeante café y supo que solo podía tratarse de Colt.

—Trato de estarlo, gracias —dijo, suspirando y agradeciendo el gesto del hombre. Había dormido, pero su sueño no había sido ni mucho menos profundo, recordando que habían matado a seis de sus reses. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de sus vacas tendidas inertes en el campo venía a ella.

—¿Has dormido? —le preguntó.

—No demasiado, si te digo la verdad —Linda bebió café y se sintió algo más reconfortada.

—¿Y si te vas a la cama y duermes un poco más? Es temprano y puedo ocuparme de lo que me pidas —le ofreció Colt.

—No creo que pudiera dormir, pero gracias. Y gracias por lo de ayer —le dijo, antes de volver a beber otro poco de café—. Por apretar el gatillo.

—No hay de qué. Eran tus vacas, sé que no resulta fácil hacerlo.

Colt vio cómo Linda apretó la mandíbula de nuevo, al igual que lo había hecho el día anterior. Luchaba por no venirse abajo a cada segundo que pasaba. Entendía la conexión emocional con sus animales, aunque su destino final estuviera en un plato, alimentando a las personas, pero morían sin dolor, de una forma justa. No como había sucedido el día anterior, envenenadas. Sintió un fuerte deseo de cubrir la distancia hasta donde estaba la mujer y abrazarla, decirle que todo iba a salir bien en adelante. Darle el cobijo y el apoyo necesario para que se derrumbara sobre su pecho y expresara todas las emociones que sabía que se estaba guardando para sí misma, quizá desde hacía demasiado tiempo. Cargaba un gran peso sobre sus hombros.

—Son meses de trabajo —dijo Linda tras exhalar el aire que retenía en sus pulmones—. Y cerca de quince de los grandes

esfumados. Tres terneros que no nacerán y seis nodrizas menos.

—Te recuperarás, lo sé.

—Y otro día más sin llover —se lamentó, mirando al cielo. Ni siquiera aquello ayudaba.

—Está ese asunto de la petrolera —le recordó Colt.

—Sí, creo que se me acaban las opciones. O alguien quiere que se me acaben.

—Puedes escuchar y valorar la oferta —volvió a decir Colt.

—Llamaré a mi abogado más tarde. Ahora iré a vestirme, tengo que ir a ver a las vacas.

—Te acompañaré.

—Es muy temprano y no puedo pagarte horas extras —le dijo.

—¡A la mierda las horas extra! Soy un marine retirado que sufre *jet lag* y quiere tener algo que hacer, como ocuparme de que estés bien —le dijo, con una sonrisa que ella le devolvió antes de entrar en la casa de nuevo.

Cuando Linda comprobó que todo estaba en orden con las vacas en el rancho, se dirigieron a la consulta de la veterinaria.

—El veneno estaba presente en el pasto —le informó Virginia Williams, enseñándole una fotografía de unas hojas que había sacado del estómago de uno de los rumiantes muertos.

—¿En el pasto? —se extrañó Linda—. Entonces, el resto de vacas…

—El resto de vacas está a salvo. No es de tu campo, alguien les trajo forraje seco mezclado con hierba mora. Murieron las primeras que se acercaron a comerlo. Y pudo suceder hace un par de días, no en el momento en el que las encontraste. No es tan rápido.

—¡Joder! —exclamó Linda, pensando en el disparo y en las vacas, dos hechos con tan poco espacio de tiempo.

—Le llevaré las muestras y preparé un informe para el sheriff.

—Te lo agradezco, Virginia.

—Y siento decirte esto, pero debes incinerarlas, no puedes vender su carne para ningún subproducto.

—Sí, lo suponía —respondió, sabiendo que si habían sido envenenadas era lo siguiente que pasaría.

—Lleva cuidado, Linda. Es la primera vez que veo algo así en este condado. —La veterinaria se mostró preocupada.

Linda y Colt caminaron en silencio hacia su vehículo, harían algunas compras y regresarían al rancho. La mujer levantó la cabeza y halló a la última persona que quería ver ese día, dirigiéndose hacia ellos.

—¡Mierda! —exclamó Linda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colt, que no se había despegado de su lado esa mañana.

—Que no parece que el día vaya a ser ideal.

Colt siguió la mirada de Linda y se preguntó quién sería aquel hombre que caminaba hacia ellos. De lo que estuvo seguro era de que no despertaba ninguna simpatía en Linda, que se tensó automáticamente. Cuando llegó a ellos, la mujer no disimuló su desagrado.

—¡Linda! ¿Cómo estás? Me preocupé mucho cuando supe lo que te había pasado —dijo el recién llegado, simulando preocupación.

—¿De veras? —Linda arqueó una ceja, incrédula.

—¡Claro! ¡Después de todo lo que hemos compartido! Me he enterado de que te han disparado hace unos días y me acaban de decir que han envenenado a tu ganado.

—Los ranchos tienen sus días malos, Asher —respondió Linda, restándole importancia.

El recién llegado observó al hombre que estaba a su lado y se preguntó qué relación podría unirlos.

—¿No nos presentas? —Asher sucumbió a la tentación. Quería saber quién era.

—Colt Sullivan —se adelantó el exmarine, ofreciéndole la mano.

—Asher Granger —contestó él, estrechándosela—. Soy su marido.

—Exmarido —lo corrigió Linda al instante, con un tono cortante.

—Se me olvida —sonrió—. Fueron tiempos intensos, ¿verdad?

Colt se fijó en Linda, que esbozaba una sonrisa tensa e irónica hacia él.

—Intensísimos —ironizó ella.

—Pensé que no ibas a contratar a nadie más —Asher miró a Colt, suspicaz.

—Yo solo le estoy echando una mano —dijo Colt, poniendo un brazo alrededor del hombro de Linda para acercarla a él.

—Así es —Linda hizo lo propio y pasó el suyo por la cintura del hombre—. Está bien contar con algo de ayuda de alguien como él.

—No lo sabía —dijo Asher, entre escéptico e incrédulo.

Linda sonrió y se anotó mentalmente un punto. Linda uno, Asher cero. No podía evitar disfrutarlo.

—Si nos disculpas… —comenzó a decir la mujer—. Tenemos que hacer unas compras en el pueblo.

—Sí, yo también. Venid un día a cenar al rancho, para ponernos al día —los invitó.

—Claro —dijo Linda—. Hasta luego, Asher.

El hombre quedó plantado en la calle mirando a la pareja alejarse, entrecerró los ojos y se preguntó desde cuándo Linda salía con alguien y por qué él no se había enterado.

—Lo siento si me he excedido —se disculpó Colt—. Pero me ha parecido muy pedante lo de presentarse como tu marido.

—No lo sientas, es un gilipollas pedante y, si te soy sincera, verle la cara cuando ha pensado que estamos juntos, es lo único que me ha alegrado el día hoy, te lo juro —dijo Linda y Colt esbozó una sonrisa.

—La próxima vez puedo besarte delante de él —le propuso Colt, bromeando.

—Creo que no hará falta que lleguemos tan lejos —dijo Linda sonriendo, pero poniendo espacio entre ellos. A pesar de que la idea de ser besada por el marine no la disgustaba del todo.

—Sí, señora —convino Colt y volvió a sonreír. Era una pena.

LA IRA DEL HURACÁN SCARLETT

—¿Por qué demonios me tengo que enterar en el pueblo de que han disparado a mi amiga y le han envenenado a la mitad de las vacas? ¿Es que no sabes usar el teléfono? —Scarlett lanzó aquellas dos preguntas nada más entrar en el dormitorio de su amiga Linda.

Su amiga se aplicaba crema hidratante en las piernas en aquel momento, justo después de tomar una ducha tras un largo día y vestida solamente con la ropa interior y una bata.

—Gracias por llamar a la puerta —dijo Linda, tratando de darle tiempo a que se calmara.

—¡No me vengas con monsergas! —exclamó Scarlett, dejándose caer en uno de los sillones del dormitorio.

—Como ves, estoy bien. Y no quería preocuparte. Sé que estás muy ocupada y estresada. Tampoco he tenido mucho tiempo libre con todo lo que ha pasado.

—Un mensaje, Linda. ¿Es mucho pedir? —el tono de la mujer se había suavizado.

—Tienes razón. Lo siento.

—Hazme el favor y cuéntame cómo ha sucedido todo, porque sé que en el pueblo se tiende a exagerar.

—He perdido seis vacas —dijo, para comenzar. No son pocas, pero por suerte para mí no es la mitad de mi ganado.

—De acuerdo. Quiero saberlo todo.

Linda se sentó en el otro sillón frente a su amiga y le hizo un breve resumen de todo lo acontecido. La mujer respiró aliviada, pero no despreocupada. Algo estaba pasando y ojalá ambos hechos no

estuvieran relacionados. O esperaba que al menos el primero hubiera sido fortuito. Que te mataran seis reses no era poca cosa, pero que atentasen contra tu vida, ya eran palabras mayores.

—Tienes que llevar cuidado, Linda —le dijo.

—Ya lo llevo. Y además ahora tengo a Colt.

—Coooolt —Scarlett alargó su nombre, con intención y un tono sensual a la vez que sonreía.

—Sí, Coooooolt —rio Linda con su amiga, sabía lo que insinuaba. Se levantó a buscar ropa limpia para cambiarse y bajar a cenar.

—Está muy bueno.

—No está mal.

—Es el hombre más cañón que ha pisado este deprimente pueblo en mucho tiempo. Y estoy segura de que desnudo gana aún más.

—No metas esas imágenes en mi mente, Scarly —la riñó, mientras reía.

—¿Te tienta? —Se levantó y se colocó a su lado en el armario, mientras su amiga elegía las prendas apropiadas. Scarlett tomó una percha y se la mostró.

—No voy a ponerme eso —dijo Linda, mirando un vestido con un escote demasiado pronunciado. Lo había dejado allí, pero ni siquiera lo había llegado a estrenar, era demasiado evidente para su gusto. Ni siquiera sabía por qué se lo había comprado.

—Lo volvería loco y sé que nunca te lo has puesto, es hora de estrenarlo. A falta de ropa nueva…

—Es una cena normal de diario, en mi casa y no necesito que nadie se vuelva loco justo en este momento.

—¡Aguafiestas! —exclamó Scarlett y se sentó en el sillón de nuevo.

—Además, ¿qué pensarían Sofía o mi prima si me ven con ese escote?

—Que te quieres tirar al marine —respondió antes de reír y de que una camiseta le golpease la cara. Linda se la acababa de lanzar.

—¡Idiota! —dijo, antes de recoger la camiseta que le había lanzado a su amiga. Era la que se pondría esa noche.

—Pensarían que eres una mujer empoderada que no necesita de la aprobación de nadie acerca del escote que lleve o del trasero que le haga un vestido, ni de las decisiones que tome, porque es una mujer que maneja las riendas de su vida.

—¿Dónde está esa mujer? Creo que no la conozco.

—Gestionas un rancho de dos secciones completas tú sola, mil doscientos ochenta acres. Y lo haces de una forma impecable. Manejas a un puñado de rudos cowboys con mano firme y guante de seda. Yo misma te daría el premio a la mujer más empoderada del condado.

—Tu voto está viciado, eres mi amiga.

Scarlett le quitó la camiseta de la mano y volvió al armario, buscó y halló una blusa que le resultó menos informal y se la dio. Linda puso los ojos en blanco, pero tuvo a bien ponérsela.

—No, tantos botones abrochados, no.

—No pretendo acostarme con el marine, Scarly —se quejó Linda.

—Hace tres años que no estás con nadie, desde antes de divorciarte del cabrón de Granger.

—Lo he visto en el pueblo hoy —dijo Linda—. Se ha preocupado por mí y lo que me estaba sucediendo.

—Sabes que es mentira, ¿no?

—Lo sé, todo en Asher es mentira. ¡Pensar que fui tan estúpida para casarme con él! —Linda terminó de vestirse y se sentó, echando la cabeza hacia atrás en el sillón, siempre se había considerado una mujer lo suficientemente inteligente, excepto en esa ocasión. Asher Granger había sido su mayor tropiezo en la vida.

—Debe estar disfrutándolo, eso si no ha sido él quien ha envenenado a las vacas. ¿Casualmente fue cerca de las tierras que colindan con las suyas?

—No, no fue allí.

—Yo tendría cuidado con él, le salió mal lo de unir vuestros ranchos por las buenas.

—¿Crees que sería capaz?

—No lo sé, pero esas vacas no se han envenenado solas y esa bala no vino de la nada.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Linda a su amiga.

—¿A qué crees que he venido? Especialmente sabiendo que está Coooolt —de nuevo arrastró las letras de su nombre de una forma sugerente y su amiga volvió a reír antes de que ambas salieran de la habitación en dirección al comedor.

Linda supo que, con Scarlett y Colt bajo el mismo techo, la noche prometía ser de todo menos aburrida.

***

—Gracias —escuchó decir a la voz de Scarlett, a sus espaldas.

Colt estaba en el porche de la casa, tomando una copa antes de ir a dormir. Había escuchado a Linda y Scarlett charlar y reír y se alegró, porque era justo lo que la mujer necesitaba después de los duros días que llevaba.

—¿Por qué? —le preguntó Colt, girándose hacia ella, extrañado.

—Por recibir la bala por ella.

—No fue nada.

—Sí que lo es. No conozco a muchas personas que hubieran hecho algo así.

—Realmente no pretendía que me diera a mí.

—Pero la salvaste. Y te has quedado.

—Linda me obligó —dijo Colt, señalando el lugar donde lo habían herido.

Scarlett bebió de su propia copa sin dejar de observarlo, al igual que lo había hecho durante la cena.

—Sigues aquí. Te preocupa Linda.

Colt sonrió, bajando la mirada hacia su copa.

—Digamos que, es una mala costumbre profesional de un marine recién retirado del servicio.

—Digámoslo —concedió Scarlett—. Digamos también que Linda te gusta.

Colt la miró y sonrió de una forma neutra.

—Digamos que puede que aún no quiera volver a casa.

—¿Con tu mujer y tus cinco hijos? —inquirió Scarlett con sorna.

Colt soltó una carcajada.

—Tienes una gran imaginación.

—No lo creas —replicó Scarlett con una sonrisa ladeada.

—Solo hay una hermana que dirige un rancho. Pero hace tanto tiempo que no estoy allí que… no estoy seguro de que aquel sea mi sitio.

—¿Estás buscando tu sitio en el mundo después de los marines?

—Puede.

—No le hagas daño —le dijo Scarlett, mirándolo a los ojos y refiriéndose claramente a Linda. Colt abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo a hacerlo.

—Dax acaba de llamar —anunció Linda, saliendo al porche y aludiendo a su abogado—. La reunión con la petrolera será pasado mañana en Houston.

—¿Houston? —preguntó Scarlett—. ¡Por Dios! Deben ser unas diez horas en coche.

—Puedo acompañarte y conducir —se ofreció Colt.

—Solo hasta el aeropuerto —le dijo Linda—. Enviarán un avión privado hasta Kingfisher.

—¡Wow! —exclamó Scarlett—. Esa gente trata de impresionarte.

—Lo sé, pero ellos no saben que no soy fácilmente impresionable.

—Piénsalo bien antes de decirles que no —le advirtió su amiga. Sabía que no le gustaba lo que estaba haciendo la mayoría de las petroleras en el condado.

—Lo sé —dijo Linda, tratando de mantener la mente abierta, algo que le costaba—. Llamaré a Jacob para decírselo. Espero que aún esté despierto.

Linda volvió a entrar en la casa, teléfono en mano.

Scarlett bebió un último sorbo de la copa.

—Iré a ayudarla con la maleta —dijo y salió tras su amiga al poco tiempo.

Colt asintió con la cabeza y le dedicó una leve sonrisa a modo de despedida. Bebió el resto de su copa en silencio y, tras unos segundos contemplando la oscuridad del rancho, decidió que era hora de irse a dormir.

—¿Vas a ir sola? —preguntó Scarlett a su amiga tras entrar en el despacho del rancho y cerrar la puerta tras de sí.

—¿Quieres venir? —Linda ladeó la cabeza—. Pensaba que estabas hasta arriba de trabajo.

—Y lo estoy —se sentó en el sofá.

—Puedes llevar a alguien.

—No puedo prescindir de Jacob en el rancho.

—¿Y Colt?

—¿Quieres que lleve a Colt? —Linda entrecerró los ojos, tratando de comprender aquel punto.

—Puede cuidar de ti.

—Sé cuidarme sola, gracias.

—Linda, por si no te has dado cuenta, te han disparado en los últimos días.

—No creo que vaya a seguirme un francotirador por el país, Scarly.

—No sabemos quién o quiénes son ni lo que pueden hacer.

—Llevaré un spray de pimienta, si eso te tranquiliza.

—No me tranquiliza. Colt ha sido marine, estaría bien que te lo llevaras.

—¿Lo pongo a dormir en el suelo de la habitación del hotel? ¿A los pies de mi cama? Porque te aseguro que no puedo permitirme pagar una habitación extra en el lugar donde me alojaré, según Dax. Lo paga la petrolera.

—Siempre podrías… —Scarlett sonrió y se mordió el labio.

—¡No lo digas! —le rebatió Linda, alzando el dedo índice. Su amiga le proponía que compartiera la cama con Colt.

—Estaría bien —opinó, encogiéndose de hombros.

—No, no estaría bien.

—¿Charlie Sierra otra vez? —se quejó Scarlett.

—Siento que… no sé —se dejó caer en el sillón al lado de Scarlett. No sabía cómo explicar aquella relación que mantenía a distancia con el marine.

—¿Le debes algo? ¿Por intercambiar cuatro correos electrónicos después de que le enviases una carta y una caja de galletas caseras?

—No son cuatro mails, han sido varios meses de contacto.

—¿Habéis tenido cibersexo?

—¡No! —Linda se escandalizó—. Jamás haría algo así, todo lo que hagas delante de un dispositivo electrónico se puede grabar, no soy estúpida.

—De acuerdo ¿Te ha hablado de un futuro juntos?

—Nuestras conversaciones han sido más… mundanas. Solo que… siento que conectamos desde el primer mail. Y no sé si soy estúpida.

—No eres estúpida. Te sientes sola, aunque no te lo quieras admitir. Y Charlie Sierra ha sido el primer hombre «seguro» —entrecomilló con los dedos—, que has conocido tras el cabrón de Asher.

—Es posible, no lo sé —suspiró, exhalando aire.

—¿Has hablado últimamente con Charlie?

—No, hace más de una semana que no sé nada de él. Debe estar en alguna misión.

—O puede que esté de permiso en su casa de Kentucky con su esposa, fabricando a su sexto hijo.

—No lo sé —Linda cerró los ojos y se recostó en el respaldo del sofá.

—Escríbele y dile que quieres verlo en persona en su próximo permiso. Cuando vuelven a casa, ellos saben tocar los hilos necesarios para aterrizar en la base que quieran sin coste extra.

—No sé si estoy preparada para eso.

—Para lo que no estás preparada es para ser monja, amiga mía. Elige a un hombre, disfruta de la vida y olvídate de Asher Granger. Para problemas… bueno, para problemas, ya ves lo que ha ido pasando en los últimos días en tu rancho.

—Lo sé.

—Dime que le vas a escribir a Charlie Sierra.

—Lo haré —afirmó con la cabeza.

—Y solo por si no te contesta —señaló hacia la puerta—, ahí tienes a otro marine y este está muy bueno. Además, te ha mirado el escote durante la cena. Y, considerando que Celeste también llevaba escote y no le ha prestado el más mínimo interés, creo que debe significar algo.

—Sí, significa que le ha parecido excesivo —Linda se abrochó un botón, casi había olvidado que su amiga le había sugerido que no lo abrochara.

—Considera lo que te he dicho, ¿vale? Tu vida no vale lo que una habitación de hotel extra, Linda —Scarlett se levantó del sofá y se inclinó hacia su amiga para darle un beso en la mejilla antes de irse —. Volveré mañana para ayudarte a hacer la maleta.

—Sé hacer la maleta yo sola —se quejó Linda.

—Quiero cenar gratis, no me estropees el plan —le dijo antes de cerrar la puerta, lo que ocasionó que Linda riera y sacudiera la cabeza. Agradecía la presencia de Scarlett en su vida.

LOS PROBLEMAS NO SE DETIENEN

Cuando Linda se levantó aquella mañana, Colt permanecía sentado en la mesa de la cocina, mirando la taza de café. Un día más, había sido él quien lo había preparado. Se lo veía taciturno y pensativo.

—Buenos días —lo saludó y se dirigió a la cafetera para servirse la primera dosis de cafeína del día.

—Buenos días —dijo el hombre.

Linda se apoyó en la encimera con la taza en la mano y lo observó, tenía un aspecto cansado y en esa ocasión ni siquiera llevaba puesta una camiseta, solo un pantalón de chándal, lo que hacía que quedase al descubierto todo aquel perfecto torso masculino. Si en algo tenía razón Scarlett era en que el hombre estaba muy bueno y no dudaba que ganase desnudo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, su amiga le había metido aquello en la mente y no estaba bien. Tenía los suficientes problemas en el rancho como para andar fantaseando sobre un hombre.

—¿Estás bien? —se interesó Linda, tratando de alejar aquellas locas ideas de Scarlett de su mente.

—Sí, gracias —le respondió. Supo que mentía.

—¿Más pesadillas? —inquirió.

Colt asintió con la cabeza y exhaló el aire retenido.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No es algo que esté en tu mano.

—Puedo escuchar, soy buena para eso.

—Lo sé —Colt sonrió y recordó los e-mails que habían mantenido en los últimos meses. Le había dado detalles vagos, porque no sabía quién estaba al otro lado del ordenador.

—¿Perdiste a alguien allí? —preguntó Linda, sentándose en la esquina de la mesa, al lado del marine. Recordó a Charlie Sierra, aquel era el dolor que había tenido su… ¿amigo?

Colt dudó la respuesta, por suerte recordaba todas las conversaciones mantenidas con ella bajo su otra personalidad.

Puede que fuera una forma de llegar hasta aquella verdad que deseaba confesarle.

—Sí —le dijo y la miró a los ojos.

—Lo siento —Linda fue sincera—. Es demasiado común en vuestro trabajo.

—Lo es.

—¿Alguien importante para ti?

—Éramos compañeros desde hacía años. Solíamos volar juntos en las misiones de reconocimiento. Nos cubríamos las espaldas.

—¿Qué sucedió?

—Su avión fue derribado durante una de esas misiones.

—Lo lamento —dijo Linda y alargó la mano para ponerla sobre una de las de él, que asía la taza de café. El contacto de la cálida mano de la mujer le devolvió la paz que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Gracias —Colt tomó la mano de Linda y la miró sobre la suya, tenía un tacto suave, a pesar del duro trabajo que desempeñaba cada día en el rancho. Con la otra mano se la cubrió y la acarició, centrándose en ella.

—¿Te sientes culpable? —preguntó la mujer.

—Puede, pude volar tomando su espacio. A veces me pregunto por qué no fui yo. Él tenía una esposa, hijos… —Colt dejó de acariciar la mano de Linda y cerró los ojos, se pasó la mano por dentro del cabello y volvió a ver a los hijos de Austin cuando su madre les dijo sin paños calientes que su padre había muerto en Siria.

—A veces el destino tiene otros planes para nosotros —le dijo ella.

—Aún no sé cuáles son los míos —admitió él. Solo había tenido una cosa clara tras salir de los marines: ir a conocer a la mujer que le había ayudado a salir del pozo.

—No hay prisa, ¿verdad? —sonrió levemente Linda.

—Yo...

El sonido de unas botas caminando deprisa hasta ellos, interrumpió la frase de Colt y aquel momento íntimo entre ambos.

—¡Señora! —la llamó Dylan, uno de los cowboys, que entró en la cocina y pareció asustado.

—¿Qué ocurre?

—Una de las camionetas, la que sueles usar, se ha salido de la carretera. Travis había ido con ella al pueblo.

—¿Travis está bien? —preguntó Linda, levantándose de la silla como un resorte.

—Va camino del hospital —informó Dylan.

—¡Mierda! —exclamó Linda, sabiendo que aquel tampoco iba a ser un día tranquilo en el rancho Clayton—. Subiré a por unas cosas e iré al hospital. Llama a Jacob y díselo.

—Me cambio de ropa y te acompaño —dijo Colt, poniéndose en marcha a su vez.

Linda no tuvo fuerzas para negarse, otra desgracia golpeaba el rancho Clayton, y agradecía que Colt estuviera allí prestándole su apoyo.

Para cuando llegaron al hospital, Jacob ya estaba allí. Travis estaba siendo atendido, y el capataz les informó de que, afortunadamente, parecían ser heridas superficiales.

El sheriff apareció antes de que pudieran ver a Travis.

—Wyatt —saludó Linda al verlo.

—Linda. No te va a gustar lo que te voy a decir.

—Apuesto a que no —dijo, viéndole el rostro a Wyatt McCoy. Lo conocía desde hacía años y si una conversación comenzaba de aquella forma, unida al rostro serio del representante de la ley, no cabía duda de que no eran buenas noticias. ¿Alguien más herido? ¿Una multa?

—Llegué al escenario antes que los servicios de emergencia. Travis decía que intentó frenar pero que no pudo hacerlo, que los frenos no le respondieron.

Linda cerró los ojos. Prefería no seguir oyendo aquello, pero tenía que saberlo.

—¿Qué estás queriendo decir, Wyatt?

—Que nos vamos a quedar tu camioneta un tiempo para comprobarlo. Podría ser un fallo mecánico, pero dados los últimos

incidentes que has sufrido, es posible que no lo sea. Necesitaré llamar a Oklahoma City y vendrá gente del laboratorio.

—Quédatela todo el tiempo que quieras, Wyatt.

—¿Necesitas que ponga un par de muchachos en el rancho para vigilar?

—No creo que sea necesario, pero gracias.

—Entiendo que estés asustada, Linda.

—Supongo que es lo que busca alguien, pero no va a suceder.

—Yo estaré pendiente de todo lo que ocurra y le informaré, sheriff —dijo Colt.

—Confío en usted, capitán —respondió Wyatt McCoy, agradecido de tener un marine con su hoja de servicios justo en el lugar donde más problemas había en la ciudad—. Estamos en contacto, Linda.

—Mañana viajaré a Houston, por negocios, estaré un par de días fuera —le informó.

—Espero que no vayas sola.

—No tengo previsto ir acompañada.

—Yo que tú me lo replantearía. Todo esto que está sucediendo ya no es casual —dijo mirando de reojo a Colt, que no apartaba la vista de Linda.

***

—¡Travis! —exclamó Linda, llegando al lado de su cama cuando la dejaron pasar y concluyeron las pruebas médicas—. ¿Cómo estás?

—Dolorido —respondió y a pesar de ello, esbozó una sonrisa hacia la mujer.

—Lo sé y lo siento. Era mi camioneta.

—Siento lo de la camioneta —su sonrisa se desdibujó.

—¡No, no lo sientas! ¡Dios! Quiero decir que… quien quiera que lo haya hecho pretendía que yo fuera dentro de ella. Siento tanto que hayas sido tú.

—Y yo —se quejó para subirse en la cama, no sin dificultad—, me alegro de haber sido quien la condujese y que tú estés bien. Esto pasará.

Linda se sintió agradecida por las palabras del cowboy, pero no logró que se sintiera mejor. Aquel accidente estaba destinado para ella, igual que la bala del bar de Kingfisher.

—Una vez que salgas del hospital, tendrás un par de semanas de descanso pagado —le anunció.

—No las cogeré. Volveré al rancho tan pronto pueda —dijo él.

—No lo harás, descansarás —Linda lo tomó de la mano para reafirmar aquella idea—. Jacob y Colt están fuera, ¿quieres que les diga que entren?

—Me siento como si me hubiera atropellado un camión —respondió para darle a entender que prefería que no lo hicieran.

—Entendido. En ese caso yo también me iré y te dejaré descansar.

—Puedes quedarte, Linda —le dijo, asiéndole con algo más de fuerza la mano.

Linda posó su otra mano sobre la del hombre y tras palmearla unos momentos deshizo el agarre de la misma. Entendía que, a pesar de su entereza, el hombre aún estaba en shock por lo sucedido. No obstante, ella tenía un rancho que dirigir con un par de manos menos y un viaje de varios días en puertas.

—Mañana viajo a Houston, tengo una reunión con los de Cimarron Oil.

Travis la miró unos segundos en silencio, con un gesto que oscilaba entre la desaprobación y algo más profundo.

—¿Vas a negociar con ellos? ¿A pesar de esto?

—¿A pesar de esto? Con más motivo después de esto, Travis.

—¿Con más motivo? —Travis frunció el ceño, como si aquel argumento le molestara.

—Sequía, seis reses muertas, un vehículo menos… se me acaban las opciones, Travis.

—Yo… te ayudaré, Linda. En lo que haga falta —Su tono arrastraba algo más que la mera promesa de un empleado, como si llevara tiempo esperando a que ella le pidiera ayuda de verdad.

—¿En serio? ¡Tienes cien de los grandes a mano? —bromeó, aunque el fondo del asunto no era una broma. No solo se enfrentaba a los problemas comunes, sino que dos sabotajes con apenas unos días de por medio le habían costado un buen puñado de miles de dólares.

—Si pudiera… —comenzó a decir, mirándola fijamente y se detuvo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza, no sin sufrir un pinchazo en las sienes.

—Ya haces demasiado Travis, y te lo agradezco. Ahora solo descansa. ¿De acuerdo?

La mujer le palmeó la mano suavemente un par de veces, antes de esbozar una suave sonrisa. Travis se arrellanó en la cama, sintiéndose rendido y Linda abandonó la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Colt conducía el vehículo a la vuelta del hospital, ella se lo había pedido. Necesitaba pensar en qué hacer, o en quién estaba detrás de aquello. ¿La petrolera? No tendría mucho sentido, ya tenían su reunión y ni siquiera sabían su respuesta. ¿Quién y por qué?

Linda suspiró, esperaba que la investigación del sheriff arrojase algo más de luz que sus cábalas.

—¿Cómo estás? —Colt se mostraba preocupado.

—No lo sé. ¿Harta de que todo sean problemas?

—Lo entiendo.

Linda miró hacia la ventanilla del coche y observó el paisaje. Sequía por doquier, solo algunos árboles resistían, otros doblaban sus hojas hacia dentro y el resto amarilleaba. Ni siquiera la visión del otrora frondoso paisaje del campo en Kingfisher podía animarla.

—Travis trabaja en el rancho desde hace catorce años —Linda habló y Colt notó cierto cariño en el tono usado—. Mi padre lo contrató, era uno de esos chicos que no sirven para estudiar y se meten en problemas todo el tiempo. Su padre poco menos que se lo rogó al mío. Y funcionó, a pesar de todo.

—Parece que tienes una estrecha relación con tus hombres —alabó él.

—No es un pueblo grande y los trabajadores suelen ser a largo plazo. Jacob, por ejemplo, ha estado en el rancho durante toda mi vida. Cuando yo nací él tenía trece años y en más de una ocasión y seguro que en contra de su voluntad, fue mi niñero —Linda sonrió de nuevo de forma nostálgica—, por eso se muestra tan protector en ocasiones.

—Jacob es un buen tipo —sentenció Colt.

***

Scarlett se había empeñado en hacerle la maleta antes de cenar a Linda y ella no se había negado, tenía otros asuntos que dejar cerrados antes de poderse ocupar de aquello. Se limitaría a revisarla antes de dormir.

—¡Jacob! —saludó a su capataz cuando este entró en el despacho, donde trabajaba a esa hora—. Recuerda hacer el pedido de fitosanitarios.

—Mañana sin falta —dijo el hombre, sentándose en la silla que estaba al otro lado de la mesa del escritorio. Permaneció en silencio durante largo rato, mientras observaba a Linda.

—Dispara —le dijo esta, sabiendo que algo lo estaba reconcomiendo internamente.

—El sheriff tiene razón, no deberías ir sola a Houston.

Linda desvió la mirada de la pantalla del ordenador y miró al hombre.

—¿Tú también?

—¿Si yo también estoy preocupado por ti? ¿A eso te refieres? Pues sí, lo estoy. Y creo que tengo razones para estarlo —respondió Jacob, serio.

—No puedo vivir con miedo, Jacob.

—¡Me alegra que no lo hagas! Pero debes tomar precauciones. Una de ellas es esta.

—¿Quieres venir conmigo?

—Llévate a Colt —le propuso. Linda cerró los ojos y sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Has hablado con Scarly?

Jacob se mostró confuso con la pregunta, la desestimó, pensando que era una maniobra de despiste de la mujer.

—¿Has visto cómo dispara ese tipo? El otro día le dio a la vaca en medio de la frente, sin pensarlo siquiera.

—Es piloto.

—Pues sabe disparar y tiene buenos reflejos. Es un marine, Linda.

—¿Crees que puedo pagarle una habitación extra de hotel en el Four Seasons de Houston? Son quinientos la noche. Ese es el hotel donde me aloja Cimarron Oil.

Jacob emitió un silbido.

—Quieren impresionarte, pequeña —dijo, pensativo—. Puedes hacer un cambio de última hora al llegar. Decir en recepción que prefieres que la habitación tenga dos camas. Si no funciona al principio, puedes dar un apretón de manos de cien pavos. Así solo gastarías cien pavos extra.

—¿Y meter a Colt en mi habitación? —Linda frunció el ceño.

—Podría estar más pendiente de todo.

—¡Es un hombre, Jacob! —le dijo.

—Y un marine entrenado, Linda. Tú y yo hemos dormido en un mismo espacio en ocasiones.

—Quedarte dormido en un sillón mientras movías mi cuna no cuenta.

Jacob lanzó una carcajada.

—Puede que tengas razón. De acuerdo. Aquí tienes otra idea. Llama a Dax, le dices lo que ha pasado y que necesitarás una habitación extra para tu escolta. Si esos tipos de Cimarron Oil pueden gastar quinientos por noche, te aseguro que pueden permitirse mil.

—Lo pensaré.

—No lo pienses demasiado —dijo, levantándose de la silla.

—¿Es una amenaza?

—Tómalo como quieras. Pero si no va él, iré yo y los dos dormiremos en la misma cama. ¿Y sabes qué? Dicen que ronco. Mucho. No sé cuánto cuesta un café en el Four Seasons, pero puede que supere ampliamente tu presupuesto, si me oyes durante dos noches seguidas.

Jacob se colocó el sombrero, le guiñó un ojo y abandonó la estancia. No pensaba ir, pero sí que trabajaría con Colt lo de meterlo a la fuerza en el avión al día siguiente, si Linda no se decidía. Si le ocurría algo a la mujer, no habría rancho que valiera, Imogene Clayton, la madre de Linda, lo vendería en un abrir y cerrar de ojos y todos se quedarían en la calle. Apreciaba a Linda, si acaso no como

su propia hija, ya que la diferencia de edad entre ambos no era mucha, sí que lo hacía como si de su propia hermana se tratara. Ya habían perdido a Ryan, no estaba dispuesto a perderla a ella también.

Linda miró hacia la puerta y respiró hondo, analizando la situación, Jacob tenía razón. Estaba mostrándose obstinada con aquel asunto y no veía que el peligro estaba demasiado cerca de ella. No pasaba nada si llevaba a Colt, no iba a parecer débil por hacerlo. Posó la mano sobre el teléfono, tenía una llamada que hacer.

***

—Colt —lo nombró Linda mientras cenaban y el hombre levantó la vista para mirarla y prestarle atención—. Sé que no lo estoy diciendo con mucho tiempo, pero ¿te importaría acompañarme a Houston?

—Sin problema —dijo él y sonrió hacia la mujer, estaba contento de que se lo hubiera pedido finalmente. Lo habría hecho él mismo después de cenar, especialmente tras conocer la preocupación del sheriff McCoy.

—¿Por qué él y no yo? —Celeste saltó, molesta. Sabía que su prima se alojaría en el Four Seasons, un hotel de cientos de dólares la noche y en vez de compartirlo con ella, lo hacía con el marine.

—Es un viaje de negocios —respondió Linda, tratando de sonar tranquila. Le había agradado que Colt aceptara la propuesta y que le hubiera dedicado una mirada tan intensa después. Casi había tenido que apartar la vista para que no notase su nerviosismo. Porque sí, el viaje con el marine la ponía nerviosa en cierto modo, o era solo que las ideas que Scarlett le había metido en la cabeza no dejaban de darle vueltas.

—Sí, seguro —sonó caprichosa a pesar de sus veinticinco años. Tú solo te lo quieres llevar porque…

—Celeste —Jacob interrumpió a la joven con un carraspeo de garganta, antes de que soltase algo demasiado inconveniente, tratando de hacerle entender el problema que tenían—. Tu prima necesita alguien que le vigile las espaldas. ¿Sabrías hacerlo tú?

Celeste miró al hombre con los ojos entrecerrados, fulminándolo con la mirada. Sabía que tenía razón, pero ella quería hacer unas apasionantes stories en un avión privado y en un hotel elegante aderezadas con alguna increíble historia acerca del viaje. Estaba segura de que le proporcionarían mucha visibilidad en las redes y nuevos seguidores. Justo lo que necesitaba para dispararlas y poder ganar millones de dólares con su contenido.

—¿Has estado en Houston antes, Colt? —preguntó Scarlett, tratando de destensar el ambiente, después de la última pataleta de Celeste.

—Sí, en una ocasión, por un trabajo.

—¡Vaya! Entonces te has perdido la parte divertida de la ciudad. Podéis aprovechar vuestra estancia, tenéis un par de días en Houston. Linda hace años que no sale del estado tempranero —se refirió al nombre común de Oklahoma.

—Es trabajo, Scarly —dijo Linda.

—Te daré un cheque para que vayáis a cenar a un sitio bonito a mi salud —dijo Scarlett mirando a Colt antes de guiñarle un ojo.

Celeste dejó los cubiertos sobre el plato sin muchas ceremonias.

—Disculpadme —dijo la susodicha, levantándose de la mesa para salir de la estancia.

—Los niños ya se han ido a la cama —bromeó Scarlett.

—Supongo que tendré que enviarle algunas fotografías para sus stories —dijo Linda, resignada.

HOUSTON, TEXAS

Jacob los había llevado hasta el pequeño aeropuerto de Kingfisher, donde el avión privado los esperaba para volar hasta Houston. Ahí había comenzado todo, el avión contaba con una azafata que les había servido cava y fresas durante el vuelo, lo que había ayudado a mitigar los nervios que comenzaron a instalarse en Linda.

Cuando llegaron a Houston, un chofer sacó sus pertenencias del avión y se hizo cargo de ellas antes de ser trasladados hasta el hotel Four Seasons en un BMW negro con los cristales tintados, desde donde pudieron ver el skyline de la ciudad. Al llegar al hotel, la opulencia continuó y de nuevo se hicieron cargo del equipaje sin que ellos tuvieran que mover un solo dedo.

El olor a cuero y a un ambientador cítrico, mezclado con los arreglos florales de la estancia se introdujo en las fosas nasales de Linda nada más pisar el interior del edificio.

—Este es el olor del lujo —dijo Colt, observando a la mujer e imaginando lo que pasaba por su mente.

—Es justo lo que quieren mostrarnos —convino Linda, observando la sonrisa de los recepcionistas hacia ellos. Se acercaron al gran mostrador de mármol y, para su sorpresa, se dirigieron a ella por su nombre, como si la conocieran.

—Señora Clayton, ambos están invitados a cenar en el restaurante Toro Toro por cortesía de Cimarron Oil, seguido de una cata de bourbons texanos —dijo la joven, esbozando una gran sonrisa tras darles las tarjetas llave.

Las sorpresas no terminaron al subir hasta el piso quince, ya que la habitación era más de lo mismo, la clase y el lujo se respiraba en cada mueble y detalle.

—Esto es… —Linda se sintió extasiada mientras permanecía de pie al lado del gran ventanal de su habitación, desde donde se veía parte del skyline de la ciudad.

—Impresionante —Colt terminó la frase por ella, una vez despidió al botones, con un apretón de manos de veinte pavos. Se acercó a donde estaba la mujer y echó un vistazo por sí mismo.

La habitación poseía un sofá alargado justo al lado de ellos, desde donde poder disfrutar de aquella vista mientras se estaba cómodamente sentado, estirado o echado. También había una gran cama, que sabía que estaba vestida con sábanas de algodón egipcio, algo de lo que se enorgullecían en el Four Seasons.

—Se toman bastantes molestias para impresionarme —aseguró Linda.

—Más bien pregúntate cuánto pretenden ganar contigo —dijo Colt, siendo certero. Si podían permitirse todo aquello en agasajarla, sin duda lo que esperaban sacar de lo que quisieran ofrecerle debía ser mucho mayor.

—Para ganar dinero, hay que invertir dinero —respondió Linda, mientras paseaba por la habitación y cruzaba hacia la de al lado, que para su sorpresa no era la de Colt, sino un salón que podía hacer las veces de sala de reuniones o de despacho.

—Supongo que aquí es donde te reunirás con ellos.

—¿Y tu habitación?

—Al otro lado —señaló otra puerta—. Idéntica, pero sin flores o bombones.

—¿Bombones? —Linda no había reparado en aquello y volvió a su habitación, donde halló un ramo de flores con una nota a su lado en la mesa, en la que el gerente se dirigía a ella por su nombre, le deseaba feliz estancia y ponía al personal del hotel a su disposición a cualquier hora. Al lado, una caja de bombones que tampoco tenían aspecto de ser baratos.

—Yo tengo una botella de vino en mi habitación —dijo Colt—. ¿Te apetece una copa antes de cenar?

—Claro, ¿por qué no? Tráela aquí —respondió Linda, sintiéndose sobrepasada con todas aquellas atenciones de Cimarron Oil hacia su persona. Le vendría bien templar los nervios y adecuarse a la situación.

Colt esbozó una sonrisa y se dispuso a ir a buscar la botella y unas copas. Linda por su parte, se descalzó y se soltó el cabello antes de ponerse cómoda en el sofá, con las piernas estiradas, para observar la ciudad desde allí. El marine volvió con la botella de vino en una mano y dos copas en la otra. Él también se había puesto cómodo, quitándose la chaqueta y desabrochando algún botón más de su camisa, también se había descalzado y desecho del cinturón de hebilla ancha. Linda colocó el codo en el respaldo del sofá y apoyó la cabeza en su mano, observando cómo el hombre disponía las copas sobre la mesa y servía el vino blanco en ellas. Sonrió y se dijo que había sido un buen cambio, en vez de Jacob y sus ronquidos, aunque dudaba que aquello de los ronquidos fuera cierto.

—¿Qué piensas? —Colt le acercó una copa y ella la tomó entre las manos.

—Jacob me amenazó con venir él si no te lo pedía a ti. Y roncar mucho, para que me gastara una fortuna en cafés. Suponía que no serían muy baratos por aquí.

—Él no iba a venir —Colt sonrió a su vez con la explicación de Linda y se dispuso a confesarle algo—. Su plan era que yo entrase en su lugar en el avión en el último momento.

—¿Una encerrona? —Linda frunció el ceño, pero no abandonó una expresión divertida, Jacob era astuto.

Colt se sentó en el sillón que quedaba frente a ella y a la estupenda vista de la ciudad. Estiró las piernas y las colocó, cruzándolas, muy cerca de donde ella también las tenía estiradas.

—Algo así. No podrías negarte.

—¿Ibas a aceptar?

—Me convenció —Colt bebió de su copa, pero sin dejar de mirar el gesto incrédulo de la mujer—. Solo que yo planeaba evitar tu enfado pidiéndote que me dejaras acompañarte, solo que, después de cenar.

—¿Y si me hubiera negado?

—Eres increíblemente testaruda, Linda Clayton. Pero también muy inteligente, por eso no fue necesario que llegáramos a ese escenario —alzó la copa hacia ella en un brindis silencioso y bebió una vez más.

¿Qué demonios quería decir con aquello? ¿Que se había encabezonado en cuidar de sí misma, a pesar de que sabía el peligro que corría?

—No estoy acostumbrada a que luchen mis peleas por mi —le dijo, y también bebió, observando las reacciones y los gestos del hombre.

Colt descruzó los pies, los bajó del sofá y se inclinó hacia delante, colocando los codos sobre las rodillas con la copa entre ambas manos. Miró el vino y la miró a ella.

—No pasa nada por aceptar la ayuda de alguien cuando se necesita, o pedirla, Linda.

—Lo sé, pero… —no supo qué decir. ¿Qué tenía una imagen que dar? ¿Qué odiaba mostrarse vulnerable? ¿O que no se podía permitir que otros la vieran así? Quizá era solo que tras la ruptura con Asher le costaba confiar.

—Eres una de las mujeres más fuertes que conozco —le dijo—. Nadie que hubiera pasado por lo que tú lo has hecho en los últimos tiempos, seguiría en pie sin romperse a día de hoy. Pero, ¿sabes qué?, hasta el soldado más valiente y aguerrido, necesita un hombro sobre el que llorar de vez en cuando.

Linda le sostuvo la mirada durante un segundo, después la apartó, tragó saliva y bebió de la copa de vino. Decidió levantarse del sofá y acercarse al ventanal de la habitación, mirando la ciudad, de espaldas al marine. Un nudo se había instalado en su garganta y amenazaba con desbordarse a través de sus ojos en cualquier momento, algo que no iba a mostrarle a él. No podía reconocer que sus palabras la habían tocado. ¿O quizá solo era consecuencia de tomar alcohol antes de cenar?

Colt la miró, estaba de espaldas a él, pero la cada vez más tenue luz de la tarde hacía que su rostro se reflejara en el cristal. Pudo observar la expresión de la mujer. Se parecía demasiado a la del día en la que sus vacas murieron. Maldita fuera si quería causarle aquel

efecto, pero sí quería que tuviera claro un mensaje. Dejó la copa sobre la mesa y se dirigió hacia donde estaba Linda, colocándose detrás.

—¿Estás bien? —le dijo, atreviéndose a colocar una mano sobre el hombro de la mujer.

Linda notó la presencia de Colt tras ella, aquella masculinidad y seguridad que emanaba, la protección que representaba y su imponente presencia en el lugar.

—Sí —respondió, después de tragar saliva y de rogar que su voz sonase segura y firme, que nada hiciera vislumbrar que la había perturbado de alguna forma.

—Yo —Colt supo que Linda se esforzaba en mantener aquella capa de dureza frente a él y se atrevió a colocar su otra mano en el otro hombro de la mujer, para bajarlas por los brazos, hasta llegar a la cintura, rodearla con las manos y abrazarla levemente desde atrás mientras que le hablaba muy cerca del oído en un tono tranquilo —. Estoy aquí y seguiré estando a tu lado siempre que me necesites, pero quiero que me digas cuándo, porque odiaría invadir tu espacio sin tu permiso.

Después de aquello, Colt se retiró de ella y volvió hacia donde había dejado la copa, bebiendo el resto de la misma.

—Tomaré una ducha antes de bajar a cenar —le informó el hombre. Luego abandonó la habitación cruzando el salón y volvió hasta su propia estancia.

Linda se quedó observando la tarde en Houston. Los tonos rosas del atardecer creaban una preciosa e inolvidable escena ante ella. Cerró los ojos con fuerza y dos lágrimas escaparon de ellos, para ser limpiadas a continuación. Respiró hondo y tembló levemente, rememorando el abrazo del marine. Bebió el vino restante de su copa y se dijo que ella debería hacer lo mismo. Una ducha le devolvería la cordura y alejaría el alcohol ingerido y la nostalgia que la invadía.

CENA ELEGANTE

Colt no tenía demasiada ropa a su salida de los marines. No la necesitas cuando el tío Sam te provee de uniformes suficientes y no puedes hacer mucha vida fuera de la base o del barco en el que estás asignado. Por suerte había comprado algunas prendas en el propio Kingfisher después de su llegada al rancho. Aunque no habrían sido suficientes para un viaje como aquel o una cena en el prestigioso Toro Toro. Por suerte para él, lo que sí tenía era la misma talla que Jacob, el capataz del rancho Clayton, que no había dudado, sin pedírselo, en compartir con él un par de trajes elegantes, camisas y chaquetas para ese viaje. Eligió una camisa blanca con bordados negros, unos vaqueros negros, sus botas y una hebilla ancha. Cuando se sintió listo para bajar, tocó a la puerta que le comunicaba con la habitación de Linda.

—No he terminado —respondió la voz de la mujer al otro lado—. ¿Puedes esperarme abajo en el bar?

—Te esperaré aquí —dijo él.

—No, ve bajando, por favor. No me pasará nada desde aquí hasta el bar, te lo aseguro. ¡Gracias!

—De acuerdo —dijo de mala gana. Aunque, pensándolo bien, podría echar una ojeada y ver si había alguien que le pareciera sospechoso en el lugar. De resto, sabía que había cámaras de seguridad por doquier y un servicio de seguridad que a la más mínima sospecha intervendría. Era la ventaja de los hoteles como aquel.

***

—¡Te voy a matar! —dijo Linda a su amiga Scarlett de forma telefónica.

—Y eso, ¿por qué va a ser? —respondió de forma divertida la mujer.

—Has puesto en mi maleta el vestido que te dije el otro día que no pensaba ponerme.

—He puesto en tu maleta cosas que no habías estrenado, que sé que te quedan divinas y que, si no te sientes obligada, quedarán relegadas en tu armario hasta el día de tu muerte con cien años —se defendió.

—¡Te odio! —gruñó Linda.

—¿Dónde vais?

—A cenar a Toro Toro. La petrolera nos lo paga.

—¿Colt y tú?

—Sí —Linda se rindió y se sentó en la cama.

—Vale, ponte el vestido rojo.

—Es muy…

—Es muy Toro Toro. Te quedará genial. Hazte unas ondas en el pelo y píntate los labios de rojo. Creo que te puse unos tacones cómodos también. No vas a tener mejor oportunidad para estrenarlo.

Linda lo miró expuesto sobre la cama y suspiró. No le quedaban muchas más opciones. Maldita fuera si había confiado en su mejor amiga para aquella tarea de la maleta y se le había olvidado revisar lo que había colocado en su interior.

—De acuerdo —dijo Linda, rindiéndose.

—¡Pásalo bien con Colt! ¡Disfruta!

Colt se pidió un bourbon texano mientras esperaba a Linda y tenía que reconocer que era muy bueno. Se sentó en la barra y observó a las personas del lugar, todos parecían ocuparse de sus propios asuntos. Había un poco de todo, turistas, hombres y mujeres de negocios, alguna pareja que probablemente estaban casados, aunque no entre sí y algunos texanos que solo acudían al lugar a disfrutar de la gastronomía del sitio. Nada le pareció sospechoso a priori. Tomó un nuevo trago de su vaso y el bourbon le ardió en la garganta al ver a la mujer que acababa de aparecer en la puerta,

buscando a alguien. Su figura era rotunda, contundente, con unas curvas muy femeninas bien marcadas dentro de un vestido rojo ajustado y fruncido a ambos lados, que dejaba a la vista un más que generoso escote. Lo más impactante de ella era que ya se conocían, aunque nunca antes la había visto así.

—Estás jodido, Colt —se habló a sí mismo sin dejar de mirar a la mujer. La temperatura del lugar debió subir varios grados, o quizá era él quién había empezado a arder por dentro al verla —. Muy, muy jodido.

—¿Señor? —le preguntó el camarero, atento a sus necesidades.

—Nada. Gracias, muchacho —dijo Colt y dejó una propina sobre la barra, antes de ponerse de pie para hacerse visible. Las bebidas también estaban pagadas por Cimarron Oil.

—Perdona por tardar —le dijo Linda, mientras se sentía observada por el marine, algo que en principio la hizo sentir incómoda. No estaba segura con aquel vestido, ni entendía por qué lo había comprado tiempo atrás. Quizá a él tampoco le gustase.

—Creo que ha merecido la pena —respondió con una sonrisa que, denotaba cierto nerviosismo. La recorrió con la mirada sin disimulo, deteniéndose en sus labios rojos. Para cuando la volvió a mirar a los ojos, sus pupilas ya habían confesado lo que pensaba—. Estás preciosa.

—¿Tú crees? Se sale de mi estilo habitual —añadió, pasando las manos por los muslos, para alisarse el vestido, algo nerviosa, aún.

—Me encanta tu estilo no habitual —replicó él, ofreciéndole el brazo con un leve gesto de cabeza—. Ven.

Linda apoyó la mano en el antebrazo que el hombre le ofrecía. Era cálido y firme. Sus dedos temblaron levemente, Colt la estaba haciendo sentir especial. Casi no recordaba la última vez que había sucedido. Había sido con Charlie Sierra, en uno de sus últimos mails. Pero Colt no era un nombre tras una pantalla, sino que estaba allí, su imponente presencia se lo recordaba a cada momento. Era sólido y real, muy real. Algo que lo hacía también, muy peligroso.

—Me gusta tu camisa —le dijo Linda, mientras esperaban el primer plato. Colt la estaba poniendo nerviosa, porque no dejaba de

mirarla en silencio con una leve sonrisa, en su rostro y en sus ojos verdes, que se mostraban chispeantes.

—Sí —sonrió—. Me la ha prestado Jacob.

—¡Vaya con Jacob!

—Es un tipo con estilo. Puede que le pregunte dónde la compró.

—Nunca habría pensado que tuvierais la misma talla —dijo Linda. Y se dijo que eso era porque nunca se había fijado en Jacob como lo hacía con Colt. Y esa noche, se estaba fijando demasiado en él.

El marine la miró a los ojos, sonrió y tragó saliva. ¿Cómo demonios iba a salir vivo de allí esa noche? Ni en sus más de cuatro mil horas de vuelo en la US Navy había sentido el vértigo que sentía estando sentado frente a Linda en Toro Toro. ¡Maldita fuera! Fue consciente de que no había ido a Kingfisher a agradecerle nada. O no solo a eso, la mujer le gustaba más allá de lo que lo había hecho con su carta en Navidad, solo que él, siempre práctico, se dijo que no podía sucederle algo así, porque ya no era un adolescente. ¿En serio? Porque se estaba comportando como uno esa noche. No podía despegar la vista de ella. Solo esperaba que la comida llegase pronto para tratar de distraer sus sentidos.

—¡Colt! —lo llamó Linda.

Al parecer le había preguntado algo, solo que él no la había escuchado.

—Te preguntaba acerca del bourbon de Texas —dijo ella, frunciendo levemente el ceño, preguntándose qué le pasaba o por qué se había convertido en memo de repente.

—Con carácter y clase —dijo él.

—Suena bien, puede que tengamos que quedarnos a la degustación —sonrió Linda, pensando en que le vendría bien una copa de aquello, porque se le estaban acabando los temas y Colt parecía demasiado distraído esa noche. O era solo que la estaba mirando de una forma que… Que la aspasen si aquello que veía en aquellos perturbadores ojos verdes del marine no era otra cosa sino deseo. Hacía tanto tiempo que ningún hombre la miraba de esa manera que casi lo había olvidado. ¿Le gustaba sentirse deseada? Sí, maldición. Solo que, hasta hacía no mucho, había fantaseado con

que quien la mirase de aquella forma fuera Charlie Sierra. Linda bajó la mirada a su regazo y tocó los bordes de la servilleta, rogando una vez más que la cena llegara pronto.

La comida había aplacado en gran parte aquello que bullía entre ellos. Los sentidos de ambos se habían centrado en la experiencia culinaria del lugar y en los sabores que degustaron esa noche.

—Parece que quieren comprarme con comida —bromeó ella.

—Pues conmigo lo están consiguiendo. ¿Qué es lo que tengo que firmar? —dijo Colt y ambos rieron.

—Supongo que en los marines no se debe comer así.

—No se come mal, solo depende de dónde estés destinado —Colt la miró y lanzó una afirmación—. No creo que sea tu primera vez.

—¿Mi primera vez? —preguntó frunciendo el ceño. Esperaba que no hubiera creído lo que había dicho Celeste la primera noche que lo llevó a su casa.

—En un restaurante así —Colt pinchó un trozo de carne con el tenedor—. Supongo que tu exmarido y tu ibais a sitios elegantes, como este.

—A él le gusta vivir bien, sí. Y le gusta pavonearse delante de otros. Pero se lo puede permitir, su rancho es de cuatro secciones.

—Esos son muchos acres —convino Colt.

—Exactamente el doble.

—Supone mucho trabajo también.

—No para él, te lo aseguro.

—¿Es uno de esos que no se mancha de barro?

—Asher piensa que nació para ser rico. Es hijo único y siempre logró hacer lo que quiso con sus padres. Su madre falleció antes, pero su padre murió hará unos diez años. Desde entonces lo dirige él, con un puñado de hombres que sinceramente, no te los querrías cruzar a medianoche. Pero no lo verás curándole la herida a la pata de un caballo.

—Parece todo un dechado de virtudes.

—En efecto.

—¿Y sin embargo te casaste con él?

Linda lo miró, endureciendo el gesto. No se sentía orgullosa de aquello.

—Lo siento —volvió a hablar Colt, puede que hubiera ido demasiado lejos.

—No importa —dijo Linda, respirando hondo—. No es culpa tuya, fue mía. Podría decir que estaba en un momento difícil y sería cierto, pero la realidad es que fui estúpida. Sabía cómo era y su capacidad de manipular a las personas para lograr lo que quiere y, aun así, consiguió hacerlo conmigo. Hasta que desperté, gracias a Dios, a tiempo.

—¿Infiel? —preguntó, más por compromiso que por no saberlo. Sofía se lo había dicho.

—Eso solo fue la punta del iceberg. La realidad era que quería que uniéramos nuestros ranchos y meter mano a mis cuentas, que en ese momento eran mucho más saneadas que ahora. Es un cerdo codicioso que nunca parece tener suficiente. Supongo que su siguiente paso habría sido despedir a mi gente y poner en su lugar a los matones.

—Siento que hayas pasado por eso —le dijo sinceramente y se sintió preocupado por lo que le acababa de contar, que suponía que seguía siendo solo un resumen edulcorado de lo que realmente había vivido con él.

—Sí, yo también.

Colt la observó en silencio, Linda era una mujer fuerte y lo demostraba a cada paso, pero también llevaba cicatrices que alguien sin escrúpulos como Asher Granger le había dejado. Sintió el impulso de protegerla, incluso en contra de su voluntad en el futuro, y de asegurarse de que nunca volviera a pasar por algo así.

La cena terminó de forma agradable y más relajada que como había comenzado, a pesar de que había algún tipo de tensión que fluía entre ellos desde esa tarde, desde que Colt se había acercado a ella y la había abrazado desde atrás mientras observaba el atardecer en Houston a través de los grandes ventanales de la habitación.

—¿Qué te parece si damos un paseo hasta que comience la cata? —le propuso Colt, mirándole los tacones—. Solo si te ves

capaz.

—Son cómodos, Scarlett se cercioró de ello.

—¡Vaya! Veo que no soy el único al que lo visten sus amigos.

Linda rio con la ocurrencia del marine y este sonrió antes de ofrecerle el brazo de nuevo para salir al exterior. Ella lo tomó y el frescor de una noche de primavera les dio la bienvenida. Colt se apresuró a quitarse la chaqueta y ponerla sobre los hombros de Linda.

—Gracias —dijo ella, aunque había estado tentada a responder que no era del tipo de chica débil que no puede soportar un poco de primaveral brisa nocturna. Pero, solo para variar, se dijo que quizá debía bajar un poco la guardia y dejarse cuidar. No estaba en el rancho y, al menos por esa noche, no tenía que demostrarle nada a nadie. Colt no trataba de invadir su espacio, solo estaba siendo amable.

—También es de Jacob —dijo Colt y Linda sonrió.

—El vestido es mío, pero Scarlett lleva un tiempo queriendo que lo use. Incluso la otra noche para cenar en el rancho.

—¿La noche en la que llevabas una blusa negra algo más desabrochada de lo normal? —preguntó Colt y Linda se detuvo a mirarlo, frunciendo el ceño. El marine le mantuvo la mirada, pensando si había llegado demasiado lejos. La mujer sonrió y le dio un puñetazo en el hombro antes de seguir caminando.

—¿Te fijaste? —dijo, sintiendo que se había ruborizado.

—Soy un marine que…

—¡Dios! No acabes esa frase —Linda cerró los ojos, pensando que lo siguiente que diría era que hacía meses que no estaba con una mujer.

Colt lanzó una carcajada, sabiendo lo que estaba pensando Linda.

—Me fijo en los detalles. ¿Qué creías?

—No sé qué es lo que creía —dijo ella, ruborizándose claramente. Agradeció que era de noche y la luz de las farolas era tenue.

—No era tu estilo. Me di cuenta enseguida. Pero tampoco me voy a quejar. Felicitaré a Scarlett por este vestido, porque estás

preciosa esta noche. Y es algo difícil de conseguir.

—¡¡Eh!! —Linda se detuvo de nuevo y lo volvió a mirar con el ceño fruncido mientras que Colt se reía una vez más. ¿La estaba llamando adefesio?

—Es algo difícil de conseguir porque estás preciosa hasta cuando acabas de atender el parto de una vaca después de un largo día de trabajo —le dijo, con una sonrisa mientras que ahora sí, veía cómo comenzaba a sonreír y se ruborizaba en una calle cualquiera de Houston—. No dejas que termine y te escandalizas.

Continuaron caminando en silencio por la avenida, el uno al lado del otro.

—Creo que no me relajaba tanto desde… —Linda respiró hondo pensando en ello—, hace años.

—Me temo que es lo que pretenden los de Cimarron Oil antes de la reunión.

—Sí, lo sé. Y hasta casi que se lo agradezco. Necesitaba un respiro.

—Ya, yo también —rememoró Colt, sabiendo que él también tenía heridas, por las que aún sangraba, especialmente cuando aparecían la mayor parte de las noches en forma de pesadillas. A lo largo de la velada ni se había acordado de su amigo Austin, hasta ese momento. La culpa, el dolor, la tristeza… todo parecía disiparse cuando Linda estaba cerca. Se sorprendió a sí mismo, pensando que quizá no solo había ido a Kingfisher a darle las gracias. Tal vez, en el fondo, había ido a buscar un motivo para quedarse.

A pesar de que se celebraba bastante tarde en el bar del hotel, la cata de bourbon texano estaba más que concurrida. Tomaron asiento en una de las mesas y se dejaron llevar a través de la historia de la famosa bebida texana y les sirvieron uno de ellos, haciéndoles paladear cada una de las notas: miel, roble, especias…

—Este tiene carácter, como tú —le dijo Colt, en la tercera copa de degustación. Linda sonrió y lo miró a los ojos, probándolo por sí misma, apreciando notas de caramelo, se dijo que tenía un fondo dulzón que le gustaba.

—Señores —un camarero apareció ante ellos mostrando una botella—. Por cortesía de la casa, hemos dado la orden de subirles una botella de nuestro bourbon exclusivo, para que puedan disfrutarlo durante su estancia. Creo que encontrarán agradables sus notas de chocolate, cereza y canela.

—Si es un sueño no me despiertes —bromeó Linda hacia Colt, después de agradecerle al camarero el detalle.

—Te lo mereces —dijo él.

—Creo que también me merezco un descanso. Ha sido un día largo y… muy intenso —dijo, sonriendo con picardía, consciente de que el marine entendería aquellas palabras.

¿CHARLIE O COLT?

Subieron acompañados de otros huéspedes hasta el piso quince, eran los únicos en aquella planta.

Linda salió del ascensor y se recostó en una de las paredes para deshacerse de los zapatos de tacón. Eran cómodos, aunque quizá no tanto. Emitió un gemido de satisfacción al pisar la mullida alfombra del Four Seasons.

—¿Necesitas ayuda? —dijo Colt, colocándose frente a ella, dispuesto a llevar sus zapatos si era necesario.

—No, gracias —Linda sonrió y miró los ojos verdes del marine que ahora tenían las pupilas algo más dilatadas de lo habitual. ¿El bourbon, quizá? ¿O puede que… algo más?

Alargó la mano para quitarle un hilo negro del cuello de la camisa y le rozó la piel con los dedos. Colt se la atrapó rápidamente con la suya, el tacto de la mujer le había quemado. Ambos se miraron a los ojos y él le acarició la mano, para después llevársela a los labios y besarle los dedos sin dejar de mirarla. Los zapatos de Linda cayeron en un sonido sordo a la moqueta desde su otra mano y se pegó instintivamente a la pared un poco más. Colt también se acercó unos centímetros más hacia ella y lentamente le comenzó a acariciar la mejilla con el dorso de los dedos. La respiración de la mujer se hizo más errática, acelerándose. El marine la estaba quemando con solo dos dedos sobre su rostro. Bajó la mano y deslizó los dedos suavemente por el cuello de la mujer, erizándole la piel a su paso. El hombre sonrió, sabía que ella sentía al igual que él. Apoyó una mano en la pared al lado de su cabeza y la cercó aún

más para sí mismo. Tragó saliva y le acarició la barbilla y el contorno de los labios con el dedo pulgar. Ella los entreabrió en un suspiro que supo se le había escapado y se dijo que podría jurar que escuchaba el palpitar acelerado del corazón del marine, a menos que fuera el suyo propio. Colt acercó el rostro al de ella y sus alientos dulces con aroma a bourbon texano se entremezclaron. La nariz de Colt jugó con la de Linda, que cerró los ojos, rindiéndose a lo inevitable. Lo deseaba, ambos lo hacían y aquel juego de seducción los estaba quemando por dentro, él se dijo que solo bastaría un segundo más y arderían en llamas.

—Charlie —dijo Linda en un susurro inconsciente.

Colt quedó petrificado y abrió mucho los ojos, sorprendido. ¿Había dicho Charlie? ¿Ella sabía que él…? ¿O había… otro?

Los ojos de Linda se abrieron con la misma sorpresa. Supo que se ruborizó de la cabeza a los pies al instante, siendo consciente de que algo en su interior le había jugado una mala pasada y de que, en vez de susurrar el nombre de Colt, había nombrado al otro marine. Lo miró, sintiéndose arrepentida. Colt estaba… desencajado, probablemente se estaba preguntando quién diablos era aquel tío que en un momento como ese salía de sus labios.

—¿Qué? —preguntó Colt, desde unos centímetros más atrás, aún con los ojos sobre ella y la mano apoyada en la pared, aprisionándola en cierta forma, esperando una explicación que tardaba en llegar.

—Creo que… hemos bebido demasiado, ¿no?

Linda trató de sonreír de forma nerviosa, quitándole hierro al asunto, pero lo cierto era que le había dicho Charlie a Colt. A los hombres no les solía gustar que se acordasen de otro en un momento como aquel.

—Sí, claro —convino Colt, retirando la mano de la pared y separándose de ella, como si el golpe recibido hubiera sido físico. Se agachó, recogió los zapatos de la mujer y se los dio sin dejar de observarla. Ella no sabía que él era Charlie Sierra, ¿verdad? No, no podía saberlo.

—Gracias —respondió Linda, caminando hasta la puerta de la habitación. Cuando se giró, Colt estaba detrás de ella, con un gesto

confuso—. Me lo he pasado muy bien, de verdad, Colt.

El marine subió una ceja. ¡Vaya, ahora sí que recordaba su nombre!

—Sí, yo también —le dijo, sintiéndose estúpido. Ella nunca le había hablado de ningún Charlie y estaba claro que había uno.

—Hasta mañana, ¿vale? —dijo ella, pasando la tarjeta por el lector de la puerta de la habitación, que se desbloqueó.

—Hasta mañana, Linda —respondió él, antes de que se cerrase detrás de ella.

Colt cerró los ojos con fuerza y se pasó una mano por el cabello, frustrado. ¿Qué demonios había pasado y qué demonios le estaba sucediendo con aquella mujer? Probablemente una ducha muy fría le despejase las ideas antes de dormir.

Linda se apoyó tras la puerta de la habitación una vez esta se cerró.

—Eres gilipollas, Linda. ¿En qué demonios estabas pensando? —se recriminó en voz baja, con la espalda pegada a la madera.

No lo sabía. O tal vez sí. Había pensado en Charlie más veces de las que estaba dispuesta a admitir, ni siquiera a Scarlett. Había fantaseado con él, con cómo sería tenerlo cerca o cómo la tocaría… Y ahora Colt, con sus caricias, su aliento a bourbon y sus ojos verdes, llegaba para confundirla aún más.

Charlie o Colt.

La maldita cuestión.

***

Colt no podía quitarse de la cabeza lo sucedido esa noche con Linda, sabía que Morfeo se le había escapado. Pensó en la botella de bourbon que habían llevado al salón intermedio de la habitación. Quizá otra copa lo ayudase a dormir. O al menos a pensar en qué pasaría al día siguiente con Linda o en cómo podrían ser las cosas en adelante con ella. La deseaba y era un hecho que no iba a negarse a esas alturas, sin embargo, ella… le pareció ver señales claras, pero la realidad era que pensaba en otro hombre.

Ni siquiera se atrevió a encender la luz, la tenue iluminación de la noche de Houston al otro lado del ventanal era más que suficiente para disfrutar de una copa de bourbon mientras reflexionaba. Se

sentó con el vaso en la mano, mirando hacia el skyline de la ciudad y tomó el primer sorbo del mismo, respirando hondo. Era un bourbon de gran calidad.

No demasiado tiempo después, la puerta que conectaba la habitación de Linda con el salón se abrió y su figura entró en el lugar. Por fortuna no había reparado en su presencia, no al menos de momento.

La mujer se dirigió al carrito de las bebidas y buscó la botella de bourbon que sabía que les habían subido, pero no la halló. Colt sonrió a pesar de la situación.

—¿Buscas el bourbon? —le preguntó la voz de Colt, rompiendo el silencio de la habitación.

Linda se sobresaltó y las bebidas del carrito, así como los vasos, tintinearon al chocarse con ellos.

—Sí —dijo, escueta, como si nada hubiera pasado, pero con el corazón en la boca.

—Trae un vaso —ordenó él, mientras que subía la botella, para que ella viera su figura, a pesar de la oscuridad reinante.

Linda le hizo caso y cogió uno de los vasos, acercándose a él. Se lo tendió, él lo tomó, rozándole los dedos y quemándose con ellos una vez más. ¿Qué demonios iba a hacer con ella?

Le sirvió bourbon y le pasó el vaso de nuevo, mientras que la mujer permanecía de pie a su lado, tratando de decidir qué hacer a continuación o qué decir.

—Siéntate conmigo —la invitó Colt.

—¿No te importa? —preguntó ella.

—Disfruta de la vista —dijo y Linda no supo si se refería a la ciudad o si a él, a pesar de lo tenue del interior del salón. Cuando el hombre dirigió su mirada hacia el ventanal, supo que se había referido a lo primero. No había previsto hacerle daño y, probablemente, lo había hecho. Colt no lo había merecido, no después de cómo se había portado con ella.

Linda tomó asiento en el otro sillón y miró en silencio al marine.

—Siento lo de hace un rato —se disculpó ella.

—Podría decirte que no tiene importancia, pero sabrías que miento. Mañana… hagamos como si nada hubiera pasado, ¿de

acuerdo? No sé hacerlo de otra manera.

Colt estaba dolido, Linda lo sabía. Guardó silencio mientras disfrutaba del bourbon y miraba la ciudad, al igual que él lo hacía.

—¿Quién es Charlie? —preguntó Colt al fin, incapaz de contenerse.

—Es una tontería —respondió ella, bajando la mirada.

—No consideraría una tontería besar a alguien pensando en otro tipo —replicó él.

—No te he besado —corrigió Linda.

Colt se recolocó en el sillón, molesto. Tenía razón, no se habían besado, pero el juego de seducción había estado presente entre ambos desde que había comenzado la velada.

—Y Charlie no es una tontería —aseguró él, sintiendo una punzada de dolor en el pecho.

—Creerás que soy estúpida, pero puede que ya no importe si lo haces —suspiró Linda—. Scarlett me habló del programa Soldiers' Angel. ¿Lo conoces?

Colt cerró los ojos, aliviado. El dolor del pecho se convirtió en otra cosa más cálida que se instaló en su estómago.

—He oído hablar de él —dijo.

—Hice unas galletas de jengibre y le escribí una carta a un desconocido. La idea era animar a uno de nuestros soldados que están al otro lado del mundo, especialmente si están pasando por un momento complicado. Se supone que ahí quedaría todo, una carta, unas galletas y ánimo para el marine, pero puse mi e-mail y él me respondió.

—Él es Charlie, ¿no? —preguntó Colt, aunque ya lo sabía.

—Sí. Y aquella respuesta se convirtió en muchas más por parte de los dos a lo largo de los meses.

—Entiendo.

Linda se levantó del sillón y se acercó al ventanal, para ver la ciudad aún más de cerca, a sus pies.

—Creo que… él me ayudó también a mí de alguna forma. Después de lo de Asher… Pienso que fue el primer hombre en el que volví a confiar. Puede que lo sienta como algo seguro, no lo sé. Scarlett cree que tiene cinco hijos y está casado. Que esto solo es

un juego para él y que yo le he dado más importancia de la que tiene.

—¿Y tú qué crees? —preguntó él.

Linda lo pensó durante unos largos instantes.

—Yo no lo creo, no creo que sea un juego. Hay cosas… cosas de las que hemos hablado en estos meses, con las que nadie puede jugar.

—¿Habéis hablado de vosotros? ¿De un futuro?

—No —Linda suspiró y se enfureció consigo misma a continuación—. Suena patético, ¿a que sí? Puede que solo tenga miedo a… no sé. Puede que solo me aferre a él para evitar equivocarme de nuevo.

—Venga, Linda, no seas tan dura contigo misma —Colt se levantó del sillón y se acercó hasta ella.

Quería consolarla por más de un motivo ahora. Era el culpable de todo aquel remolino de emociones que sentía la mujer. Pero a la vez todo se había complicado demasiado. Ya no podía decirle «Ey, Linda, ¿sabes qué? Resulta que yo soy Charlie». Sabía que se pondría furiosa. Y, llegados a aquel punto, tampoco podía hacer como que Charlie no existía y pasar página, porque ella no lo olvidaría. Por segunda vez esa noche, supo que estaba jodido y ahora, además, no sabía cómo iba a solucionar todo el embrollo en el que se había metido él solito. Solo había una cosa que lo consolaba y era el saber que, para Linda, Charlie era tan importante como ella para él, incluso antes de haberla conocido en persona. Algo que también se había negado durante algún tiempo, mientras intercambiaban mensajes. Pensó en acariciarla, pero se dijo que en ese momento no era una buena idea, porque ella podría malinterpretarlo.

—Buenas noches, Colt —dijo Linda, echando una última ojeada al skyline de Houston antes de dejar el vaso en la mesita que se encontraba entre los dos sillones del salón.

—Buenas noches —dijo, esbozando una suave sonrisa que tranquilizó a la mujer, para quedar de pie, mirando la inmensidad de la ciudad en sus horas más silenciosas. Tenía mucho en lo que pensar.

Linda abandonó la estancia y se dijo que después de aquella noche, entraba en lo posible que Colt desapareciera a la mañana siguiente.

CIMARRON OIL

Linda estaba nerviosa ya que, en unos pocos minutos, se celebraría la reunión con Cimarron Oil. Pensó que se llevaría a cabo en el salón al que comunicaba su dormitorio, pero a última hora de la tarde anterior le habían enviado un mensaje para citarla en uno de los salones privados del Four Seasons. Se había vestido para la ocasión; pantalón beige y camisa blanca con unos tacones bajos del mismo tono. No debía darles la imagen de que se lo tomaba demasiado formal, pero tampoco que no los tomaba en serio.

Rogaba que su mente estuviera centrada para escuchar la propuesta que le harían, porque no había visto a Colt esa mañana. Había desayunado sola en el comedor del hotel. Ni siquiera tuvo el valor de tocar a su puerta para saber si realmente su «escolta» se había ido después de lo de la noche anterior. Prefería pensar que aún estaba en su habitación, dormido o quizá borracho si se había tomado toda la botella de bourbon él solo. Ya tendría tiempo para enfrentarse a esa realidad y comenzar a cuidarse las espaldas sola en adelante, como casi siempre había hecho. Pero ahora, su mente solo debía estar en Cimarron Oil y su propuesta. El rancho Clayton dependía de aquello, más de lo que estaba dispuesta a admitirles.

Un camarero entró con un carrito con café, té y unas pastas. ¡Vaya! Todo seguía estando pensado al milímetro.

—¿Desea algo más, señora?

—No, gracias. Todo está bien.

El camarero se despidió, Linda miró el reloj y tamborileó con sus dedos sobre la mesa. Aún faltaban unos minutos.

—Si te ven hacer eso pensarán que estás nerviosa —dijo una voz conocida a su espalda.

Linda se giró y lo vio de pie junto a la puerta, sonriéndole. ¿Era una alucinación de su mente? ¿O de verdad era él?

—¡Colt! —exclamó, sintiendo un vuelco dentro de su pecho. El hombre sonrió.

—¿Por qué demonios no me has despertado? —se quejó el recién llegado.

—Yo… —Linda lo miró. Aún tenía el cabello húmedo, suponía que había tomado una rápida ducha, pero sus ojos lucían algo soñolientos. ¡Solo había estado durmiendo! —. No lo sé.

—Solo he venido a desearte suerte.

—Gracias —respondió, pensando que si se había quedado era solo para despedirse. Al menos era un detalle por su parte.

—Estaré fuera y después, —la señaló con un dedo y le guiñó un ojo— me debes un desayuno.

Linda sonrió, no era una despedida.

—Quédate conmigo —le pidió y se corrigió—. En la reunión.

—¿Estás segura? —Colt alzó una ceja.

—Sí, por favor. Sé que vendrán al menos tres ejecutivos, daré una imagen más compacta si por mi lado somos dos.

—De acuerdo —dijo Colt y dio unos pasos hacia delante para colocarse cerca de la mujer.

El olor de la amaderada fragancia de la colonia de Colt mezclada con el frescor del gel de ducha, aún presente en él, llegó a las fosas nasales de Linda y la complació, dándole una extraña sensación de compañía y seguridad. Esa mañana el marine había optado por vestir un traje de chaqueta cruzado de tonos claros.

—Si ves que me pongo nerviosa o me equivoco, puedes intervenir libremente —le pidió en voz baja.

—No hará falta. Vas a estar genial, como siempre —respondió, con una mirada firme sobre ella.

—Solo por si acaso.

—Sí, señora —le dijo, con una sonrisa que ella le correspondió.

Linda volvió a mirar el reloj, impaciente, antes de observar intensamente a Colt. Podía haberse ido y no lo había hecho, ni

siquiera se mostraba enfadado o molesto, simplemente y como le había dicho la noche anterior, olvidaría lo que había pasado, porque no sabía hacerlo de otra forma.

—Pensaba que te habías ido —le confesó.

Colt sonrió con un brillo peligroso en sus ojos verdes.

—Los marines no abandonamos —y sonó a promesa. Linda tragó saliva justo cuando la puerta de la sala de reuniones se abrió.

Tal como había previsto, tres ejecutivos entraron en la sala y se presentaron: El CEO de la compañía, el ingeniero jefe y una abogada corporativa. Linda sintió que había hecho lo correcto pidiéndole a Colt que se quedase. Si algo bueno había aprendido de Asher era que la imagen que se da es parte importante en el negocio. Un camarero entró acto seguido y sirvió las bebidas calientes mientras que se sucedían las presentaciones y unas preguntas de cortesía acerca de la estancia en el Four Seasons. Cuando el camarero abandonó la sala, el CEO hizo una breve introducción más que medida y fue al grano:

—Linda, entendemos que si ha tardado tanto en aceptar esta reunión es porque usted ama su tierra, porque tiene una historia de generaciones en su familia. Lo primero que queremos decirle es que nosotros no queremos destruirla, queremos honrarla, al igual que usted —dijo Sterling Hayes, el CEO de Cimarron Oil.

—No creo que honrarla sea hacer fracking, algo que destruye los acuíferos subterráneos —dijo Linda, sabiendo que era lo que habían hecho en algunos ranchos de la zona.

—No es lo que le propondremos —el hombre sonrió—. Creo que debemos ir al grano. Lo que queremos es reactivar los pozos de petróleo antiguos. Y usted tiene dos en su propiedad.

El ingeniero sacó los planos, los colocó sobre la mesa y le señaló el lugar a Linda, reconociéndolo al instante. Ella no llegó a conocer a su abuelo, había enloquecido al secarse los pozos y murió no mucho después, pero su padre le había hablado de todo aquello.

—Están secos —les dijo.

—Para la tecnología de hace cincuenta años, sí. Para la nuestra actual no —el CEO sonrió.

—Haremos un estudio geológico y si sale positivo, algo en lo que realmente confiamos, perforaremos a más profundidad y cambiaremos las tuberías. Tenemos unas nuevas técnicas con cero derrames y cero impacto visual para lograrlo —añadió el ingeniero.

—Hablemos ahora de dinero —terció el CEO—. Sabemos que la situación para los rancheros este año no es buena y deseamos ser justos y ayudarles, en este caso a usted. Solo por el estudio geológico le daremos cien mil dólares. Quiero que vea que confiamos en que hay petróleo en el lugar.

—Si hubiera petróleo —continuó la abogada—, sus beneficios netos podrían alcanzar el medio millón de dólares anuales. Si encontráramos una buena bolsa de crudo puede que fuera algo más.

—¿Y si no lo hay? —preguntó Linda.

—Usted se quedaría los cien mil —dijo la otra mujer—. Por las molestias.

—Y dejaríamos el terreno tal como lo hubiéramos encontrado —añadió el ingeniero.

—Lo firmaríamos en contrato —puntualizó la abogada—. En caso de encontrar petróleo habría un monitoreo ambiental para asegurar que el agua y el pasto no sufren ninguna alteración durante su extracción.

—Eso sí sigue queriendo criar animales o cultivos —Sterling sonrió de forma brillante—. Con los beneficios petroleros puede tener una vida más cómoda sin estar pendiente de si llueve, cae granizo o si alguien sabotea a sus vacas.

Linda frunció el ceño con suspicacia. No era normal que Sterling supiera tanto.

—Sí, suelo estar informado de todo lo que ocurre en la zona en la que quiero trabajar. Lo lamento, por cierto. Este mundo se ha vuelto un lugar complicado —volvió a hablar el CEO, haciendo un gesto de desagrado.

—Podríamos hablar sobre el contrato la semana que viene —dijo la abogada, siendo directa.

—No queremos que se precipite y no jugamos así —dijo Sterling Hayes mientras se levantaba del asiento para abrocharse la

chaqueta y lanzó una breve mirada hacia Colt—. Por eso creo que debe hablarlo tranquilamente con sus personas de confianza.

—Sí, lo agradezco —Linda también se levantó y el resto los imitaron.

—Solo quiero que piense en una cosa y esa es en lo que Cimarron Oil puede mejorar su vida. En todo lo que usted se merece y en lo que se podría permitir al fin.

El hombre le tendió la mano y ella la estrechó. Después, fueron saludados con una sonrisa y un gesto de cabeza por los otros dos integrantes. Los peces gordos de Cimarron Oil abandonaron la sala de reuniones.

—Ha sido… rápido —dijo Linda, mirando hacia la puerta.

—Estos tipos de las petroleras van directos al grano —convino Colt, con el ceño fruncido, tratando de hacerse una idea de todo lo que había sucedido allí y de las reacciones del CEO.

—Sin embargo, pagan un avión privado y dos noches en un hotel como este. Para mostrarme lo que podría tener si acepto su oferta.

—Es una buena estrategia si lo piensas —dijo Colt.

—Es muy buena, sí.

Linda pensó en el comentario acerca de lo que les había ocurrido a sus vacas. ¿En serio aquel tipo solo hacía su trabajo o lanzaba una advertencia velada de cara al futuro? O peor aún, ¿habían sido ellos los causantes del hecho?

DECISIONES COMPLICADAS

Linda disfrutaba de una copa de bourbon en el salón intermedio de las habitaciones, y, como la noche anterior, en penumbra. Solo que, en esta ocasión sí que estaba lo suficientemente relajada para saborear las notas a chocolate, cereza y canela de la bebida. El día fue más tranquilo una vez aconteció la reunión con Cimarron Oil. El lujo había vuelto a hacer acto de presencia y la cena volvió a ser exquisita. Se habían retirado temprano y en la soledad de la habitación había disfrutado de un relajado baño de espuma, algo que no se solía permitir hacer en el rancho. El camisón de nuevo no era de su estilo, de color rojo, sexi y corto. Había sido otra de aquellas cosas que había comprado y ni siquiera había estrenado, que su amiga había tenido a bien colocar en la maleta. Y se dio cuenta que no le importaba, desde el día anterior se sentía más sexi y capaz de ponerse algo como aquello, mirarse al espejo y sentirse cómoda. Colocó un puf delante de uno de los sillones para colocar las piernas en alto y cruzar una de ellas, se arrellanó en el asiento y descansó la cabeza. Miró hacia el skyline de Houston y a su mano con el vaso de bourbon Garrison Brothers, después echó una ojeada a la mesa intermedia donde descansaba la botella del mismo. Quedaba al menos la mitad del contenido en ella. ¿Sería muy inconveniente llevársela a casa? Mmmm, probablemente no debería hacerlo. La gente con clase no hacía ese tipo de cosas. Y ella estaba jugando a ser uno de ellos. Sterling Hayes había sembrado la semilla en ella y el muy cabrón lo sabía, por eso le había ofrecido todo aquel despliegue de lujo en las últimas cuarenta y ocho horas de su vida.

Solo que, en menos de doce, la magia se desvanecería y la vida de rica de los últimos dos días terminaría en un instante.

La puerta interior que conectaba con la habitación de Colt se abrió y el hombre apareció vestido solo con un pantalón de pijama y el torso al descubierto. Linda se fijó en el brazo en el que lo habían herido, ya no lucía ningún vendaje y se alegró de que cicatrizase tan bien.

—¿Un bourbon? —preguntó Linda, haciéndose presente en la penumbra.

Colt se sobresaltó en cierta medida, no había esperado que ella estuviera allí, ya que había expresado su deseo de tomar un largo baño y había supuesto que dormía a esas alturas. Aun así, ajustó la visión a la penumbra y pudo observarla estirada en uno de los sillones con un puf debajo de las piernas.

—Creo que nos gusta demasiado esta mierda —bromeó Colt, sabiendo que a ella también.

—Es el sabor del lujo. Trae un vaso y disfruta de la vista.

Colt sonrió y sacudió la cabeza, recordando que la noche anterior habían tenido una conversación similar, pero muy diferente a la vez. Fue hasta el carrito de las bebidas y tomó un vaso, lo dejó al pie de la botella y se dispuso a servir el ambarino líquido. Al acercarse, la vio con un camisón rojo, corto y sugerente. Sabía que no lo había elegido ella. Se le secó la boca de golpe. Sacudió la cabeza, tratando de quitarse la imagen de la mujer de la mente y de centrarse en el bourbon. Luego se dejó caer en el otro sillón y bebió.

—Puede que debamos comprar una botella de esto antes de irnos —dijo Colt, disfrutando más esa noche de la bebida.

—¿A doscientos pavos la unidad? —Linda lanzó una carcajada—. No lo creo, cariño.

—Si estuviera Sterling Hayes aquí te diría que si aceptas su oferta podrías tener todas las botellas de esto que quisieras —le dijo Colt.

—Los tipos como él saben cómo hacerte sentir pobre.

—¿Te sientes así? —quiso saber Colt.

—A ratos —Linda se encogió de hombros—. Pero solo porque ellos quieren hacerme sentir así.

—Ese tipo no sabe que la verdadera riqueza no reside en el dinero —añadió Colt.

—¡Correcto! —le agradeció Linda, subiendo el vaso hacia él en un brindis silencioso—. Puede que yo no tenga mucho de eso que a él le sobra, pero ¿sabes qué? cuando monto sobre Misty y doy un paseo por el rancho que ha sido de mi familia durante generaciones, te aseguro que soy más rica de lo que él puede llegar a ser, por mucho champán y bourbon que pueda tener en su casa.

Colt sonrió con la respuesta de Linda, le gustaba.

—¿Sabes ya qué le vas a decir? —le preguntó.

—No tengo la más mínima idea —dijo Linda, siendo completamente sincera—. Me temo que va a ser una semana muy larga.

—La afrontaremos —dijo y bebió de su vaso.

Linda lo miró. Aquel plural natural donde se incluía a sí mismo en su semana, le gustaba. No parecía que Colt fuera de los que salen corriendo o de los que se rinden fácilmente.

La mirada de Colt también se posó sobre ella, primero sobre su rostro y luego, descaradamente durante un instante sobre sus piernas desnudas por el corto camisón. Una sonrisa traviesa apareció en sus labios, antes de volver la vista a su propia copa. Era más seguro.

VUELTA A LA RUTINA

Linda agradeció que el regreso a Kingfisher fuera tranquilo y que Jacob no tuviera ninguna mala noticia para ella. Travis se recuperaba de sus magulladuras. El capataz los recogió en el aeropuerto y los condujo al rancho. Al bajar del vehículo y pisar la grava del camino, Linda sintió que el rancho la recibía con una mezcla de paz y responsabilidad. Aquella tierra era suya, árida en ocasiones, como ella misma, y muy distinta al falso brillo de Houston. Lucharía por su hogar.

***

—¿Y bien? —Scarlett apareció con una sonrisa en la habitación de Linda al final de la tarde—. ¿Cómo ha ido todo por Houston?

—Hola a ti también —dijo Linda mientras se secaba el cabello con una toalla.

—Sí, hola y eso —Scarlett tomó asiento en uno de los sillones, impaciente—. Cuéntame.

—Quieren reactivar los pozos de petróleo del abuelo.

—¿Eso se puede hacer?

—Parece ser que lo están haciendo en otros sitios y con buenos resultados. Perforan a más profundidad, hay otras técnicas.

—Es una buena noticia. Les habrás dicho que sí.

—No. Pensaré en ello durante esta semana.

—¿Y qué demonios tienes que pensar? Eso es un sí sin ambages, Linda.

—Tengo que pensar en mis vacas y mis cultivos, en los acres que se estropearían en la zona de los viejos pozos. Necesitan entrar por

algún lado, ¿sabes? Y gracias a que están cerca del flanco norte y sería algo más limitado el impacto.

—¿Estás pensando en desestimar la oferta? —Scarlett no podía creer lo que escuchaba de los labios de su amiga.

—Estoy pensando en lo más conveniente para mi rancho.

—Lo más conveniente para tu rancho y para ti es que pueda sobrevivir. Y no creo que la oferta económica sea desdeñable.

Linda suspiró y se dirigió hacia el armario para elegir ropa para bajar a cenar.

—No, no lo es. Es una buena oferta. Pero no todo en la vida es el dinero, ¿sabes?

—Pero ayuda, más en estos tiempos. Linda, mi compañía prevé pagar unas indemnizaciones récord con esta sequía, lo sabes. Coge el dinero y corre.

—¿Y si me vuelvo loca? Como el abuelo Clayton —recordó a su abuelo, pionero en el asunto de los pozos de petróleo en el rancho. Hasta que se secaron.

—El abuelo Clayton vivía en otra época y quién sabe qué otros problemas podía tener. Eres una mujer con los pies en la tierra, no te va a suceder lo que a él.

Linda colocó la ropa sobre la cama y entró en el baño para secarse el cabello. Scarlett la siguió y observó mientras se daba aire caliente con el secador.

—¿Qué tal con Colt? —preguntó, apoyada en el quicio de la puerta mientras que su amiga se cepillaba una vez más la melena.

—Bien, me acompañó en la reunión.

—Me refiero a… —se cruzó de brazos, esperando un buen chisme—, bueno, habéis ido a cenar, te pusiste el vestido rojo, porque me llamaste para quejarte.

—La comida es deliciosa en Toro Toro, el restaurante del Four Seasons. Te lo recomiendo.

—La comida estaba bien, de acuerdo, ¿y el marine?

—Él llevaba ropa de Jacob, se la prestó. Deben tener la misma talla.

—Jacob siempre ha estado muy bueno —reconoció Scarlett.

—¡Scarly! —se quejó Linda, a pesar de que no era la primera vez que su amiga le decía tal cosa.

—¿Qué? Jacob está muy bueno, Linda. Si él quisiera, yo me lo llevaría a la…

—No necesito esa imagen en mi mente —la detuvo antes de ponerse crema facial.

—De acuerdo —rio—. Pues cuéntame qué tal han ido las cosas con el marine.

—Hemos charlado, hemos tomado bourbon muy caro, hemos comido en un restaurante muy caro y hemos disfrutado del hotel y del entorno.

—¿Y no ha pasado nada con él? —se sorprendió Scarlett—. Os he visto hace un rato ahí abajo, no te mira como lo hacía antes de ir a Houston.

—¿Y cómo me mira?

—Le gustas, más que antes.

Linda emitió una carcajada y salió del baño, pasando por el lado de su amiga.

—Tienes una gran imaginación, Scarly.

—Y tú siempre has sido muy mala mentirosa.

Linda observó a su amiga, ¿para qué engañarse? Quería contárselo, pero no quería que la juzgase por lo que había pasado.

—De acuerdo. Pasó algo —admitió.

—Te lo has tirado.

—No es eso.

—Desembucha —Scarlett se sentó en los pies de la cama mientras que su amiga se vestía.

—Estuvimos tonteando, porque bebimos demasiado en Toro Toro.

—Define tonteo.

—Casi nos besamos —dijo Linda, girándose de espaldas a su amiga para buscar el reloj que había dejado sobre la mesa. Aquella casi caricia de los labios de Colt le quemaba en la memoria como si hubiera sido un beso real.

—¿Casi? ¿Y eso es todo? ¿En serio?

—Bueno, es un paso para mí, después de lo de Asher.

—Lo de Asher pasó hace tiempo. ¿Por qué fue un «casi»?

—Porque… no sé, en el último momento lo llamé Charlie —dijo, avergonzada consigo misma.

—¡No! —Scarlett abrió mucho los ojos y la boca.

—Sí —Linda se encogió de hombros.

—¡Dios, Linda! —Scarlett se llevó la mano a la cabeza, aún en shock.

—No sé por qué sucedió.

—Te torpedeas a ti misma. ¿Tienes a un tío macizo como Colt a punto de besarte y no se te ocurre otra cosa que llamarlo por el nombre de otro?

—Ya te he dicho que no sé qué se me pasó por la cabeza.

—El miedo. A que sea como Asher —aseguró.

—No fue de forma consciente, Scarly —trató de disculparse a sí misma.

—¿Y qué dijo él? ¿Qué pasó?

—Ahí terminó todo —respondió, mientras se abrochaba los vaqueros.

—Me hace a mí un tío lo que tú le hiciste a él y no vive para contarlo. ¿Y después?

—Fue muy comprensivo, dadas las circunstancias. Le terminé explicando quién es Charlie y lo entendió.

—¿Lo entendió? —Scarlett volvió a sorprenderse—. No puede ser humano.

—Pensé que se iría al día siguiente, pero no lo hizo y allí estaba, en la sala de reuniones, apoyándome y hasta de buen humor. Solo me dijo que olvidáramos lo que había sucedido, que no conocía otra forma mejor de hacerlo.

—Ese tío es bueno, Linda.

—Ya, lo sé —Linda volvió a suspirar—. Es una pena que haya aparecido justo en este momento de mi vida.

—¿Y qué le pasa a este momento de tu vida?

—Todo lo que está pasando en el rancho.

Linda terminó de vestirse y se dejó caer en uno de los sillones de la habitación.

—Cariño, él ha aparecido y está aquí justo por lo que está pasando en el rancho.

—Sí —suspiró, pensando en lo del disparo y el resto de sabotajes.

—A veces, la vida pone a personas en tu camino por algo.

—También puso a Charlie.

Scarlett negó con la cabeza.

—¡Oh, Charlie! —se quejó—. ¿Te ha escrito últimamente?

—No —respondió, siendo sincera.

—Y tenemos a un Charlie fantasma desaparecido y a un Colt presente, al que le gustas y que te habría besado y Dios sabe qué más.

—¡Maldita sea, lo sé! —exclamó y se mordió el labio. Colt le gustaba y despertaba cosas en ella que hacía tiempo que estaban dormidas. Pero Charlie… había compartido confidencias que significaban demasiado para ella. No sabía qué iba a hacer.

LLEVA CUIDADO, LINDA

Los días habían pasado rápido en el rancho Clayton. Jacob se sentía satisfecho con la incorporación de Colt al equipo de cowboys, era un buen fichaje, trabajaba duro y no se quejaba nunca. Sin embargo, sabía que el resto de cowboys aún lo observaba con cierto recelo. Su llegada había coincidido con el comienzo de los sabotajes en el rancho. En un pueblo como Kingfisher, ese hecho levantaba ciertas sospechas, más desde que los de las petroleras rondaban el condado presionando a los rancheros para obtener contratos.

—¿Qué tal si tomamos una cerveza? —Jacob lo invitó al final de la jornada nada más colgar la cabezada del caballo en la cuadra.

—¡Claro! —Colt sonrió al capataz, mientras se lavaba las manos.

Ambos hombres se dirigieron hacia el porche de la casa de Jacob, que estaba en la propiedad de Linda. Entró dentro, dejando las botas al lado de la puerta, mientras que Colt se sentaba en los escalones delanteros. Hacía un día extrañamente cálido para la época.

—Esto solo puede significar un cambio de tiempo —dijo Jacob, saliendo de la vivienda con dos botellines en la mano. Le pasó uno a Colt y se sentó en el otro extremo de los escalones, con la espalda apoyada en uno de los laterales.

—Ojalá sea así y llueva. Le daría un respiro a Linda —respondió él, mirando hacia el cielo.

—Desde luego —convino Jacob, observando al hombre en silencio.

—¿Pasa algo? —preguntó Colt, con una media sonrisa. Su trabajo en los marines había consistido en volar, pero no se le escapaba que algo rondaba la cabeza del capataz.

—Te importa Linda —dijo Jacob entrecerrando los ojos, sin dejar de observarlo.

Colt sonrió nerviosamente, miró el botellín de cerveza antes de pasarlo de una mano hacia la otra.

—Es una buena jefa. Es un cambio agradable después de estar bajo las órdenes del Tío Sam.

—No me cabe duda —Jacob esbozó una sonrisa que ocultaba más de lo que mostraba—. ¿Por qué Kingfisher? ¿Pusiste un dedo en el mapa con los ojos cerrados?

—No —Colt sonrió y se movió hasta el lateral opuesto de la escalera, para apoyar la espalda en él, imitando al capataz—. Vine a darle las gracias a alguien que fue muy importante en un tiempo complicado para mí.

—¿Esa persona vive en Kingfisher?

—Así es.

—¿Lo conozco?

—Realmente no tuve tiempo de hacerlo —dijo Colt, tratando de no responder a la pregunta anterior. No quería mentirle a Jacob. Le caía bien, era un buen tipo.

—Supongo que lo del disparo te ha retrasado.

—Así es.

—Cuando necesites un día, no tienes más que decirlo. Me alegra que te dejaras caer por aquí —Jacob bebió un largo trago de cerveza —. Creo que yo también debo agradecerle algo a quien hizo que acabaras en este pueblo.

Colt sonrió y bebió también. A continuación, la imagen del vehículo del sheriff encaminándose hacia ellos por el camino de la propiedad, hizo que los hombres se tensaran y se pusieran en guardia. Jacob dejó el botellín en el suelo y para cuando el vehículo aparcó delante de la casa grande, este estuvo calzado de nuevo.

***

—Desearía que tu visita se debiera a que te has autoinvitado a cenar, Wyatt —le dijo Linda al sheriff nada más abrió la puerta.

—Nada me gustaría más —respondió con el gesto contraído—. ¿Podemos hablar en privado?

Linda observó a su prima sentada en uno de los sofás de la estancia, aunque tenía los auriculares puestos y dudaba que les estuviera prestando atención.

—Claro, vayamos al despacho —le ofreció, dirigiéndose hacia el lugar.

—La gente del laboratorio dice que los frenos de tu camioneta fueron manipulados —lanzó a bocajarro el sheriff nada más se cerró la puerta a sus espaldas.

—¡Vaya! —Linda cerró los ojos con fuerza y sintió un estremecimiento. Se dejó caer en el sofá y se frotó la frente con la mano—. ¿Estáis seguros? ¿No es una de esas cosas que podría ser o parecerse?

—Muy seguros. Hay una intervención humana en ello.

—¡Mierda, Wyatt! —dijo, notando que las pulsaciones de su corazón se habían incrementado. Se frotó las palmas de las manos contra las perneras del pantalón, en un gesto nervioso.

—Lo siento —El sheriff tomó asiento en uno de los sillones del conjunto del despacho—. Sé que puede no ser fácil de asimilar.

—No, desde luego —dijo, aún aturdida con la noticia.

—Esto implica que tardaremos algo más en devolverte la camioneta.

—Tenemos más camionetas y supongo que deberá pasar por el taller antes de regresar.

—Linda, sé que no es fácil y quizá debería dejarte más tiempo para asimilar esta nueva noticia. Pero tengo que hacerte algunas preguntas.

—No importa, Wyatt. Lo entiendo —dijo ella, esbozando una sonrisa de compromiso hacia el representante de la ley—. Adelante.

—¿Has recibido amenazas?

—No, ya te lo dije cuando lo del disparo. No me ha llegado nada, ni he discutido con nadie. Solo he tenido a los de la petrolera encima, esperando una reunión.

—¿Te han amenazado de alguna forma?

—No, en absoluto. De hecho, hace unos días tuvimos la reunión y todo fue bien… —Linda se detuvo, recordando las palabras del CEO de la empresa.

—¿Pasó algo en la reunión? —la apremió Wyatt McCoy, vislumbrando que ella estaba recordando algo.

—No creo que sea importante, el CEO me dijo que sabía lo de mis vacas.

—Puede que lo sea. ¿Cómo se llama ese tipo?

—Sterling Hayes —dijo tras cerrar los ojos y tratar de recordar el nombre de aquel tipo. El sheriff tomó nota en el teléfono de aquel nombre—. Pero no era una amenaza, era más bien una especie de… no sé. De decirme que el mundo era complicado para un ranchero y que si aceptaba la oferta no tendría que estar tan preocupada del resto de cosas que ocurrieran en mi casa.

—Eso podría ser una amenaza.

—Lo dudo. Aparte de eso, no hay nada que yo recuerde.

—¿Qué tal te llevas con Asher Granger?

—¿Mi exmarido? —convino ella.

—Justamente.

—No me llevo, él tiene su camino y yo el mío. Solo nos saludamos en el pueblo cuando nos vemos, y solo porque trato de ser una persona educada.

—¿No te ha hablado del tema de los sabotajes?

—Sí, pero como cualquier otro que vive en este pueblo, todos se han enterado de lo ocurrido.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el rancho?

—¿Aquí? Creo que hace meses.

—¿Sales con alguien últimamente?

—Con nadie desde mi divorcio de Asher.

—¿Estás conociendo a alguien? —el sheriff hizo una pausa—. ¿Por internet, quizá?

Linda sopesó la pregunta. Estaba Charlie Sierra, pero Charlie era un marine que estaba a miles de kilómetros de Kingfisher. Suponía que en esos momentos debía estar en una misión y no tenía contacto con él. Además, lo conocía desde hacía meses y nada había sucedido hasta hacía poco. No tenía relevancia.

—No —dijo al fin.

El sheriff entrecerró los ojos, valorando si le estaba diciendo la verdad sobre el tema.

—¿Algún altercado con algún vecino?

—No, McCoy. Ya te lo dije, no hay nada.

—¿Has contratado a alguien nuevo en el rancho?

—Nadie, exceptuando a Colt, claro.

—Sí, claro —el sheriff entrecerró los ojos y se mostró pensativo durante unos instantes—. ¿Deudas?

—No nado en la abundancia, pero afortunadamente no le debo nada a nadie. Y nadie me debe nada a mí, por si era tu próxima pregunta —aclaró, un poco harta del interrogatorio, ya que habían tenido uno muy parecido en las anteriores ocasiones.

—Siento ser tan inquisidor, Linda. Pero es mi trabajo.

—Lo sé, discúlpame. Es solo que… no puedo entender de dónde viene todo esto o por qué. Y créeme que le he dado muchas vueltas al tema en mi cabeza desde el disparo.

—No importa, Linda —dijo el hombre, levantándose del sillón—. Trata de estar atenta y si recibes algo o alguien te dice cualquier cosa que te haga sospechar, por absurda que sea, no dejes de comunicármelo, a cualquier hora. En este momento hay que investigar hasta la más mínima pista.

—Gracias, Wyatt. ¿Te apetece quedarte a cenar?

—Me tienta la idea, pero aún tengo otra visita pendiente antes de volver a casa. Otra noche.

—Cuando quieras —sonrió la joven.

—Lleva cuidado, Linda —dijo antes de abrir la puerta y salir por ella.

—Sí. Gracias, sheriff.

VISITA

Colt se había despertado sobresaltado por una nueva pesadilla de aquel último vuelo en Siria con Austin. Decidió bajar a la cocina para tomar algo y tratar de relajarse. ¿Cuánto tiempo durarían aquellos sueños? ¿Algún día se espaciarían o desaparecerían?

Se sorprendió al ver la tenue luz emitida por el bajo de los gabinetes de la cocina y a Linda sentada a la isleta central. La mujer estaba pensativa mientras su vista permanecía fija en el vaso de leche que tenía entre las manos.

—No soy el único que necesita algo para dormir —le dijo, haciéndose visible para ella.

—Eso parece —respondió Linda con una suave sonrisa que no convencería a nadie.

Colt pensó en tomar algo frío, pero la acompañaría y tomaría un vaso de leche con ella, quizá era mejor idea para tratar de conciliar el sueño. Se calentó un vaso en el microondas y se sentó a su lado en silencio.

—¿Un mal sueño? —habló la mujer.

—Una pesadilla más bien —corroboró él.

—Lo siento.

De nuevo permanecieron en silencio durante al menos medio minuto más. Linda tomó otro sorbo de leche.

—El sheriff no ha traído buenas noticias —afirmó Colt. No necesitaba preguntárselo, lo sabía. Lo había sentido en ella durante la cena y más tarde antes de que se fuera a dormir. No había sido la de siempre, estaba preocupada, y supo que más que nunca.

—No —exhaló el aire que había retenido en sus pulmones en un suspiro y cerró los ojos un momento, aferrando con más fuerza el vaso de leche—. Los frenos de mi camioneta fueron manipulados.

—¡Joder! —exclamó Colt, que habría deseado que el hecho hubiera respondido a un accidente fortuito—. Lo siento. ¿Saben quién ha sido?

—No. Wyatt me ha vuelto a hacer un montón de preguntas. Y no hay nada, por más que pienso no hay nada. ¿Quién demonios puede querer hacerme esto, Colt? ¿Quién?

Linda lo miró, necesitaba respuestas, o ideas sobre la identidad de esa persona que estaba detrás de los actos.

—No lo sé —acertó a decir él, con el corazón encogido. Le dolía verla de aquella forma.

Linda sacudió la cabeza y respiró hondo. No se podía permitir venirse abajo en ese momento. Colt la había ayudado desde que todo aquello había comenzado, pero solo era un invitado en su casa. No tenía derecho a soltarle sus problemas o cargarlo con ellos.

—Lo siento, Colt —dijo, antes de beber el resto del vaso de leche, levantarse del taburete y dejar el vaso en el fregadero. Lo mejor sería que se fuera arriba y tratase de dormir.

—Ey, Linda —la detuvo, cogiéndola de la mano cuando pasó por su lado y ambos se miraron a los ojos en silencio.

—No es justo contigo que yo… —la mirada de Linda se tornó vidriosa y Colt supo que estaba rota por dentro, pero que trataba de sobreponerse a ello y de seguir adelante por sí misma, como parecía que había hecho desde hacía demasiado tiempo.

—Olvida la justicia y ven aquí —le dijo él tirando suavemente de ella para abrazarla contra su pecho.

Colt le pasó los brazos por encima y la abarcó completamente con ellos. Notó cómo Linda respiraba hondo entre ellos, aliviada, consolada y arropada, por primera vez en tanto tiempo que ni siquiera lo recordaba. Aquel hombre que había llegado en un autobús a Kingfisher y que el destino había colocado entre una bala y ella misma, la estaba abrazando, porque sabía que eso era lo que necesitaba justo en ese momento.

Linda se separó de él y ambos permanecieron hechizados a través de sus miradas.

—Gracias —dijo en un susurro, perdiéndose en los iris del hombre.

Colt sonrió levemente con suavidad y negó con la cabeza, dándole a entender que no tenía importancia. Le acarició la mejilla con el dorso de los dedos mientras que las miradas de ambos seguían conectadas en silencio. Una mano de Linda se posó en el pecho masculino de forma torpe y notó cómo este se henchía de oxígeno, ahora de una forma más rápida. La nuez de Adán de Colt se movió arriba y abajo, y colocó su otra mano sobre la de Linda, que estaba en su pecho. La respiración de ella se hizo más errática y lanzó una ojeada a la boca del exmarine antes de devolverle la mirada a los ojos, que dilataron sus pupilas. Colt se acercó a ella lentamente y la mujer comprendió lo que iba a pasar, poniéndose nerviosa al instante. Bajó la mano del pecho del hombre y dio un paso atrás.

—Buenas noches, Colt —le dijo, antes de girarse.

—Linda —la llamó.

—Colt, yo no…

—No es eso —la interrumpió y sonrió suavemente.

—¿Mmm? —preguntó girándose de nuevo hacia él a una distancia prudencial.

—Voy a estar aquí siempre que me necesites.

Linda sonrió y sus ojos se volvieron vidriosos de nuevo. El hombre ignoraba todo lo que significaban aquellas palabras para ella en ese momento.

—Gracias, Colt —dijo en un susurro.

—Buenas noches, Linda —respondió él, cogiendo el vaso de leche de la encimera para continuar bebiéndolo.

Linda echó una última ojeada al hombre y se preguntó qué iba a hacer con él o cuánto tiempo podría resistirse a la tentación que suponía.

***

Jacob, Linda y Colt descabalgaron de sus monturas al día siguiente. El exmarine entró en las caballerizas llevando a Ranger de

las riendas. Habían estado revisando los cultivos esa mañana.

—Ojalá llueva —le dijo Linda a Jacob, mirando al cielo, notando que algo se revolvía en el ambiente.

—Eso dicen las previsiones —aseguró el capataz al lado de su jefa.

—Las previsiones fallan, no lo creeré hasta que no lo vea caer sobre todo el rancho. Y los cultivos no pueden esperar mucho más.

—Estoy seguro de que esta vez será la buena. Ya verás, yo tengo fe.

Una gran camioneta negra avanzó por el camino del rancho a toda velocidad, levantando tras de sí una gran nube de polvo, hasta detenerse cerca de la entrada de la casa. Tanto Jacob como Linda, supieron enseguida de quién se trataba: Asher Granger.

—Ocúpate de los caballos —dijo Linda.

—Lo recibiremos juntos —dijo el capataz a su lado.

—Yo lo haré, Jacob —dijo firme, indicando que prefería hablar a solas con él y ver qué tripa se le había roto esta vez a su exmarido.

—Estaré ahí dentro —indicó las caballerizas—. Llámame si me necesitas.

—Descuida.

La figura de Asher bajó de la parte trasera del vehículo después de que uno de sus cowboys, o matones, según quién lo mirase, le abriera la puerta. El ranchero terminó una conversación telefónica e introdujo el dispositivo en el bolsillo interior de la chaqueta. Ella lo esperó desde donde estaba, sin moverse un solo centímetro. El hombre avanzó hacia el lugar.

—¡Linda! —exclamó él, mostrándose preocupado—. He estado fuera y me acabo de enterar de lo de tu camioneta. ¡Es terrible!

—Hola, Asher.

—¿Estás bien?

—Como ves —Se señaló de arriba abajo a sí misma—, estoy bien.

—¡Gracias al cielo!

—Si esa era tu inquietud, ya está resuelta. Te agradezco la preocupación. Ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer —lo cortó la mujer.

—Pensaba que podríamos tomar algo y ponernos al día. Supongo que debes estar disgustada al haber perdido uno de tus vehículos. Siempre te dije que el mantenimiento de la maquinaria era importante.

—Alguien manipuló mis frenos —le dijo, escrutando el rostro de su exmarido.

—¿De qué demonios estás hablando? ¡Debes estar de broma! —primero se mostró preocupado y luego sonrió, aparentemente incrédulo, como si ella le estuviera diciendo una locura.

—El sheriff está sobre la pista de quien lo hizo —le informó.

Linda no supo si estaba fingiendo o si estaba siendo sincero, pero algo le decía que Asher ya lo sabía, solo estaba cumpliendo un papel. Nada de lo que pasaba en Kingfisher se le escapaba a su exmarido, aunque hubiera estado fuera de la ciudad.

—Eso es… —Asher se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello—. Me alegra que el sheriff esté a punto de encontrar a quien sea que haya hecho esa atrocidad.

—Sí, a mí también me alegra saber que tenemos un sheriff competente.

—Siento que estés pasando por todo esto sola. Puedes venir a casa o puedo quedarme contigo. Al menos hasta que detengan al culpable.

—Estoy bien, Asher. No estoy sola, tengo a mi prima y al personal del rancho.

—Puedo prestarte a alguno de mis hombres —señaló al cowboy que esperaba de pie al lado del vehículo—. Están especializados en seguridad.

—No será necesario.

—¡Dios, Linda! Primero lo del disparo, luego lo de las vacas y ahora esto —meditó Asher en voz alta, tratando de que ella fuera consciente del peligro que corría sola.

—Parece que no está siendo un buen mes —convino ella, mostrándose tranquila.

—Bueno, no quiero molestarte más, veo que estás ocupada —observó las botas de ella, llenas de polvo, así como los vaqueros y la cazadora.

Linda sonrió. Asher siempre había despreciado que ella se ensuciara en el campo, trabajando. Opinaba que los rancheros tenían que mantener su estatus y ordenar a otros cómo hacer el trabajo. La diferencia era que los ranchos de ambos eran muy distintos en tamaño y que a ella le gustaba ganarse el respeto de sus trabajadores siendo una más de ellos, no desde lo alto de la silla de montar.

—Sí, eso es.

—Si necesitas algo…

—Tengo tu número y estás al otro lado del rancho—dijo la mujer, sonando algo sarcástica, con una sonrisa sardónica.

—Lo que pasó entre nosotros es agua pasada, Linda —le dijo Asher, notando la frialdad de la mujer—. He cambiado.

—Me alegra por ti. Pero estamos divorciados, Asher —le recordó.

—Por desgracia. Me arrepiento de haberte perdido cada día que pasa —dijo, mirándola intensamente.

Linda subió una ceja y escrutó la mirada de su exmarido. ¿A qué demonios venía aquello casi tres años después?

***

—¡Maldito hijo de…! —masculló Jacob llegando donde estaba Colt, cepillando a Ranger.

—¿Sucede algo? —preguntó el hombre, viendo contrariado al capataz.

—El cabrón de Granger, ha venido —le informó.

—¿El exmarido de Linda? —preguntó.

—Está fuera, hablando con ella—dijo, molesto.

—Puede que deba ir a saludarlo —dijo Colt, tensando la mandíbula.

—Linda no quiere que intervengamos. Aunque no me gusta dejarla a solas con él.

—Sabe cuidarse. Pero mientras no sepamos qué es lo que está pasando en el rancho, no es buena idea dejarla sola. Voy a echar un vistazo.

Jacob se dijo que Colt tenía razón, con los hechos acontecidos en las últimas semanas y el descubrimiento del día anterior sobre los frenos de la camioneta, no era una buena idea perder de vista a la mujer.

—Que no te vea —le advirtió.

—Descuida.

—Yo le echaré un ojo al tipo que ha venido con él.

—Buena idea.

Colt observó a distancia y sin ser visto la conversación de Linda con Asher. No quería invadir su privacidad, solo estar alerta. Aquel tipo no le había gustado nada desde el día en que lo había conocido y, dados los últimos acontecimientos en el rancho, no estaba de más.

Asher trató de acercarse a Linda. Colt supuso que para besarla, y ella dio un paso atrás, dejando clara su postura, antes de cruzarse de brazos. Pudo observar cómo el hombre sonreía, quizá de una forma retadora y no le gustó. Se colocó el sombrero y posó dos dedos en el ala, despidiéndose de aquella manera. Oyó a Linda decirle adiós y permanecer con los brazos cruzados, mientras el hombre se alejaba hacia el vehículo. Este emitió un silbido, supuso que para indicarle a su esbirro que era hora de marcharse. El susodicho, que debía haber estado dando un breve paseo algo alejado, llegó corriendo justo cuando Asher ya se había introducido en el coche. El todoterreno abandonó el lugar, seguido de una nube de polvo, de repente parecían tener prisa. Oyó maldecir a Linda antes de darle una patada a la pelota de alguno de los perros del rancho. El juguete pitó al caer metros más allá. Después, se introdujo en la casa y supo que estaba molesta.

AMBIENTE ENRARECIDO

Linda dejó las botas en la puerta de casa y entró descalza, dirigiéndose al despacho a toda prisa. Cerró la puerta tras de sí sin ceremonias y se colocó en medio de la habitación, pasándose una de las manos por dentro del cabello.

¿A qué demonios venía la visita de Asher? ¡Una mierda estaba preocupado! Lo conocía. Solo quería mantener el control sobre ella. Estaba intentando volver a algo que ya conocía, decirle que la ayudaría y ofrecerle su protección. La ponía enferma pensar lo estúpida que había sido la vez anterior. ¿Qué se arrepentía de haberla dejado marchar? ¡Ja! Seguro que de lo que sí se arrepentía era de no haberle metido las zarpas a su rancho, a pesar de que era la mitad de grande que el suyo. ¡Cabrón codicioso! ¿Aquel maldito hombre seguía creyendo que era tan estúpida como hacía cinco años?

Se movió hasta la bandeja de las bebidas. Era demasiado temprano para beber, pero tenía los nervios a flor de piel. ¿Hasta cuándo podría resistir? ¡Si su padre estuviera vivo! ¡Cuánto lo echaba de menos! Añoraba la época en la que ambos cabalgaban el uno al lado del otro, viendo prosperar el rancho. Se sentó sobre el escritorio. Podría llamar a su madre y hablar con ella, la mujer se había mudado a Florida después de la muerte de su marido.

—Mamá —dijo cuando supo que esta descolgó el teléfono.

—¿Linda? —preguntó la mujer al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, mamá.

—¿A qué debo el honor de tu llamada? No he sabido nada de ti desde Año Nuevo.

Linda cerró los ojos con fuerza, era cierto.

—Solo quería saber cómo estás, charlar un poco.

—Bien, cariño. Tu tía Esther y yo estamos a punto de salir para una clase de aquagym.

—Me alegra que os lo paséis bien.

—¿Cómo van las cosas por Kingfisher? —preguntó su madre.

—Con algunos problemas. Ya sabes que…

—Te dije que un rancho no es lugar para una mujer —la cortó—. Mucho menos sin un hombre como Asher a tu lado.

Linda apretó la mandíbula y cerró los ojos. Si pensaba encontrar consuelo sobre sus problemas en el rancho con su madre, se había equivocado de teléfono y de persona.

—Estoy mejor sin el gilipollas de mi exmarido, mamá. Soy muy capaz de salir adelante sola.

—Justo por eso me estás llamando —dijo la mujer, sarcástica.

—No. Te estaba llamando para preocuparme por ti —mintió.

—Estoy bien.

—Ya lo veo. Pasadlo bien en el aquagym. Dale un beso a la tía Esther.

Linda colgó el teléfono, molesta, sin esperar respuesta de su madre.

Definitivamente había sido estúpida. ¿Cómo se le había podido ocurrir que encontraría consuelo en ella? Imogene Clayton se alejó de la vida del rancho en cuanto su padre estuvo a tres metros bajo tierra y no había vuelto desde entonces, excepto para su boda.

El teléfono volvió a sonarle en la mano, era su madre, seguro que le reclamaría que hubiera colgado sin dejarle decir la última palabra. Abrió el cajón del escritorio y lo metió dentro, cerrándolo con fuerza.

Como si no fuera poco todo lo que estaba pasando. No, no le apetecía lidiar con su madre en ese momento, no tenía fuerzas.

Se giró y miró por la ventana de la estancia. El cielo parecía estar cargándose, ojalá que esta vez fuera la buena.

***

Colt oyó el timbre de un teléfono primero y un golpe seco al llegar a la puerta del despacho. Esperó, pero nadie habló después. Linda llevaba largo rato allí dentro y le preocupó. Tocó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Linda unos segundos más tarde. Aún se la escuchaba molesta.

—Soy yo, Colt.

—Adelante —dijo ella, sin dejar de mirar a través de la ventana.

—¿Va todo bien? He oído un golpe —dijo, desde la puerta.

—Estoy bien —dijo ella sin mirarlo, desde su lugar en la ventana.

Colt entró en la habitación, cerrando la puerta.

—¿Necesitas algo? —se atrevió a preguntar, llegando al centro de la sala.

Linda no contestó, siguió observando al cielo a través de los cristales. Podía sentir la electricidad del ambiente, incluso dentro de la casa. O puede que solo estuviera reflejando su actual mayor deseo: la lluvia.

—Si quieres algo —volvió a hablar Colt—, estaré fuera. ¿Vale?

Linda sacudió la cabeza y salió de su ensimismamiento. Se giró y lo miró.

—Perdona —le dijo y él se detuvo a medio camino de la puerta. Ahora lo miró. El rostro de Colt se mostraba preocupado mientras le mantenía la mirada.

—No pasa nada —la tranquilizó él con una leve sonrisa.

Colt estaba ahí para ella.

—Estaba mirando el cielo —le dijo y trató de esbozar una sonrisa —. No quiero hacerme ilusiones, pero por primera vez en mucho tiempo, parece prometedor.

—Sí, a mí también me lo ha parecido hace un rato.

—Creo que puedo sentir la electricidad en el ambiente —dijo ella.

—Sí, yo también —dijo él y sonrió. No era solo la atmósfera meteorológica.

Linda guardó silencio unos instantes. ¿Podría expresarle a él lo que pasaba?

—Asher ha venido —dijo ella.

—Lo sé, lo he visto. ¿Cómo estás?

—Cabreada.

—Te vi patear un juguete de perro.

—Habría preferido que fueran las pelotas de Asher, pero sigo siendo una dama.

Colt rio y ella esbozó una sonrisa.

—¿Quieres un café? —ofreció él después de reír, tras otros instantes de silencio.

—Por favor —le pidió.

—De acuerdo. Ahora lo traigo.

Linda se sentó en uno de los sillones del despacho y estiró las piernas sobre la mesa pequeña del conjunto.

Colt volvió a entrar en la estancia unos minutos más tarde con dos tazas de café y le pasó una a ella.

—Siéntate conmigo, por favor.

Colt eligió el extremo del sofá que estaba más cercano a ella y permaneció en silencio degustando el oscuro líquido mientras miraba los gestos de la mujer, que, de vez en cuando, perdía su vista al otro lado de la ventana que había tras el escritorio.

—No me gusta nada ese tío, Asher —le dijo él.

—Apúntate al club.

—¿Puedo preguntar qué quería?

—Hacer el papel de marido doliente, diciendo que sentía mucho lo que estaba pasando en el rancho y, por supuesto, ofreciéndome su hombro para llorar y su casa para quedarme.

—¿En serio? Pensaba que lo vuestro estaba terminado.

—Lo está. Pero no puedo evitar que de vez en cuando me diga cuánto se arrepiente de haberme dejado marchar.

—¿Quiere que volváis? —se extrañó Colt.

—Quiere que vuelvan mi rancho y mis activos.

—Creía que ese tipo estaba podrido en dinero.

—Lo está, pero siempre quiere más y, sobre todo, desea mantener el control.

—¿Sobre ti?

—Fui un negocio que le salió mal. No le gusta eso, créeme.

Colt guardó silencio unos minutos.

—¿Sospechas de él? Sobre lo que está pasando en el rancho.

—No lo sé. Pero si yo muero no le sirvo de nada, no tendría sentido que quiera atentar contra mi vida.

—La bala no tenía previsto matarte —le recordó.

—¿Y lo de la camioneta?

—Travis está magullado, pero vivo.

Linda sopesó la situación, no sabía qué pensar al respecto. Solo sabía que, si seguía dándole vueltas en esos momentos, se iba a volver loca.

—Creo que le dejaremos las conjeturas al sheriff.

Se oyó el sonido amortiguado y lejano de una llamada telefónica.

Linda se levantó del sillón, abrió el cajón, miró la pantalla y volvió a cerrarlo. Era su madre de nuevo y endureció el gesto. Bordeó la mesa y apoyó el trasero en el borde de la misma.

Colt dejó la taza de café sobre la mesita y se acercó hacia ella.

—¿Todo bien? —preguntó, poniéndose frente a ella, observando el rostro de la mujer. Quién sabía por qué, pero no deseaba contestar a aquella llamada. Solo estaba claro que la castigaba en el fondo del cajón, porque la sobrepasaba en ese momento.

—Es mi madre y no preguntes —le informó.

—De acuerdo —convino Colt.

La miró unos instantes y los marrones ojos de ella se posaron sobre los iris verdes de Colt. Después se desviaron y fueron escrutándole todo el rostro al exmarine, hasta posarse en sus labios. Linda esbozó una suave sonrisa y exhaló el aire que había retenido en sus pulmones, fruto del enfado que la asolaba. Se sentía mejor con él a su lado y se volvió a preguntar de repente qué habría pasado si él la hubiera besado en Houston hacía un par de semanas.

Colt se tensó, la electricidad apareció entre ellos y no era solo la de la tormenta que parecía prepararse fuera de la vivienda, era algo más intenso y que cada día le costaba más.

—Creo que iré a tomar una ducha —dijo él tras carraspear, separándose de ella.

Caminó hacia la puerta.

—Colt —lo llamó y este se detuvo, mirándola.

—Gracias. Por estar aquí.

El exmarine sonrió, sintiendo un leve cosquilleo en el estómago.

—Siempre que tú quieras, Linda.

La mujer curvó los labios hacia arriba. Él supo que era la primera sonrisa relajada que le veía desde que Asher Granger había hecho acto de aparición en el rancho ese día.

Colt abandonó la estancia y Linda se fue hasta el sofá, dejándose caer en él antes de volver a exhalar.

LA LLEGADA DE LA TORMENTA

Linda estaba disgustada, el ambiente seguía enrarecido, pero la lluvia no hacía acto de presencia. Durante la noche anterior había caído algo de aparato eléctrico sobre la zona, pero el agua que necesitaban sus tierras se resistía. Había mirado el pluviómetro y no había llegado ni a una décima pulgada. El tiempo seguía revuelto, pero no se decidía.

—¡Qué ganas tengo de que llueva! —dijo Scarlett, entrando en casa de su amiga la noche siguiente.

—Únete al club —respondió Linda, acercándose a ella para abrazarla.

—En serio, tengo la cabeza a punto de estallar. Solo he venido porque pensé que el aire del rancho me sentaría bien.

—Puede que sea la presión atmosférica. Te daré un calmante. ¿Te quedarás a dormir?

—Sí, ¿por qué no? Mañana no trabajo y necesito un descanso reparador. Ha sido una semana demasiado intensa.

Después de cenar, las mujeres se pusieron al corriente de sus vidas y Linda pudo hallar consuelo en su mejor amiga. No tenía demasiadas personas en las que confiaba, pero Scarlett era una de ellas.

—¿Cómo van las cosas con Colt? —preguntó la joven, para destensar el ambiente, después de recibir las malas noticias sobre el sabotaje de la camioneta y la desagradable visita de Asher.

—Estabas deseando hacerme esa pregunta —rio Linda, echando la cabeza hacia atrás en el sofá del despacho.

—Desde que he entrado por la puerta —reconoció e hizo que Linda volviera a reír con ella.

—Bien, creo que es un gran apoyo. Después de la visita de Asher de ayer…

—¿Te acostaste con él? Con el marine, no con Asher —quiso terminar la frase por ella, lanzando aquella pregunta para tratar de acertar, o más bien de bromear, porque sabía que su amiga aún estaba herida y no confiaría tanto y tan pronto en alguien.

—¡No! —un cojín del sofá salió volando hacia el sillón donde estaba sentada Scarlett, seguido de una risa relajada de Linda.

—Si no lo haces tú, lo hará Celeste —dijo Scarlett.

—No se atreverá.

—¿Te refieres a tu prima o a Colt? —preguntó, confusa.

—Espero que ninguno de los dos.

—Celeste no es tan ingenua como crees. Le ha estado haciendo ojitos a Colt durante toda la noche.

—¿En serio? —preguntó Linda, sorprendida.

—Obsérvala y lo verás. Y Colt, bueno, no creo que Celeste sea su primera opción, pero… es un hombre, ya me entiendes.

—Y los hombres tienen necesidades —dijo Linda, algo hastiada. La frase le recordaba a las infidelidades de su exmarido.

—No es como Asher, Linda —le dijo Scarlett, sabiendo hacia dónde se dirigían los pensamientos de su amiga.

—Lo sé —tragó saliva y endureció el gesto.

—Sé que Colt te gusta. Pero deberías tomar cartas en el asunto.

—No es tan fácil.

—Déjate llevar.

—Justo eso es lo que no es tan fácil.

—¿Por Asher o… por Charlie Sierra?

Linda guardó silencio unos instantes.

—Creo que tengo demasiados problemas ahora mismo —desestimó ella.

—No veo que la llegada de Colt te haya dado más. Al contrario —Scarlett subió una ceja y sonrió.

Linda también sonrió y sacudió la cabeza. Scarlett tenía razón. Colt había sido un soplo de aire fresco y un gran apoyo durante esas

semanas.

—Y ahora que he plantado la semillita de la duda en ti, creo que me iré a tratar de dormir.

Scarlett se levantó del sillón y besó a su amiga en la mejilla antes de darle las buenas noches. Cerró la puerta y Linda se estiró en el sofá, pensativa.

Un minuto después la puerta se volvió a abrir, era Scarlett de nuevo.

—¿Se te ha olvidado algo? —preguntó.

—Colt está en el porche de atrás —le informó.

—Vale. ¿Y?

—Vete con él, no seas mojigata —susurró con la puerta entreabierta.

—¡Scarly! —la riñó.

—Se lo va a quedar tu prima, ya lo verás —le advirtió.

—¿Está con él? —Linda se incorporó en el sofá y se sentó.

—No, por suerte no. Seguro que a esta hora está haciendo algún directo para redes. Aprovecha. Hasta mañana.

Scarlett volvió a cerrar la puerta del despacho y se fue. Linda sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa. Su amiga era una mala influencia, se dijo durante un instante. Al siguiente supo que no era cierto, siempre había estado a su lado, incluso en los momentos más difíciles. Y le había advertido que casarse con Asher sería un gran error. No, Scarly era una buena influencia.

LA TORMENTA

Colt se había servido un par de dedos de bourbon en un vaso antes de sentarse en el porche trasero de la casa para observar la noche y ver en qué deparaba aquella amenaza del cielo.

Sonrió y sacudió la cabeza. En unas pocas semanas ya le importaba aquel rancho de Kingfisher como si fuera suyo propio, porque Linda también lo hacía, ella le importaba y quería que estuviera bien. Deseaba que lloviera, que la mujer tuviera un breve alivio a todo lo que la afligía, que no era poco. Al menos, esa noche su mejor amiga estaba en la casa. Él había expresado su deseo de irse a dormir pronto, para que las dos quedaran a solas y que Linda se relajara en su compañía. Sabía que lo necesitaba. Cuando se cercioró de que ambas estaban encerradas en el despacho, había bajado y se había servido algo fuerte para beber. Después, salió al porche trasero de la casa.

Un aroma conocido llegó a sus fosas nasales y supo que había dejado de estar solo. Era la fragancia que usaba Linda.

—¿Scarlett se ha ido a dormir o solo quieres echarme la bronca por servirme un par de dedos de tu Garrison Brothers? —habló él, dándole a entender que, aunque no hablase y estuviera a su espalda, sabía de su presencia.

—Debías ser muy bueno en tu trabajo, no he hecho ruido —ella esbozó una sonrisa.

—Realmente yo solo pilotaba, pero tienes que tener otros instintos si quieres seguir vivo cuando te bajas del avión en según qué sitios.

—Vengo desarmada —bromeó ella.

—¿En serio? —Colt se giró hacia la mujer con una sexi sonrisa y la observó. Podría no llevar un arma de fuego, pero ella en sí misma era un arma demasiado poderosa.

Linda alzó las palmas de las manos con una suave sonrisa, mostrando su inocencia. Estaba apoyada en la pared de la casa.

—En ese caso puede que no haya peligro en que te sientes conmigo un rato —le señaló un lugar a su lado en los escalones del porche trasero de la casa.

Linda aceptó la invitación y se sentó con él.

—¿De verdad te estás bebiendo mi bourbon edición Balmorhea? —le recriminó en tono de broma.

—Eso parece. Puede que debas descontarlo de mi próximo sueldo.

—O puede que tenga que hacer que me compres una botella entera a cambio.

El tono entre ambos era relajado y burlón. Linda se dijo que era justo lo que necesitaba, una conversación sencilla.

—También puedo compartirlo contigo —Colt cogió el vaso en la mano y se lo ofreció—. No lo he tocado todavía.

Linda lo tomó en su mano y se dijo que la cercanía con él no era fácil, ni el roce con sus dedos al tomar el vaso. Se corrigió, realmente era al contrario, sí era fácil, pero a la vez, eso lo hacía difícil para ella. Posó los labios en el vaso y bebió de él, paladeando en su boca el bourbon antes de tragarlo; las notas de cereza amarga, el regusto a chocolate y el aroma a canela. Se lo devolvió al hombre.

Colt lo asió de nuevo. El rastro del ambarino líquido por el cristal le indicaba justo el lugar por el que ella había posado los labios y bebido. Miró el vaso y lo giró entre sus dedos ante la atenta mirada de Linda. Lo colocó justo por aquel lugar y bebió, saboreando el bourbon y de alguna forma, a la propia mujer.

A Linda no se le había escapado el gesto de Colt y un calor comenzó a subirle desde el estómago. Podría ser el trago de bourbon que llegaba a él, o podría ser que… Linda tragó saliva y desvió la mirada hacia el cielo. Era más seguro en ese momento.

—Aquí sabe aún mejor que en el hotel de Houston —le dijo, observando unos relámpagos en el horizonte.

—Mucho mejor —corroboró Colt, antes de dejar el vaso a su lado.

—El lujo de un buen bourbon sentada en los escalones de tu porche mientras esperas ver la lluvia. Todo lo que una chica necesita. O eso espero.

—Lloverá, lo sé —corroboró él. Sabía que era su mayor anhelo.

—Sí, ¿verdad? Algo tiene que salir bien, ¿no crees? Ya es hora de ello.

—Así es.

Ambos guardaron silencio mientras el aire de la tormenta se acercaba y removía el polvo.

—¿Cómo son los días así al otro lado del mundo? —preguntó Linda, rompiendo el mutismo.

—No son tan bonitos. La mayor parte de las veces llueve barro y ensucia más que limpia. Las tormentas son violentas, los cauces pueden crecer en cuestión de minutos y la noche puede terminar siendo gélida en el desierto, más gélida de lo que nunca hayas conocido en América.

—¡Vaya! No parece un lugar al que echar de menos.

—No, no lo es —sonrió el exmarine, mirándola a los ojos—. Si bien, no es algo que pase todos los días.

—Sí, eso creo. Un amigo me habló de ello.

Colt supo quién había sido ese amigo, porque acababa de recordar la conversación.

—¿Charlie? —preguntó mirándola a los ojos y vio cómo ella se arrepintió de haberlo dicho. Se mordió levemente el labio inferior.

—Sí.

La mención de Charlie sumió en un mutismo a Colt, que tomó el vaso de nuevo entre sus manos y lo miró largamente. Se lo ofreció a Linda de nuevo y esta negó levemente con la cabeza. La figura del otro exmarine estaba presente en los momentos en los que comenzaban a acercarse.

—Linda, yo… —comenzó a decir Colt, confuso. Tenía que decirle que él era Charlie Sierra.

—Lo siento —interrumpió ella, viendo la zozobra del hombre nada más había nombrado a Charlie.

—No, no importa —desestimó él—. Es solo que… Colt bebió del vaso y lo dejó a un lado, antes de mirarla intensamente. Debía hacerlo, debía decírselo.

—Olvídalo —le pidió, sintiéndose estúpida. ¿Por qué demonios tenía que recordar la conversación de la lluvia con Charlie delante de Colt?

—Me gustaría decirte algo, pero… es muy probable que te enfades conmigo por ello y…

Un trueno resonó en el cielo demasiado cerca. Habían estado tan absortos en la conversación de los últimos segundos que ni siquiera habían sido conscientes del relámpago.

—¡Mierda! —exclamó Linda, tras estremecerse con la detonación.

Como si aquel sonido hubiera roto una bolsa de agua en el cielo, comenzó a llover, primero de forma tímida. Unos segundos después parecieron abrirse las compuertas de la bóveda celestial. La lluvia llegaba al suelo, primero levantando una pequeña nube de polvo y luego dejó de hacerlo, pero continuó cayendo, con más fuerza.

—¡Llueve! —Colt sonrió, mirando la escena antes de dirigir la vista hacia Linda.

—¡Está lloviendo! ¡Al fin! —exclamó ella, esbozando una amplia sonrisa.

Otro relámpago apareció no demasiado lejos y, unos segundos después, el sonido ronco del trueno reverberó. La lluvia se intensificó un poco más.

Linda, siguiendo un impulso, abandonó el porche y salió al exterior con las palmas extendidas hacia arriba y la cabeza hacia atrás, recibiendo en su rostro las gotas de lluvia que caían.

Colt se levantó y se apoyó en el poste del porche para observarla. La lluvia era una catarsis para Linda y su rancho. Aquella agua le daría un respiro si se prolongaba a lo largo de las horas o los días. Justo eso era lo que decían las previsiones que sucedería, y ojalá no fallasen, al menos en esa ocasión.

Un nuevo relámpago cayó, aún más cerca y el trueno sonó todavía más amenazador.

—¡Está lloviendo, Colt! —dijo feliz, comenzando a empaparse de pies a cabeza, con una sonrisa en los labios hacia él.

—Ya lo veo —el exmarine rio.

—Ven conmigo, siéntelo —lo invitó.

Colt sonrió, diciéndose que la mujer se había vuelto loca.

—Me calaré.

—Tengo una secadora —desestimó ella y lo llamó de nuevo—. Ven conmigo.

El hombre rio de nuevo y sacudió la cabeza. ¡Qué demonios!

Se encaminó hacia donde estaba Linda y la lluvia lo fue mojando hasta llegar a la mujer.

—¿No es maravilloso? —le preguntó con una sonrisa.

—Lo es.

—Sé que debes pensar que estoy completamente loca en estos momentos, pero no es cierto.

—No pienso nada de eso.

—He deseado tanto que cayese esta lluvia —le explicó—. ¿No has deseado nunca algo con todas tus fuerzas? Tanto como para rendirte a algo tan estúpido como ponerte bajo la lluvia, empaparte de pies a cabeza y asumir el riesgo de que pueda que te parta un rayo en el camino.

Colt observó a la mujer mientras escuchaba las palabras que le decía y las hacía suyas. Sí, él deseaba algo con todas sus fuerzas. Había deseado conocer a la mujer que lo había sacado del pozo donde se encontraba en su última etapa en Siria. Lo había hecho y luego… luego la había deseado a ella.

—Sí —respondió él, esbozando una sonrisa, mientras la miraba de forma intensa. La lluvia seguía cayendo sobre ellos y, lejos de tener frío, estaba bullendo por dentro.

—¿Y qué hiciste esa vez? —le preguntó.

Colt se acercó a ella y le pasó una mano por la cintura, atrayéndola hasta su cuerpo. Linda se mostró sorprendida y posó las manos sobre el pecho del hombre sin moverse, la intensa mirada del exmarine la atrapó. La otra mano de Colt subió hasta el rostro de

Linda y la acarició desde la mejilla hasta la mandíbula de una forma lenta y suave, haciendo que la respiración de la mujer se acelerase, como la suya propia.

—Yo… —dijo de forma ahogada, sin dejar de mantener el contacto visual con ella. Dudando si hacer lo que deseaba hacer o si resistirse a ello.

Linda tragó saliva y subió la mano hacia el cuello del hombre, que se acercó hasta ella lentamente, bajando la cabeza, notó el aliento con olor a bourbon cerca de sus labios. Colt tragó saliva una última vez y se acercó a los labios de Linda antes de posarlos sobre los de ella. El contacto activó todas las terminaciones nerviosas de la mujer y el beso se hizo más profundo e intenso en solo unos instantes. Las manos de Linda se colgaron del cuello del exmarine, apretándose instintivamente contra su cuerpo. Cuando la necesidad de respirar se convirtió en cuestión de supervivencia, los dos alejaron los labios el uno del otro mientras que con los ojos cerrados seguían respirando a una, uno en la boca del otro, mientras que las gotas de lluvia recorrían sus rostros.

Linda abrió los ojos y lo vio, observándola con curiosidad, anhelo y deseo en sus pupilas. Ella sonrió, no supo qué hacer, solo sabía que en ese momento le apetecía sonreír. Jamás la habían besado de aquella manera, el exmarine sabía cómo se hacía. Estaba empapada, mucho se temía que en más lugares de los que había llegado el agua del cielo. Había despertado otro tipo de deseo en ella, uno que llevaba mucho tiempo dormido.

Colt la observó. Sí, ella era lo que había deseado, lo que más había deseado tener jamás.

Un nuevo relámpago cercano cayó y, a continuación, el trueno que lo sobrevino los alertó. Linda bajó las manos del cuello del hombre. Ninguno de los dos dijo nada, solo escucharon el sonido ronco de la lluvia caer en la tierra.

—Será mejor que entremos —habló Linda, que ahora se sentía confusa por lo sucedido.

—Sí, claro —convino él.

La mujer se alejó y caminó delante de él en silencio, hasta llegar al porche. Vio el vaso de bourbon al que apenas le quedaba un dedo

del líquido, lo tomó y bebió todo el contenido de un trago.

—Hasta mañana, Colt —dijo sin volverse hacia él.

—Hasta mañana —respondió el exmarine, sabiendo que probablemente Linda necesitaba tiempo para asimilar lo que acababa de suceder entre ambos.

RECUERDOS DE UNA NOCHE

Linda se había levantado temprano para tomar café y no tener que cruzarse con Colt en la cocina. Seguía lloviendo en el rancho Clayton y esperaba que en todo el condado. Eso la hacía feliz y sonrió mientras veía caer la lluvia desde la ventana del despacho. ¡Cuánto tiempo había pasado desde la última vez! Se llevó la mano a los labios y supo que ahora estaba pensando en la última vez que alguien la había besado. Habían pasado siglos y se sentía extraña.

—¿Estás bien? —la voz de Scarlett la sobresaltó.

—Sí, solo estaba viendo cómo llovía —dijo ella, observando a su amiga, parada en la puerta.

—¿Desde qué hora estás aquí?

—No sé, hará un par de horas.

—¿No podías dormir?

—Estaba haciendo tareas de oficina —señaló al ordenador.

—Si la lluvia continúa, tendrás mucho tiempo para hacer trabajo de oficina.

—Ojalá sea así —dijo, melancólica.

—¿En serio estás bien? —preguntó Scarlett, notando algo extraño en su amiga.

—Sí, en serio.

Unos nudillos tocaron a la puerta del despacho, que estaba abierta. Las dos mujeres se giraron y vieron a Colt.

—Buenos días —dijo el exmarine, pasando brevemente por la imagen de Scarlett para centrarse en Linda con una suave y sexi sonrisa y una mirada diferente en él.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó la mujer, nerviosa de repente al volver a verlo. La tranquilidad de la que parecía hacer gala el hombre, obraba el efecto contrario en ella.

—Jacob quiere consultarte algo, para cuando puedas, en el granero del heno.

—De acuerdo, me cambio y ahora voy.

—No hay prisa —Colt sonrió una vez más y salió de la habitación.

—¡Qué profesional! —dijo Scarlett, haciendo una mueca con la cara y asintiendo con la cabeza.

—Trabaja aquí.

Scarlett observó a su amiga. Cuando Colt apareció, se había tensado visiblemente y después jugó con un lápiz entre sus dedos. Ahora lo colocaba en su lugar original.

—Uuuuuy —dijo, mirándola con los ojos entrecerrados.

—Iré a ver qué necesita Jacob —habló Linda, pasando por el lado de Scarlett. Estaba nerviosa y su amiga la conocía demasiado como para obviar que algo estaba pasando. Por eso no pensaba permanecer allí, así evitaría la batería de preguntas.

Linda caminó bajo la lluvia con un gran paraguas. La tierra llevaba tantos meses seca que le costaba filtrar el agua, pero si las precipitaciones persistían, lo haría, de poco en poco. Para ello necesitarían que fueran insistentes pero serenas. Entró en el granero principal del forraje y cerró el paraguas, dejándolo por dentro, a un lado. Caminó y solo vio la poderosa figura de Colt al lado de una pila de paquetes de heno.

El exmarine la miró de arriba a abajo de forma intensa y Linda volvió a recuperar el nerviosismo del que había tratado de desprenderse al salir de la casa.

—Has madrugado —dijo Colt, sabiendo que cuando él se había levantado, el café ya estaba hecho y solo podía haber sido ella.

—Así es —corroboró Linda, tratando de hallar a Jacob en el lugar. No lo veía.

—¿Has dormido mal? —quiso saber ahora el exmarine.

—No. He dormido muy bien. Tenía trabajo que hacer —mintió, mostrándose claramente a la defensiva con él.

Colt tragó saliva y perdió el aplomo del que había hecho gala. La mujer parecía molesta y de repente no entendió el motivo. El beso que habían compartido había sido cosa de dos. Sí, admitía que él lo había iniciado, pero ella había colaborado en él.

—Linda, yo… —comenzó a hablar Colt, sin saber qué decir realmente. ¿Debía disculparse? Ella había estado hablando de deseos bajo la lluvia y besarla había sido el suyo. ¿Había algo de malo en ello?

—¿Dónde demonios está Jacob? —preguntó, dirigiéndole una mirada fría, cortándolo.

—Estoy aquí —dijo la voz del hombre, apareciendo tras una pila de paquetes de alfalfa. Miró con el ceño fruncido a su jefa. El tono que había usado había sido muy distinto al habitual, parecía estar de mal humor.

Linda apretó la mandíbula y se dijo que era estúpida por pensar que Colt había pretendido verla a solas con un engaño como el de Jacob.

—Pensaba que querías verme —le dijo al capataz, tratando de serenarse.

—No pensaba que tardarías tan poco tiempo. Le dije a Colt que no te metiera prisa —miró al hombre, que también había cambiado su rictus.

—Así fue —lo defendió Linda—. Perdona, Jacob.

—¿Estás bien, Linda? —preguntó el capataz, preocupado por la joven. La notó nerviosa.

—Estoy bien. Tenía la cabeza en otro lado —se disculpó y vio cómo su capataz entrecerraba los ojos, preguntándose dónde—. Llevo un par de horas haciendo facturas. Eso es todo.

Se dijo que esto también lo añadía para Colt, al que dedicó una fugaz mirada. No quería que él pensara que era por su causa.

—Más tarde puedo echarte una mano con ellas —se ofreció Jacob.

—No, está bien. ¿Para qué me querías?

Linda quería terminar con aquello y salir del granero y de la vista de Colt.

—Creo que nos faltan unas pacas grandes de alfalfa —dijo Jacob.

—¿Perdón? —Linda se mostró sobresaltada.

—Las he contado varias veces y apostaría a que faltan unas cuantas. No es algo de lo que nos daríamos cuenta habitualmente,

pero dadas las circunstancias…

—¿Cómo demonios pueden desaparecer pacas de más de mil libras de peso sin dejar rastro? —se preguntó Linda.

—No tengo ni idea —el capataz se encogió de hombros—. Y no puede haber sido en los últimos días. Esto pudo haber sucedido después de que las trajeran. Las suelo contar cuando eso sucede y en ese momento estaban todas.

—Puede que fuera mientras estuvimos en Houston —añadió Colt.

—Tendría sentido. No siempre estuve en el rancho. Travis estaba en el hospital y el resto de los chicos supongo que, en sus casas, en el pueblo.

—Sofía no me ha dicho que escuchase nada fuera de lo común —dijo Linda.

—Quizá si lo oyó no le prestó atención. A veces trabajamos hasta tarde por aquí.

—¿Cuántas pacas pueden ser, Jacob? —preguntó Linda.

—No lo sé seguro, puede que unas diez.

—Genial —Linda fue sarcástica—. Dos mil pavos menos.

—Lo siento. Le preguntaré a los chicos.

—Yo lo haré con Sofía y Celeste —añadió ella.

—¿Quieres que llame al sheriff? —intervino Colt.

—Aún no. Veamos antes qué nos tienen que decir el resto de empleados primero. Además, no me apetece tener al sheriff llenándome todo de barro justo hoy.

Jacob tuvo a bien hacer un inventario de todos los consumibles del rancho, aprovechando que ese día y los siguientes se antojarían lluviosos. Si las pacas de alfalfa habían sido hurtadas, y era algo demasiado grande para desaparecer, no quería pensar si algún amigo de lo ajeno había llegado hasta los productos fitosanitarios o los medicamentos. El asunto lo hacía sentir culpable en cierta forma, ya que, durante la ausencia de Linda del rancho, él había salido al pueblo.

REFLEXIONES

Jacob había invitado a Colt a almorzar a su casa. En un día de lluvia como aquel, le apetecía comer un sándwich de asado con mostaza y tomar un café al lado de la chimenea antes de continuar con las tareas del rancho.

—No había pensado que tu casa sería así —dijo Colt llegando a la cocina, proveniente del aseo, donde había ido a lavarse las manos, mientras que el otro hombre cortaba el asado para hacer el almuerzo.

—Sí —Jacob sonrió—. Me lo dicen todo el tiempo. Todos esperan algo más rústico y deprimente, con olor a tabaco de mascar y una escupidera al lado de la mesa.

—Quizá no tanto, pero esta es una casa moderna.

—Imogene Clayton, la madre de Linda, se empeñó en hacerle un lavado de cara completo. Fue antes de morir Paul, su marido. Bienvenido a la casa de un capataz del siglo veintiuno.

—En mi próxima vida pediré ser capataz de un rancho como este —sonrió Colt.

—No es un mal trabajo, las condiciones son buenas y la jefa suele estar de buen humor, excepto hoy, por lo visto. A pesar de que al fin está lloviendo —dijo Jacob y observó a Colt con interés durante un momento, antes de montar la carne encima del pan.

Colt no respondió, solo observó la estancia una vez más. Salón, cocina y comedor compartían la planta baja en un espacio abierto, con dos amplios sofás de cuero negro y un sillón relax del mismo material, una mesa de comedor con seis sillas y una chimenea en el

centro de la estancia. Jacob lo miró, seguía esperando una respuesta.

—Sí, no parecía tener un buen día —dijo al fin.

—Tú tampoco. Me pregunto por qué —Jacob subió una ceja mirándolo un segundo, antes de echar un buen chorro de mostaza en el interior del primero de los sándwiches—. ¿Té o café?

—Café, y yo lo serviré —dijo Colt abriendo el armario que estaba encima de la cafetera.

—Yo tomaré lo mismo —le indicó Jacob mientras cortaba la carne para el segundo sándwich.

—Perfecto —el exmarine bajó otra taza del armario y sirvió el oscuro líquido.

Colt se dijo que no necesitaba ser un lince para saber que Jacob lo había invitado a comer con alguna intención extra, como la de saber qué le pasaba a Linda o a él mismo. La mañana había comenzado bien, pero se había torcido en cuanto ambos se vieron en el granero.

—¿Me vas a contar qué te ocurre? —preguntó Jacob mientras ponía la carne sobre el pan.

—Estoy preocupado por todo lo que está pasando.

—Bien, y ¿qué le pasa a Linda contigo? —el capataz fue más directo, antes de terminar de hacer el segundo sándwich y ponerlo en la mesa delante del otro hombre.

—No lo sé —dijo Colt y sintió que el hecho le dolía y desconcertaba a partes iguales.

—Os vi anoche en el porche —confesó Jacob, sentándose a la mesa delante del otro.

—¡Vaya! —Colt se mostró sorprendido, aunque ignoraba cuánto había visto de la escena que ambos habían protagonizado.

—No sabía que estabais en ese punto —le dijo y comenzó a masticar, sin perder de vista los gestos del otro hombre.

—No quiero ofenderte, Jacob, porque sé que tienes buenas intenciones, pero… ¿voy a recibir una charla de tu parte?

El capataz dejó el sándwich en el plato y sonrió, antes de limpiarse la boca.

—No soy su padre, si eso es lo que te preocupa.

—Pero eres un hombre —le dijo Colt, que aún no había tocado la comida.

—No de esa forma —desestimó y volvió a sonreír—. Linda es algo así como una hermana. Y me preocupa.

—Ya somos dos entonces. A mí también me preocupa.

—Come, no le he echado nada extraño —le indicó—. Y relájate.

Colt comenzó a degustar el sándwich. Tenía que reconocer que el asado de Sofía, en aquel formato y con mostaza un día después, estaba más que delicioso.

—¿Qué viste en el porche? —quiso saber.

—Lo suficiente.

—No pasó nada más —le dijo Colt, aclarando aquel punto.

—¡Vaya! —Jacob se mostró sorprendido y observó cómo Colt bebía café.

Ambos hombres guardaron silencio.

—Y lo de hoy no sé cómo interpretarlo —dijo Colt, rompiendo el mutismo y dejando la comida sobre el plato. Bebió café de la taza una vez más y lo tragó lentamente. Se encontraba perdido en aquel campo y por primera vez en su vida, inseguro.

—Creo que ella tampoco —dijo Jacob.

—No lo sé —Colt tensó la mandíbula y exhaló aire.

—Ella te importa —afirmó Jacob.

Colt asintió con la cabeza y mantuvo la mandíbula apretada. Nada era sencillo, para comenzar el secreto que mantenía con ella, la verdadera identidad de Charlie Sierra, algo que le quemaba por dentro.

—Linda no lo ha tenido fácil desde hace mucho —volvió a hablar el capataz.

—Me he dado cuenta —convino Colt.

—Dale tiempo, quita esa cara de funeral y come —Jacob alzó su taza de café, como si de un brindis se tratase—. Pero no le hagas daño.

***

Scarlett se había empeñado en invitarla a cenar algo sencillo en el pueblo y, aunque tenía que reconocer que había aceptado sin tener ganas, le venía bien, porque evitaba estar frente a Colt. No

sabía cómo comportarse con él, después de lo que había sucedido entre ambos la noche anterior. No sabía qué sentía, más allá de que estaba claro que el hombre la atraía y que besaba muy bien. ¿O puede que solo fuera que hacía años desde la última vez que un hombre la había besado? Y luego… luego estaba Charlie Sierra…

—Puede que suba una story para asegurarnos de que Celeste nos ve —bromeó Scarlett, sentada frente a su amiga.

—Seguro que tiene algún directo que hacer —dijo Linda, esbozando una rápida sonrisa.

Scarlett tomó un pepinillo, lo mojó en la salsa y se lo llevó a la boca, mientras observaba a la otra mujer.

—¿Qué es lo que pasa, Linda?

—Nada —sonrió y tomó otro pepinillo antes de untarlo en salsa ranchera y comerlo—. Mmmm están muy buenos. Creo que tenía hambre.

—No has almorzado —le recordó.

—Demasiado trabajo, demasiados problemas —se disculpó.

—Uno de esos problemas no será casualmente un marine que está muy bueno y que vive en tu casa, ¿no?

—¿Colt? —preguntó ella con un gesto de extrañeza en su rostro.

—¡Venga ya, Linda! —le espetó.

—Me han disparado, han matado a varias vacas, han herido a uno de mis hombres y ahora me han robado varias pacas de alfalfa. Créeme que tengo más preocupaciones que ese exmarine.

—Puede que tengas más, pero él es una de ellas y no puedes disimularlo. Te he visto hoy con él. Ni siquiera lo has mirado, ni le has hablado más de lo necesario. ¿Qué sucede?

—Estábamos trabajando.

—Si me vas a mentir, puede que tenga que irme —Scarlett se levantó del asiento y agarró su bolso. Linda la miró con los ojos entrecerrados un instante.

—¡Maldita sea! ¡Siéntate! —le dijo.

—Bien, pero espero que seas sincera. O te vas a tener que comer todos los pepinillos y las tiras de pollo tu solita.

—Mira, no es mala opción —sopesó la mujer.

—Linda… —el tono fue más serio.

—Está bien, te lo contaré. Siéntate, nos están mirando.

—¿Y bien? —Scarlett se sentó, dejó de nuevo el bolso a su lado en el banco y tomó otro pepinillo para mojarlo en salsa y comerlo.

—Anoche… me besó —dijo al fin.

El rostro de Scarlett se iluminó con una sonrisa hacia ella y después se mostró pensativa.

—¿Te besó? —frunció el ceño.

—Sí. —Linda tomó un nuevo pepinillo justo antes de que la camarera les dejase la cesta con las tiras de pollo y la salsa gravy.

—¿Él a ti? —inquirió—. Es decir, que no participaste del hecho y por eso estás molesta con él. ¿En serio que tú no le pusiste una mano en ese pecho duro que tiene o no le pasaste los brazos por detrás del cuello y te apretaste contra su cuerpo?

Linda tragó saliva, se removió incómoda y desvió la mirada hacia las tiras de pollo, pensando que en realidad eran de ternera, nunca se había explicado por qué las llamaban así. Cualquier cosa, menos pensar en Colt, y en el beso que había sido compartido y que le costaba reconocer.

—Oh, oh… —habló de nuevo Scarlett y sonrió ampliamente, sabiendo que su amiga sí que había participado de aquello.

—¿Quieres que te diga cómo de cachonda me puse? —preguntó Linda, bajando la voz, molesta ante la expresión de su amiga.

—¿Lo hiciste? —Scarlett ladeó la cabeza, sonrió y la miró con interés.

—Vete a la mierda, Scarlett —respondió en tono sosegado.

—No pasa nada por reconocerlo, Linda. Colt está muy bueno y es un tipo agradable. Y tú no eres de piedra, hace siglos que no estás con un hombre, si el chico besa bien pues lo agarras y te aprietas y… te calientas, ya me entiendes. Y no tiene nada de malo. ¡Deja de actuar como si fuera así!

—No puedo ser estúpida una vez más, Scarly —le dijo, echándose hacia delante para colocarse las manos en la cara, tapándola y emitiendo un suspiro—. Fui una estúpida con Asher.

—Colt no es como Asher —aseguró la otra mujer.

—¿Sí? ¿En serio? ¿Cuánto hace que lo conocemos para asegurar tal cosa? A Asher lo llevábamos conociendo desde hacía años y me

convenció de que no era cierto todo aquello que se decía de él, que eran solo habladurías o envidia.

—¿Y esto es por Asher?

—En parte —suspiró de nuevo Linda—. Por Asher, por mí, por… no sé.

—Por Charlie Sierra —vislumbró su amiga y acertó de pleno—. No sé qué te ha dado con ese tipo, Linda. Empiezo a pensar que lo usas como una excusa estúpida para impedirte avanzar con nadie más después del cabrón de Asher.

—O para impedir equivocarme, otra vez. Pero no es eso, Scarly. Han sido muchos meses de conversaciones con Charlie y conectábamos tan bien que… no sé por qué, pero no puedo quitármelo de la cabeza.

—No hace falta que lo jures —respiró hondo—. Espero que al menos en esta ocasión no hayas llamado Charlie a Colt para cortarle el rollo.

—No, no lo hice.

—Bien. Sobre Charlie, escríbele. Dile que necesitas verlo, que… no sé. Que necesitas su ayuda, lo que se te ocurra que haga que reaccione, que ese tipo venga aquí y quedéis en persona. Necesitas saber qué sientes cuando os veáis cara a cara, lo tengas delante y os miréis a los ojos.

Los dedos de Linda jugaron nerviosamente con una servilleta después de limpiarse los labios con ella.

—Lo sé, lo haré —dijo.

—Y si no te responde, al minuto siguiente te tiras al cuello de ese exmarine buenorro, que ya sabes que te pone y al que, además, le importas.

Linda sintió un nudo en el estómago pensando en aquello, le importaba a Colt y eso era más de lo que le ofrecían algunas personas, incluso de su propia familia.

Jacob tiró de la puerta y la abrió, entrando en el lugar. Scarlett, notando la ráfaga de aire proveniente del exterior miró hacia la entrada del local y sonrió. Detrás del capataz venía Colt y amplió algo más la sonrisa.

—Acaban de entrar dos tíos buenos. ¿Nos los ligamos? —preguntó Scarlett a su amiga, que parecía en esos momentos más interesada en las tiras de pollo.

—¡Venga ya! Scarly —dijo y la otra mujer rio.

—¡Eres una aburrida! —habló divertida.

—Pensaba que era una reunión de chicas y veníamos a picar algo sencillo.

Scarlett tomó una tira de pollo, la mojó en la salsa gravy y se la introdujo en la boca, observando a los dos hombres de forma disimulada.

—Supongo que esto se animará más tarde, suele haber música en directo —dijo Jacob, sentándose en una de las mesas con el botellín de cerveza en la mano. El local no estaba demasiado concurrido y Colt lo siguió.

—Puede que la lluvia no sea buena para este tipo de negocio —dijo el exmarine.

—Espera que lleven un par de días encerrados en casa con la familia —rio Jacob.

Colt esbozó una sonrisa y oteó el local y a sus clientes. Halló a alguien que no esperaba ver esa noche: Linda. Ella y Scarlett estaban al otro lado y las observó. Las dos mujeres compartían unas cestas de tiras de pollo, pepinillos y nachos. Mientras que Scarlett parecía divertida, Linda solo seguía la conversación mientras comían. Vio cómo respiraba hondo, tragaba y tomaba la botella de cerveza para beber de ella. Luego se limpió los dedos en una servilleta y miró hacia donde él estaba, como si hubiera sabido que alguien la estaba observando.

Linda le mantuvo la mirada al hombre y, durante unos instantes, ambos se observaron en la distancia. Ella se puso nerviosa, aunque trató de disimularlo. Después, Colt esbozó una sonrisa y alzó su botella de cerveza, saludándola. Linda esperó un momento y después, en un leve movimiento de mano lo saludó.

—¡Oh!, ¡Ya lo has visto! —exclamó Scarlett, siguiendo la mirada de su amiga. Se chupó los dedos y saludó a Colt moviéndolos a la vez que esbozaba una sonrisa.

—¡No me lo habías dicho! —masculló entre dientes Linda.

—Dije que habían entrado dos tíos buenos —desestimó ella con una sonrisa divertida.

—No son dos tíos buenos, son Colt y Jacob.

—¡Justo! —Scarlett rio y observó disimuladamente hacia su derecha—. Ese exmarine no deja de mirarte.

—Se ve que no hay más bares en todo Kingfisher —se quejó Linda.

—No con tan buena clientela —sonrió Scarlett y volvió a atacar las tiras de pollo—. Ni tan buena comida.

—¡Vaya! Están las chicas —Jacob vio cómo Colt observaba atentamente algo al otro lado del salón, miró y saludó a Scarlett con un asentimiento de cabeza al verla. Ella le sonrió, encantadora.

—¿Tienes algo con Scarlett? —observó Colt.

Jacob rio.

—No —el hombre mantuvo la sonrisa y negó con la cabeza, mirando hacia el botellín de cerveza.

—A veces creo que te mira…

—Sí, lo sé. Lo hace para molestarme, pero no sabe que no ha nacido quién lo consiga. Un día me dijo que no le importaría hacerme un favor —Jacob volvió a reír.

—Es curioso lo distintas que son, ¿cierto? —opinó Colt, después de sonreír.

—Lo es, pero a Linda le viene bien un poco de Scarlett. Soporta demasiado peso sobre sus hombros y a veces debería preocuparse más por sí misma que por los demás y vivir un poco. Scarly es la que le hace ver que hay otra realidad más amable después del rancho y de todos los problemas.

—Sí, me he dado cuenta de que es una buena influencia.

—Tú tampoco lo haces nada mal con ella —Jacob sonrió y chocó la botella de cerveza con él en un brindis.

—No deja de mirarte y lo sabes —pinchó un poco más Scarlett, observándolo disimuladamente—. Yo que tú le escribía esta noche mismo a Charlie Sierra.

—Por lo pronto, creo que voy a ir al baño —dijo, levantándose de la mesa.

La mirada de Colt siguió a Linda hasta la zona de los baños, después mantuvo la vista fija en la cerveza durante unos instantes.

—Discúlpame un momento —dijo, levantándose del asiento después de beber el resto de su botellín de un trago.

Linda se miró al espejo después de lavarse las manos y coger el papel para secárselas. Se dijo que el aspecto que le devolvía aquel cristal no era el de una joven adolescente. ¿Por qué se estaba comportando como una con Colt? Era cierto, había tratado de evadirlo durante todo el día, solo porque no era capaz de asimilar que él la hubiera besado. O lo que no podía asimilar era que le hubiera gustado tanto como lo había hecho y, lo peor de todo, que sintiera que estaba traicionando a Charlie. Lanzó el papel con fuerza a la papelera antes de salir.

—¿Vas a seguir evitándome? —preguntó Colt, apoyado en la pared de fuera de los baños cuando la vio salir.

Linda esbozó una sonrisa aparentemente incrédula hacia el hombre.

—No sé de qué estás hablando —respondió, tratando de mostrarle que aquello no era cierto.

—No recuerdo ni un solo día en el que te hayas mostrado como hoy.

—Puede que no lo recuerdes porque casi no me conoces —le dijo, de repente a la defensiva. Se maldijo por ello, no era la actitud.

Colt entrecerró los ojos y apretó la mandíbula, guardando silencio durante unos instantes, que se hicieron demasiado largos.

—Te conozco mucho más de lo que puedas pensar, Linda —dijo tragando saliva, pensando que hacía meses que se conocían, aunque ella lo ignorase.

La mujer estuvo tentada a responder alguna nueva impertinencia, pero se dijo que solo empeoraría las cosas y que él tenía razón. Se había mostrado a él, incluso lo había acogido en su casa.

—Mañana será otro día, hoy no ha sido fácil —respondió en cambio.

Colt asintió con la cabeza sin dejar de escrutarla con aquella mirada verde de la que hacía gala el exmarine.

Linda creyó que él había dado por buena la respuesta y emprendió su camino de nuevo.

—¿Quieres que me disculpe por lo que pasó anoche? —preguntó él a su espalda y ella se detuvo.

La joven cerró los ojos con fuerza y tragó saliva, poniéndose nerviosa, no estaba preparada para aquella conversación.

—No, no quiero eso, Colt —respondió con voz calmada y se giró hacia él, mostrando una tranquilidad que no era la real, ya que algo bullía en su interior.

—¿O quieres que te prometa que no volverá a suceder?

Linda se tensó, aún no había quedado con Charlie cara a cara y le pareció que en ese momento estaba eligiendo entre él y Colt. O que él trataba de alguna forma inconsciente de hacerla elegir.

—No será necesario —dijo ella.

—Bien —respondió Colt y volvió a tensar la mandíbula mientras la miraba de forma intensa. Se acercó a la mujer y quedó a un metro de ella—. No podría, porque me gustas, Linda.

El exmarine observó cómo se dilataban las pupilas de la mujer mientras lo miraba durante un momento que se alargó más de lo esperado.

Linda experimentó todo un maremágnum de emociones ante la inesperada confesión del hombre que tenía frente a ella.

—Yo… —comenzó a hablar la mujer, tratando de conseguir el aliento necesario para ello—. No necesito esto ahora.

Colt le sostuvo la mirada unos segundos y asintió con la cabeza.

Ella giró sobre sus talones y caminó hacia la mesa que compartía con Scarlett.

UNA DECISIÓN IMPORTANTE

De: Linda Clayton
Asunto: Hey, soldado

¡Hola, Charlie!

Hace algún tiempo que no hablamos. Supongo que debes estar en alguna de esas misiones secretas que tenéis los marines. Deseo con todas mis fuerzas que todo salga bien si es así. En caso de estar en lo cierto, deduzco que en no demasiado podrás volver a casa, si acaso ya no lo has hecho.

Han pasado demasiadas cosas en mi vida desde que no contactamos, y me gustaría contártelas todas. Y que tú me cuentes las tuyas, al menos hasta donde puedas, como siempre hacemos. Seguro que te parece una tontería, pero te echo de menos.

Y ahora, simplemente estaba sentada a mi ordenador, viendo llover y te recordé. ¿Sabes? Hay un exmarine en mi rancho y me dijo que, por ahí, donde puede que estés, no llueve demasiado y que cuando lo hace, no es bonito ni agradable. Me gustaría que pudieras ver lo relajante que es desde mi ventana.

Puede que deba ir al grano. Me preguntaba si podrías conseguir que nos veamos en persona. Sinceramente, sé que es algo que debemos hacer, hace tantos meses que hablamos que me gustaría hacerlo. Espero que tu respuesta sea afirmativa y que pueda ser lo más pronto posible.

Cuídate mucho
L. C.

Colt miró la pantalla de su teléfono móvil mientras tomaba café sentado en el porche de la casa, viendo cómo la lluvia seguía cayendo sobre el rancho. ¡Un mail de Linda! Lo leyó despacio y se le fue clavando en el centro del pecho palabra tras palabra. Aquel «te echo de menos» y la estocada final era que ella quería que se vieran en persona. La conocía y sabía que no era una sugerencia al azar. Supo que ella necesitaba hacerlo.

Sacudió la cabeza y se levantó para apoyarse en uno de los postes del porche, mientras trataba de conseguir que el oxígeno llegase a sus pulmones. Linda Clayton le acababa de robar el aliento con aquella misiva, haciendo que la culpa llegara a él. Había esperado demasiado para decirle la verdad de su identidad. Cerró los ojos y se castigó internamente por ello. Siempre había tenido una excusa para posponerlo o alguien los había interrumpido en el momento en el que él había creído tener agallas para hacerlo. Y puede que ahora fuera demasiado tarde y ella no lo perdonara.

Linda permaneció sentada mirando la pantalla del ordenador, esperando que la respuesta de Charlie Sierra fuera inmediata. En alguna ocasión había sido así. Pero quién sabía dónde estaría o qué hacía en ese momento. No podía pretender aquello. ¿Y si él necesitaba pensarse la propuesta de verse en persona? O, directamente no le interesaba conocerla y nunca más le volvía a contestar. Puede que, tal como decía Scarlett, tuviera ya una familia y cinco hijos esperándolo en casa.

Colt la miró desde la puerta del despacho, los dedos de Linda tamborileaban sobre el escritorio, mientras que miraba la pantalla del ordenador. Supo que estaba esperando una respuesta de Charlie Sierra. Los nudillos del exmarine sobre la madera le hicieron notar que estaba allí.

—Colt —dijo ella, sentándose más erguida en la silla.

—Voy al pueblo, tengo que comprar algunas cosas que me ha encargado Jacob. Me preguntaba si necesitabas algo.

—No, gracias.

—De acuerdo —dijo este, observando a la mujer—. ¿va todo bien?

—Sí, claro —dijo ella, esbozando una sonrisa que no convencería a nadie.

—¿En serio?

—Solo… estaba escribiéndole un mail a…—dudó—. Alguien, un amigo.

Colt la miró, sabiendo que ese amigo era Charlie Sierra y que a la vez era él y estaba justo delante de ella. Se sintió… ¿celoso? ¿de sí mismo? Tragó saliva, inquieto y apretó la mandíbula. ¿Y si le decía la verdad? Justo allí, en ese momento, de una vez por todas, antes de que aún fuera más tarde. Pero… ¿y si ella se enfadaba? ¿Y si lo echaba de su casa a patadas? Entraba en lo probable que así fuera… y entonces su seguridad estaría comprometida. Y todo lo que había sucedido en las últimas semanas no le gustaba demasiado. Colt apretó la mandíbula.

—Creo que iré al pueblo —dijo al fin el exmarine, antes de girar sobre sus zapatos y encaminarse hacia la salida.

—Colt —lo llamó ella, haciendo que se detuviera y la mirase de nuevo. Lo había notado vacilante y preocupado. Quizá se debía a lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. No había querido herir sus sentimientos en ningún momento.

—Linda —dijo él y notó cierta intranquilidad en el rostro de la mujer.

—Ayer no fue un buen día para mí —dijo ella, deteniéndose—. Olvida lo que pasó, ¿de acuerdo?

Linda se había torturado con aquello durante toda la noche, había sido muy injusta con el hombre. Él no tenía la culpa de cómo se sentía al respecto de muchas cosas en su interior.

—No sé de qué me hablas. Bebí demasiada cerveza —dijo él, mostrando tranquilidad, a pesar de que parecía que Linda tratase de borrarlo todo, el beso, la confesión, la cercanía que ambos habían mantenido…

Linda esbozó una breve sonrisa y asintió. Recordaba cuando él le había dicho la primera vez que casi se habían besado que olvidaran lo sucedido, porque no sabía hacerlo de otra manera.

Colt salió del despacho y cerró los ojos con fuerza, otra vez más perdida sin confesarle quién era realmente. ¿Hallaría la fuerza necesaria para ello? ¿El momento oportuno? A menos que… no lo hiciera. La gente desaparecía. Esas cosas pasaban. Todo el tiempo.

—¿Y si… te estás equivocando, Linda? —se dijo a sí misma en voz baja al escuchar cómo se cerraba la puerta principal de la casa

tras Colt. Apagó la pantalla del ordenador y se dijo que tendría que activarse esa mañana y hacer algo físico, antes de comenzar a volverse loca con aquel tema. Colt estaba allí, pendiente de ella y Charlie solo era un fantasma tras una pantalla al otro lado de una dirección de correo electrónico.

MÁS PRESIÓN

Sterling Hayes puso un pie sobre el cemento mojado y se apeó del vehículo, quedando bajo el paraguas que el chófer había abierto para él.

Miró a su alrededor, oteó las construcciones anexas a la casa principal y olió el aire del campo de Kingfisher. En un tiempo pasado él había pertenecido a un lugar como aquel y sabía que los días de lluvia eran bienvenidos, como una bendición. En esos momentos a él no le ayudaban en absoluto, ya que pretendía obtener buenos tratos y aquella agua, de no cesar, podría dar al traste con ellos. Una de sus mayores apuestas era Linda Clayton, la dueña de la casa que se erguía ante él en esos instantes. Tenía dos pozos de petróleo que llevaban al menos cincuenta años presuntamente secos. Para otro podrían ser terreno yermo, para él, una oportunidad. Sabía cómo era la composición de aquel suelo y lo que había albergado en el pasado. Solo que la mujer se estaba mostrando más dura de lo que había esperado.

—¿Señor Hayes? —preguntó una sorprendida Linda cuando abrió la puerta del rancho viéndolo parado frente a ella.

—Señora Clayton —la saludó él, tendiéndole la mano. La escrutó, no lucía el aspecto impecable que había tenido durante la reunión en el hotel de Houston. A pesar de ello, veía a una mujer que se cuidaba y que, por su vestimenta, también era activa en las tareas del rancho. Algo que no había esperado, pero respetaba.

—Creo que está muy lejos de Houston —le dijo ella y el hombre sonrió.

—Estaba por la zona y pensé en hacerle una pequeña visita para traerle un obsequio.

El hombre alzó la mano y otro hombre, uno que Linda supuso que era el chófer, le alargó una botella de Bourbon que, como no, era un Balmorhea de Garrison Brothers. Doscientos pavos la botella y el que se había convertido en su preferido, y el de Colt.

—Gracias, es muy amable —respondió ella, recogiéndola.

—¿Cree que… podría invitarme a entrar? —preguntó el CEO de la petrolera Cimarron Oil.

—¡Oh, sí, claro! ¡Perdón! —Linda se hizo a un lado y le mostró el camino hacia el interior de la casa. El hombre sonrió y entró.

—¿Estilo español? —dijo el CEO, admirando la construcción de la vivienda.

—Un leve intento de mi madre con la decoración.

—La otra señora Clayton, su madre, ¿nos acompañará?

—No, no está —dijo ella. Obviando decirle que no vivía en Oklahoma, que lo hacía en Florida.

—Una lástima, me habría encantado saludarla.

—¿Desea tomar algo? Puedo abrir el Bourbon si lo desea.

—No sería educado beber de mi propio obsequio.

—En ese caso puedo ofrecerle un café.

—Estaría bien, gracias. Solo, por favor.

—Puede pasar al despacho mientras lo preparo.

—Pensé que tendría personal de servicio —habló Sterling, mientras la seguía camino al lugar.

—Hay alguien que me ayuda, pero está fuera ahora mismo. Póngase cómodo —le dijo, abriendo la puerta.

¿Qué demonios querría el CEO de Cimarron Oil? Era evidente, una respuesta. Habían pasado varias semanas y ella no se había puesto en contacto con la empresa. Y, con la lluvia actual, estaba más que convencida que Hayes veía peligrar su negocio.

—Un café solo —dijo Linda con la bandeja en las manos, dirigiéndose a él con una sonrisa.

—Gracias —respondió, tomando la taza, mientras que se sentaba en uno de los sillones del lugar. Linda cogió la otra taza, antes de

dejarla sobre la mesa y lo observó, mientras trataba de mostrarse despreocupada y tranquila, a pesar de que la presencia del hombre la mantenía en tensión.

—¿Conocía esta parte de Oklahoma, señor Hayes?

—Bastante bien.

—¿En serio? —preguntó Linda con un tono que denotaba cierta incredulidad.

—Así es —Sterling sonrió lentamente, mostrándole su blanca dentadura mientras se arrellanaba en el sillón—. En un tiempo pasado yo también pertenecí a este mundo, señora Clayton.

—No me pega con usted —Linda observó el traje sastre que llevaba el hombre, probablemente italiano y, además, seguramente muy caro, más que lo que costaban las pacas de alfalfa que le habían robado a ella. ¡Qué desperdicio!

—No se deje engañar por mi atuendo —supo que ella lo había escrutado y sabía lo que podría estar pensando—. Sé lo que es calzarse unas botas y llenarse de barro hasta las cejas en un día como hoy.

—¡Vaya! No lo esperaba, señor Hayes.

—Llámeme Sterling, por favor —le dijo con una sonrisa. Siempre era una buena idea el mostrar cercanía con los clientes. Y él tenía que ganarse a aquella mujer para poder conseguir que le dejase explotar sus pozos de petróleo.

—He de suponer que no lo echas de menos, Sterling —convino ella, aceptando el tratamiento.

El hombre emitió una carcajada.

—Cuando conoces este otro lado, te aseguro que no, Linda. Si me permites que te llame así —dijo en tono suave y conciliador, con una intensa mirada.

Ella asintió con la cabeza y tomó asiento frente a él.

—A mí me gusta trabajar en el rancho y no me importa ensuciarme. Sí, los días de lluvia son incómodos, pero también necesarios para los cultivos. Es parte del proceso y de la vida.

—Lo respeto profundamente, créeme.

—Pero… a ti no te vienen tan bien y quieres convencerme de que acepte el trato antes de que llueva demasiado —sonrió ella.

—¡Touché! —dijo Sterling esbozando una amplia sonrisa—. Solo tienes que cederme el suelo para hacer el estudio, y puede que no haya nada.

—Pero tú sí que crees que lo hay —le sostuvo la mirada. Si no fuera así, no se habría tomado tantas molestias con ella.

—Y tú no —él se la mantuvo mientras bebía café.

Linda pensó que, realmente lo que temía era que sí lo hubiera, y enfrentarse a lo que se enfrentó su abuelo que lo volvió loco y acabó con él.

—No lo sé, realmente —dijo, en cambio.

—¿Qué te parece si me dejas hacer el estudio y salimos de dudas?

Linda se mostró pensativa.

—¿Tienes un rancho, Sterling? —le preguntó, tratando de ganar tiempo.

—No, aún no he decidido invertir en ello —respondió él.

—Entonces puede que no sepas lo que se siente teniendo uno.

—Trabajé en uno —dijo, de repente. Odiaba recordar aquella parte de su vida, aunque fue lo que lo impulsó a superarse y ser el hombre en el que se había convertido—. Recuerdo perfectamente cómo era y sé por lo que estás pasando, Linda.

La mujer sonrió sin dejar de observarlo. Él se mostró incómodo al recordarlo y sentía curiosidad de saber por qué.

—¿No fueron buenos tiempos?

—Es una vida demasiado dura para repetirla. Por eso… me siento tan cercano a los problemas de los rancheros.

—Y por eso nos quieres ayudar —dijo Linda, y no pudo evitar un deje sarcástico.

Sterling sonrió y se puso de pie antes de colocar la taza en la bandeja que estaba sobre la mesa.

—No voy a esconderme, es un negocio, y yo ganaré dinero. Pero a cambio, tú también lo ganarás. Y sé que te hace falta, he oído que no lo estás teniendo fácil en los últimos tiempos. Más lo que sucedió con tu ganado.

—También me han robado forraje recientemente —dijo ella, tratando de ver la reacción del hombre y si podía borrarlo de su lista

de sospechosos.

—¡Vaya! —Sterling pareció genuinamente sorprendido con la noticia—. Los problemas nunca se detienen en un rancho.

—Así es.

Sterling la miró unos segundos y mantuvo silencio, luego se dirigió hacia la estantería y tocó el lomo de algunos de los libros que allí descansaban.

—Imagina la tranquilidad que podrían darte los ingresos de los pozos, podrías hacer frente a contratiempos como este, y otros. La maquinaria envejece, necesita arreglos. Las viviendas también —miró hacia el techo de la sala buscando alguna imperfección.

—Y las sequías son imprevisibles —dijo Linda, levantándose del asiento para moverse por la sala mientras él seguía ojeando, aparentemente distraído, los títulos de los libros. Llegó al escritorio y se apoyó en él.

—Voy a ser franco, Linda. Me gustaría obtener una respuesta pronto. Las oportunidades no esperan eternamente.

—Sé que lo estoy pensando demasiado —admitió ella, sintiendo la presión del hombre.

—Entiendo tus razones —dijo Sterling tratando de suavizar su advertencia—. Es tu tierra y te gustaría seguir como hasta ahora. Pero ambos sabemos que los tiempos han cambiado y nada es tan sencillo como hace veinte o treinta años. Me temo que es algo que has visto en los últimos tiempos.

—Lo sé, soy consciente.

—¿Qué me dices si le envío el contrato a tu abogado y lo estudiáis juntos?

—De acuerdo.

—Y para asegurarme de que lo harás y no lo dejarás en su despacho —Sterling sonrió—. Te diré que vas a encontrar una grata sorpresa que no estaba en el anterior.

Linda entrecerró los ojos y sonrió. Aquel tipo sabía negociar.

—Eres muy bueno en tu trabajo, ¿verdad?

Sterling le sonrió de una manera encantadora sin dejar de mirarla a los ojos para después tenderle la mano.

—No lo dejes pasar, Linda.

La mujer le estrechó la mano al hombre antes de conducirlo hasta la puerta, donde el chófer lo esperaba, abriendo un paraguas a la salida del porche hasta que el CEO se introdujo en el vehículo de nuevo y abandonaron la propiedad.

TENEMOS UNA CITA

De Charlie Sierra:

Querida Linda:

Disculpa mi silencio en las últimas semanas. Tienes toda la razón, hace demasiado tiempo que nos conocemos a través de una pantalla y es justo que nos veamos en persona. No te voy a mentir: me da miedo decepcionarte cuando nos veamos cara a cara. Porque, te has convertido en alguien muy importante para mí. Más de lo que puedas imaginar.

Como bien supones, acabo de regresar y estoy en los Estados Unidos. Dime lugar, día y hora… y allí estaré, esperándote.

C. S.

Colt terminó de escribir el mail y después de dudarlo unos segundos, pulsó el botón de enviar en su teléfono móvil. Y que el cielo lo ayudase.

Había pensado en no contestarle, en hacer que Charlie Sierra desapareciera cual fantasma, pero no era justo con Linda. No podía mentirle de aquella forma ni pretender construir algo con ella con una mentira como cimiento. Bebió la cerveza de un trago, tratando de bajar el nudo que se le había formado en la garganta, porque sabía que a la vez corría el riesgo de que ella lo mandara al demonio, por eso le había dicho que esperaba no decepcionarla.

—Hola, vaquero —ronroneó una voz femenina en tono sensual. Era Celeste Clayton y se apoyó a su lado en la barra de The Stack—. ¿Me invitas a tomar algo?

—Hola, Celeste —la saludó con una sonrisa y subió el botellín de cerveza, vacío—. Realmente estaba por irme. He venido a por unas cuantas cosas que me ha pedido Jacob.

—Así que bebiendo en jornada laboral —dijo la mujer, dándole a entender que lo había pillado en un desliz.

—Solo tenía sed y no he tardado demasiado.

—¿Seguro? Juraría que la camioneta del rancho lleva algo más de media hora aparcada ahí fuera. Me ha dado tiempo a hacer todas mis compras.

Colt supo que probablemente había tardado más de lo que tenía previsto en escribirle el mail a Linda y que Celeste aprovechaba la situación para conseguir una invitación de su parte, usando todas las herramientas a su alcance.

—¿Qué deseas tomar? —se rindió Colt, diciéndose que no le costaba ser amable con la joven pelirroja que ahora sonreía, complacida.

—Luke —Celeste llamó al camarero sin dejar de mirar a Colt—. Ponme un tequila reposado con hielo y lima. Y una cerveza para este vaquero estresado.

—Tengo algo de prisa —se quejó el hombre.

—A Jacob no le pasará nada por esperar diez minutos más. Y seguro que estarás mejor conmigo que soportando el mal humor de mi prima.

Celeste movió el taburete para acercarlo a Colt antes de sentarse en él y el hombre se puso en guardia. No era una amenaza como las que había aprendido a detectar en su carrera, pero la prima de Linda no se podía considerar inocua, ni mucho menos.

—Me gusta cumplir en mi trabajo —respondió, obviando el otro comentario.

—No me cabe duda —el camarero colocó las bebidas delante de ellos y Colt alargó un billete hacia él para que se cobrara—. Gracias.

—Tu prima tiene razones para estar preocupada —dijo Colt, sintiendo que no era justo que Celeste juzgase a Linda tan a la ligera —. Soporta mucho peso sobre sus hombros.

—Sí, bueno, supongo —suspiró Celeste—. Pero ahora está lloviendo, lleva meses diciendo que deseaba que lloviera, ahora lo hace. Debería estar más aliviada y, en cambio, su humor ha empeorado.

Colt bebió del botellín mientras que Celeste removía los hielos en el tequila con un suave movimiento de muñeca, antes de tomar el primer trago y emitir un sonido de aprobación al mismo.

—¿Puedo preguntar por qué vives con ella? —quiso saber Colt.

—Porque aún no tengo los suficientes seguidores en redes —bromeó la joven antes de reír con ligereza y volver a dar otro sorbo al tequila.

—¿Y aparte de ese detalle? —preguntó él de nuevo.

Celeste puso los ojos en blanco y suspiró. El hombre quería una respuesta más amplia.

—Digamos que la relación con mi madre no es idílica. No quiere que yo cumpla mis sueños.

—Lo siento.

—Sí, bueno, gracias —Celeste volvió a mover el vaso de tequila con los cubitos antes de beber de nuevo—. Linda tampoco se lleva muy bien con la suya.

Colt recordó que la otra mujer había castigado una llamada de su madre en el cajón del escritorio unos días atrás.

—Supongo que las relaciones familiares no son fáciles —dijo el hombre.

—¿No quieres saber por qué Linda se lleva mal con su madre? —preguntó Celeste con una sonrisa maliciosa.

—No soy un hombre al que le gusten los chismes, si te soy sincero—sonrió Colt, diciéndole tácitamente que no cotillearía sobre Linda a sus espaldas.

—¿No sientes ni un poquito de curiosidad? —volvió a sonreír Celeste mientras se mordía el labio inferior, siendo consciente de que aquel hombre no era sencillo, no le seguía la corriente. Le gustaba.

—Supongo que, si es algo que tengo que saber, ella misma me lo contará.

—¿Siempre eres tan recto en todo? —la mujer pasó un dedo alrededor del borde del vaso de tequila con hielo mientras lo miraba con atención.

—Supongo que es mi pasado de marine —sonrió él y bebió el último trago de cerveza de la botella antes de dejarla sobre la barra —. Ahora sí que tengo que irme. Jacob se debe estar preguntando

en qué camino me he quedado atascado. Ha sido un placer, disfruta de tu tequila.

El hombre puso dos dedos en el sombrero a modo de despedida, Celeste hizo un puchero sintiendo su marcha, pero se despidió de él con un «hasta la vista» y observó cómo salía del local bajo la intensa lluvia.

DECISIONES Y CITAS

Linda se dejó caer pesadamente en el sillón del escritorio de su despacho mientras encendía el ordenador.

Acababa de llegar de la cita con Dax, su abogado. Había sentido curiosidad acerca de la «sorpresa» que le había prometido Sterling Hayes en el contrato. Mucha más cuando su picapleitos la había llamado para decirle que debían verse con urgencia porque había algo que tenía que saber. Hayes había cumplido y ¡hasta qué punto! Había sorprendido al propio Dax y a ella. Los royalties que le ofrecían sobre la posible extracción de los pozos ahora eran del veinticinco por ciento. La cantidad máxima que, según el propio Dax, se había ofrecido a alguien de aquel condado.

«Estarías loca si rechazas esta oferta, Linda» le había dicho su abogado. Estaba claro que con lo ocurrido en las últimas semanas en su rancho y la reticencia a lo que pasaría con ella si de los pozos manaba de nuevo abundante petróleo había hecho que su respuesta se alargase en el tiempo. Sterling Hayes era un hombre de negocios y, por alguna razón que se le escapaba, no quería dejar atrás sus dos viejos pozos. A pesar de que estaban secos y de que, si no fuera por la fe que demostraba el hombre, dudaría seriamente que pudieran volver a escupir crudo.

—Buenas noches, Linda —la mujer escuchó el saludo nada más descolgar la llamada de su teléfono móvil.

—Buenas noches, Sterling —dijo con calma Linda, reconociendo la voz al instante.

—Espero que haya sido de tu agrado la oferta —fue directo al grano.

—Es muy generosa, la verdad.

—Me alegra que opines así —lo oyó sonreír al otro lado de la línea telefónica—. ¿Significa eso que tenemos un trato?

Linda cerró los ojos con fuerza y se frotó el entrecejo, tomando tiempo antes de responder.

—Sí, lo tenemos.

—Es una gran decisión, Linda. ¿Qué te parece si te llamo mañana y le ponemos fecha a la firma?

—Me parece bien.

—De acuerdo. Estaremos en contacto.

—Hasta pronto —dijo ella y colgó la llamada.

Acarició el teléfono móvil sobre la mesa. Era oficial: se había vendido a una petrolera, por más que había renegado de ello en los meses precedentes. Pero, aquel trato significaba la permanencia del rancho Clayton y asegurar el sueldo de los trabajadores de su plantilla y de sus familias, entre otras cosas. Aunque aún no había decidido si debía desear que los pozos estuvieran secos tras el estudio y quedarse con aquellos cien de los grandes o si escupiesen crudo como condenados, engrosando su cuenta corriente con más de medio millón de dólares cada año, durante Dios quisiera, mucho tiempo. O al menos, el suficiente para que el rancho recuperase el esplendor de antaño bajo su mano.

Encendió la pantalla del ordenador y se dirigió a la pestaña del correo electrónico y lo vio:

De: Charlie Sierra
Asunto: Re: Hey, soldado

¡Charlie le había respondido!

Respiró hondo y con mano temblorosa hizo clic con el ratón a la respuesta del marine.

Leyó con atención las palabras del hombre. ¡Charlie aceptaba quedar en persona! Y como buen caballero, ponía en sus manos la elección de lugar, día y hora. Sonrió con el detalle.

Leyó con deleite la parte en la que le decía que se había convertido en alguien muy importante para él y suspiró, poniéndose una mano en el pecho.

Permaneció largo rato mirando la respuesta, releyéndola una y otra vez. Estaba a un solo paso de conocer en persona a Charlie. Y estaba emocionada con el asunto.

¿Cómo sería físicamente? Nunca se lo habían preguntado y nunca se habían descrito el uno al otro. Siempre quiso pensar que lo más importante de su relación estaba en el interior de ambos. Y que el físico no era relevante. Y más le valía, ya que su propia figura no era nada estilizada, era una mujer con unos kilos de más. Aunque nunca escuchó a ningún hombre quejarse de ello, ni siquiera a Asher. Scarlett decía que sus curvas eran bien proporcionadas y atractivas. Pero ella era su amiga. La cosa era ¿le gustarían a él?

Unos nudillos tocaron a la puerta entreabierta del despacho y se sobresaltó, minimizando la pestaña abierta en el ordenador.

—¿Sí? —respondió, nerviosa de repente, mirando hacia la puerta.

—Sofía me manda a decir que la cena estará lista en unos quince minutos —era Colt, que la escrutó.

—Gracias —dijo, después de carraspear y aclararse la voz. La había pillado desprevenida, con la guardia baja y pensando en otro hombre. Se pasó la mano por el cabello, aparentando normalidad.

—¿Va todo bien? —Colt frunció el ceño, notándola extraña.

—Sí, sí. Solo… estaba algo… distraída. Estaba… haciendo unas cosas… leyendo mails… —dijo, aún nerviosa.

Colt la siguió escrutando. ¿Quizá había leído el suyo? El que le había enviado unas horas antes, el de Charlie Sierra. ¿Por eso se mostraba tan nerviosa?

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—No, gracias —dijo ella, ahora apagando la pantalla del ordenador y levantándose del sillón del escritorio para salir de detrás de él. El exmarine había entrado en la habitación y la miraba desde unos metros más allá.

—De acuerdo.

—La petrolera me ofrece un veinticinco por ciento de regalías sobre los barriles extraídos —dijo de repente. No sabía si porque deseaba tener una segunda opinión acerca de la decisión que había tomado, si porque Colt se había convertido en alguien en quien confiaba o si por el mero hecho de que no pensase que era mema en esos instantes.

Colt silbó, sorprendido.

—Es un gran trato, Linda —él esbozó una amplia sonrisa, complacido por la noticia.

—Sí. Mi abogado dice que las petroleras nunca ofrecen más que eso y que nadie de la zona ha obtenido tal oferta.

—Sí, eso tengo entendido. El hacerte de rogar ha funcionado. Eso sube ampliamente tus beneficios.

—En caso de que haya algo que extraer —Linda se mostró escéptica otra vez.

—Sé que aún falta todo eso del estudio, pero ese tipo, Hayes, sospecha que estás plantada sobre una buena bolsa de crudo.

—Lo sé.

Linda apoyó el trasero en la mesa del escritorio y observó a Colt, cruzándose de brazos. El hombre se alegraba genuinamente por ella y una punzada le pinchó en el estómago, dándose cuenta una vez más de que le importaba.

—¿Sigues dudando?

—Me gusta mi rancho tal cual.

—Tu rancho seguirá aquí.

—Lo sé. Y sé que es bueno, que me dará tranquilidad y estabilidad.

—Exacto —convino él con una sonrisa.

—Creo que le doy demasiadas vueltas a las cosas —Linda sonrió y se descruzó de brazos.

—Vas a ser una mujer rica, Linda Clayton —dijo él, mostrando el optimismo que ella no se permitía.

—Lo que me recuerda que el CEO me ha regalado una nueva botella de bourbon, del que nos gusta.

Colt la miró intensamente y sonrió, recordando que el sabor del bourbon y el de ella estaban íntimamente ligados en su memoria. El

sabor de la boca de Linda bajo la lluvia.

—Sofía pregunta qué demonios estáis haciendo que no vais a la mesa —era Celeste la que ahora hablaba desde la puerta del despacho.

—Estábamos… —comenzó a decir Colt.

—Hablando de negocios —terminó la frase Linda.

Celeste subió una ceja. La mirada que el exmarine le cernía a su prima no era de negocios.

—¿Me acompañas, Colt? Me gustaría tu opinión sobre un video que he hecho para el Memorial Day —dijo la más joven, enlazando el brazo del hombre mientras buscaba algo en su teléfono con la otra mano y salía con él del despacho del rancho.

Linda frunció el ceño y recordó lo que le dijo Scarlett sobre su prima y Colt.

NECESITO UNA AMIGA

—Dime que todos están bien y que no ha pasado nada en el rancho —dijo Scarlett, despertando de repente al ver a su amiga parada en la puerta de su apartamento.

—Todo está bien —dijo Linda.

—Me alegra. Lo que me alegra menos es que me despiertes a las seis y media de la mañana. Pasa.

Scarlett le dio la espalda a su amiga y alzó los brazos para estirarse mientras caminaba hacia la cocina. Linda, a su espalda, cerraba la puerta de la entrada y la seguía.

—Lo siento, pensé que ya estarías levantada.

—Los que trabajamos en una oficina solemos entrar a las ocho de la mañana y yo tenía a tu capataz en mi cama.

—¿Jacob está aquí? —preguntó Linda, confusa.

—Si estuviera no te habría abierto la puerta.

Linda sonrió y supo que hablaba de sus sueños.

—No puedes soñar con él, Scarly.

—¿Me lo prohíbes? —Scarlett hizo un mohín mientras abría un armario y preparaba la cafetera.

—No le convienes, eres mala influencia —bromeó Linda.

—Pero para ti debo ser lo suficientemente buena, ya que me buscas de madrugada —Scarlett le sacó la lengua a su amiga y bajó dos tazas que colocó delante de la cafetera.

—Yo he aprendido a sobrellevarte —rio Linda.

—Y bien —la mujer se dejó caer pesadamente en uno de los taburetes de la isla central de la cocina—. ¿Charlie o Colt?

—¿Perdón?

—Que sobre quién vamos a hablar de buena mañana. Está lloviendo, así que no tienes queja por sequía, has dicho que todo va bien por el rancho y que todos están bien. Así que, solo puede ser que quieras que hablemos sobre uno de los dos hombres de tu vida.

—No soy tan previsible como piensas —Linda puso los ojos en blanco con su amiga.

—Ah, ¿no? ¿Entonces de qué vamos a hablar?

—La petrolera me ha ofrecido el veinticinco por ciento de royalties y voy a aceptar —soltó Linda a su amiga y se dio cuenta de que por segunda vez en menos de veinticuatro horas había usado aquel tema como distracción de otro: Charlie. No es que no fuera a decírselo a su amiga, pero no era el primer asunto del orden del día.

—Es una oferta muy generosa y me alegra el que hayas decidido aceptar —sonrió Scarlett.

—Es la supervivencia de mi rancho, dados los últimos acontecimientos. El cheque de adelanto me vendrá bien, mientras vemos si continúa lloviendo y la cosecha se salva.

—Así es como habla una verdadera mujer de negocios.

—No me siento así, Scarly —Linda puso un semblante triste de repente.

—Muy mal, eres una mujer de negocios, diriges un rancho de forma eficiente.

—Pienso todo el tiempo que si mi padre estuviera aún entre nosotros lo habría hecho mejor.

—¡Vamos, Linda! Tu padre también era muy bueno, pero no era supercowboy. Estoy segura de que habría hecho exactamente lo mismo que tú, dadas las circunstancias.

—Sí, supongo —suspiró resignada y lanzó el segundo tema de la mañana—. Le escribí a Charlie y me respondió.

—¡No! ¿En serio? —Scarlett esbozó una sonrisa—. ¿Vais a quedar? ¿Cuándo?

—Me ha dicho que ponga lugar, día y hora.

—¿Me llevarás?

—No —dijo seria.

Scarlett rio sonoramente y vertió el café en las tazas.

—¿Cuándo será?

—No lo sé. Le preguntaré si puede ser en un par de días. Y sobre el lugar, Oklahoma City podría estar bien, creo que pasaríamos más desapercibidos.

—No vaya a ser que los parroquianos de Kingfisher te vean meterle mano a Charlie Sierra. Llevas demasiado tiempo sin un hombre.

Linda puso los ojos en blanco.

—No es eso, Scarly. Es solo que… si todo el mundo ve a un forastero hablando conmigo, preguntarán quién es y no me apetece dar explicaciones a nadie. Solo quiero atender a lo que me tenga que contar Charlie.

—Casi me puedo imaginar la escena —Scarlett se llevó una mano al pecho, respiró hondo y subió los ojos al infinito—. Charlie en uniforme, con un ramo de flores en una mano y tu primera carta en la otra, esperándote de pie a la entrada del restaurante.

—Lees demasiadas novelas románticas —rio Linda alargando la mano para tomar la taza de café. Scarlett también rio y bebió un sorbo de la suya, antes de pensar una pregunta muy pertinente.

—¿Qué vas a hacer con Colt?

—¿Tengo que hacer algo con él? —sonrió.

—A ese tío le gustas.

—Puede que también le guste mi prima —respondió Linda, sonando molesta. Lo que hizo que su amiga subiera una ceja.

—¿Me he perdido algo?

—Tu misma lo dijiste. Celeste está tratando de obtener la atención de Colt.

—¿Y él le hace caso?

Linda lo meditó unos instantes.

—Creo que no. Trata de ser educado con ella, pero…

—Pero cuando una mujer como tu prima se empeña en algo así…

Linda ladeó la cabeza y se encogió de hombros, dando a entender que sería algo inevitable.

—Dudo que a Colt le guste alguien como Celeste —dijo de repente.

Scarlett esbozó una sonrisa.

—Básicamente porque a él le gusta alguien como tú.

Linda movió el interior de la taza de café con cuidado en un gesto de la mano.

—Me lo dijo la otra noche, cuando fui al baño en The Shed. Me dijo que le gustaba.

—¡Eso no me lo habías contado, Linda Clayton! —chilló la otra mujer. ¿Cómo demonios fue?

—Colt me preguntó si iba a seguir evitándolo. Le dije que no sabía de qué me estaba hablando, me dijo que me conocía y me puse borde con él. Luego me preguntó si quería una disculpa o una promesa de que no volvería a pasar.

—¡Oh, Dios! —Scarlett volvió a chillar, emocionada con la historia, mientras que Linda miraba fijamente el contenido de su taza de café, avergonzada—. ¿Y qué le dijiste?

—Que no hacía falta. Me dijo que bien, porque no podría hacerlo porque yo… —Linda se puso nerviosa recordándolo.

—¿Tú? —inquirió su amiga, esperando que hablara.

—Yo… le gustaba.

—Espero que no le contestaras una bordería más.

—Le dije que no había sido un buen día y me fui. Luego, al día siguiente me disculpé con él. Y me dijo que no pasaba nada y de nuevo, creo que ha hecho como si no hubiera pasado.

—Oh-Dios-mío —articuló la otra mujer paladeando cada palabra.

—Así que bueno, supongo que no significa nada. Que no importa. Lo debe haber olvidado.

—¡Una mierda lo ha olvidado! ¡Y tú tampoco! Y te molesta que Celeste esté pivotando a su alrededor. De hecho, pienso que lo de la petrolera y lo de Charlie es una cortina de humo y lo que querías contarme era justo eso. Tu prima te está tomando ventaja y te molesta.

—¡No me molesta! —mintió.

Scarlett rio sonoramente y a continuación pitó la alarma de su teléfono móvil. Era hora de ponerse en marcha.

—Cariño, es fácil. Solo tienes que decidir entre uno de los dos hombres —dijo, guiñándole un ojo antes de terminar de beber el

contenido de la taza—. Voy a la ducha.

La mujer salió de la cocina y Linda sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros. Abrió el correo electrónico y tomó una decisión.

De: Linda Clayton
Asunto: ¿Qué tal si nos vemos en Oklahoma City?

¡Hola, soldado!

Me alegró saber que, al igual que siempre, estamos en la misma sintonía y que te apetecía quedar.

He pensado que… después de tanto tiempo dondequiera que hayas estado últimamente, te apetecería algo como Oklahoma. Creo que conozco el lugar ideal. Se llama The Jones Assembly y te ayudará a reconectar con América. Es agradable, espacioso y tanto la comida como la bebida son buenas. Échale un ojo.

¿Qué te parece si quedamos este viernes?
A las 18.00h

Espero tu respuesta. Y una cosa más, ¿Cómo nos reconoceremos?

Linda C.

Linda pulsó el botón de enviar y el corazón le galopó en el pecho. Ya estaba hecho. Si Charlie no tenía objeción, tendrían una cita en solo un par de días.

CELESTE AL ACECHO

La más joven de las dos mujeres Clayton pasó los siguientes días demasiado pendiente de Colt, algo que no se le escapaba a Linda, que no sabía qué hacer con ello. ¿Debería hablar con Celeste o dejarlo correr? Colt no parecía abiertamente incómodo, aunque continuaba manteniendo las distancias.

Un chasquido de lengua distrajo la mirada de Linda hacia Sofía, la mujer que la ayudaba con la casa. Observaba en dirección a Colt y Celeste y negó con la cabeza a continuación, donde ella misma ya estaba mirando.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—Tu prima. Resulta demasiado evidente. Las señoritas no deben hacer ese tipo de cosas.

Linda sonrió y se mordió el labio inferior. Su ama de llaves parecía estar un poco chapada a la antigua y nunca había tenido esa imagen de ella.

—Se llama feminismo, Sofía —trató de bromear, aunque sabía que le podría resultar más divertido si no se tratara de su prima y de Colt de quienes hablasen.

—No, eso no es feminismo. No puedes tratar de entrarle por los ojos así a un hombre.

—Podría ser peor —dijo Linda.

—Sí, claro —sonó sarcástica—. Podría pasearse en ropa interior por el rancho.

Linda rio con la ocurrencia de la mujer, aunque se dijo que probablemente su prima consideraría el asunto si su táctica actual

no le funcionaba.

—No creo que llegue tan lejos.

—Deberías decirle algo.

—No soy su madre, Sofía.

—Sí, bueno, Esther no fue demasiado buena en ese asunto de educarla —gruñó el ama de llaves.

—Es una mujer de veinticinco años, no creo que tenga potestad para educarla a estas alturas.

—Vive bajo tu techo y pagas la mayor parte de sus caprichos, porque el fideicomiso de su padre no le llega.

—Supongo que necesita algo de tiempo para madurar.

—Mientras alguien no le cierre el grifo no lo hará.

Sofía entró en la casa a continuación. Sí, la mujer tenía razón, era permisiva con Celeste, pero era una de aquellas cosas que había ido posponiendo porque siempre existía algún otro fuego que apagar en el rancho. Decidió dejar de mirar la escena y entrar en el interior de la casa para hacer algunas tareas de oficina.

***

—Podríamos salir el viernes por la noche —dijo Celeste mientras que Colt esparcía paja con una horca en el box de uno de los caballos.

—¿Podríamos? —Colt se apoyó en la horca y la miró, esperando una aclaración.

—Sí, podríamos divertirnos. No sales con nadie.

—No es cierto, he salido con Jacob.

—Pero no con una mujer —dijo suavizando el tono.

Colt se dijo que Celeste mostraba finalmente sus cartas y sonrió.

—Ya tengo planes para el viernes, pero gracias.

—Puede ser otro día, ¿qué tal esta noche? —dijo ella, improvisando.

Colt volvió a sonreír, mostrándose relajado.

—No creo que sea una buena idea.

—¿No? ¿Por qué no? —inquirió Celeste, mostrándose de repente algo caprichosa.

—Créeme, no lo es —Colt volvió a sonreír.

Celeste entrecerró los ojos, le molestaba ser rechazada por Colt.

—De acuerdo —masculló, dolida.

La mujer no se fue, solo permaneció en silencio y se acercó a acariciar las cabezas de varios de los caballos mientras que Colt terminaba su tarea.

—¿Cómo va todo? —era la voz de Linda que aparecía en las caballerizas.

—Un día más de lluvia —respondió Colt mientras colocaba la horca en un lateral, una vez terminada la tarea.

—Sí, esa siempre es una buena noticia —Linda sonrió hacia el exmarine—. La cena estará lista en media hora.

—¡Vaya! El tiempo vuela —Colt observó su reloj de pulsera—. Creo que me lavaré un poco antes de subir a tomar una ducha para cenar. Solo necesito terminar de echarle algo de pienso a los caballos.

—De acuerdo. Os veo dentro —Linda se dirigió hacia su prima, que no había abierto la boca, pero la observaba ceñuda y en silencio. ¿Qué bicho le habría picado? Probablemente lo descubriría en no demasiado tiempo.

La dueña del rancho Clayton se alejó y salió del edificio dirección a la casa mientras que Colt echaba pienso en un cubo.

—Ella no sabe hacer feliz a un hombre —dijo Celeste de repente, dirigiéndose hacia Colt y hablando claramente de su prima—. Estuvo casada con el mejor partido de todo Kingfisher y ni siquiera pudo retenerlo a su lado.

Colt entrecerró los ojos y se preguntó por qué hacía aquello con Linda. Fue a abrir la boca para contestar, pero la melena pelirroja se giró delante de su cara para comenzar a caminar hacia el exterior de las caballerizas. Quizá era mejor así, porque no iba a ser una respuesta amable la que tenía en mente.

INSOMNIO COMPARTIDO

De: Charlie Sierra
Re: ¿Qué tal si nos vemos en Oklahoma City?

Me parece una idea muy buena. No conocía The Jones Assembly, pero he visto fotos y parece un sitio agradable. ¿Qué te parece si te llevo unas flores, para identificarme? Espero que no haya muchos tipos así en el local este viernes.

Cuento las horas hasta entonces.

C. S.

Colt contestó el mail de Linda y una sonrisa se le instaló en el rostro antes de dormir.

Linda no podía conciliar el sueño y decidió bajar a tomar un vaso de leche. El bourbon la tentaba, pero a la mañana siguiente tendría la firma con la petrolera y no quería llegar con cara resacosa. Decidió salir al porche trasero y sentarse cerca de la pared de la vivienda. Los días se habían vuelto más cálidos. El agua que no cesaba ayudaría a engordar su grano de trigo y a que la alfalfa diera un buen estirón antes del corte. Respiró hondo, relajada. Su cosecha se salvaría por ese año y, con lo que le darían al día siguiente, podría salvar las pérdidas del ganado muerto, los terneros nonatos y el robo de alfalfa. Además, iba a quedar con Charlie y le ilusionaba, así como lo había hecho el volver a tener contacto con él. En solo dos noches podría mirarlo a los ojos por primera vez y ver qué sentía.

La puerta trasera de la casa se abrió y como si de un caballo desbocado se tratara, Colt salió al exterior, visiblemente perturbado.

Caminó hasta uno de los postes y colocó allí el brazo, apoyando la cabeza en el dorso de la mano, visiblemente nervioso y alterado. Trataba de recuperar el ritmo normal de su corazón. Mucho se temía que el exmarine había tenido una pesadilla y no parecía banal.

La mujer se acercó a él y le posó una mano en el hombro. Colt se sobresaltó y en una llave que fue un acto reflejo para el exmarine, la volteó y la puso contra el poste del porche para mirar a su enemigo a los ojos. Solo que no era su enemigo, sino que era la mujer que había comenzado a mover todo su mundo. Y maldita fuera, le acababa de aplicar una llave inmovilizadora; su brazo aún estaba bajo su cuello, apretándola contra el lugar. Ella permaneció quieta, mirándolo a los ojos, esperando que se calmara lo suficiente para reconocerla.

—Lo siento —dijo él, dejándola libre nada más ser consciente de ello. Dio un paso atrás, arrepentido y atormentado y se pasó los dedos por dentro del cabello—. ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Estoy bien. No pasa nada. ¿Tú cómo estás?

—Avergonzado contigo. Lo siento.

—Ryan me solía decir que nunca debes sorprender por la espalda a un marine —dijo ella, rememorando las palabras de su hermano.

—Y tenía razón. Lo siento, Linda —se disculpó una vez más.

—Olvídalo. ¿Otra pesadilla?

—Sí —respondió escuetamente, desviando la mirada desde ella hacia la oscuridad de la noche.

—¿Quieres hablar?

Colt tragó saliva y cerró los ojos, permaneciendo en silencio durante unos instantes.

—Solo quiero tener una vida. No es pedir demasiado, ¿no? —la miró a los ojos, pensando que ella formaba parte de esa vida que ansiaba tener y que el saber que la cita en Oklahoma City sucedería en solo dos días le había hecho volver a las pesadillas.

—Te la mereces —le dijo ella, sintiendo compasión por el hombre —. Y la tendrás.

—Mi compañero ya no la tendrá —expresó Colt en voz alta.

—No es tu culpa —le dijo Linda.

—¿Seguro? —preguntó él, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Hubo una investigación?

—La hubo.

—Si estás aquí y no en una cárcel militar es que no fue tu culpa.

Colt guardó silencio. Linda tenía razón.

—Su esposa no tendrá una vida.

—Es posible que conozca a alguien en el futuro.

—¿Y sus hijos?

—Puede que encuentren un padrastro que supla su hueco.

Colt respiró hondo, tratando de relajarse. Sí, la esposa de Austin podía rehacer su vida y darles un nuevo padre a los pequeños.

—Él no los verá crecer —bajó la cabeza, exhalando el aire retenido.

—No sé cómo de religioso eres, Colt —Linda se acercó a él y colocó la mano en el mentón del hombre, haciendo que la mirase—. Pero algunos creemos que hay algo más después de esto. Tu compañero verá cómo crecen desde otro lugar y seguro que tratará de protegerlos a todos, como energía, a los niños y a su esposa. Eso es lo que yo espero que haya sucedido con mi padre al menos.

—Sí, creo en algo más —dijo él, sintiendo que las palabras de Linda lo reconfortaban. Las pesadillas podían opacar las creencias más profundas de un hombre.

—Quizá tu amigo también te ha ayudado, guiándote hasta Kingfisher. Puede que aquí esté esa vida que quieres —le dijo en voz baja.

—Aquí está la vida que quiero —confirmó él, mirando a la mujer de forma intensa. La vio tragar saliva y se acercó a ella, que no se movió ni un milímetro. Solo su respiración se aceleró, al igual que la suya propia. Le tocó la mandíbula con una mano y la otra la deslizó por la cintura de la mujer, acercándola hasta él.

—Colt… yo —balbució Linda, a sabiendas de que la conversación había girado hacia algo demasiado íntimo que no sabía cómo gestionar.

—Te quiero en mi vida, Linda —le confesó él, acercándose peligrosa y lentamente hacia los labios de la mujer.

Algo se movió en el interior del estómago de Linda Clayton. Colt era demasiado irresistible y se convirtió en un fuego que hizo que quisiera consumirse con él en cuanto los labios del hombre se posaron sobre los de ella y reclamaron su lugar, encajando como si hubieran sido hechos para estar unidos. Su respiración se aceleró aún más y sintió la barandilla del porche detrás de su trasero. Él la había alzado y ahora estaba sentada sobre ella, mientras que trataba de recuperar la razón y de mantener el equilibrio pasando una de sus manos alrededor del cuello del hombre, mientras que posaba la otra en su pecho, sopesando si empujarlo y liberarse o aferrarse a su camisa para no caer en el abismo al que él la estaba arrastrando.

—Colt, yo no… —balbució Linda en cuanto el exmarine le dio tregua en el asalto a su boca.

El hombre la miró y pudo leer en ella la confusión. Recordó la cita que tendrían en dos noches y se dijo que no lo había planeado así. Y que ella, se sentía en deuda con el otro marine, que era él mismo. Podría decirle que aquel marine era él, pero… merecía aquella cita y, sobre todo, merecía la tranquilidad necesaria para firmar el contrato con Cimarrón Oil sin que él la alterase. Y aunque parecía tarde para detener aquello, hizo lo que un buen marine debía hacer: abortar la misión.

—Lo sé, lo sé —la interrumpió—. Lo siento, Linda. Sé que no quieres nada de esto. Solo ha sido un impulso. No es mi noche más lúcida, si te soy sincero.

El hombre se separó de ella y alargó la mano para ofrecérsela. La ayudó a bajar de la barandilla y ella se dijo que el alma de aquel hombre ya estaba lo suficientemente atormentada por esa noche, para que ella le agregara más peso. Sí, se habían emocionado y se habían dejado llevar por el momento, la pesadilla, los recuerdos de los que ya no estaban y los deseos de cada uno.

—Está bien —convino ella, zanjando el tema, para dirigirse hacia la mesa del porche, donde había dejado el vaso de leche. Lo tomó en la mano y vio que su pulso no era firme. Usó la otra mano para sostenerlo. Estaba confusa de nuevo. Mucho. Demasiado para enfadarse o gritarle, si ni siquiera sabía qué era lo que sentía ella misma al respecto.

Colt desvió la mirada hacia la oscuridad de la noche. Supo entonces que amaba profundamente a Linda Clayton y no habría nada que no pudiera llegar a hacer por ella de ahora en adelante.

¿OTRA CITA?

—Buenos días —dijo Colt entrando en la cocina y sirviéndose una taza de café. Era refrescante ver que, en esa ocasión, Linda no huía de él y estaba desayunando.

—Buenos días —lo saludó la mujer mientras lo observaba. Colt apoyó el trasero en la encimera de la cocina—. ¿Has podido descansar?

—Sí, finalmente. Gracias.

—Me alegra que haya sido así —le sonrió.

—No creo que vayas tan elegante para salir a montar mientras vemos los campos —observó él—. Estás muy guapa, te queda bien el pelo así.

—Hoy venderé mi alma a Sterling Hayes y a esa maldita petrolera —suspiró ella, quejándose y obviando el cumplido de Colt.

—Es una buena opción, no te castigues —le dijo, sabiendo que ella sentía no ser capaz de sacar el rancho adelante sin necesidad de aquel contrato.

—Lo sé, sería estúpida si no firmara, pero… no lo sé. Mi abuelo se volvió loco cuando esos pozos de petróleo se secaron.

—No eres tu abuelo.

—Sí —suspiró—. Y no tengo su historial médico ni más información. Aunque puede que fuera solo por codicia al ver que el negocio se desvanecía.

—No te va a pasar.

Linda suspiró y se levantó, llevando el plato y la taza al fregadero.

—Eso espero. El dinero solo trae problemas.

—Pero también da mucha tranquilidad —sentenció Colt con una sonrisa.

***

Jacob observaba cómo Celeste miraba hacia Colt mientras el exmarine montaba a caballo después de él.

—La vida es curiosa, cuanto menos —dijo este, espoleando a su montura para que comenzase a caminar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Colt, alcanzándolo para colocarse a su lado, mientras que ambos se alejaban de las edificaciones del rancho.

—Celeste Clayton, cómo te mira.

Colt tensó la mandíbula.

—No es lo que piensas —dijo el hombre, pensando si las atenciones de la joven en los últimos tiempos habían levantado ciertas sospechas en el capataz del rancho.

—Yo no pienso nada —desestimó—. Te han visto en Kingfisher con ella.

—Me la encontré, me pidió que la invitara a algo. Le pagué una copa, bebí la mía y me fui.

—Bien, si es solo eso.

—Me importa Linda, maldita sea —dijo en voz alta, dolido porque Jacob, quien se había convertido en un amigo en las últimas semanas, pensase que estaba jugando con las dos mujeres.

Jacob entrecerró los ojos y miró hacia su derecha. Colt cabalgaba a su lado, mirando al frente, con gesto serio y mandíbula apretada.

—Celeste se ha metido en el medio —observó el capataz.

—Me dijo que si no la invitaba a una copa te diría que me había visto más de media hora bebiendo en el bar durante el horario laboral —confesó Colt, harto.

Jacob tardó unos segundos en contestar.

—¿Y es cierto?

—Estaba lloviendo y solo me entretuve escribiendo un correo electrónico importante.

—La próxima vez que esa niñata haga algo así, le dices que lo haga. Estaré preparado para responderle si se le ocurre venir —respondió, molesto con la estrategia de Celeste—. Sé las horas que echas en este rancho y probablemente nosotros somos los que te debemos a ti.

—Gracias —respondió Colt, relajando la postura en el caballo, al notar que el otro hombre estaba de su parte.

—Si deseas algún día libre, para lo que tengas que hacer, no tienes más que tomarlo. No lo has hecho en todas estas semanas.

—Ahora que lo mencionas. ¿Recuerdas que tenía que agradecerle algo a alguien de la zona? Espero no tener problemas por tomar libre la tarde del viernes.

—Ninguno, adelante. ¿Necesitas una camioneta? —propuso Jacob y Colt cayó en la cuenta de que sí, que sería mejor opción que ir en autobús hasta Oklahoma City.

—Supongo que tendré que comprarme una propia en no demasiado tiempo.

—Puedes usar la mía siempre que quieras, más tarde te daré un juego de llaves —dijo Jacob, espoleando a su montura para que tomase más velocidad.

***

Linda se miró en el espejo de la entrada del despacho de su abogado, Dax Hollister. Vio a una mujer profesional enfundada en un pantalón oscuro y una blusa clara. El cabello recogido en una cola alta y un maquillaje suave pero impecable. ¿Debería peinarse así para quedar con Charlie? ¿Le gustaría? Colt le había dicho que estaba muy guapa esa mañana. Cerró los ojos con fuerza. «Mierda, Colt la había besado la noche anterior y ella tenía una cita con otro hombre distinto y…»

—¡Linda! ¡Qué gusto me da verte! —dijo Sterling Hayes saliendo de la puerta de la sala de reuniones del despacho de Dax para darle la mano de forma profesional.

—Sterling —sonrió ella, girándose hacia el hombre y sacudiendo mentalmente su cabeza para adoptar un tono neutro ante él.

—Pensaba que nos acompañaría el señor Sullivan —se refirió a Colt y recordó la reunión de Houston—. Como en la anterior ocasión.

—No, no lo hará. El rancho es mío —dijo ella, molesta porque Colt se colara en su vida en más ocasiones de las que debería, incluso en su mente unos instantes antes.

Sterling levantó imperceptiblemente una ceja y sus ojos parecieron tener un brillo peligroso.

—Entiendo —dijo—. Dax tiene los documentos listos, cuando quieras podemos pasar.

Sterling Hayes puso una mano delante, indicándole que pasara antes que él.

—Pensé que mandarías a algún abogado corporativo a la firma —dijo Linda al tomar asiento en uno de los sillones de la mesa de reuniones, observando que Dax Hollister aún no estaba en el lugar.

—Me gusta cerrar los tratos en persona —sonrió el hombre y se mostró repentinamente encantador—. Además, me da la oportunidad de volver a verte de nuevo.

Linda lo observó. ¿Estaba tratando de flirtear con ella? ¿En serio aquello le funcionaba? Bueno, había que considerar que Sterling era un hombre guapo con un buen cuerpo, de esos que requieren mucha disciplina y gimnasio, probablemente. Por no hablar de los miles de dólares que debía gastar en su vestuario.

—Si no has cambiado nada desde el último borrador que me enviaste, voy a firmar, Sterling —dijo ella, dándole a entender que no habría necesitado tomarse tantas molestias.

Sterling Hayes tomó asiento frente a ella y la observó con una sonrisa cautivadora en su rostro.

—Buenos días, Linda —saludó Dax Hollister, entrando en la sala, seguido de su secretaria, que cargaba tres carpetas de cuero entre sus brazos.

—¿Qué tal, Dax?

El abogado tomó asiento a la cabecera de la mesa, entre las dos partes y observó cómo su asistente repartía las carpetas delante de ellos.

Sterling Hayes colocó en el centro de la mesa un trozo de papel rectangular, que no era otra cosa que el cheque de cien de los grandes. Lanzó una fugaz mirada a Linda, que vio lo que era, leyendo los cinco ceros y su nombre. Ella se la devolvió y centró la

atención en la lectura del contrato por parte de Dax, que ya había comenzado.

Una vez concluida, pasaron a la parte de las firmas. Sterling firmó el documento, sin embargo, la mano de Linda se detuvo ante él con el bolígrafo entre sus dedos. El CEO detuvo la respiración y Dax observó a su cliente. ¿Sería posible que se echase atrás?

Sterling carraspeó y tocó con las yemas de los dedos el cheque de cien mil dólares que aún estaba en el medio de la mesa, acercándolo un poco más hacia ella, que levantó la vista hacia el magnate petrolero.

«No es solo dinero» pensó Linda y trató de respirar. Sintió que le faltaba el aire. No era solo dinero, era el sustento del rancho, su supervivencia, así como la de todos los trabajadores del mismo. Tragó saliva y bajo la atenta mirada de Sterling y de Dax colocó la punta del bolígrafo sobre la hoja de papel y comenzó a formar la primera letra de su nombre y a continuación el resto del mismo, rubricándolo. Una, dos, tres veces. Era oficial: Cimarron Oil podría entrar en sus tierras y hacer el estudio para más tarde perforar a más profundidad y que el rancho Clayton volviera a escupir petróleo como en el pasado.

—Esto es suyo, señora Clayton —dijo Sterling, volviendo a adoptar un extraño tono formal mientras que levantaba el cheque de la mesa y se lo ofrecía entre dos de sus dedos.

—Eso parece, señor Hayes —respondió ella, tomándolo.

—Perdón, Linda —sonrió de nuevo, encantador.

—Ha sido un buen trato, señores —el abogado se levantó del asiento, indicando tácitamente que habían terminado. Linda supuso que Dax probablemente tendría otros compromisos.

—Así es. Te va a ir muy bien, Linda —dijo Sterling alargando la mano hacia ella.

—Seguro que no mejor que a ti —respondió la mujer, mientras se la estrechaba con fuerza.

El siguiente paso de Linda estaba más que claro, ingresar aquel cheque en su cuenta corriente. A pesar de que estaba endosado a su nombre, no estaría completamente tranquila hasta entonces.

—Estás muy guapa hoy —escuchó la voz de la última persona que habría deseado encontrarse esa mañana—. Y hueles muy bien.

—Asher —dijo Linda, mostrándose demasiado seria para lo que él habría deseado.

—Haciendo negocios, por lo que veo —dijo el otro ranchero, viendo que su exesposa sostenía en la mano un cheque. Era la siguiente en la ventanilla del cajero.

—Así es. ¿Y tú? —preguntó, más para que dejara de indagar sobre ella que porque le interesara.

—Solo quería echar un vistazo a mis inversiones.

—Bien.

Por suerte, la cajera gritó «¡Siguiente!» y no tuvo más que mostrar una sonrisa de compromiso a Asher para deshacerse de él. Tres minutos más tarde, el dinero estaba ingresado en la cuenta del rancho y ella salía por la puerta del banco, mientras que Asher probablemente estaba en el despacho del director. Aprovecharía y haría algunas compras en el pueblo.

—¿De dónde has sacado cien mil pavos? —era la voz de Asher de nuevo detrás de ella, mientras miraba unas blusas en la tienda de ropa del pueblo.

—Dirijo un rancho y hago negocios, por si no lo habías notado.

—Es mucho dinero para ti —observó él.

«Y más que voy a tener» sintió ganas de contestarle. ¡Aquel maldito codicioso de Asher Granger!

—Apuesto a que más del que te gustaría que tuviera —dijo, mordaz.

—No he querido decir eso.

—¿En serio?

—Me alegro por ti, Linda —dijo en cambio—. Solo que no me gustaría que te metieras en líos. Sé que tu rancho está pasando momentos difíciles. Y si necesitabas dinero, podrías habérmelo pedido.

«Por encima de mi cadáver» volvió a pensar Linda.

—Gracias, eres muy generoso, Asher —se obligó a decir, con un punto sarcástico—. Pero tengo mis propios métodos.

—Espero que no hayas hecho algo de lo que…

—Sería asunto mío, ¿no crees?

—Soy tu…

—Exmarido —se apresuró a decir ella con una sonrisa, antes de que él volviera a decir la palabra marido y se le revolviera el estómago demasiado pronto ese día.

Asher la miró ceñudo. Después sus ojos brillaron y sonrió.

—Eres una mujer orgullosa, Linda Clayton —le dijo.

—Solo cuido de mí misma.

—Y solo porque tú quieres hacerlo sola.

—¡Exacto! —Linda rio.

—¿Ya no tienes a ese tío? El tal… Colt.

—¿Y esto te importa por…? —Linda giró la cabeza, como un cachorro tratando de entender las palabras de su humano.

—No me gusta ese tío.

—Bueno, supongo que a quien debe gustarle es a mí, ¿no?

—Ten cuidado, Linda.

—¡Por favor, Asher! —exclamó, cansada.

—Aparece casualmente para «salvarte» —entrecomilló la palabra con los dedos—. Pero después no dejan de pasar cosas en tu rancho. Lo de Travis, lo de las vacas… demasiada casualidad.

—Una mala racha, sin más —desestimó ella.

—No lo es y lo sabes.

—Si tienes pruebas de algo de lo que dices, creo que la oficina del sheriff está abierta a esta hora.

—O puede que solo quiera tu dinero.

—¡Ja! —exclamó Linda, sabiendo que eso era del todo improbable, porque no había mucho dinero en el Clayton.

—Yo que tú no dormiría con la puerta abierta por la noche.

—Cerraré la puerta si eso te hace sentir más tranquilidad. Ahora, si me disculpas, tengo que volver a casa.

Asher asintió con la cabeza y vio cómo la mujer se despedía con una sonrisa de la dueña de la tienda y abandonaba el local. Dirigió la vista hacia las blusas que había estado mirando su exesposa y sacó una en una percha para observarla más detenidamente.

LA ESPERA

Colt observó cómo Linda se bajaba del coche demasiado deprisa y sin mirar a su alrededor. La mujer volvió a patear una de las pelotas de los perros que emitió un pitido. Después entró en la casa y cerró la puerta con pocas ceremonias.

—La jefa no ha vuelto de buen humor —observó Jacob, que estaba a su lado.

—Eso parece —dijo Colt sin dejar de mirar hacia la casa—. ¿Te importa si voy a ver si está bien?

—Adelante. Prefiero que te muerda a ti, que no a mí.

Colt esbozó una sonrisa y dejó las riendas del caballo en su sitio. Después se dirigió hacia el fregadero y se lavó las manos, antes de entrar en la casa.

Si no fuera porque el rancho Clayton era su casa, se iría de Kingfisher sin mirar atrás, tan solo por no tener que volver a cruzarse con el gilipollas de Asher Granger. Pero las cosas no funcionaban de esa manera y tenía que aguantarlo. Manipulador, paternalista y un cabrón de premio. ¿Quién demonios se creía para opinar de su vida o darle consejos? ¡Mierda! Si ni siquiera debía ponerse así por su culpa.

—¡Gilipollas! —exclamó en voz alta Linda a la vez que oía los nudillos en la puerta abierta del despacho. Miró hacia el lugar, era Colt.

—Si molesto… —dijo él, sin vislumbrar si la palabra iba dirigida hacia él o hacia algún pensamiento de Linda, que estaba sentada en

el sillón del escritorio mientras miraba hacia la estantería de los libros de cuentas.

—No es a ti —suspiró—. Pero no es un buen momento.

—Vale —respondió girando sobre sus talones.

—¡Colt! —lo llamó ella y señaló uno de los sillones del juego de sofás—. No te vayas. Siéntate.

Él asintió con la cabeza y se sentó en el sillón que quedaba justo frente a ella, que lo observó durante un momento. Después volvió a dirigir la mirada hacia la estantería. La vio tensar la mandíbula.

—¿Estás bien? —preguntó él, rato después. Respetaba su mutismo y su enfado, pero se dijo que por algún lado tendrían que comenzar.

—Mejor que nunca —fue sarcástica de repente y se arrepintió al instante siguiente. Colt no era el cabrón de Asher y no había una doble intención en su pregunta—. Lo siento.

—No importa —desdeñó él—. Estás enfadada.

—Furiosa, más bien —aseguró.

—¿Se ha caído el negocio con la petrolera?

—No, el negocio sigue en pie.

—Será bueno para el rancho y para ti.

Colt sabía que había algo más, si había firmado y el negocio seguía adelante, no alcanzaba a comprender qué le ocurría.

—¿Por qué estás aquí, Colt? —le preguntó de repente, fijando la vista en él.

—Estoy preocupado por ti.

La sinceridad de las palabras del exmarine en sus verdes ojos la desarmó de repente y se dijo que Asher no debería tener la capacidad ni el poder de hacerla dudar de los que estaban a su lado.

—Me he encontrado con Asher en el pueblo —dijo, soltando cuál era su mayor problema.

Colt apretó la mandíbula, molesto por el hecho de que ella hubiera tenido que pasar por aquello sola.

—Debí suponerlo cuando pateaste la pelota de los perros. Lo hiciste la última vez que ese tío estuvo aquí.

—Sí, me encantaría patearle las suyas —dijo ella—. Y lo siento si no sueno como una señorita al decirlo.

Colt esbozó una sonrisa.

—Me gusta tu vena ruda —bromeó él e hizo que ella sonriera durante un momento.

—El muy cabrón se cree con derecho a opinar sobre mi vida y mis decisiones.

—¿Sabe lo de la petrolera?

—Sabe el dinero que ingresé. Se lleva demasiado bien con el director de la sucursal bancaria. Lo de la petrolera será cuestión de tiempo el que se entere.

—No le des el gusto de saber que te afecta.

—No, no lo haré. Le escupiré mi veinticinco por ciento a la cara si es necesario.

—¡Bien hecho! —Colt le sonrió, viendo que finalmente había logrado que Linda se relajara—. ¿Quieres que tomemos una taza de café mientras te cuento cómo están los cultivos? Y son buenas noticias.

—Claro —ella esbozó una sonrisa hacia el hombre.

***

Colt no podía dormir y se estaba convirtiendo en una maldita costumbre, solo que esta vez era por una buena causa; la cita que tendría con Linda al día siguiente en Oklahoma City.

—¿Otra noche en blanco? —preguntó Linda saliendo al porche después de ver a Colt por la ventana de la casa—. Sinceramente, no sé cómo puedes rendir tanto a lo largo del día, con lo poco que descansas.

—Veinte años en los marines te hacen de otra pasta —sonrió él al verla.

—Ya lo supongo. ¿Qué te parece si te invito a una copa de nuestro bourbon favorito? Quizá te ayude a conciliar el sueño.

—Queda poco, puede que quieras guardarlo para un momento especial.

—Hoy es un día tan especial como cualquier otro venidero. Dame un momento.

Linda entró en la casa y fue a por el Garrison Brothers. Colt se sentó en las escaleras del porche y la esperó, mirando la oscuridad de la noche. Ya hacía dos días que no llovía, pero se preveía algo

más para la semana siguiente. El ambiente se olía fresco y húmedo, diferente a cuando había llegado al lugar.

—Aquí estoy de nuevo —le pasó los vasos y se sentó a su lado mostrándole la botella, que efectivamente, no tendría más allá de dos pequeños vasos en su interior.

—Es una pena cuando las cosas buenas se terminan —dijo él, mientras que ella servía hasta la última gota de la botella en los vasos, tratando de ser equitativa en ambos. Luego la dejó sobre la madera del suelo del porche, detrás de ella.

Linda sintió que el final de la botella justo esa noche era premonitorio. Sabía que la relación con Colt sería distinta en adelante. Porque Charlie estaría en su vida en menos de veinticuatro horas.

—No mientras hayas disfrutado de cada instante —se obligó a decir, tragando el nudo que se le estaba formando en el estómago.

—En ese caso, creo que lo hemos hecho con esta mierda —Colt rio y subió el vaso para brindar con ella antes de beber.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Linda, tratando de animarse. Pero de repente, supo que no lo estaba tanto. Ganar a Charlie suponía perder algo de Colt y el exmarine que tenía a su lado se había convertido en alguien demasiado importante.

—¿Por Cimarron Oil y la prosperidad que traerá a tus tierras? —preguntó él.

—Eso es solo material —desestimó ella.

—De acuerdo. En ese caso, lo haremos por… —ella lo observó expectante y él posó sus iris verdes en los marrones de ella—. Las personas que el destino pone en tu vida y lo cambian todo.

Linda tragó saliva y el nudo se le apretó un poco más en el estómago. Chocó su vaso con el del hombre y, tratando de esbozar una sonrisa, bebió parte del contenido del mismo.

—¡Salud! —dijo después, tratando de recuperarse. Había sido un día muy largo, tenía las emociones a flor de piel, un nudo en el estómago y una cita al día siguiente.

—¿Estás bien? —preguntó él, al notarla algo taciturna.

—Ha sido un día demasiado largo —se excusó ella.

—¿Por qué no vas a descansar? —propuso Colt.

—Si no te importa beber solo.

—No —Colt sonrió—. Ya me has acompañado un rato. Vete y descansa.

Linda bebió de otro trago el resto del bourbon del vaso y lo esparció por toda la boca antes de tragarlo, disfrutando de las notas de cacao de la exclusiva bebida texana. Se levantó de los escalones y caminó hacia la casa antes de girarse de nuevo hacia él.

—Tengo otra botella más del Balmorhea —le informó.

—¡Vaya! Linda Clayton, eres toda una caja de sorpresas —rio Colt—. En ese caso, puede que el final de una botella solo sea el comienzo de otra distinta.

Linda sopesó la analogía con lo que estaba sucediendo en su vida en esos momentos.

—Puede que tengas razón. El tiempo lo dirá.

—Estoy seguro de ello —Colt subió el vaso de bourbon hacia ella en un brindis silencioso.

—Buenas noches, Colt.

—Buenas noches, Linda.

¿CITA EN OKLAHOMA?

Linda tenía la ropa de medio armario expuesta delante de sus narices sobre la cama. No sabía qué demonios ponerse esa tarde. Paseaba la vista desde lo más formal hasta lo más informal. ¿Qué mensaje quería darle a Charlie? Si se ponía el vestido que había usado en la cena con Colt en Houston resultaría demasiado agresiva. Ir en unos vaqueros sencillos demasiado casual. Y el pantalón de vestir, quizá demasiado serio, sobre todo si él se presentaba con vaqueros y sombrero, lo que era bastante común en la zona, por otra parte. ¡Dios! Se iba a volver loca con aquello.

***

—¡Toma, chico! —dijo Jacob lanzándole un juego de llaves de la camioneta a Colt nada más entró en el establo esa tarde.

—Gracias. ¿Seguro que no la necesitas?

—Puedes quedártela todo el fin de semana si quieres. No saldré del rancho. Está recién lavada y con el depósito lleno.

—Gracias, iré con ella hasta…

—No te voy a pedir cuenta de las millas que hagas —lo cortó—. Solo asegúrate de devolvérmela con el depósito lleno, sin condones usados en los asientos, ni manchas raras de esas que se ven con la luz azul de la poli.

—Yo no la usaría para eso —dijo él.

—Sí, bueno, pero no está de más decirlo —sonrió el hombre y se rascó la cabeza, observándolo—. ¿Necesitas ropa, como la otra vez?

—Yo… Creo que me las arreglaré.

—Pásate por mi armario si necesitas algo. Ya sabes que la puerta de mi casa está siempre abierta.

—Gracias. Supongo que estaría bien renovar mi vestuario, pero no ha sido una de mis prioridades hasta ahora.

—La jefa va a Oklahoma City esta tarde, si no estuvieras comprometido podrías ir con ella y hacer unas compras. Quizá la próxima vez.

—Quizá a la próxima.

***

Linda se había decidido finalmente por una falda marrón con vuelo que le llegaba por debajo de las rodillas, a juego con las botas altas y una blusa blanca con algunas pequeñas flores azules salpicadas. Terminaba el conjunto un cinturón ancho con una hebilla con una rosa de Oklahoma tallada. Ni informal, ni formal, se dijo que estaría correcta cualquiera que fuera la indumentaria que eligiera Charlie. Tomó una chaqueta por si refrescaba esa noche o si volvía tarde a casa y su bolso, antes de salir hacia la capital del estado. Aprovecharía para realizar algunas compras antes de la cita, tratando de calmar los nervios.

***

Colt se alegró al ver que el vehículo de Linda enfilaba el camino de salida del rancho. No la había visto, pero sabía que estaría preciosa. Ahora era su turno, se pasaría por Kingfisher para comprar un ramo de rosas rojas que tenía encargadas en la floristería local antes de dirigirse hacia Oklahoma City. Finalmente había optado por recrear la vestimenta de la noche de la cena de Houston; la camisa blanca con flores negras del armario de Jacob que de nuevo le había prestado el capataz. La noche en la que supo que Charlie Sierra era importante para Linda, tanto como ella lo era para él.

***

—¿Colt Sullivan? —preguntó una voz a su espalda, nada más abrió la puerta del copiloto de la camioneta de Jacob para dejar el ramo de flores en el asiento.

—Sí, soy yo —dijo, girando sobre sí mismo para ver quién lo llamaba.

—Tengo una entrega especial para usted —dijo una voz que sonó divertida.

El sonido de un arma amartillándose llegó a los oídos de Colt antes de que todo se volviera negro.

***

Linda llegó a The Jones Assembly a las cinco y media, aunque habían quedado a las seis de la tarde. Se dijo que quería ver llegar a Charlie. ¿Saldría huyendo si el hombre de las flores no le gustaba? No, ella no era así y habían hablado demasiado durante meses para portarse de aquella manera. Charlie tenía más que una oportunidad en su corazón y ella lo sabía, fuera cual fuera su físico, aunque vaya, esperaba que fuera guapo, no se iba a mentir a sí misma. Sonrió. Al menos tan guapo como Colt. «¡Mierda Linda! No puedes quedar con un tío y fantasear con otro» se riñó mentalmente y a continuación se justificó a sí misma, pensando que los hombres tenían muchas similitudes, ambos eran marines. ¡Hasta era posible que se hubieran cruzado alguna vez en la base! Puede que cada uno de ellos pudiera dar informes del otro. Aunque Colt no había reconocido el nombre de Charlie Sierra cuando habló de él. Bueno, no había que ser estúpida para saber que era solo un alias militar y que habría otro nombre debajo de aquel. ¿O quizá lo único distinto podía ser el apellido? ¿Por qué nunca le había preguntado por aquello? Puede que porque entendiera que era más seguro para un marine preservar su intimidad cuando estaba desplegado en el extranjero. Dio un sorbo a su copa y se dijo que estaba farfullando consigo misma, porque estaba nerviosa. Miró de nuevo el reloj y vio que al menos había avanzado algo, ya eran las seis menos cuarto de la tarde, aunque él seguía sin llegar.

***

—¡Ehhh! ¿Qué demonios hacéis ahí? —oyó la voz de alguien gritar, mientras trataba a duras penas de mantenerse despierto.

—Me llevaré esto y esto —dijo otra voz, acercándose hasta su cara. Le llegó un olor a sangre y alcohol, y no supo sobre qué hablaba.

—Kingfisher no es lugar para ti —fue lo último que oyó de una tercera voz, antes de no poder resistir más y perder el conocimiento.

***

Linda tocó la pantalla del teléfono y miró la hora, las seis y media. ¿Le habría pasado algo a Charlie? Comprobó el mail; nada. Si hubiera tenido algún imprevisto, le escribiría un mail, ¿no?

—¡Ahora no, sheriff! ¡Fuera de aquí! —oyó decir a la voz de una mujer desconocida que sonaba lejana—. ¡Colt! ¿Puedes oírme?

Solo pudo emitir un gruñido en respuesta y no volvió a escuchar nada más.

***

Eran las siete de la tarde y a menos que Charlie apareciera con un gran ramo de flores y una disculpa muy buena, había perdido la tarde de su viernes. Y sinceramente, el que aquel marine apareciera, era un escenario cada vez menos probable. Todo hacía indicar que Charlie Sierra le había dado plantón ¿Pero por qué demonios había concertado una cita con ella si no pensaba acudir? Volvió a comprobar el correo electrónico. Nada.

***

—¿Qué demonios ha pasado? —dijo Jacob Vann nada más entrar en la sala de urgencias del hospital de Kingfisher.

—Es Colt. Lo han encontrado inconsciente en un callejón —informó el sheriff, dándole la mano a modo de saludo.

—Es un marine, ¡por el amor de Dios!

—Sí, ya no se respeta absolutamente nada —dijo con disgusto Wyatt, el sheriff.

—¿Cómo está? —preguntó Jacob.

—Había mucha sangre, toda suya.

—¡Mierda! —Jacob se quitó el sombrero y se pasó los dedos por dentro del cabello, frustrado.

—Le han dado una buena paliza.

—Dime que los vas a atrapar, Wyatt.

—Trabajaré en ello.

—Voy a hacer una llamada, ¿te quedarás por aquí?

—No pienso moverme hasta que pueda hablar con Colt —dijo el sheriff con determinación.

Jacob salió de la sala.

***

—Señora, ¿desea cenar algo o va a seguir esperando? —le preguntó un camarero a Linda. Eran las siete y media de la tarde. Oficialmente, Charlie Sierra le había dado plantón y ella se sintió patética.

—No. Sírvame un café. Volveré a casa —dijo Linda, pensando que tenía por delante una hora de camino hasta el rancho.

***

—¿Linda está bien? Sabía que no tenía que dejarla ir sola —era la voz alterada de Scarlett la que lanzó la pregunta, entrando en la sala de espera y dirigiéndose hacia Jacob, que frunció el ceño. El sheriff también estaba allí, debía haber sido algo grave. ¡Dios! Si algo le sucedía a su amiga, ella…

—No es Linda —dijo Jacob, que había sido quien había llamado a la mujer—. Es Colt.

—¿Colt? —se mostró confusa.

—Le han dado una paliza. Linda está en Oklahoma City y no quería molestarla.

—¿Está muy mal?

—No lo sabemos aún. Wyatt —señaló con la cabeza hacia el sheriff—, dice que había mucha sangre en la escena.

—Llamaré a Linda —dijo Scarlett, dispuesta a ello, maldiciendo tener que interrumpir su cita con Charlie Sierra, pero también la necesitaban allí y aquel tío tendría que entenderlo.

—No quiero que la asustes y que tengamos otra desgracia esta noche —la detuvo.

—¿Por eso me has llamado? —preguntó Scarlett.

—Sí. Me conoce demasiado y ahora mismo no sé qué inventarme.

—Vale, déjalo de mi cuenta —dijo, cerrando los ojos para pensar qué demonios le iba a decir a su amiga.

***

Linda puso un billete de cincuenta pavos sobre la barra del local. Las ocho, toda una tarde desperdiciada para nada en The Jones Assembly, viendo cómo otras parejas tenían una cita y cómo a ella la plantaban como a una estúpida. El teléfono le vibró en la mano

después de comprobar una última vez que no tenía ningún mail de parte de Charlie. Era Scarlett y probablemente quería saber cómo estaba yendo la cita.

—Scarly.

—Hola, Linda —dijo, más correcta que de costumbre su amiga y tuvo un presentimiento.

—¿Qué ocurre?

—No ocurre nada, solo estoy algo preocupada por ti. ¿Todo va bien con ya sabes quién?

Linda guardó silencio durante unos instantes y sintió que se podía venir abajo en cualquier momento, pero se lo tenía que decir. Era su mejor amiga.

—Charlie no ha venido.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—Lo siento, cariño. De verdad, no sabes cuánto.

—Sí, ya. Tuve que hacerte caso, soy una estúpida.

—El estúpido es él. Pensé de verdad que iría, cielo.

—Sí, bueno, sé que es tarde, pero… ¿quieres que me gaste otros cincuenta pavos en tartas y me paso por tu casa luego?

—Claro, cariño. Lo afrontaremos juntas ¿Pero… qué te parece si vienes a buscarme a otro sitio antes?

—¿Qué sucede, Scarly? —preguntó ella, sabiendo que algo más pasaba, y que, en caso contrario, su amiga no la habría interrumpido nunca, pensando que estaba en una cita.

—Me siento torpe y me da vergüenza, pero…

—¡Desembucha! —la urgió.

—Me he hecho un esguince en el tobillo y no tengo a nadie que me lleve a casa cuando acaben de vendarme.

—Puedo llamar a Jacob o a Colt —le ofreció ella—. Y luego iré directa a tu casa.

—Lo tengo muy hinchado y me da vergüenza que me lo vea el guapo de tu capataz. Prefiero esperarte, si no te causo mucha molestia.

—Cojo esas tartas y voy para allá. ¿Estás en el hospital?

—Sí, estaré en la sala de espera de urgencias. Y por favor, no se te ocurra correr, estoy bien, solo algo avergonzada por mi torpeza.

—Nos vemos en una hora —zanjó Linda.

Scarlett colgó.

—Ya viene de camino y, además, tranquila —anunció Scarlett.

—Gracias por hacer esto por mí —le dijo Jacob, mirándola a los ojos.

—Lo que sea por Linda —dijo, preocupada.

Un carraspeo llegó de detrás de ellos. Era el sheriff.

—No sé si puedo esperar mucho más aquí —miró su reloj de pulsera—. Pero podemos ir avanzando si os hago un par de preguntas.

—Claro, sheriff —convino Jacob.

—¿Qué hacía Colt en el pueblo hoy?

—No tenía idea de que pasaría por Kingfisher, pensé que iba a otro pueblo. Tenía la tarde libre y le presté mi camioneta.

—¿A qué otro pueblo? —inquirió Wyatt McCoy.

—No lo sé. Me dijo que conocía a alguien en la zona y que le tenía algo que agradecer. Por eso vino a Kingfisher, el resto ya sabe cómo sucedió.

—Ese alguien, ¿cuál es su nombre?

—Lo desconozco, sheriff.

—¿Hombre o mujer?

—No tengo idea.

—¿Scarlett? —preguntó el sheriff, ahora dirigiéndose hacia la mujer.

—Es la primera vez que oigo esa historia —la mujer se encogió de hombros, extrañada—. No sabía que conociera a nadie en el pueblo.

El teléfono del sheriff sonó y se disculpó, haciéndose a un lado. La conversación fue breve y el representante de la ley tomó nota.

—Mis chicos dicen que hay testigos que lo vieron salir de la floristería con un ramo de flores —se dirigió hacia Jacob. Están en el asiento delantero de tu camioneta, al lado del callejón donde lo encontramos.

—¿Había quedado con una mujer de Kingfisher? —preguntó Scarlett en voz alta, extrañada.

—No creo que fuera de aquí —intervino Jacob—. Me dio la sensación de que iría a otro lugar, creo que trató de decírmelo y no dejé que lo hiciera, pensé que era algo privado, no quise ser entrometido.

—En ese caso, tendremos que esperar a que el propio Colt despierte. Esa persona podría estar involucrada en el hecho.

—O estar relacionado con lo que ha estado pasando en el rancho —opinó Jacob.

—¿Se lleva bien con todos los trabajadores del rancho? —volvió a la carga el sheriff.

—Sí, en principio sí —dijo Jacob.

—¿En principio? —preguntó Wyatt.

—No sé, puede que algún chico esté receloso de que tenga algunas atribuciones extra en el rancho en tan poco tiempo.

—¿Quién?

—Es una tontería.

—Yo decidiré más adelante si lo es, ¿nombre?

—Travis, pero ya sabes lo que sucedió con los frenos de la camioneta. Creo que solo está un poco más susceptible por lo que le pasó hace unas semanas.

—¿Colt sale con alguien? ¿Hay alguna mujer que pueda estar celosa?

—No y no lo creo.

—Celeste —intervino Scarlett—. La prima de Linda, ha estado demasiado pendiente de él en las últimas semanas. Colt no le ha hecho el más mínimo caso. Puede que esté molesta.

—¿Y contratar a unos tipos para que le den una paliza? ¡Por favor, Scarlett! —Jacob frunció el ceño y miró a la mejor amiga de su jefa.

—Nunca te fíes de una mujer caprichosa como esa, Jacob.

El capataz entrecerró los ojos y la miró. Decidió que sería mejor no contestar a aquello.

—¿Sabéis si ha recibido amenazas?

—No —dijo el capataz del rancho Clayton.

Scarlett también negó con la cabeza.

—Bien —Wyatt McCoy respiró hondo y repasó todas las notas del cuaderno. Estaba todo, de momento. Respiró hondo y miró la hora en su reloj de pulsera. Eran las ocho y media de la tarde y él tenía otros asuntos que atender antes de terminar el turno—. Creo que no podré esperar más. Si me haces el favor, Jacob, ¿podrías llamarme cuando Colt esté en condiciones de hablar?

—Claro, estaré aquí.

—Y si me mandas un mensaje con el parte del médico te lo agradeceré. No hay muchos tipos como el capitán Sullivan por aquí, espero que esté bien.

—Descuida, lo haré en cuanto sepamos algo.

—Gracias. Hasta la vista —se despidió el representante de la ley, colocándose el sombrero.

***

—Gracias por venir —dijo Jacob acercándose al lugar de la sala que ocupaba Scarlett, que permanecía de pie.

—Siempre —dijo la joven, sonriendo al capataz del rancho Clayton, que se perdió en los ojos de la mujer. Después se puso seria.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¿Le has dicho la verdad al sheriff?

—¡Claro! ¿Qué clase de pregunta es esa? —Jacob frunció el ceño.

—Lo de la mujer con la que iba a salir Colt… ¿Seguro que no sabes nada más?

—No sé nada más. Lo juro.

Scarlett guardó silencio durante unos instantes.

—¡Mierda! —exclamó ella.

—Ahora qué.

—Que pensaba que a Colt le gustaba Linda. Y ahora resulta que iba a salir con otra mujer. Siempre habrá más «Asher Grangers por el mundo» —aseguró, molesta.

—Nadie es como el hijo de mala madre de Granger —aseguró Jacob y se detuvo un momento—. Por lo que yo sé, Colt podría haber quedado con una señora de ochenta años. Me dijo que había alguien a quien tenía algo que agradecer y eso no suena a cita.

—¿Cómo iba vestido? —inquirió Scarlett.

Jacob pensó en ello. Bueno… eran prendas de su armario y eran buenas, ya se las había prestado con anterioridad para el viaje a Houston. Quizá iba «demasiado formal» para ir a visitar a una señora de ochenta años.

—¿Sabes a quién he visto vestida como para una cita esta tarde antes de salir del rancho? —preguntó él, tratando de darle de su misma medicina a la Scarlett que juzgaba a Colt.

Scarlett se puso nerviosa y se tocó el cabello, levantándose del asiento que ocupaba.

—¡Esto es absurdo, Jacob! —exclamó la mujer.

—Sí, sobre todo porque ahí dentro hay un hombre al que le han pegado una paliza, quién sabe si por los mismos motivos que ha pasado todo lo demás que está sucediendo en el rancho —el capataz recobró la cordura—. Y, mientras, nosotros estamos aquí hablando de… no sé ni de qué, maldita sea.

—¡Joder! ¡Lo siento! —se disculpó ella, consciente de la gravedad del asunto.

—Yo también lo siento.

ESGUINCE O PALIZA

—Scarly —la llamó Linda nada más entrar en la sala de urgencias del Hospital Mercy. Su amiga estaba sentada y a su lado estaba Jacob, algo que la extrañó.

—Linda —dijo la mujer, levantándose del sillón para ir hacia ella.

—¿Puedes… caminar? —preguntó Linda, mirándola a los pies, buscando un vendaje que no estaba allí. Después miró a Jacob —¿Qué haces tú aquí?

—Lo siento, Linda. Teníamos que conseguir que vinieras tranquila de vuelta —dijo Scarlett y alargó las manos para tomar las de su amiga.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó, temiendo una nueva mala noticia.

—Es Colt —dijo Jacob, poniendo voz al problema.

—Dime que Colt está bien —le pidió la dueña del Clayton. El corazón le acababa de dar un vuelco.

—Lo han atacado —intervino Scarlett y notó cómo las manos de Linda se volvieron frías en cuestión de segundos.

—Lo están atendiendo —informó Jacob—. Pero aún no sabemos nada.

—¿Qué demonios ha pasado? —volvió a preguntar ella, sintiendo que había salido del rancho tratando de que él no la viese, como si quisiera hacer algo a sus espaldas. Y si… ¿no lo volvía a ver nunca más? Se le heló la sangre en las venas solo de pensarlo.

—Solo sabemos que varios tipos le han dado una paliza en un callejón —informó Jacob.

—¿Por qué? —Linda no era capaz de procesar aquella información. ¿Quién podría querer pegarle una paliza a Colt?

—El sheriff dice que no estaban ni el teléfono ni la cartera de Colt.

—¿Un robo? ¿En Kingfisher? —se extrañó Linda, como si aquello fuera algo realmente marciano en una pequeña localidad como la del centro de Oklahoma.

—Eso indican las pruebas. Al menos, de momento.

—Colt Sullivan —dijo una enfermera en voz alta.

—¡Aquí! —respondieron Linda y Jacob al unísono, levantándose del sofá donde esperaban.

—Puede pasar una persona a verlo, ya está en la habitación, descansando. De momento no podrán hablar con él, le hemos dado un sedante. El doctor irá después.

La enfermera les indicó en qué habitación se encontraba y los tres se dirigieron al lugar. Jacob y Scarlett decidieron esperar en la sala de la planta, mientras que Linda entraba a verlo.

Linda respiró hondo y colocó la mano en el pomo de la puerta para abrirla.

Miró hacia la cama y la imagen de un Colt dormido la tranquilizó y preocupó a partes iguales. Una sábana lo tapaba hasta la cintura y de ahí para arriba se podían ver los golpes que había recibido el hombre, comenzaban a salir los primeros amoratamientos. En el estómago, el costado… su torso parecía un mapa del mundo. Y su rostro… quizá no había salido tan mal parado, pero estaba hinchado, especialmente en uno de sus pómulos que ya lucía amoratado, al igual que la mandíbula. Uno de los ojos se veía a duras penas. Colt se quejó y se removió en una especie de duermevela semiconsciente.

—Austin —susurró entre sueños, aunque Linda sabía que más bien eran pesadillas.

—Shhh —dijo la mujer, acercándose a la cama para tomarle la mano entre las suyas—. Descansa, todo va a estar bien.

El hombre se removió un poco, pero a continuación se tranquilizó de nuevo. La puerta se abrió y el médico la saludó en voz baja mientras que acudía hacia la cama del hombre y anotaba las

constantes vitales de los monitores. Después de auscultarlo brevemente, le indicó si podían salir fuera de la habitación.

—El señor Sullivan ha tenido mucha suerte —comenzó a decir el doctor una vez la puerta quedó cerrada a sus espaldas—. A pesar de todo lo que se puede ver en su cuerpo, no tiene nada roto y eso es casi un milagro, porque créame que le han dado una buena paliza.

—Me alegra escuchar eso, doctor —Linda sonrió con las buenas noticias. Los golpes sanarían con el tiempo, la hinchazón bajaría y los morados se irían diluyendo.

—No todo son buenas noticias, perdió el conocimiento y llegó al hospital de la misma forma. Le hemos visto un buen golpe en la base del cráneo y aunque los resultados de las pruebas realizadas son positivos en estos momentos, nos preocupa bastante el que surja alguna complicación en las próximas horas. Lo vamos a mantener monitorizado y veremos la evolución. Mañana podremos hacer más estudios neurológicos. Ahora solo necesita descanso y tranquilidad.

—Descuide, lo tendrá. Gracias.

Linda supo que podía respirar de nuevo, pero aún tenía que pasar esa noche y ver que nada se complicaba.

Tras despedirse del médico entró de nuevo en la habitación, le echó un vistazo a Colt, que descansaba tranquilo y se dijo que tendría que decirle a Jacob y a Scarlett que se fueran a casa. Que solo quedaba esperar.

—Linda —la saludó Wyatt McCoy, el sheriff de Kingfisher cuando la mujer se acercó hasta ellos.

—Pensaba que ya estarías en casa, sheriff.

—Me he pasado antes de irme. ¿Cómo está Colt?

—No tiene nada roto, pero está muy magullado. Tiene un golpe en la cabeza que les preocupa. Hay que esperar a más pruebas neurológicas.

—¿Está despierto?

—No lo vas a interrogar, Wyatt —dijo Linda, categórica.

—Tengo que hacerlo y lo sabes.

—No ha despertado, supongo que esté bastante sedado por esta noche. Puedes entrar a verlo por ti mismo.

Wyatt McCoy entrecerró los ojos y Linda le señaló la puerta de la habitación de Colt. El hombre se encaminó hacia el lugar y entró. Observó los golpes y hematomas que ya a esas horas se vislumbraban claros. Si no tenía nada roto, sin duda había tenido suerte.

—¿Convencido? —preguntó Linda cuando el hombre salió de la habitación.

—Siento haber dudado de ti.

—Supongo que es parte de tu trabajo —le dijo Linda.

—Le han dado una buena paliza al capitán —dijo Wyatt, impresionado por la cantidad de moratones que tenía en el torso.

—Eso parece —Linda exhaló aire.

—¿Podemos hablar a solas? —le pidió el sheriff.

—Veo que quieres interrogarme a mí a cambio, Wyatt.

—Hago mi trabajo.

—De acuerdo. Dame un momento —se dirigió hacia donde estaban Jacob y Scarlett—. Chicos, es hora de que os vayáis a casa.

—Me quedo contigo —dijo Scarlett, segura de sí misma.

—No —rebatió Linda—. Ve a casa y descansa. Es posible que te necesite mañana.

—¿Te vas a quedar con él esta noche?

—Sí, me gustaría vigilarlo, lo que ha dicho el médico me preocupa. Puede que esté conectado a un montón de máquinas, pero quiero estar aquí por si algo va mal.

—Me quedaré yo —se ofreció Jacob, adelantando un paso al frente.

—No, me eres más útil en el rancho y lo sabes. Pero gracias. Y tú, Scarly, puede que me vengas mejor mañana.

—De acuerdo, haremos turnos —dijo la otra mujer.

—Eso es —Linda esbozó una sonrisa hacia sus amigos, porque eso eran ambos, aunque a Jacob le pagase un sueldo—. Gracias por avisarme sin asustarme.

Jacob le apretó el hombro a modo de consuelo y curvó levemente los labios hacia arriba en una suave sonrisa.

—Llámame enseguida si sucede algo.

—Espero no tener que hacerlo, pero gracias.

Jacob comenzó a caminar hacia la puerta de la sala. Scarlett abrazó a su amiga y le habló al oído:

—Siento lo de Charlie.

—Lo sé —Linda puso un gesto triste—. Supongo que hay cosas más importantes que el que te dejen plantada en una cita. Cosas como esta. Descansa, Scarly.

—Llámame si necesitas cualquier cosa a cualquier hora.

Linda sonrió y vio alejarse también a su amiga, a la que esperó en la puerta Jacob, supuso que para acompañarla hasta el coche.

—Soy toda tuya, McCoy —dijo, respirando hondo. Estaba comenzando a odiar los interrogatorios del sheriff.

UNA NOCHE MUY LARGA

Linda miraba por la ventana del hospital de Kingfisher. El edificio constaba de una única planta baja y desde allí podía observar la noche, bañada con una luna llena impresionante. En un par de días volvería a llover y le vendría muy bien para engordar el grano de sus cultivos. Observó a Colt, su torso seguía cubriéndose de morado conforme pasaban las horas. Pero al menos parecía descansar tranquilo. El sheriff le había preguntado acerca de la cita de Colt de esa tarde. Pero ella no sabía nada sobre el tema. ¿Acaso su prima habría conseguido salir con él? Si así era, le consolaba saber que no había sido la única mujer plantada de la noche.

Volvió a mirar la bandeja de entrada de su correo electrónico. No había noticias de Charlie. ¿O quizá la cita de Colt no era con Celeste? ¿Habría otra mujer? Pero… ¿Cuándo la había conocido? Hacía solo un par de noches que él la había besado en el porche trasero del rancho. «Te quiero en mi vida, Linda» volvió a escuchar las palabras del exmarine en su mente. Cerró los ojos y se acarició los brazos, se le había erizado la piel al rememorarlo.

—Austin —la voz de Colt la sacó de la ensoñación. De nuevo aquel nombre. Supo que lo había escuchado en algún lugar antes, pero no recordaba dónde. Quizá se le hacía familiar por ser una ciudad de Texas, o una canción de Blake Shelton. No, era algo más, pero no recordaba el qué o quién era Austin.

Colt gruñó en el duermevela y ella se acercó a él, pensando si la inquietud significaba algo. El monitor de las constantes presentaba algunas alteraciones y su corazón iba más rápido. Le tomó la mano.

—Tranquilo, Colt, descansa —le dijo al acariciarle la mano, antes de tensionarse al escuchar cómo el hombre gruñía. ¿Algo estaba comenzando a ir mal?

Solo unos segundos después una enfermera entró en el lugar y encendió la potente luz del foco del techo.

—Solo tiene dolores —le dijo, tras consultar las líneas de los monitores. Probablemente tras ver cómo el rostro de Linda se desencajaba de la preocupación—. Le pondré más calmantes.

Salió de la habitación a continuación y Linda le acarició el rostro y el pómulo magullado con ternura.

—Linda —dijo él ahora, sin despertar.

—Sí, esa soy yo —se acercó a su rostro para hablarle suavemente—. Y estoy aquí, contigo.

—Linda —volvió a repetir y casi pudo ver un gesto de tranquilidad en su rostro al nombrarla. Después se mostró desasosegado—. Perdóname.

La enfermera entró de nuevo, portando una jeringuilla preparada. Linda se separó del hombre y la dejó trabajar. Le introdujo el contenido a través de la vía que tenía en una de sus manos.

—Solo tardará un minuto en volver a relajarse —dijo con una sonrisa—. Es un hombre muy guapo, no se merecía que le hicieran esto.

—No, no lo merecía —convino Linda—. Gracias.

—Trate de descansar —le aconsejó.

—Sí, gracias.

La mujer abandonó la habitación después de apagar la luz del techo y Linda volvió al lado de Colt. ¿Por qué le pedía perdón?

—Perdóname, Linda —volvió a escucharle decir antes de caer en un nuevo sueño, esperaba que reparador.

—No importa —le dijo ella y le volvió a acariciar el rostro—. Solo descansa, ¿de acuerdo?

***

Aunque se había despertado en varias ocasiones, Colt se mantuvo tranquilo durante toda la noche y ella pudo descansar algo. Los primeros rayos de la mañana se colaron por la ventana de la

habitación y se levantó del sillón para observar a Colt. Los morados eran de un tono más oscuro a la luz del día. Se apoyó en la ventana, mirando hacia afuera; amanecía en el estado tempranero.

Colt abrió los ojos despacio, se sentía aletargado, no sabía el motivo, hasta que un dolor en el costado se lo recordó, la noche anterior le habían dado una paliza justo antes de dirigirse hacia Oklahoma City para su cita con Linda. A la que, no recordaba haber ido. Recordó torpemente algunas voces y algunas frases sueltas. Sabía que había más, pero no podía recopilarlas todas en su mente en esos instantes. Observó su mano izquierda, una vía le salía desde el dorso de la misma y varios cables de uno de sus dedos, el oxímetro, supuso. Estaba en un hospital y maldita fuera, pero le dolía hasta el último centímetro de su cuerpo. Supo que, si lo estaba sobrellevando, era gracias a las drogas que a buen seguro corrían por sus venas.

Trató de enfocar la vista para reconocer el sitio donde se encontraba y lo consiguió. Observó cada parte de la habitación y luego miró hacia la ventana. Allí halló a la persona que necesitaba comprobar que estaba bien: Linda.

—Mmmm estás preciosa —la voz sonó ronca y lenta, incluso en su cerebro.

Linda esbozó una sonrisa. Si el hombre podía pensar por sí mismo e hilar una frase coherente era una buena señal, ¿cierto?

—Gracias —dijo sonriéndole—. ¿Cómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado una manada de caballos salvajes por encima.

Linda se acercó hasta él y Colt observó la ropa que llevaba puesta la mujer mientras caminaba hacia la cama. Una falda de vuelo marrón, botas altas, una blusa blanca con flores azules y un cinturón con una hebilla que recreaba la rosa de Oklahoma.

—El médico dice que es un milagro que no tengas nada roto —dijo ella.

—¿Has quedado otra vez con los de la petrolera? —preguntó.

—No, ¿por qué?

—La ropa.

—Es la de ayer —respondió ella y su sonrisa se desdibujó de repente. Recordó que Charlie Sierra la había plantado, pero que, en cambio, había estado allí para Colt—. Tenía una… algo que hacer en Oklahoma City.

Colt tragó saliva. Aquella era la ropa que Linda había elegido para la cita que iban a tener en la ciudad. Y él le había fallado. No podía imaginar cómo se podía sentir, sabiendo que la había plantado.

—Lo siento —dijo, mirándola a los ojos y sintiéndose culpable por el hecho.

—¿Por qué? —preguntó Linda, extrañada.

Colt mantuvo silencio durante unos instantes. ¿Y si… se lo decía?

«Aléjate de Linda» Aquellas tres palabras resonaron en su cerebro en una voz masculina que no era la suya. Uno de los hombres que lo atacaron la noche anterior las pronunció.

—¿Por qué, Colt? —volvió a preguntar Linda, tratando de que él volviera a la realidad.

—Lo siento —dijo el exmarine, reordenando sus pensamientos.

—¿Estás bien? —Linda se tensionó.

—Sí, es solo que… Solo dame un momento… Siento que… hayas pasado la noche aquí por mi culpa —dijo finalmente.

Linda giró la cabeza y entrecerró los ojos, tratando de comprenderlo, sin saber si aquel lapsus de Colt era debido a los medicamentos o si el golpe que había recibido en el cráneo le estaba afectando.

—No me habría quedado tranquila si no lo hubiera hecho. ¿Qué fue lo que pasó?

—¿Dónde está mi teléfono? —preguntó Colt de repente. Tenía que escribirle un mail a Linda para disculparse por haberla dejado plantada en The Jones Assembly.

—Te lo robaron, ¿recuerdas? —preguntó Linda, volviendo a mostrarse preocupada.

—¡Mierda! —exclamó Colt, suspirando. El correo electrónico tendría que esperar.

—¿Quieres llamar a alguien? Puedo dejarte el mío.

Colt guardó silencio. No quería llamar a nadie, quería enviar un correo electrónico, a ella. Y disculparse, sinceramente.

—¡Joder! —exclamó Colt, molesto con la situación. Alguien quería que se alejara de ella y, de nuevo no podía hablarle de Charlie, porque necesitaba que estuviera bien y había algo muy extraño en todo lo que había sucedido en el rancho y en el ataque de la noche anterior.

—Creo que voy a llamar al médico, no estás bien.

—No, por favor, estoy bien.

—No lo estás, desconectas.

—No, no, es solo que… estoy cansado y probablemente con muchos medicamentos. Es completamente normal. Créeme, sé cómo me siento.

—El sheriff vendrá en cualquier momento, anoche tuve que dejarlo entrar para que viera que estabas dormido y que no podía interrogarte. También te robaron la cartera.

—Parece que estaré ocupado cuando salga de aquí.

—¿Qué fue lo que pasó?

Colt trató de acomodarse en la cama y emitió un quejido al moverse.

—Acababa de recoger algo, lo había dejado en la camioneta y alguien preguntó por mi nombre y me dijo que tenía una entrega especial para mí. Cuando me giré oí cómo se amartillaba un arma y luego, supongo que me golpearon y me llevaron a otro sitio, pero no recuerdo dónde.

—Un callejón —le informó Linda.

—Sí —Colt trató de recordar algo. Lo que más deseaba era ver las caras de los tres malnacidos que lo habían golpeado—. Recuerdo que luego me despertaron y me dijeron algunas cosas, luego me patearon y perdí el conocimiento, varias veces más.

—Es horrible —dijo Linda.

—Me siento estúpido, se supone que llevo veinte años siendo marine.

—Si te golpean por la espalda y entre varios no tienes muchas opciones, ¿no crees?

—Como lo hacen los cobardes; con armas y por la espalda —masculló entre dientes.

—¿Qué te dijeron?

Colt cerró los ojos y recordó algunas frases.

—Que este pueblo no era lugar para mí, algo así.

—¿A quién le puede importar que estés aquí?

—Parece que a más personas de las que crees.

El sheriff McCoy entró en la habitación.

—Buenos días, capitán Sullivan —saludó el sheriff McCoy.

—Colt, por favor —le pidió este—. Buenos días, sheriff.

—Tengo buenas noticias —dijo el hombre, blandiendo algo en su mano; la cartera de Colt—. Comprueba si está todo. Dinero no había.

—No me sorprende —dijo, tomándola en su mano para abrir y comprobar que todas sus tarjetas e identificaciones estaban allí, pero efectivamente, no el dinero.

—No había huellas. ¿Cómo estás?

—Si te dijera que como si me hubieran pegado una paliza, ¿me creerías? —bromeó Colt y el sheriff esbozó una sonrisa.

—Al menos no has perdido el humor. ¿Qué te parece si me respondes a unas preguntas y luego te dejo descansar?

El sheriff comenzó el interrogatorio mientras que Linda permanecía en un segundo plano, volviendo a escuchar lo que le había contado a ella. Colt no iba a ser de mucha más ayuda, si te golpean por la espalda y pierdes el conocimiento no puedes recordar demasiado.

—Anoche tenías una cita —dijo el sheriff con tranquilidad. Linda miró al exmarine, el hombre se mostró confuso y desvió la mirada hacia ella. La mujer se fijó en el monitor, el ritmo cardíaco había subido.

—Creo que no… —dudó él.

—Vimos las flores en la camioneta de Jacob —aclaró Wyatt.

—Pero… —volvió a dudar.

—Solo quiero saber su nombre.

Linda observaba al monitor y a Colt por turnos, había vuelto a subir la frecuencia. Así que era cierto, Colt tenía una cita con otra mujer y no quería que ella lo supiera. Si no le hubiera importado, su corazón no estaría latiendo así. Colt seguía dudando.

—Un nombre —insistió el sheriff.

El monitor volvió a subir cinco latidos más por minuto y no eran pocos a esas alturas.

—Creo que esperaré fuera mientras termináis —dijo Linda, saliendo de la habitación.

—Linda —la llamó Colt, pero la puerta se cerró tras ella, sin escucharlo.

—Esto no lo esperaba —aseguró Wyatt McCoy, sorprendido por la situación. A él tampoco le habían pasado desapercibidos los datos cardiacos del monitor de Colt, que se quitó el oxímetro, molesto. Ni la incomodidad patente de Linda.

—Espero que sepa ser discreto, sheriff —dijo Colt, sabiendo que, llegados a aquel punto, había unas cuantas cosas que debía confesar al representante de la ley en Kingfisher.

MEDIAS VERDADES

Linda se miró al espejo del baño del hospital. Sentía ganas de llorar y realmente no sabía por qué. O igual sí; había otra mujer en la vida de Colt. Una a la que él le había comprado flores.

—Eres estúpida, Linda Clayton —se dijo, mirando su reflejo en el cristal.

Scarlett entró en el baño en ese instante.

—Buenos días, Linda —se acercó a ella y la abrazó brevemente.

—Buenos días —respondió esta, apagada.

Scarlett la observó y dejó de sonreír. Algo estaba pasando, el rostro de su amiga lo dejaba claro.

—¿Colt está bien? —preguntó alarmada.

—Sí. Le tuvieron que administrar más calmantes, pero ha pasado bien la noche. Y ahora está con el sheriff —dijo.

—¿Y qué es lo que te ocurre? Tu cara no miente.

—Estoy cansada, ha sido una noche larga.

Scarlett siguió observándola.

—No. No es eso —dijo, categórica.

—Creo que yo sabré cómo me siento, ¿no? —respondió, molesta.

—¿Qué pasa, Linda?

Linda miró fijamente a los ojos a su amiga y respiró hondo, antes de decidirse a contestar.

—Parece que Colt tenía anoche una cita con alguien.

—Ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—El sheriff preguntó por ello.

—Sigue preguntando, supongo que a él sí que se lo habrá contado.

Scarlett miró de nuevo a su amiga durante unos instantes.

—¿Te molesta? —Scarlett sonrió, casi incrédula.

—No era algo que esperase que sucediera, si te digo la verdad.

—Espera un momento —meditó la mujer—. ¿Se supone que no debería haber pasado?

—Bueno, ya sabes… lo que sucedió entre nosotros la noche que comenzó a llover —dijo, algo avergonzada.

—Ajá. Y también sé que estuviste varios días sin hablarle o que le dijiste, ¿cómo era? ¿Que «no necesitabas eso»?

—Yo… bueno… Charlie…

—Sí, Charlie. El hombre con el que tenías una cita anoche. Tú también tenías una cita, Linda, ¿recuerdas?

Linda se dijo que era aún más estúpida de lo que pensaba y todo aquello resultaba irracional. Ella habría tenido una cita con Charlie Sierra si este hubiera aparecido. Y a la vez le sentaba mal que Colt hiciera exactamente lo mismo por su lado.

—¡Joder! —exclamó.

—El eterno dilema: Charlie o Colt —sonrió Scarlett.

—No hay ningún dilema. Uno me dejó plantada y el otro sale con otra mujer —trató de sonar dura.

—Técnicamente no sale con nadie, no llegó a salir con ella. Lo atacaron antes —su amiga fue práctica.

—¡Venga ya, Scarly!

—Y tú tampoco llegaste a salir con Charlie —hizo un ruido con la lengua—. Los dos estáis libres como el viento.

—No te voy a escuchar —le dijo, esquivándola para salir del baño.

Scarlett la siguió y le colocó el brazo sobre los hombros.

—En realidad ya me has escuchado. Pero dejemos el asunto para más tarde ¿Qué te parece si te vas a casa, desayunas, tomas una ducha y descansas un rato? Te ayudará a ver las cosas de otra forma.

***

—Linda, yo… —dijo Colt nada más verla entrar en la habitación. El sheriff ya se había ido y volvía a estar solo.

—Buenos días, capitán Sullivan —saludó Scarlett, que entró a continuación.

—Scarlett —saludó él mientras veía cómo la dueña del Clayton abría el armario para recuperar su bolso.

—Me iré a casa a tomar una ducha y cambiarme de ropa —anunció Linda, casi sin mirarlo.

—Yo me quedaré un rato contigo, si no te importa, mientras dejamos que Linda descanse.

—Sí, gracias, Scarly —dijo Linda, dándole un beso en la mejilla —. Si necesitas algo, llámame.

—Estaremos bien, no temas. Sé cómo mantener entretenido a un hombre. Tú descansa, ¿vale?

Linda miró reprobatoriamente a su amiga y esta rio. La dueña del Clayton dijo «Adiós» y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, sin mirar a los ojos a Colt.

Colt tensó la mandíbula y el hecho le provocó un pinchazo en la misma.

—Está cansada, no le hagas caso —dijo Scarlett, viendo el gesto del hombre, que la miró, levantando una ceja. Ninguno de los dos se creía aquello—. Yo estaré por aquí un rato, es mi sagrada hora del café. Por si necesitas algo.

***

Colt dormitó, producto de los calmantes que seguían administrándole y recorrían su cuerpo. Cuando abrió los ojos la siguiente vez, no era Scarlett quien estaba sentada en el sillón, sino Jacob, el capataz del rancho Clayton.

—Buenos días, bello durmiente —le dijo, bromeando.

—Jacob, hola. Gracias por venir.

—Me preocupo por mis chicos —desestimó él—. ¿Cómo te encuentras?

—Hecho polvo —confesó, mientras trataba de colocarse en la cama, no sin esbozar una mueca de dolor.

—Ya veo. Te dieron duro, amigo.

—Sí. Cualquiera diría que llevo veinte años en los marines.

—Supongo que tus compañeros no tenían por costumbre atacarte por la espalda.

—No, desde luego que no.

—Espero que los pillen.

—Ya, yo también. ¿Tu camioneta está bien?

—Perfecta. No te preocupes.

—Creo que no puedo decir lo mismo de tu camisa. Te la pagaré.

—No harás eso, es solo una camisa.

—Que era tuya.

—La cobraremos cuando McCoy los encierre. Hablando de ropa, no suelo hurgar en los cajones de otros tíos, pero te he traído algunas cosas. Las he dejado en el armario.

—Gracias —sonrió Colt, contento de estar justo en aquel pueblo, aunque a algunos parecía no gustarle su presencia.

—El sheriff lleva husmeando toda la mañana en el rancho, hablando con los trabajadores. Supongo que piensa que a menudo los problemas laborales se extrapolan.

—¿Laborales? —Colt torció el gesto, incrédulo.

—Me temo que al sheriff no le gusta dejar cabos sueltos. Tanto él como yo tememos que no fue un ataque ni un robo al azar. Te seguían y sabían quién eras.

—Lo sé. Pero ¿tres tipos? No creo tener tantos enemigos en Kingfisher. Suena más a encargo.

—O a un tipo con dos buenos amigos. ¿No recuerdas su cara?

—No, lo siento. Las llevaban cubiertas.

—¿Dijeron algo?

—Que Kingfisher no era lugar para mí.

—¡Vaya! Parece que a alguien le molesta tu presencia. Eso me descarta a mí. Estoy deseando que vuelvas al trabajo —Jacob se levantó del sillón y se acercó hasta la cama.

—En un par de días estaré como nuevo —prometió este y el capataz sonrió.

—Creo que tendremos que tomarlo con más calma, esta vez. Pero me conformaré con que salgas pronto de aquí y vuelvas al rancho. Creo que es hora de irme.

—Jacob —lo detuvo, a medio camino de la puerta—. Hay algo más.

—Soy todo oídos.

—Uno de ellos me dijo que me alejase de Linda.

El capataz frunció el ceño, aquello acababa de tomar otro cariz.

—¿Se lo has contado al sheriff?

—Sí, pero no a ella. No creo que necesite más preocupaciones —habló de Linda—. No la pierdas de vista. Me temo que pueda estar relacionado con todo lo que ha estado pasando en el rancho.

—Estaré pendiente, no temas.

—Gracias.

Jacob le guiñó un ojo y se dirigió hacia la puerta y tomó el pomo de la misma.

—Una última cosa, metí tus flores en agua anoche. Son bonitas.

Colt sonrió mientras veía cómo el capataz salía de la habitación. Por lo menos no se habían estropeado.

REPROCHES

Linda tomaba un café en la cocina del rancho. Había declinado almorzar y Sofía se había mostrado disgustada por el hecho. No tenía hambre y sabía que con un café y un trozo de bizcocho sería más que suficiente. Si la vida le diera un respiro, probablemente estaría hecha un ovillo en su cama, llorando por Charlie, pero tenía un rancho que atender y a uno de sus empleados en una cama del hospital, porque alguien le había dado una paliza. Aunque tres tipos no son solo «alguien». Le preocupaba pensar en el hecho, porque podía ser algo premeditado y estar relacionado con todo lo que sucedía en el rancho desde hacía semanas. Solo lamentaba que Colt hubiera terminado de nuevo en el hospital.

—¿De qué vas? —la voz de Celeste Clayton llegó hasta ella y dos segundos después la vio plantada delante. Linda miró hacia atrás, pensando que estaba hablando con alguien más, pero allí solo estaban las dos.

—¿Perdón? —preguntó Linda, dejando la taza de café en la encimera de la cocina. ¿Qué mosca le habría picado ahora a su prima?

—¡El sheriff! ¡Me acaba de preguntar si tengo algo que ver con la paliza que le han dado a Colt!

—¡Oh, vaya! —murmuró Linda, sorprendida por las pesquisas de Wyatt.

—¡No te hagas la inocente! —chilló—. Le has dicho eso porque te molesta que él se haya fijado en mí.

Linda frunció el ceño, extrañada. ¿Se había perdido algún capítulo?

—¿Entonces eras tú la que ibas a salir anoche con él? —le preguntó en cambio, manteniendo la tranquilidad, sin alzar el tono de voz. Vio el fuego en los ojos de su prima y tuvo claro que la respuesta era un «no». Celeste no había sido la elegida.

—¿Te molesta? —preguntó.

—Es tu vida —respondió, tranquila.

—Pero te encantaría que fuera la tuya. Que Colt te mirase como me mira a mí. Porque a ti —la ojeó de arriba abajo con desdén—. No te mira ningún hombre de esa forma desde hace muuucho tiempo.

Linda entrecerró los ojos y sintió el fuego en su interior subiendo de repente. ¿Quién demonios se creía aquella niñata para decirle algo así?

—¿Ya os habéis acostado? —le preguntó, tratando de mantener la tranquilidad.

Celeste apretó la mandíbula y Linda supo que «no».

—¿Te ha besado? —volvió a preguntar Linda y vio cómo su prima cambiaba de color, podría decirse que a… morado de indignación.

La más joven de las dos Clayton apretó aún más los labios hasta formar una fina línea con ellos.

—¡Oh, vaya! —habló de nuevo Linda y sonrió de forma maliciosa —. Es una pena, porque lo hace muy bien.

Los ojos de su prima se abrieron como platos y volvió a apretar la mandíbula.

—¡Te odio! —exclamó con rabia, antes de pasar a su lado, chocando con el hombro de Linda para abandonar la habitación.

—¡Recuérdalo la próxima vez que uses mi tarjeta de crédito! —le dijo la dueña del rancho Clayton a su espalda.

Quería a su prima, pero a veces se lo ponía muy difícil. Y probablemente Sofía tenía razón y debía ponerle algunos límites.

***

—¿Por qué diantres llamas a la puerta? —preguntó Jacob, al salir al porche de su casa—. Sabes que está abierta. Pasa.

—¿Y si estuvieras con una mujer? —respondió Linda con una pregunta. Había cruzado el patio delantero para dirigirse hasta allí.

Quería ver lo que se había perdido esa mañana.

—¿A la hora de comer? —Jacob volvió a sentarse delante de su emparedado—. ¿Te preparo algo?

—Cogeré un poco de café —dijo, dirigiéndose hacia el armario para bajar una taza y llenarla—. Hoy lo necesito más que nunca.

—¿Has conseguido descansar?

—Sí, por suerte. Celeste me ha dicho que Wyatt ha estado preguntando por el rancho. Estaba algo disgustada.

—Ya conoces al sheriff, es un poco incisivo.

—Espero que los pillen.

—Ten cuidado, Linda —dijo Jacob, después de masticar el bocado de emparedado, dejándolo sobre el plato.

—¡Uuuy! —dijo la mujer, sonriendo—. Jacob el protector.

—Es en serio. No me gusta lo que está pasando en los últimos tiempos. Si se han atrevido con alguien como Colt, no quiero pensar qué pasaría si fueran a por uno de nosotros.

—Es decir, a por mí —clarificó Linda.

—Sí —dijo el capataz después de dudar—. Eres la dueña del Clayton y… me temo que todo pueda estar relacionado con el rancho.

—Pero no tiene sentido. La petrolera tiene su contrato. No hay ofertas de compra por la propiedad. No veo ningún motivo a la vista.

—Yo tampoco, pero algo está pasando. O puede que solo sea contigo.

—No tengo problemas con nadie, que yo sepa.

—Quizá alguien sí que los tiene contigo.

—No lo sé —suspiró Linda y paseó por la habitación. Se fijó en el ramo de rosas que había en la mesa baja del salón—. ¡Qué bonitas! ¿Una admiradora?

—Estaban en mi camioneta, son de Colt.

—¡Ah! —dijo ella, retirando la mano de las mismas, las había comenzado a acariciar, pero de repente le quemaron en los dedos. Eran para la cita de la noche anterior de Colt.

—Yo solo las puse en agua.

—Sí, sería una pena que unas rosas tan bonitas se hubieran estropeado —dijo Linda. No era un ramo de flores cualquiera; eran

rosas de Oklahoma, con su característico tono rojo oscuro.

—Puedes llevarlas a la casa grande, seguro que allí quedarán mejor —le ofreció su capataz.

—Tienen una tarjeta —dijo Linda, observando que había un pequeño sobre de color marrón dentro de ellas.

—Ajá.

—¿La has leído? —quiso saber la mujer. Probablemente en ella vendría el nombre de la receptora de las mismas.

—No. No son mías.

—Pero ahora están en tu casa, creo que eso las convierte en tuyas.

—Técnicamente no es mi casa, es tu rancho.

—No es algo que me corresponda.

Linda apretó la mandíbula, le habría gustado saber a quién iban dirigidas, pero Jacob era un hombre demasiado discreto y ella se dijo que tenía que respetar la intimidad de Colt, aunque se muriera por saber quién era «ella»; la merecedora de unas carísimas rosas de Oklahoma.

Se sentó en la silla que estaba frente a su capataz, mientras este comía su almuerzo, sin dejar de mirar de vez en cuando hacia las rosas. Jacob entendía el dilema de su jefa y amiga. Terminó de comer, bebió café, se limpió la boca con la servilleta y dejó los utensilios en el fregadero. Se apoyó en la encimera y la siguió observando unos instantes más. Linda solo lo acompañaba, pero ya no hablaban.

—De acuerdo —dijo de repente—. Supongo que me pagas para que haga algunas cosas por ti.

—¿Perdón? —dijo ella, confusa.

—Vamos a ver qué nos tiene que decir la tarjeta.

Jacob se dirigió hasta la mesa donde estaban las flores.

—No tienes por qué…

—Me temo que sí —dijo, cogiendo el sobre en la mano antes de abrirlo.

Linda contuvo la respiración mientras que Jacob abría el sobre y sacaba la tarjeta del mismo. La abrió y la leyó. Después sonrió y la miró.

—¿Todo bien? —preguntó Linda.

—Creo que debes verlo por ti misma —se acercó a ella y le tendió la tarjeta—. Hazlo.

—Puede que a Colt no le guste que yo…

—Creo que a Colt no le importará —sonrió Jacob.

Linda tomó la tarjeta en la mano, miró a los ojos a su capataz, respiró hondo y abrió la tarjeta, sintiendo que estaba traicionando a Colt:

> Querida Linda:
> Cuando todo fue oscuridad,
> el destino me llevó hacia ti.
> Gracias por devolverme la luz.
> C.

Linda se mordió el labio inferior y trató de evitar una sonrisa en su rostro. ¡Las flores eran para ella! Un precioso ramo de rosas de Oklahoma de un color rojo oscuro aterciopelado. Un nudo se le había formado en la garganta. Acarició disimuladamente la tarjeta con los dedos antes de cerrarla. Se giró de espaldas a su capataz y se limpió una lágrima que se había escapado de uno de sus ojos, para que él no la viera hacerlo.

—Te lo mereces —dijo Jacob a su espalda y tuvo que limpiarse otra lágrima rápidamente. Respiró hondo y se tragó el nudo de la garganta.

—Supongo que se me ha hecho tarde, y tengo cosas que hacer —dijo, tratando de que su voz sonara firme y serena, aunque el detalle de Colt acababa de conmoverla desde la cabeza hasta los pies.

Se giró de nuevo hacia la puerta, Jacob estaba en su camino, había pensado pasar rápidamente a su lado, sin que viera la emoción que la desbordaba, pero él alargó la mano y la obligó a chocar contra su pecho, abrazándola.

—Ven aquí —le dijo, besándola en el pelo al lado de la sien—. Ya era hora de algo bueno.

—Nos vemos luego —dijo ella, saliendo de la casa y agradeciendo que Jacob siempre hubiera estado a su lado, como si

fuera el hermano mayor que había perdido hacía tantos años.

CONFESIONES A MEDIANOCHE

Cuando Linda regresó al hospital, Colt ya estaba dormido. Los tonos morados que salpicaban su torso se habían hecho aún más oscuros. Supuso que con el paso de los días irían mutando a amarillo y eso indicaría que sanaba. Dejó su bolso sobre el alféizar de la ventana y puso en silencio el teléfono. Después se sentó en el sillón durante largo rato mientras observaba cómo dormía Colt. Sin embargo, el propio sueño se le seguía escapando; habían sucedido demasiadas cosas en los últimos días. Era eso o la ingente cantidad de café que había tomado durante toda la jornada para tratar de mantenerse despierta y con energía.

No podía olvidar el plantón de Charlie, que seguía sin dar señales de vida. ¿Quizá lo habían llamado para una misión urgente? ¿En serio no podía haber avisado de ello? Un mail, un «Linda, no puedo ir, salgo hacia El Líbano». Algo. ¿Ella le importaba de verdad o solo jugaba y se divertía con una mujer de la Oklahoma profunda?

Y por otro lado estaba Colt, otro marine, como el propio Charlie, que estaba allí, y que ahora sabía que le había comprado flores, en una especie de paradoja de la vida, justo en la misma tarde en la que ella se dirigía a una cita con otro hombre; algo que la hacía sentir mal consigo misma y con él. Sí, le había hablado a Colt de Charlie en una ocasión, pero no le había dicho que seguía en contacto con él o que habían quedado para verse en persona. ¿Colt o Charlie? Hacía un tiempo que ambos convivían en su mente ¿Te podían gustar dos hombres a la vez?

***

—No deberías salir tan tarde del rancho —dijo la voz de Colt, observando la silueta de la mujer en la ventana de la habitación. En esta ocasión, no había ninguna luz encendida en la misma y solo la luna inundaba la estancia.

—Creo que soy una mujer adulta —se quejó ella por el comentario.

—Bueno, yo también lo era, hasta que me dieron una paliza —la bajó a la realidad, mostrándole que no era por machismo, sino que había razones objetivas para que tomara precauciones.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Cómo estás?

—Mejor.

—Me alegro. Me ha dicho Scarly que puede que mañana te den el alta.

—Eso creo. Las pruebas han salido bien. Parece que sigo teniendo la cabeza muy dura —bromeó.

—Siento no haberme pasado en todo el día —se disculpó.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo él—. Además, ha estado entretenido. Jacob pasó por aquí, me trajo ropa. Celeste también, se ha ido hace un rato.

—Ah. Celeste —dijo ella y sonó demasiado seca.

—Se ha portado bien —le dijo.

—No sé si te has dado cuenta, pero está interesada en ti.

—Una lástima que no sea recíproco —Colt trató de quitarle hierro al asunto.

Linda sonrió imperceptiblemente.

—Si se pone muy insistente, puedo decirle algo.

—Yo también puedo hacerlo, ¿sabes?

—Me siento responsable de ella en cierta forma —Linda suspiró.

—Es mayorcita, ¿no crees?

—Lo sé.

—Estaba disgustada porque el sheriff le ha preguntado con poco tacto si ella había tenido algo que ver con lo que me ha pasado —le informó Colt.

—¿No te ha dicho que cree que fui yo quien se lo sugirió a Wyatt? —preguntó, molesta.

—No, no lo hizo.

—Típico en ella —bufó Linda.

Colt guardó silencio durante unos instantes.

—Me contó que la relación con su madre no es buena y que por eso vive contigo.

—Sí —exhaló el aire que había tenido retenido en sus pulmones y se dejó caer en el sillón—. Es curioso, pero su madre y la mía también viven juntas. Son cuñadas, pero esas dos mujeres no podrían llevarse mejor si fueran hermanas. Sin embargo, no lo hacen con nosotras. Y nosotras… creo que somos muy distintas.

—O puede que no. Creo que Celeste solo cree que el mundo está en su contra, a pesar de la edad que tiene.

—Sí, bueno. El mundo no me ayuda a mí demasiado tampoco —resopló.

—Sospecho que en el fondo se siente sola.

—Puede ser —dijo Linda.

—Me temo que no es algo de lo que desees hablar justo ahora.

—Si te digo la verdad, no. No es algo que me apetezca especialmente. ¿Por qué no tratas de dormir? Te sentirás mejor mañana.

—Porque tú estás aquí.

—¿Soy como el café? —bromeó ella.

—Pensé que te habías ido enfadada esta mañana.

Linda cerró los ojos con fuerza y tragó saliva. Lo había hecho, pero por razones equivocadas y siendo totalmente hipócrita con él.

—Solo estaba cansada —mintió en voz baja.

—No hay nadie más, Linda. —le confesó.

La joven tragó saliva, ahora lo sabía. Lo supo en cuanto leyó la tarjeta que acompañaba a las flores que estaban en casa de su capataz.

—Trata de dormir, ¿vale? —le dijo, acercándose hasta la cama para tocarle un brazo y animarlo a hacerlo

La mano de Colt tomó la de ella y se la llevó a los labios para besarle las puntas de los dedos.

—Jacob tiene las flores que compré, pídeselas. Las compré para ti.

El corazón le palpitó con fuerza en el pecho y miró el monitor de constantes de Colt. Esa noche estaba en silencio, pero el de él pasaba de las cien pulsaciones por minuto, lejos de las setenta que tenía cuando entró en la habitación. Sintió que le importaba y que era agradable importarle de verdad a alguien como él.

—Duérmete, es tarde —le dijo, en cambio.

Colt sonrió y dejó que la mano de la mujer escapara de la suya.

—Sí, señora.

Linda tomó asiento en el sillón, dispuesta a dormir al menos unas horas.

—Colt —lo llamó un par de minutos después.

—¿Mmm?

—Gracias —se detuvo y el silencio de la noche se hizo pesado—. Por las rosas. Son… preciosas.

—De nada.

—Hasta mañana, Colt.

—Hasta mañana, Linda.

EL SECRETO DE COLT

—Buenos días —era la voz de Scarlett la que escuchó nada más abrir los ojos.

—¿Qué hora es?

—Demasiado tarde para un hombre como tú, pero te lo perdonaré hoy. Y sí, te ha tocado la amiga mala para comenzar el día.

Colt esbozó una sonrisa y trató de acomodarse en la cama, ahogando el dolor que aún sentía.

—No creo que seas la amiga mala.

—Deja que te ayude. Te ahuecaré la almohada —se acercó a él y tomó el objeto antes de colocarlo de nuevo en su espalda, notando que el hombre hacía un gesto de malestar—. En unos días pasará.

—¿Linda? —preguntó.

—Los de la petrolera están en el rancho.

—Me habría gustado acompañarla.

—No parece que sea posible por el momento —Scarlett fijó la vista en una pequeña maceta con flores y un peluche. Se acercó hasta la mesa. Una tarjeta colgaba de la misma.

Ponte bien pronto, guapo
Te espero en casa
Celeste

—La prima de Linda me visitó ayer —dijo él.

—Ya lo veo, «guapo» —dijo, entrecerrando los ojos, mientras observaba al hombre—. ¿Es con ella con quien sales?

—No salgo con nadie —dijo, manteniéndole la mirada.

—Lo disimulas bien, sobre todo porque todo el mundo sabe que compraste flores en el pueblo y que ibas a ir a ver a alguien antes de que te atacaran —lo siguió escudriñando.

—No has hablado demasiado con Linda, hoy, ¿verdad?

—¿Importa?

—No es asunto tuyo ni de nadie, pero ya que te empeñas: Las flores que compré eran para Linda.

—¿¡En serio!? —de repente se mostró emocionada con la idea. Colt volvía a ser muy mono ante sus ojos.

—Pregúntale y basta de interrogatorios, creo que tengo bastante con los del sheriff McCoy.

—En ese caso, no sé, te arreglaré el armario.

—No tienes por qué…

—Te has ganado mi favor si le has regalado flores a mi amiga.

Colt sonrió y sacudió la cabeza, relajándose en la cama. Scarlett abrió una bolsa, pensando que era la de la ropa limpia. Se encontró con la camisa ensangrentada y la sacó, cogiéndola por los hombros. Los botones habían saltado y apenas si quedaban dos o tres.

—Le debo una camisa a Jacob. Me la había prestado —dijo él, viendo el estropicio en la misma.

—Me la llevaré y veré qué puedo hacer. Me gusta arreglar cosas en mi tiempo libre.

—No tienes por…

—Sí, sé que no tengo por qué, pero será un reto para mí y puede que te ahorres el comprarle otra a Jacob —dijo, introduciéndola en la bolsa de papel de nuevo.

Abrió otra bolsa, una que era de viaje y comenzó a sacar prendas de la misma, diciéndose que estarían mejor colgadas que dobladas. Y así lo hizo.

—¿Podrías hacer algo por mí? —preguntó Colt.

—Claro —Scarlett lo miró, esperando instrucciones, mientras colgaba una camiseta en una percha.

—Necesito un teléfono.

—Por supuesto.

La mujer se dirigió hacia su bolso y sacó el suyo, desbloqueándolo antes de pasárselo. Colt tomó la cartera de la mesilla y la colocó a su lado.

—Solo necesito comprar un teléfono nuevo —le informó.

—Lo que quieras, adelante.

Scarlett llegó a una bonita chaqueta y se dijo que era un crimen que alguien, supuso que Jacob, la hubiera dejado metida en una bolsa de viaje en vez de colgarla. ¡Se podría deformar! La sacudió para estirarla y algo se cayó de uno de los bolsillos. La colgó y recogió lo que parecía ser una carta. El sobre tenía un estampado floral.

A uno de nuestros bravos soldados
¡Feliz Navidad!

¿Por qué le resultaba tan familiar?

—Ya está. Gracias —dijo Colt y Scarlett se apresuró a guardar el sobre en el bolsillo de la chaqueta, desde donde se había caído.

—¿No necesitas llamar a nadie? ¿Tu familia?

—No es necesario asustar a mi hermana. Estoy bien.

Scarlett terminó de poner las prendas en el armario y miró una última vez al bolsillo de la chaqueta donde había metido la carta de nuevo. Después cerró la puerta y miró su reloj.

—Se me hace tarde. Tengo que volver al trabajo. Espero haberte sido de ayuda.

—Gracias por la visita y por dejarme el teléfono.

Scarlett sonrió, cogió sus cosas y salió por la puerta de la habitación.

***

Linda acompañaba al equipo de Cimarron Oil que había comenzado a descargar material en un flanco del rancho para hacer el estudio sobre la posibilidad de reactivar los pozos. Jacob llegó a su lado con un termo de café y se lo pasó.

—Dios te bendiga —le dijo la mujer, tomándolo en su mano para servirse una taza sobre el capó de la camioneta. No había dormido mal en el hospital, pero echaba de menos hacerlo en su cama.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —preguntó el capataz, observando a los peones de la petrolera trabajar.

—Solo un montón de materiales y algunas mediciones. Nada destacable. Pero no pienso moverme de aquí, al menos de momento.

—Puede que llueva —Jacob miró las nubes que comenzaban a amenazar en el horizonte. El cielo parecía darle la razón.

—A nadie le hizo mal un poco de agua.

Jacob sonrió a Linda. Le gustaba su practicidad y dureza en el trabajo, era cómodo trabajar con ella.

El teléfono móvil de Linda sonó, era del hospital y se mostró contrariada.

—¿Pasa algo? —preguntó el hombre.

—El médico ha decidido darle el alta a Colt. Cree que el peligro ha pasado por el golpe de la cabeza. Solo tenemos que estar pendientes de él durante los próximos días.

—Llamaré a Scarlett —dijo Jacob, observando que su jefa fruncía el ceño—. Supongo que no vas a querer moverte de aquí mientras estos tipos de Cimarron no se vayan. Y yo me quedaré contigo. Seguro que puede ir a por él cuando termine su jornada.

Linda sonrió al capataz y asintió con la idea. No se le había escapado que, después de la agresión que había sufrido Colt, Jacob se mostraba más protector. No era una mujer frágil, pero había notado el mismo sentimiento en el propio Colt y se dijo que, probablemente, tenían razón y no estaría mal ir con cuidado.

***

¡Soldiers' Angel! ¡Sí! ¡Eso era! De ahí provenía la carta que Colt tenía en el bolsillo de su chaqueta. La idea vino a la mente de Scarlett como un rayo mientras conducía tras salir del trabajo. Bueno, ese o algún programa similar, ya que había unos cuantos. Lo sabía porque hacía unos meses, tanto Linda como ella participaron escribiendo cartas a marines desplegados en zonas de conflicto.

¡Así que el bueno de Colt también había participado de aquello! El mundo era un pañuelo. Ahora que lo pensaba, cuadraba con lo que le había dicho Jacob acerca de que la noche en que habían atacado al exmarine, iba a quedar con alguien.

Explicaba la camisa formal que había usado y estaba manchada de sangre y que hubiera necesitado la camioneta del capataz.

Y por supuesto, no tenía nada que ver con las flores… porque las flores eran para Linda, ¿verdad? De repente en la cabeza de Scarlett surgieron más dudas que certezas.

¿Y si… finalmente sí que había otra mujer en la vida de Colt y habían estado a punto de pillarlo? ¿Puede que fuera una mujer casada? ¿Que su marido le hubiera dado aquella paliza y que no tuviera nada que ver con Linda y sus tierras?

Lo iba a descubrir. Vaya que sí que lo haría.

Tocó a la puerta de la habitación de Colt, antes de entrar.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Scarlett mirando cómo el hombre estaba sentado en la cama vestido solo con un bóxer y un gesto de dolor en su rostro.

—Trataba de vestirme, me han dado el alta.

Un pantalón vaquero y una camisa estaban a su lado, esperando su turno.

—Y no te está siendo nada fácil, ¿eh?

—No —exhaló aire. Solo he logrado ponerme esto.

—Ya veo —observó el cuerpo de Colt, cincelado por los mismos dioses, pero sin duda, muy magullado—. Te das cuenta de que no vas a llegar muy lejos así, ¿no?

—Solo necesito un poco de tiempo.

—Puede que esta sea una de esas cosas para las que, de momento, necesites que te echen una mano. Te ayudaré y te llevaré al rancho. A eso he venido, por cierto —sonrió la mujer y se dirigió hasta el armario. Buscó entre la ropa y halló un pantalón de chándal y una camiseta sencilla.

—Gracias —dijo él, viendo cómo Scarlett se dirigía hasta él con prendas más cómodas que unos vaqueros.

—Para eso están las amigas. Suelo preferir desvestir a los hombres como tú, pero hoy haré una excepción y te ayudaré a todo lo contrario —dijo, haciendo que Colt riera con el comentario—. Y puede que tú prefirieses que fuera Linda quien lo hiciera, pero te aguantas. Mejor yo que Jacob, ¿no?

Scarlett le guiñó un ojo al hombre y continuó con paciencia vistiendo a Colt, mientras trataba de intentar que no se moviera de forma brusca y le provocara dolor.

—Parece que llevo desplegado setenta y dos horas seguidas —se quejó Colt.

—Recogeré las cosas del armario y luego iré a por una silla de ruedas. Nos facilitará el asunto a ambos.

Con un Colt vestido y recostado en la cama de nuevo, Scarlett dobló cada una de las prendas que había colgado esa mañana para introducirlas de nuevo en la bolsa de viaje. Cuando llegó a la chaqueta, observó el bolsillo de la misma y no se pudo resistir a volver a tomar la carta en la mano y mirarla una vez más.

—Siento las molestias que te estoy causando —dijo Colt. Ella se sobresaltó e introdujo la carta de repente en su bolso, que estaba en una de las baldas.

—Lo hago por Linda —respondió y supo que se refería tanto a ir a buscarlo al hospital como a que aquella carta hubiera terminado en su bolso. Tenía que saber de quién era y si Colt era realmente un hombre del que su amiga podría fiarse.

VUELTA AL RANCHO CLAYTON

El día que Colt llegó al rancho de nuevo, había tenido las fuerzas justas para echarse sobre la cama de la habitación como si fuera un fardo. Se dijo que estaba viejo para aquellas cosas, por eso en parte se había retirado, aunque un momento después se dijo que no era cierto; pilotar un Lightning no era igual que el que tres tipos te dieran una paliza en un callejón atacándote por la espalda.

Un par de días después, había llegado un nuevo teléfono y lo primero que hizo tras iniciarlo, fue enviarle un correo electrónico a Linda para disculparse por haberla dejado tirada. Sabía que, en algún momento, tendría que decirle la verdad de su doble identidad, pero… también era consciente de que ese momento debía esperar un poco más, dadas las circunstancias. Estaba tratando de recuperar fuerzas con el descanso en la casa y algunos pequeños ejercicios con los que se obligaba a ejercitarse, a pesar del dolor. Necesitaba estar al cien por cien cuanto antes, para estar alerta de todo lo que estaba ocurriendo en el Clayton.

—¡Buenos días! —lo saludó una sonriente Linda—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, gracias —él también sonrió.

—Eso veo, si ya estás sentado. Colt le había echado ganas y a los pocos días ya se duchaba solo. Esa mañana se encontraba sentado, leyendo un libro.

—Pero tremendamente aburrido —se quejó.

—¿No te gustan mis visitas? —Linda hizo un falso puchero que lo hizo sonreír de nuevo.

—Me encantan tus visitas —respondió. Recordó que las tardes de los días anteriores le había llevado un trozo de pastel y habían charlado sobre cómo iban las cosas en el rancho. Le gustaba aquella rutina con Linda y le tranquilizaba saber que todo marchaba bien y que nada nuevo había sucedido en su baja.

—Puede que esta noche te traiga algo especial, después del trabajo —dijo Linda, que tuvo una idea.

—¿Una sorpresa?

—Algo así, pero no tengas las expectativas demasiado altas, soldado. No será para tanto.

—Las tendré altísimas —bromeó él— Soy un marine muy aburrido fuera de la acción.

—Puede que solo sea que haga una tarta típica de Oklahoma y pida tu veredicto —dijo ella, tratando de bajarlo de la nube.

—Y será perfecto —sonrió el hombre.

***

Scarlett miró el bolso que había usado a principios de semana. Cambió lo esencial a otro para los siguientes días, pero sabía que había algo allí dentro que no era suyo y que le quemaba. Ni siquiera se había atrevido a sacar la carta de Colt del mismo.

Una carta que la intrigaba en la misma medida que la hacía sentir culpable por su atrevimiento.

¿Y si… se la llevaba a Colt, diciéndole que… se había caído en el maletero de su coche hacía días? Era mentira, pero podría devolvérsela a su legítimo dueño.

Aunque también podría no hacerlo. Él no tenía por qué saber dónde estaba. Podría haberla perdido. Porque… si supiera de dicha pérdida o sospechara… ya le habría preguntado, ¿no?

Tomaba el café de la mañana mientras seguía observando el bolso. Pensó en su amiga Linda. En la mala suerte que había tenido con Asher Granger, que las había engañado a ambas con su fachada de hombre respetable. Pensó a continuación en Charlie Sierra y en el plantón que este le había dado a su amiga, aún sin explicaciones. Había tenido mala suerte otra vez. Y no se merecía que Colt Sullivan fuera otra rata de alcantarilla.

—¡Maldita sea! ¡Ya que estás aquí! —dijo, dejando la taza a un lado para llegar hasta el bolso y sacar la carta.

La miró con el corazón acelerado. Estaba muy mal lo que estaba haciendo, lo sabía, pero, incluso así, lo haría. Por Linda.

Contuvo la respiración y la sacó del sobre, respiró aceleradamente y la abrió, tragando saliva. Entonces la leyó y el shock que recibió, la confundió.

¡Era la carta que Linda le había escrito a Charlie Sierra en Navidad! ¡Con razón la hallaba tan familiar! ¡Había reconocido el sobre!

Pero… ¿Qué diantres hacía Colt con aquella carta en su poder? Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Y si… Charlie no estaba bien? ¿Y si Colt había tenido algo que ver en su desaparición?

***

—¡Hola! —saludó Celeste entrando en la habitación de Colt. El hombre estaba echado en la cama, leyendo un libro.

—Hola —le sonrió.

—¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor. Gracias.

—Me alegra oír eso. Te he traído una sorpresa —dijo con una mano a la espalda.

—¿En serio?

—Sí —sonrió—. Solo tienes que cerrar los ojos y abrir la boca.

—Creo que con lo que me ha pasado últimamente no estoy preparado para cerrar los ojos y esperar sorpresas —bromeó Colt.

—¡Oh! ¡Lo siento! —dijo Celeste, pensando que a ella le pasaría lo mismo. Sacó la mano de detrás de la espalda y apareció un plato con una porción de pastel. Después se sentó en el borde de la cama y usó el tenedor para cortar un trozo de la misma con él y acercarlo a la boca del marine—. Pastel de nueces pecanas.

—Huele delicioso —Colt acercó la mano y tomó el tenedor de entre los dedos de la joven para introducirlo por sí mismo en la boca, degustándola—. Sabe aún mejor.

Celeste se mostró algo contrariada, quería darle de comer al exmarine, le había parecido que sería algo sexi y que a él le gustaría.

—¿Te gusta? Es casero —le informó.

—Felicitaré a Sofía porque es soberbia —continuó comiéndola.

—No ha sido ella —dijo, batiendo las pestañas con una sonrisa inocente.

—¡Oh, vaya! Pues está muy buena, lo digo en serio. Felicidades.

—Tienes una migaja ahí —señaló una zona del rostro de Colt con el dedo—. Déjame que te ayude.

Celeste soltó el plato del pastel sobre la mesilla y se inclinó hacia él, tomando con dos dedos una miga que bien podría ser invisible. Se la llevó a la boca y, sin perder el contacto visual con el hombre, a los labios, chupándolos, mientras emitía un sonido de placer. Después acercó su rostro al de Colt.

—Sabes que esto no está bien, Celeste —la detuvo en su avance, tomándole la barbilla entre el pulgar y el índice, para impedir que se acercara más. Ella lo entendió y se detuvo, Colt bajó la mano, liberándola.

—Pero es muy excitante, ¿no crees? Además, todos tenemos necesidades —dijo, usando un suave y pausado tono sensual, mientras que Colt sentía los dedos de Celeste haciendo círculos en la piel de su antebrazo.

—No lo hagas —le dijo el hombre.

—Nadie se enteraría —le prometió.

—Yo lo haría y mi respuesta sigue siendo no, Celeste —Colt usó un tono que le imprimía seguridad a sus palabras y ella supo que el exmarine hablaba en serio.

La joven dejó de acariciarle el brazo y se retiró unos centímetros de él. Volvió a tomar el plato en su mano mientras se lo ofrecía con una sonrisa, como si nada hubiera pasado.

La puerta se abrió y Jacob y Linda aparecieron ante ellos. La dueña del rancho Clayton observó la escena; su prima sentada en la cama al lado de Colt con una porción del pastel que había hecho hacía un par de horas. Él estaba sonriendo.

—Creo que se me ha olvidado algo —se disculpó Linda y dio media vuelta para salir de la habitación.

Celeste sonrió, viendo que su prima se había mostrado contrariada y le dio el plato a Colt, levantándose de la cama.

—Os dejo —dijo la más joven de las primas Clayton, antes de cerrar la puerta a su espalda—. Seguro que tenéis cosas aburridas de hombres de las que hablar.

—Solo quería saber si necesitabas algo. Iré a hacer unas compras al pueblo, pero veo que tienes todo lo que un hombre necesita por aquí —observó Jacob algo contrariado, sentándose en uno de los sillones—. En el más amplio sentido de la palabra.

—No es lo que piensas.

—Espero que no, desde luego —dijo y sonó seco.

—Celeste vino a traerme un trozo de pastel.

—No creo que la intención fuera solo esa —respondió el capataz, escéptico.

—Lo sé —se lamentó él.

—Supongo que debas dejarle algunas cosas claras en algún momento.

—Creo haberlo hecho justo ahora.

—Espero por tu bien que así haya sido —dijo y guardó unos segundos de silencio—. Linda ha madrugado esta mañana para hacer ese pastel. Nos ha prohibido tocarlo hasta la cena.

Colt se dijo que Celeste sabía jugar muy bien sus cartas. Si bien no había confirmado claramente que era suyo, tampoco lo había desmentido cuando se lo atribuyó a Sofía.

—No sé por qué no me sorprende —respondió Colt.

—Bueno —dijo Jacob, levantándose del asiento con intención de irse—. Si no quieres nada del pueblo…

***

Linda apoyó el trasero en la mesa del escritorio del despacho, se cruzó de brazos y miró al exterior a través de la ventana. Volvía a llover y eso era bueno para los cultivos. Respiró hondo y cerró los ojos. Vio en su mente otra vez a Celeste sentada en la cama de Colt, inclinada hacia él, ofreciéndole un trozo de pastel de nueces pecanas, que justo iba a ser la sorpresa que le había preparado al exmarine para esa tarde. Abrió los ojos y miró de nuevo hacia fuera. Aquella jovencita no se rendía y lo peor era que no tenía claro si Colt estaba dispuesto a decirle claramente que no o si se dejaría llevar. Después de todo, era un hombre.

—Voy a salir —dijo la voz de la susodicha tras ella.

—Perfecto —respondió sin moverse un ápice. No solía avisarle de si salía o entraba. Pero estaba segura de que quería comprobar algo más que eso en ella ese día.

—Puede que venga tarde.

—Bien. No gastes demasiado.

—¿Estás molesta conmigo? —sonó inocente.

—¿Debería? —Linda se giró hacia ella y alzó una ceja.

—No sé —dudó la joven mostrando un halo de inocencia—. Has salido rápido de la habitación hace un rato.

—Solo quería saber cómo estaba Colt y parecía estar bien.

—Sí. Estaba muy bien —sonrió—. Bueno, creo que me voy ya.

—Vale —Linda esbozó una sonrisa que no sentía hacia la joven pelirroja, que abandonó el lugar.

***

Colt se dijo que aún necesitaría unos días más para manejarse completamente solo. Y lo sabía, porque bajar las escaleras del rancho se le había hecho doloroso cuanto menos.

Unos nudillos en la puerta del despacho la alertaron de la presencia de alguien en la misma.

—¡Oh, Dios! ¡Colt! —exclamó Linda, levantándose del sillón del escritorio hasta llegar rápidamente a la puerta. Colt estaba allí y su rostro estaba cercano a la lividez— ¿Qué demonios estás haciendo aquí abajo?

—Te estaba esperando, se ha hecho tarde y no subías.

—¿Y te has lanzado a la aventura, bajando por las escaleras?

—Algo así. Hace días las subí.

—Y te quedaste hecho polvo. Sentémonos —Linda lo guio hasta el sillón y Colt hizo una mueca de dolor al sentarse.

—¿Estás bien? —le preguntó, observándola.

—Estoy bien —respondió ella, sentándose en la mesa baja, frente al sillón y a Colt.

—¿Y por qué no has vuelto a subir?

Linda no supo qué contestarle, solo lo miró, tratando de pensar una respuesta.

—Estaba esperando tu sorpresa de la tarde —volvió a hablar él.

—Creo que ya la tuviste.

—No, no la tuve —dijo, confuso.

—Era el pastel de nueces pecanas de Oklahoma. Te lo llevó Celeste —dijo Linda, rompiendo la magia. Después se levantó y se dirigió hacia el escritorio, se sentó en el sillón del mismo y abrió un cajón, simulando buscar algo.

—Jacob me dijo que lo habías hecho tú. Estaba realmente delicioso.

—Sí, bueno —sonrió tímidamente—. Gracias.

—Puede que me gustase tomar otra porción, si no tienes inconveniente —le pidió él y ella sacó un pisapapeles del cajón antes de mirarlo.

—Claro. Sin problema.

—Bien, en ese caso, creo que volveré arriba —Colt se incorporó con algo de dolor—. Cuanto antes llegue, antes me recuperaré del paseo.

—¿Te ayudo? —Linda salió rápidamente en auxilio del exmarine y se colocó a su lado.

—Estaré bien. Gracias —dijo, mirándola a los ojos con una sonrisa en el rostro—. Espero ansioso mi sorpresa.

Colt se apoyó con una mano en una de las paredes del despacho un momento, cerró los ojos un instante, respiró hondo y halló las fuerzas para emprender el camino de vuelta a la habitación.

Linda lo observó, los peldaños no se lo ponían fácil y supo que apretaba los dientes en cada uno de ellos.

Los dedos de la mano de Linda se entrelazaron con los de él.

—¿Qué te parece si te acompaño? —le dijo.

Colt primero se sorprendió, pero luego esbozó una sonrisa.

—Bien, ¿por qué no? —Apretó la mano con la de ella, sintiendo su apoyo.

CONTACTO

Los días pasaron rápido. Colt se recuperaba, aunque aún no se encontraba al cien por cien. Ya podía permitirse el pasear por el rancho sin cansarse y hacer algunas tareas sencillas. Pronto volvería a montar a caballo. El exmarine acarició a Ranger, que se alegró de su visita.

—Te echa de menos —dijo Jacob, llegando hasta él—. Creo que todos lo hacemos por aquí abajo.

—Yo también echo de menos un poco más de acción y montar a este muchacho.

—Lo agradecerá. Tuvo un tiempo complicado cuando Ryan desapareció. No aceptaba a cualquiera sobre su grupa.

—Linda me ha hablado de ello —confesó Colt—. ¿Crees que su hermano Ryan volverá?

—Si está vivo, no dudes que lo hará.

—¿Y tú qué piensas?

Jacob se quitó el sombrero, respiró hondo y se pasó la mano por el cabello.

—Puede que suene iluso, pero pienso que está trabajando en algo tan grande que ha hecho creer a todos que ha muerto. Pero que volverá, para vivir una pacífica vida de jubilado del Tío Sam, como tú —sonrió.

Colt lo miró con respeto y en silencio. Sabía que Linda no tenía exactamente la misma esperanza, aunque ansiaba terminar aquella incertidumbre.

—Espero que eso ocurra. Aunque no definiría como pacífico mi retiro en este rancho —el hombre sonrió y se llevó la mano al costado, que aún le dolía en ocasiones—. Espero que a él le vaya mejor.

—Amén —Jacob también sonrió, y se volvió a colocar el sombrero—. ¿Almuerzas conmigo?

***

Linda había acudido al despacho de su abogado en Kingfisher a resolver algunos asuntos que tenía pendientes con él. Había quedado para almorzar con Scarlett y el hecho suponía un alivio, una especie de vuelta a la normalidad, ya que Jacob parecía mantenerla vigilada desde hacía varias semanas. Estaba preocupado por el ataque que había sufrido Colt, el que el sheriff seguía sin resolver. A su capataz se le había metido entre ceja y ceja que estaba relacionado con ella y con el rancho.

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo una voz demasiado conocida y desagradable para ella.

—Asher —respondió de mala gana. Estaba sentada a la mesa en The Shed, esperando a su amiga.

—¿Así que los cien mil eran de esos peces gordos de Houston? —dijo él, sentándose frente a ella, mientras que dejaba su bebida sobre la mesa—. He visto sus malditos camiones en tu rancho.

—No te he invitado a sentarte —sonrió rápidamente, indicándole que su compañía no era bienvenida.

—¿Fracking? —preguntó el hombre, entrecerrando los ojos—. Pensaba que tenías principios.

—Son cien de los grandes, Asher.

—No solías venderte tan barata.

—¡No me he vendido! —exclamó, molesta y supo que su tono de voz se había alzado. A continuación, se riñó por mostrarle aquella emoción a su exmarido. Él sabía qué teclas tocar aún, y eso también le molestaba.

—Si necesitabas dinero podrías habérmelo pedido. Siempre estaré encantado de ayudarte.

—No necesito tu dinero, pero gracias. Simplemente he hecho un negocio ventajoso para mí y para el rancho Clayton.

—¿Haciendo fracking? ¿Envenenando los acuíferos subterráneos?

—Ahora me dirás que si a ti te lo hubieran ofrecido no lo habrías hecho, ¿eso es?

—¡Tengo principios!

Linda rio sin poder reprimirse.

—Ninguno que no se pueda comprar con una buena suma de dinero —le dijo ella.

«O un par de tetas», añadió mentalmente, recordando que lo de la fidelidad tampoco estaba entre los principios de Asher.

—No te reconozco.

—Pues encantada de conocerte —dijo, siendo sarcástica—. Ahora si me lo permites, estoy esperando a alguien.

—¿Ese tío? Habría apostado a que se largaría del pueblo después de lo que le pasó.

Linda miró a su exmarido y trató de escudriñar en su interior, pero aquel hombre era prácticamente impenetrable. ¿Habría tenido algo que ver en la paliza de Colt?

—Te habría gustado, ¿verdad? —preguntó, observándolo.

Asher cambió su rictus y alargó la mano para tratar de tocar la de ella, que fue más rápida y las bajó de la mesa, sentándose recta frente a él con ellas sobre su regazo.

La mirada del ranchero fue afilada durante un segundo, pero suave al siguiente.

—Creo que sabes de mis sentimientos hacia ti.

A Linda se le revolvió el estómago y no sabía si se podría recomponer para comer más tarde.

—¿Tuviste algo que ver con lo que le pasó a Colt? —le preguntó.

—Me enviaste al sheriff para averiguarlo.

—Ah, ¿sí?

Linda ignoraba que Wyatt McCoy hubiera tomado aquella vía de investigación. Aunque sí que ella le había hablado de la conversación surgida el día anterior entre ambos en la tienda de ropa.

—Veo que no lo sabías. Ese McCoy se toma ciertas atribuciones que… —se detuvo. Luego sonrió—. No estuve en Kingfisher. Si hubiera sido yo, ese tío ya no estaría en el pueblo.

Linda se estremeció, sonaba a amenaza y no le gustaba. Apretó la mandíbula.

—No te acerques a nadie de mi rancho, Asher Granger —le dijo sin poder controlarse.

El hombre la miró intensamente y sonrió de lado.

—Solo hay una persona a la que me interesa acercarme en tu rancho y ya sabes quién es.

—Eso no va a pasar.

—Pasó una vez, cariño.

Asher observó que quien entraba por la puerta del local no era otra que Scarlett Holloway, a quien se le heló la sonrisa en el rostro al verlo.

—Nunca más, Asher.

—Te dejo con tu cita —dijo, levantándose, para colocarse el sombrero y saludarla con dos dedos en él a modo de despedida.

Scarlett chocó deliberadamente con el hombre. La bebida que llevaba en la mano se derramó sobre el traje sastre del ranchero.

—¡Oh, lo siento! —exclamó la mujer, colocándose la mano delante de la boca.

Asher apretó la mandíbula y la fulminó con la mirada.

—No importa. Tengo más como este.

—Me alivia saberlo.

Asher tomó varias servilletas de una mesa y se limpió, mientras que la mujer continuaba su camino hasta la que ocupaba su amiga, a la cual saludó y se sentó frente a ella.

—¿Por qué demonios has hecho eso, Scarly?

—Tuve que decidir, entre darle una patada en los huevos o tirarle la bebida encima. Opté por lo que parecía más casual.

Linda apretó los labios tratando de no reír.

—No deberías, Asher tiene influencias.

—¿Crees que va a hacer que me despidan?

—No lo sé, Scarly, pero no vuelvas a hacer algo así, ¿vale? Solo por si acaso.

Scarlett puso los ojos en blanco.

—¿Cómo van las cosas por el rancho? —preguntó para comenzar la conversación.

—Me da miedo decirlo, pero bien. Los de Cimarron están con el estudio, la lluvia ayudando a engordar el grano y nada nuevo ha pasado —cruzó los dedos—. Creo que ya necesitaba algo de paz.

—¿Cómo está Colt?

—Mejorando, por suerte.

—¿Trabaja?

—No a pleno rendimiento, pero hace lo que puede.

La camarera se acercó hasta ellas y tomó nota del pedido.

Scarlett llevaba la carta que había tomado prestada de la chaqueta de Colt en el bolso y no sabía qué iba a hacer con ella. ¿Enseñársela a su amiga? ¿Enfrentar a Colt?

—¿Cómo llevas lo de Charlie? —preguntó.

—¿Lo de Charlie? ¿Ese tipo que me dejó tirada en la primera cita?

—Ajá.

—Cabreada, si te digo la verdad.

—¿Ha contactado de nuevo contigo?

—No —dijo, molesta.

—¿No? —preguntó Scarlett, tensándose en su asiento.

—No lo sé —aclaró a continuación—. No he tenido demasiado tiempo para entrar en la cuenta de mail.

—Y si… ¿le pasó algo?

—Ya, claro. Seguro que no tuvo ni un solo segundo para enviar un mail de «Ey, Linda, no puedo ir». ¿Una misión ultra urgente en la que no pudo dedicar ni un solo minuto a escribirme? —Linda sonó realmente molesta.

—¡Vaya! Eso es mucho cabreo —observó Scarlett.

—Lo siento —Linda suspiró. Después respiró hondo, tratando de relajarse—. ¿Por qué me estás preguntando esto?

—No sé, puede que esté algo preocupada.

Linda subió una ceja, incrédula.

—¿Por alguien del que decías que estaba casado y con cinco hijos en algún estado paleto de nuestro país?

—Bueno —titubeó Scarlett—. Es… un… ser humano. No sé. Había dado por hecho que iría. Y puede que esté pensando que era un buen tío y… tú… a ti te gustaba.

Linda entrecerró los ojos. Cuando pensaba que ya nada de su amiga Scarlett podría sorprenderla, iba y lo hacía.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, ladeando la cabeza.

—Estoy perfectamente, Linda —se recompuso y trató de sonar más firme—. Solo que me gustaría saber si ha contactado contigo, creo que es lo que alguien como él debería hacer.

—De acuerdo —Linda lo dio por bueno y tomó el teléfono móvil. Abrió la aplicación del correo electrónico e inició la cuenta que usaba para contactar con Charlie. Había un mensaje en la bandeja de entrada sin leer y era de él. Leyó el asunto del mismo y le pasó el dispositivo a su amiga, para enseñárselo.

Lo siento tanto, Linda

Scarlett leyó el encabezado y se dijo que parecía que Charlie Sierra estaba lo suficientemente sano para escribir correos electrónicos. Algo que la tranquilizó en cierta medida e hizo tambalear las sospechas que había acumulado sobre Colt. La fecha del correo correspondía a cuatro días después de la cita fallida.

—¿No lo vas a leer? —le preguntó, volviendo a pasarle el teléfono, cuando vio que su amiga bloqueaba la pantalla y lo ponía boca abajo sobre la mesa.

—No tengo el más mínimo interés —respondió, tranquila—. Me escribió casi una semana después. ¿Eso está bien? No, no lo está.

—Puede que… alguien lo secuestrara.

—¡Ja! A un marine entrenado.

—Bueno… —pensó en aquello—. Colt también es un marine entrenado y unos tipos le dieron una paliza en un callejón.

Linda la miró fijamente y entrecerró los ojos, preguntándose qué mosca le había picado a Scarlett con aquel tema de Charlie y el porqué de repente trataba de justificarlo.

—¿Quieres leerlo? —Linda volvió a activar la pantalla y abrir la aplicación de mail para ofrecerle su teléfono por encima de la mesa.

—Sí… claro —dijo Scarlett, confusa ahora ante el nuevo escenario de los hechos que se había formado en su mente.

De: Charlie Sierra

Asunto: Lo siento tanto, Linda

Querida Linda:
Sé que probablemente estás muy enfadada y lo comprendo si así es.
Te prometo de todo corazón que habría querido estar contigo en Oklahoma City, darte las flores que te había comprado y haber compartido una agradable cena juntos.
Pero ese día, las cosas se complicaron en el último momento y sucedió algo que me impidió llegar hasta ti o tan siquiera avisarte de mi ausencia hasta ahora.
Sabes cómo es mi vida y que, desgraciadamente por el momento, no puedo contarte el motivo de lo sucedido. Pero te prometo que, si me das una oportunidad más adelante, lo haré. Tendrás todas y cada una de las explicaciones y tendremos la cita que nos merecemos.

Tuyo, siempre.
C. S.

Scarlett terminó la lectura del mail. El marine no era tonto y sabía que Linda estaría muy molesta. No era para menos. Pero parecía estar bien y no había nada que indicara que Colt le hubiera hecho algo, porque en tal caso, debía avisarla del peligro que corría y no era así.

Una nueva idea se cruzó en la mente de Scarlett, una que cambiaba totalmente el escenario. ¿Y si… Charlie Sierra había sido el autor de la paliza a Colt? Puede que estuviera vigilando a Linda desde hacía semanas y que no le gustase que otro hombre estuviera rondándola.

A veces aquellos marines tenían traumas muy profundos y hacían cosas que… ¡No! Sonaba a locura, pero… también había pensado que Colt le hubiera podido hacer algo a Charlie y ahora lo veía menos probable.

Aunque, por otra parte, explicaría algo que seguía sin encajar: la carta. Si Charlie la llevaba encima, pudo habérsele caído y terminar en la chaqueta de Colt. Probablemente ni siquiera él la había visto y por eso no le había preguntado por ella. Puede que quien lo atendió en el lugar de los hechos, la recogiera del suelo pensando que era suya.

La camarera les trajo el pedido a ambas y Scarlett observó a su amiga.

—Ten cuidado Linda.

—¿Ahora a qué viene eso?

—El ataque de Colt —dijo—. Puede que… esté relacionado contigo.

—¡Oh, Dios! —dijo, sonando cansada—. Jacob piensa que fue por el rancho. Desde entonces parece que es mi sombra, excepto hoy, que me he escabullido de él.

—Deberías hacerle caso —volvió a refrendar—. Al menos hasta que todo se aclare, o el sheriff lo aclare.

Linda pinchó una patata frita de su plato con el tenedor y se quedó mirando a su amiga.

—Estás muy rara, Scarly. Me has preguntado por Charlie y ahora me estás diciendo que tenga cuidado. Y en cambio no me has hecho ni una sola pregunta sobre si me he tirado a Colt.

—Estoy preocupada —le respondió.

—Pues deja de hacerlo, porque estoy bien. Y solo por si te lo preguntas; no, no me lo he tirado —sonrió Linda y su amiga hizo lo mismo, más por disimular que por convencimiento.

Sobre Colt… Scarlett se dijo que lo mantendría en cuarentena, al menos de momento.

CONFESIONES

Linda abrió la cortina y miró por la ventana hacia la parte trasera de la casa. Había dejado de pensar en Charlie desde hacía días porque… había tenido otras cosas de las que ocuparse. No había pensado en él hasta que Scarlett le había insistido demasiado en ello ese día durante la comida. Así que… ¿le había escrito un nuevo correo electrónico? Había leído el encabezado del mensaje, pero no el contenido. Y no le apetecía hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Colt, levantándose de la silla para acercarse a ella. Había vuelto a cenar en el comedor con todos, pero Linda había subido a llevarle un trozo de tarta de queso de contrabando algo después. La había comprado en la pastelería del pueblo antes de regresar a casa esa tarde. Esa noche la encontraba algo taciturna, a pesar de que trataba de disimularlo. En esos instantes, llevaba largo rato mirando la noche con un gesto serio, casi melancólico.

—Sí —sonrió, liberando la cortina de entre sus dedos, que se cerró.

Linda miró al hombre, quizá había sido el único en mucho tiempo que estaba allí para ella, a quien le importaba y le preguntaba cómo estaba si la veía más callada. También la había apoyado, siempre sin exigirle nada o manipularla, como hacía Asher. Además, le había regalado flores con una tarjeta en la que se abría a ella, como lo había hecho en varias ocasiones tras sus pesadillas. Y, sin embargo, ella le había mentido. Y no era justo. Tragó saliva, sintiéndose culpable.

—Dime qué te ocurre, por favor —le pidió él. Sabía leer en ella más de lo que la mujer podía imaginar y tenía la certeza de que estaba luchando con algo demasiado grande en su interior.

Linda respiró hondo y se dijo que él merecía sinceridad.

—¿Recuerdas que te hablé de un marine con el que me escribía?

Colt entrecerró los ojos y el corazón le palpitó con fuerza en el pecho.

—Lo recuerdo —dijo, tragando saliva.

—Supongo que sí lo recuerdas, por la noche de Houston —dijo ella, riendo brevemente. Fue una risa nerviosa—. Charlie Sierra.

El nombre de su alias en los labios de Linda hizo que un nudo invisible se le formara en la boca del estómago. Linda no le había respondido a su último mail. No sabía si era porque estaba enfadada o si… lo había descubierto. A veces deseaba que así fuera y otras se decía que el que debía descubrirse y contárselo debía ser él mismo.

—Sí —dijo y se mantuvo quieto, expectante.

—¿Recuerdas la tarde que fui a Oklahoma City? —preguntó Linda y se dio cuenta de que probablemente si alguien recordaba esa tarde era el propio Colt, ya que fue atacado en el pueblo—. Hace un par de semanas.

—Lo recuerdo —dijo y esperó.

—Quedé con Charlie —le confesó, conteniendo la respiración, esperando ver la reacción de Colt frente a ella. ¿Le molestaría?

Colt sintió que había un par de viejos golpes de aquella noche que le habían comenzado a molestar, y necesitó sentarse. Su cuerpo permanecía en tensión, esperando lo que ella tuviera que decirle. Linda no supo interpretar el gesto.

—¿Y qué…? —no sabía cómo continuar la frase. ¿Quizá preguntarle qué le quería decir?

—Lo esperé durante más de dos horas y él nunca apareció, ni siquiera me escribió para avisarme de que no iría —dijo ella y tensó la mandíbula—. Me plantó.

Colt se levantó de la silla y se acercó a ella, que esperaba una respuesta. Quizá le diría que lo había besado dos noches antes de tener una cita con otro tío o algo similar. Porque había estado mal

aquella especie de doble juego con él. Seguir escribiendo a Charlie y besarlo a él después.

—Lo siento tanto, Linda —dijo, y le acarició el rostro con el dorso de los dedos, a modo de consuelo.

—Sí —dijo ella, bajando la vista hacia sus pies. Respiró hondo, tratando de ahuyentar las lágrimas de los ojos. Colt sin saberlo, había pronunciado las mismas palabras que Charlie había escrito como asunto en el correo electrónico que había visto esa misma tarde. ¡Qué peculiar era la vida!

—Lo siento —volvió a repetir el hombre y Linda vio que eran palabras de verdad, y que le importaban sus sentimientos.

Linda cerró los ojos y asintió con la cabeza. Después tragó el nudo que se había formado en su garganta y levantó la vista de nuevo; Colt seguía estando allí, frente a ella, mirándola como si sintiese su dolor como propio.

Lo siguiente que pasó fue que los labios de Colt acariciaron los suyos en un tierno beso que hizo que su cuerpo vibrase cuando las manos del exmarine la acercaron hasta él, tomándola de la cintura. Después los labios de ambos se separaron, pero permanecieron mirándose a los ojos.

Linda se preguntaba el porqué de la reacción de Colt, que no acababa de asimilar, a la vez que la agradecía profundamente.

Él se preguntó si algún día lograría que ella lo perdonase por dejarla sola en la cita de Oklahoma City y por no ser capaz de confesarle en esos instantes que Charlie y Colt eran la misma persona y que había estado frente a ella todo el tiempo.

CAMBIOS

El sueño había sido reparador para Linda esa noche y se alegró de ello. Quizá el hablar de Charlie con Colt le había quitado un peso de encima que no sabía que existía. Recordó uno de los sueños de la noche; él la abrazaba y se sentía muy reconfortada, como hacía años que no le pasaba.

—Veo que hoy estás de buen humor —apreció Colt, llegando a la cocina para tomar una taza del armario y servirse café—. Bonita sonrisa.

—He dormido bien —lo miró mientras el hombre se desenvolvía en la estancia y se dijo que era muy guapo y que estaba muy bueno. De repente fantaseó con algo más íntimo y supo que se ruborizó. ¿Cuándo había comenzado a mirarlo así?

Colt se sintió observado. Acababa de tomar una ducha, pero que lo aspasen si aquella mujer no lo estaba mirando de una forma demasiado intensa. ¡Dios! Podría necesitar otra ducha muy fría pronto.

—Creo que —carraspeó él—, iré a ver qué está haciendo Jacob y si le puedo echar un cable hoy. Es decir, si no me necesitas para algo por aquí.

A Linda se le ocurrían un par de ideas, pero sería más seguro que Colt fuera con Jacob.

—Yo tomaré un caballo e iré a ver cómo siguen los chicos de Cimarron —desestimó ella.

—Me gustaría acompañarte, pero aún no estoy seguro de poder aguantar tanto a caballo.

—Lo sé, no te preocupes. Tómatelo con calma.

—Y tú lleva cuidado, ¿vale?

—Sí, señor guardaespaldas —bromeó ella.

***

Scarlett no podía dejar de dar vueltas a la carta que seguía teniendo en el bolso. No sabía qué hacer con ella. Había pensado en dársela a Linda y que ella decidiera qué hacer, pero no se atrevió. Su amiga tenía demasiadas cosas en las que pensar.

¿Y si… enfrentaba a Colt y le preguntaba directamente? No, demasiado violento y potencialmente peligroso, no sabía cómo podía reaccionar.

Necesitaba algo más suave… Y si… se la llevaba diciéndole, «Ey, he encontrado esto en el coche. ¿Es tuyo?»

Podría ser que él le contase algo y le diera una explicación.

O que se la guardase sin más.

O que no la reconociera.

O que le rompiera el cuello.

«Vale, Scarly, demasiadas películas de acción».

Quitando el pensamiento más absurdo de su mente, se dijo que valía la pena intentarlo, cada uno de los escenarios le daría una información valiosa. Excepto lo de su cuello, que era algo que no iba a pasar. «Tranquila, Scarly».

Garabateó en un papel los nombres de los dos hombres, antes de plantarse delante de Colt con la carta, necesitaba averiguar cuáles eran los puntos en común.

Colt Sullivan
Charlie Sierra

Mordió el lápiz y miró lo que tenía escrito, dos nombres, dos hombres, dos… volvió a escribir.

Exmarines

Los dos eran exmarines. ¿Recordaba dónde había servido Charlie o qué hacía? ¿Linda se lo dijo alguna vez? ¿O Charlie no lo hizo

nunca? Sabía que era un hombre reservado y no le contaba demasiado de lo que hacía al otro lado del mundo.

Vale, recordó el mail del día anterior. Charlie dijo que le había pasado algo. Ella lo creía, porque si no hubiera tenido interés en Linda, no le habría vuelto a escribir después de dejarla plantada.

A pesar de ello, no le decía el motivo, solo recordaba algo así como: «Sabes cómo es mi vida». Pero también le decía que no podía contarle de momento lo que había pasado. Callejón sin salida.

¿Qué más había en el mail que había leído? ¡Flores! Charlie decía que le había comprado flores. Ergo, pensaba ir a la cita. Escribió la palabra debajo de lo anterior.

Flores

Recordó que Colt también le había comprado flores a Linda y frunció el ceño porque no tenía demasiado sentido. Era una extraña coincidencia. Estaba convencida de que él sabía que Linda estaría esa tarde-noche en Oklahoma City. ¿Por qué lo haría justo esa tarde? Si, además, él había quedado con alguien para agradecerle algo. Eso había dicho Jacob. O eso le había contado Colt a Jacob. Escribió una nueva palabra debajo del texto.

Cita

Vale. ¿Dónde la llevaban aquellos hechos? Observó las palabras escritas. No había nada que tuviera sentido. Igual solo estaba sacando las cosas de quicio y sospechando sin motivo de dos hombres íntegros.

No, no era eso. Había una relación, porque la carta de uno estaba en poder del otro. Y eso era algo muy raro que tenía que tener una explicación.

¿Y si le preguntaba a Colt por Charlie Sierra? Puede que se quedara lívido y se viera obligado a contarle de qué lo conocía. Porque si de algo estaba segura era de que lo hacía. ¿Desde cuándo? Otra incógnita más.

***

—Señora Clayton —la saludó el jefe de ingenieros al llegar a la zona de los viejos pozos de petróleo—. Creo que viene en el momento justo, estamos a punto de saber si hay algo o no lo hay. Estamos procesando los datos recogidos; los primeros sondeos son muy esperanzadores.

—Parece que he llegado en el momento adecuado —dijo Linda, siguiendo al ingeniero hasta el camión laboratorio.

Unas pantallas comenzaron a mostrar datos. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro del ingeniero, al que otros colegas palmearon en la espalda.

—Señorita Clayton, la roca está empapada en crudo. Los pozos tienen más potencial del que esperábamos, solo necesitan que le demos un buen empujón hacia arriba a todo ese oro negro. Felicidades.

Linda no supo qué decir; acababa de convertirse en una mujer rica. Bueno, quizá no tanto, pero sí lo suficiente para que su rancho no tuviera que depender del tiempo atmosférico en muchos años.

—Gracias —respondió, estrechando la mano del ingeniero mientras sonreía, a pesar de que no pudo evitar sentir vértigo por los cambios que se avecinaban.

—Aseguraremos la zona. La semana que viene comenzaremos la limpieza de los pozos y cuando eso esté, pondremos tuberías nuevas.

—¿Podríamos contar con seguridad privada? —preguntó Linda, sintiendo que no necesitaba más sorpresas.

—¡Claro! El señor Hayes siempre lo hace.

Linda sonrió, quería ser prudente, pero había un par de personas que tenían que saber la noticia. Iría en su busca.

***

—¿Cómo vas? —preguntó Celeste a Colt, mientras este cepillaba a uno de los caballos.

—Mejor, gracias —le sonrió—. Hace días que no te veo demasiado por el rancho.

—¿Me echas de menos? —preguntó en tono sensual.

—Solo me preguntaba si estabas bien —dijo él, pensando si había sido duro con ella al rechazarla. No había pretendido herirla.

—Estoy bien —respondió y siguió observando al hombre.

—Me alegra que sea así —sonrió Colt.

—He encontrado nuevas «amistades» —dijo, remarcando la última palabra.

—Tener buenos amigos siempre está bien.

—¿No me preguntas si salgo con alguien? —lo incitó ella.

Colt dejó el caballo un momento y la miró, interesado.

—¿Lo haces?

—Puede.

—Me alegro por ello, si es bueno para ti.

Celeste no dijo nada más, solo se mantuvo cerca de Colt, observando trabajar al hombre atentamente.

Linda descabalgó y observó cómo Colt y su prima hablaban, él le sonrió y volvió al trabajo, mientras que Celeste lo observaba, o más bien le observaba el trasero al hombre. Un sentimiento de desasosiego se apoderó de ella sin saber por qué.

O sí lo sabía; su prima intentaba algo con Colt desde hacía un tiempo. Lo que había cambiado era que, ahora a ella, también le interesaba el exmarine.

—¡Hola, prima! —la saludó Celeste, impostando una sonrisa que supo que no sentía.

—Hola —sonrió ella.

—Hola, Linda —dijo Colt sonriendo hacia la recién llegada, que traía a su yegua Misty cogida de las riendas—. ¿Todo bien con los de Cimarron?

—Muy bien, de hecho —sonrió—. Voy a ocuparme de Misty antes de buscar a Jacob. Tengo que hablar con él.

—Creo que está haciendo inventario en el cobertizo de los fitosanitarios. Deja a Misty, me ocuparé de ella cuando acabe con Bandit, que será en dos minutos.

—¿Seguro? ¿Te encuentras bien para hacerlo?

—Me encuentro estupendamente. Ve con Jacob —Colt sonrió y Linda le devolvió la sonrisa antes de dejar las riendas sobre uno de los cercados y caminar hacia el cobertizo que le había indicado el ahora vaquero.

—¿Siempre haces lo que ella te pide? —preguntó Celeste, visiblemente molesta cuando su prima se alejó de ellos.

—Técnicamente no me ha pedido nada —respondió Colt, viendo una vez más aquellos celos que parecía tener la joven sobre Linda—. Me he ofrecido yo.

—Te equivocas con ella —le dijo.

Colt dejó de cepillar al caballo, le pasó la mano por la grupa y se quitó los guantes guardándolos en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Estoy agradecido a ella —habló el hombre.

—¿En serio? —Celeste se mostró escéptica.

—Ser marine de los Estados Unidos y servir fuera, donde hay bombardeos, no es nada sencillo —comenzó a decirle—. Hay bajas entre los que conoces, a veces son tus amigos los que mueren. ¿Sabes qué? Puedes caer en depresión, pesadillas o volver con el síndrome de estrés postraumático.

—Lo siento —se arrepintió.

—Linda ha sido la persona que más me ha ayudado con ese tema. Porque, ¿sabes qué? No es sencillo volver a casa, ni encontrar un sitio para ti cuando cargas con demasiado aquí —señaló su cabeza.

Celeste lo miró y tragó saliva. Después, guardó silencio mientras que Colt tomaba a Bandit de las riendas para llevarlo al interior de las caballerizas. Cuando volvió a salir, no había rastro de la joven.

Se dijo que ojalá su charla le hubiera hecho tomar conciencia de que a ella también la estaba ayudando Linda.

UN BRINDIS Y ALGO MÁS

Colt se relajaba en el dormitorio después de un duro día de trabajo con la música de Jamey Johnson. Le dolían todos los músculos, ya que esa jornada se había ejercitado a base de bien. Aquella paliza lo había mantenido fuera de combate durante demasiado y se había convertido en un enclenque. A pesar de las agujetas, se sintió reconfortado de poder volver a trabajar a buen ritmo.

Unos nudillos tocaron a la puerta y cuando esta se abrió, la sonrisa de Linda apareció tras dos vasos y una nueva botella de Bourbon Balmorhea.

—Pasa —le dijo, cerrando tras ella.

—¡Qué agradable! —dijo Linda, escuchando la suave música country que salía de un altavoz que había sobre la mesa. Las primeras notas de la canción *In color* comenzaban a sonar.

—Sí, lo es —Colt sonrió. Tenía allí mismo todo lo que necesitaba en la vida y Linda era una de esas cosas, la principal, aunque ella aún no lo sabía.

—Creo que puedo mejorarlo —subió la botella y se la mostró.

—La botella nueva de bourbon texano.

—Exacto —sonrió ella—. He pensado que es hora de que la abramos y brindemos.

Linda llegó hasta la mesa, puso los vasos en ella y la abrió para servirlos.

—Sigo tomando medicinas —dijo Colt, poniendo tres dedos sobre la boca del segundo de los vasos, indicando que en esa ocasión no podría acompañarla.

—¡Oh! ¡Lo siento! —se lamentó—. En ese caso yo tampoco debería. No es justo si no brindas tú.

—Ya está servido —le indicó.

—Sí, pero…

—Puedes beber por los dos, no pasa nada —la animó.

—De acuerdo —tomó el vaso en la mano, delante de él y lo alzó en un claro brindis hacia el hombre—. Por los nuevos comienzos.

—¡Salud! —sonrió Colt, mientras que Linda bebía parte del contenido del vaso.

—Mmmm —dijo Linda, degustándolo—. Tan bueno como siempre.

—¿Qué ha hecho que gastes doscientos pavos en una nueva botella? —preguntó Colt, curioso, mientras se sentaba en uno de los sillones de la estancia, cercano a la mesa—. No te juzgo, si no lo hubieras hecho tú, lo habría terminado haciendo yo.

Linda rio con el comentario de Colt.

—En realidad nada. Sterling la trajo como regalo hace unas semanas. Me temo que no fuimos nada sutiles cuando metimos en la maleta la anterior del hotel de Houston.

Colt también rio mientras que ella tomaba asiento frente a él.

—Era un regalo, no está bien abandonar los regalos —dijo él.

—Puede que la gente con mucho dinero sí lo haga.

—No seré nunca de ellos —sonó categórico.

—Yo tampoco —rio de nuevo ella—. A pesar de que pueda que en adelante me permita comprar alguna botella de estas.

—¿Y eso? —preguntó Colt. De repente había un nuevo brillo en los ojos de Linda.

—Han encontrado petróleo en los viejos pozos —le dio la buena nueva y sonrió.

—¡Eso es estupendo! —Colt se alegró genuinamente—. Es una buena inyección para el rancho.

—Si te digo la verdad, siento vértigo por los cambios que se avecinan, pero trataré de quedarme solo con lo bueno. Podré vivir más tranquila y eso, ahora mismo y después de los últimos meses, te juro que es lo que más deseo.

—Felicidades, Linda —dijo Colt, con una sonrisa.

—Gracias.

Linda suspiró profundamente, tomó un nuevo sorbo y se arrellanó en el sillón, cerrando los ojos, mientras disfrutaba de la suave música country que los envolvía.

Colt la observó: Linda era perfecta y su sola presencia hacía que el corazón le latiera con fuerza en el pecho. Solo deseaba que las cosas se calmaran lo suficiente en el rancho y que las investigaciones del sheriff dieran sus frutos. Que el peligro pasara y poder confesarle todo lo que callaba en su interior.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Linda, abriendo los ojos, a la vez que se daba cuenta de que él no la había dejado de observar.

—Puede que me estés dando mucha envidia.

—¿En serio? —preguntó divertida.

—El Balmorhea ha empezado a ser importante para mí. Y solo tú puedes tomarlo esta noche —bromeó.

—Me encanta esta canción —admitió Linda escuchando *Joy of my life* de Chris Stapleton, tarareando la música en su garganta.

—¿Quieres bailar? —Colt se levantó del sillón y le tendió la mano —. Para tratar de olvidar el bourbon.

Linda rio y se dijo que por qué no, tomando la de él para levantarse. Se colocaron el uno frente al otro y se mecieron al ritmo de la música, dejándose llevar por ella. La gran mano de Colt se posó en la cintura de la mujer y la de ella, en el pecho del exmarine, mientras que las otras dos se unían, entrelazando las palmas de las mismas. Colt sonrió y ella supo que algo había venido a su mente.

—¿Qué?

—Nada —negó él.

—Sé que es algo. Dilo —lo instó.

—Estaba recordando aquel día en el hospital.

—¿Cuál de todos? —se mostró interesada.

—Cuando no quise reconocer delante del sheriff que las flores que había comprado eran para ti, porque tú estabas delante y aquella máquina subió los pitidos.

—Sí —ella sonrió, rememorándolo.

Colt le tomó la mano y la colocó justo en el lugar donde estaba su corazón. Los latidos de Colt eran fuertes y rápidos.

—No puedo evitarlo cuando estás cerca, Linda.

La mujer tragó saliva y lo miró a los ojos. ¡Colt era tan especial! Su propio corazón galopó con fuerza y necesitó aire extra para respirar. Dejó caer la mano del pecho del exmarine y, separándose de él, desvió la mirada hacia la mesa. Vio el vaso de bourbon, solo le quedaba un pequeño trago y lo tomó en la mano, mirándolo.

—Siento si te he incomodado —dijo Colt, arrepentido por ser demasiado directo con Linda—. Puede que, si también estuviera bebiendo, no dijera tantas tonterías.

Linda lo miró, ¿él se arrepentía? No tenía que hacer eso. Era lo más bonito que alguien, un hombre, le había dicho en mucho tiempo.

—Puede que debas beber un poco del mío —dijo, mirándolo.

Se llevó el vaso a los labios y bebió el contenido restante, antes de volver a dejarlo en la mesa. Se acercó a Colt, subió una de las manos por el pecho del hombre hasta alcanzar el cuello y se puso de puntillas para acercársele a los labios. Los miró y después lo miró a los ojos. Se detuvo muy cerca, pensando si debía atreverse a tanto, pero deseaba hacerlo, deseaba darle de beber de sus labios, como nunca antes había deseado algo.

Colt le pasó las manos por la cintura y la apretó contra él. Los labios de ambos se unieron a medio camino en un beso intenso con un sabor demasiado dulce para ser cierto: la combinación de Linda y un bourbon tejano, un sabor capaz de hacerle perder el juicio a un hombre como él.

—Delicioso —susurró Colt, aspirando el aroma de la mujer que tenía entre sus brazos—. Como la primera vez.

—En el hotel de Houston —dijo Linda, recordando la primera ocasión en la que habían tomado aquel trago.

—No —Colt subió una mano al rostro de la mujer—. En el porche trasero, bajo la lluvia.

A Linda se le aflojaron las piernas con las palabras de Colt. Y no era fruto del bourbon, dos dedos de bourbon en un vaso no afectaban a su entendimiento. Pero Colt Sullivan sí lo hacía, el guapo e impresionante exmarine que había detenido por sí mismo una bala, cambiándose por ella en el último segundo.

Recordó el porche trasero, la tormenta, la primera vez que llovía en el rancho desde hacía demasiado tiempo. El bourbon compartido, el relámpago que rompió el cielo y las compuertas de la bóveda celestial abriéndose sobre ellos mientras que él la besaba, por primera vez.

Los labios de ambos volvieron a encontrarse y compartieron el restante sabor a bourbon. Colt la apretó contra su cuerpo y ella supo que él estaba excitado, tan excitado como ella y eso, la hacía perder el juicio. Porque hacía demasiado tiempo que no estaba con un hombre, no desde que se había separado.

La mano del exmarine se coló por debajo de su camisa y le acarició la espalda; ella no pudo evitar un gemido y se pegó instintivamente aún más a él, antes de comenzar a desabrocharle los botones de la camisa. Ella también deseaba tocarle la piel y quemarse. Deseaba a Colt y no había sido consciente de cuánto hasta ese momento. Una mano del hombre se posó en uno de sus senos y lo apretó suavemente, rozando, a través de la tela uno de sus pezones, que se irguió instantáneamente a la caricia.

Las manos de Linda le abrieron la camisa y pasearon por todo el pecho y la espalda del hombre, más tarde las bajó hasta el cinturón, que desabrochó, para después hacer lo mismo con el botón del pantalón y la cremallera. Colt sintió los dedos de Linda sobre el bóxer, tocando toda su excitación, la mujer lo hizo gemir y él la deseaba con todas sus fuerzas.

—Tenemos que hablar de algo —dijo Colt, con una gran fuerza de voluntad. Solo quería llevarla a la cama y hacerla suya, pero algo no estaba bien. No podía llegar tan lejos con ella sin decirle quién era en realidad.

—No tomo la píldora —habló Linda—, pero tengo preservativos en mi baño.

Colt tragó saliva y los labios de ambos se volvieron a unir en otro largo e intenso beso.

—Yo… también tengo, aquí —dijo él, sonando entrecortado—. Pero, no es eso… no es solo eso. Deberíamos hablar de algo antes…

—No quiero hablar de nada más, Colt —le dijo, perdida en el deseo y la urgencia que tenía. Su centro palpitaba de anticipación y

quería unirse a él—. Solo quiero que terminemos esto que hemos empezado.

La audaz mano de Linda se introdujo por dentro del bóxer de Colt y acarició la extensión de su dureza, terminando en una caricia circular en el extremo de la misma, algo que lo hizo gruñir y perder el último halo de razón que le quedaba.

Linda sonrió, satisfecha al tener tanto poder con un hombre como el exmarine.

Colt la tomó por debajo del trasero y la subió en su cintura, ella se mantuvo a horcajadas sobre él mientras que se aferraba a su cuello, riendo, feliz y extasiada. Después la soltó encima de la cama y vio cómo la melena castaña se esparcía a su alrededor y fijaba los ojos marrones en los suyos, mientras se mordía el labio inferior. Ella lo deseaba, lo supo nada más ver aquella mirada traviesa. Y él también la deseaba a ella, como nunca antes lo había hecho con otra mujer.

Se deshizo de su camisa, lanzándola al suelo bajo la atenta mirada de Linda. Ella se incorporó lo indispensable para imitarlo. Después se desabrochó el sujetador y liberó sus pechos delante de él, que tragó saliva con la visión de los mismos; redondos, generosos y demasiado apetecibles para un hombre como él.

—Santo cielo, eres… preciosa, perfecta —acertó a decir. Ella sonrió, se recostó de nuevo en la cama y con un dedo lo invitó a ir hacia donde se encontraba.

Los labios de Colt la besaron de nuevo intensa y profundamente, para continuar descendiendo por su cuello. Habría adorado morderla allí, pero sabía que era muy mala opción dejar marcas visibles, así que se limitó a besarla y lamerla. Bajó hasta sus pechos, tocó las cimas de los mismos con sus dedos, que se irguieron aún más bajo su contacto. Luego los lamió y succionó por turnos, mientras que la respiración de Linda se hacía más errática. Continuó el descenso por su abdomen y trazó un círculo con la lengua alrededor de su ombligo.

Volvió a subir hacia su boca y la besó una vez más.

—¿Qué te parece si llegamos algo más lejos, pequeña? —preguntó, mientras una de sus manos le desabrochaba los vaqueros

a la mujer y bajaba la cremallera de los mismos.

—Me parece muy bien que lleguemos más…

La frase de Linda se vio interrumpida por un espasmo de placer y un gemido que el roce intencionado de los dedos del hombre con su clítoris a través de las braguitas había provocado. La mujer contuvo la respiración, tratando de recuperarse.

—Me gusta que reacciones así, con tan buena disposición —le dijo a su oído después de besarla de nuevo en los labios.

Colt descendió por el cuerpo de la mujer y volvió a besar su ombligo. Le bajó los pantalones por las caderas y se los sacó por las piernas, lanzándolos al suelo, mirándola con una sonrisa satisfecha.

—Ahora solo faltas tú —Linda apuntó a que él, si bien tenía los pantalones abiertos y la cremallera bajada, seguía teniéndolos puestos.

—Ahora mismo voy —el hombre se levantó de la cama, se dirigió hacia la puerta y pasó la llave.

—No quieres que escape —bromeó ella.

—Por nada del mundo —Colt esbozó una suave sonrisa, dirigiéndose de nuevo hasta la cama, se detuvo a los pies de la misma y se deshizo de los pantalones y el bóxer, abandonándolos en el suelo.

—Mucho mejor así, capitán Sullivan —dijo Linda, admirando el impresionante cuerpo del hombre a la vez que se mostraba juguetona.

Colt abrió la mesilla de noche y sacó un par de condones que puso sobre la misma. Luego volvió a subir a la cama y colocarse sobre ella.

—Puede que ya tengamos la suficiente confianza para que me llames Colt —dijo, antes de besarla de nuevo en los labios.

—Mmmm, o puede que necesitemos algo más de confianza —le dijo, cuando él se retiró de su boca.

—¿De verdad? ¿Qué te parece esto? —Colt le bajó las braguitas y las lanzó al suelo, dejándola expuesta y a su merced.

—Vas bien.

—¿Solo voy bien? —dijo, siguiendo el juego.

Colt bajó por el cuerpo de Linda y la abrió para él, posó los labios en su centro, hizo un círculo con la lengua sobre su zona más sensible y succionó levemente.

Linda se estremeció ante la íntima caricia, quedando asombrada, sin aliento y ansiosa de más. Se aferró con una mano a las sábanas de la cama.

—¡Joder! Si haces eso más, yo luego no voy a poder…

—¿En serio? —preguntó Colt con una sonrisa pícara en los labios —. Solo déjate llevar y no pienses en luego, piensa en ahora y piensa en ti.

Los labios y la lengua de Colt volvieron a bajar al centro de placer de la mujer. Solo le costó un par de minutos conseguir que Linda explotase en un potente orgasmo, agarrada a las sábanas de la cama.

—¡Mierda, Colt! ¿Qué me has hecho? —le dijo, aún sintiendo los espasmos del placer.

—Lo que mereces, nada más, cariño.

—Entra en mí —le pidió, sintiendo que necesitaba que la llenase en aquel momento, mientras aún los estertores del placer la recorrían. Seguía excitada y quería más de aquel hombre y por supuesto, quería ser justa y que él también obtuviera su recompensa.

Colt alargó la mano hasta la mesilla de noche, se colocó el preservativo y se introdujo en ella. El contacto fue suave y sencillo, ella estaba muy lubricada, esperándolo y notó cómo aún se estremecía bajo su cuerpo y cómo sus músculos lo envolvían. Él también estaba muy excitado y no sabía si iba a aguantar el tiempo suficiente para hacerla llegar de nuevo hasta la cima.

—¿Quieres… tomar el mando de la situación? —le ofreció él—. Ya sabes, «Save a Horse…»

—«Ride a cowboy» —respondió ella y rio.

—Adelante —la animó él y ambos giraron en la cama, invirtiendo los papeles—. La vista desde aquí es inmejorable.

Las manos de Colt subieron por las caderas de la mujer hasta llegar a sus pechos, que cubrió con ellas, amasándolos para pellizcar

con cariño sus cimas, mientras que Linda se movía sobre él, buscando el placer de ambos.

—¡Oh, cariño! —exclamó él, centrándose en resistir hasta que ella llegara a la meta antes—. Lo haces tan bien.

El cuerpo de Linda no había dejado de estar excitado en ningún momento y eso la agradaba y sorprendía a partes iguales. Ahora se movía sobre el hombre buscando el placer, porque sabía que allí estaba, lo podía sentir, como si fuera nuevo, como si lo de hacía un rato no hubiera pasado.

Se acercaba a él y deseaba llegar, tragó saliva y se movió más rápido y más duro sobre Colt, que a su vez guiaba sus caderas al mismo ritmo, los dedos del hombre se marcaban en su carne, ella se apretó algo más contra su cuerpo. Más duro, más rápido, más profundo, más…. No quería hacerlo, no quería que la oyese nadie, pero gemió, no pudo evitarlo y cada vez se hicieron más intensos. Cerró los ojos y un potente orgasmo la alcanzó, a la vez que lo hizo con Colt que estalló en su interior con un gruñido ronco de su garganta.

—¡Joder, Linda! ¡Joder! —exclamó tras tragar saliva.

La mujer se dejó caer sobre el pecho del hombre y este giró con ella en la cama, besándola en los labios larga y profundamente. Amaba a Linda Clayton con cada fibra de su ser. Su corazón, su cerebro y su cuerpo lo hacían.

Linda sonrió en los labios de Colt, había sido devastador en el más sexi y placentero de los sentidos y liberador al mismo tiempo. Los fantasmas del pasado eran eso, fantasmas y ante ella estaba Colt Sullivan, alguien que deseaba en su vida y en muchas noches más como aquella.

—Ha estado muy, muy, muy bien —susurró la mujer hablando muy cerca de los labios de Colt.

—Mejor que eso, cariño. Eres única y no voy a permitir que salgas de mi cama nunca más.

Linda rio y se dijo que no tenía intención de irse a ningún lado, porque allí estaba muy bien.

UNA NUEVA REALIDAD

Linda se sentó en el porche delantero del rancho a tomar un café a media mañana. Respiró hondo y se sintió bien por primera vez en mucho tiempo. Su cuerpo estaba relajado, se sentía laxa, feliz y a la vez con energía renovada para comerse el mundo y enfrentar todo lo que viniera. Incluso una llamada de su madre para recriminarle algo sobre su estilo de vida, aunque tampoco era necesario comprobarlo justo ese día.

Observó cómo Colt y Jacob llegaban de algún lado y se sacudían las botas en la cerca. Los hombres charlaban animadamente y ella se deleitó mirando al que, al menos la noche anterior, había sido suyo.

Reconoció que el sexo en su matrimonio había sido bueno, pero lo de Colt estaba a otro nivel. Era la primera vez que un hombre la hacía llegar dos veces a lo más alto. Se estremeció recordándolo.

Puede que solo fuera que hacía más de tres años que no estaba con nadie o que había deseado al exmarine más de lo que estaba dispuesta a admitirse.

Se alegró al pensar en que Asher ya no era el último hombre con el que se había acostado. ¡A la mierda Asher! Una cosa menos que la unía a él.

Bebió un sorbo de café y en su mente apareció Charlie. En cómo un hecho como su plantón había cambiado el rumbo de los acontecimientos. O no, ¿quién sabía? A veces la vida tiene un camino marcado para ti y aunque te empeñes en tomar otro, acaba

llevándote a él. Como le había sucedido con demasiadas cosas en el pasado.

***

Colt limpiaba la silla de montar después de almorzar. Había preferido estar ocupado durante toda la jornada y comer con Jacob, tratando de evitar a Linda la mayor parte del tiempo.

Sí, se habían acostado la noche anterior, habían dormido juntos y habían despertado de igual manera. Había sido sublime y aquello le confirmó una vez más que amaba a la mujer. No quitaba que, a la vez, tuviera instalado un dolor en el pecho que lo hacía sentir miserable.

Jamás había pensado en llegar tan lejos con ella sin decirle su otro alias; sin decirle la verdad. Se castigó en su mente por haber permitido que las cosas pasaran a mayores entre ambos.

Lo había intentado, maldita sea. Pero ella le dijo que no quería hablar de nada y luego ella lo tocó y…

—¡Mierda! —exclamó, lanzando hacia el suelo el cepillo grueso que estaba usando para eliminar el barro de la silla de montar: un marine entrenado no podía tener una voluntad tan débil.

«Un marine entrenado también se enamora» escuchó la frase en su interior como si una voz externa la hubiera pronunciado, una voz que le recordaba a su compañero Austin y a cómo le hablaba de su esposa y sus hijos.

Recogió el cepillo del suelo y volvió a cepillar el cuero para terminar de eliminar la suciedad.

—Es curioso —habló Jacob, llegando a él.

—¿Qué cosa? —preguntó Colt, saliendo de su autocastigo mental para atender al capataz.

—Linda está de buen humor hoy y a ti parece que te llevan los demonios. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Me temo que no, pero gracias.

—Como quieras —Jacob se dijo que no podía obligarlo a contárselo y decidió irse.

Colt gruñó.

—Hay algo de mí que… no le he contado a Linda —habló, sintiendo que probablemente necesitaba otra óptica.

Jacob se detuvo y giró sobre sus talones para mirar a Colt. El hombre parecía bastante atormentado por el asunto. Se apoyó en una de las columnas del lugar y se cruzó de brazos.

—Y es lo suficientemente serio como para hacerte estar así.

—Ajá —dijo el otro hombre, tensando la mandíbula, a la vez que pasaba a un cepillo más fino para eliminar el polvillo de la silla de montar.

—Supongo que no me dirás qué es.

—Supones bien.

Colt tomó una esponja, la humedeció y escurrió apretándola con la mano, luego abrió una lata de jaboncillo de fusta para cogerlo con la esponja y pasarlo por la silla de montar en movimientos circulares.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Trabajas para Granger o la petrolera?

—No.

—¿Acaso no te llamas Colt Sullivan?

—Has visto mi permiso de conducir —respondió, tratando de eliminar aquella respuesta de la mesa.

—¿Le vas a hacer daño a Linda?

Colt apretó la mandíbula una vez más.

—No —dijo, bajando el tono de voz—. Jamás.

—Pero hay algo que ella no sabe de ti que crees que puede hacerla enfurecer, Dios sabe los motivos.

—Sí —maldijo para sus adentros, mientras que la espuma gris que había hecho con la esponja y el jaboncillo arrastraba la suciedad y el sudor del caballo. Pasó un paño y la limpió.

—¿Puedo preguntar por qué no se lo has dicho?

Colt dejó el paño a un lado y cerró la lata que había estado usando. Ahora tomó la de bálsamo de cera de abejas.

—Al principio no encontré el momento adecuado y luego comenzó a pasar todo lo del rancho y pensé que primero había que solucionar ese asunto.

Jacob guardó silencio, pensando en qué podía ser. Colt siempre le había parecido un hombre íntegro y le sorprendía que mantuviera un secreto con Linda, uno que para él era demasiado importante.

—Digamos que —habló Jacob—. Tú y yo nos convertimos en buenos amigos. ¿Eso que ella no sabe y que yo tampoco sé, podría dañar nuestra amistad?

—No es relevante.

—Entonces no es importante —sentenció Jacob.

—Para mí lo es —dijo, aplicando el bálsamo sobre la silla.

Jacob miró al exmarine. Había conocido a suficientes veteranos para saber que cargaban pesos que nadie más podía ver. Quizá fuera algo de su pasado. Algo que ni siquiera tendría arreglo ya. Solo que, probablemente necesitaba perdonarse a sí mismo antes.

—Sin saber a qué te refieres, permíteme que te diga algo: el pasado, pasado está, Colt. Deberías mirar al futuro y tratar de construir una vida —bajó la voz un poco para decir la última parte—. Y si es con la jefa, mejor. Porque ¿sabes qué? me gusta que esté de buen humor, como hoy.

Al rostro de Colt asomó una tímida sonrisa y miró al capataz, que le guiñó un ojo.

—Ya —respondió Colt.

—Aunque no te diré que me venga mal que estés ofuscado; la silla está impecable, buen trabajo, muchacho.

***

Linda entendió que Colt pudiera estar cansado o asimilando lo que había ocurrido entre ambos el primer día. El nuevo cowboy se había tratado de mantener ocupado durante toda la jornada, en la cena no había apenas conversado y expresó su deseo de irse a dormir pronto. Pero cuando en la segunda jornada el escenario fue el mismo y volvió a almorzar con Jacob en vez de con ella, supo que algo estaba pasando.

¿Quizá habían vuelto las pesadillas? O ¿se arrepentía de lo que había sucedido entre ambos? El corazón le dio un vuelco pensando en aquella posibilidad, porque ella no lo hacía. Pero si había un hecho objetivo en su comportamiento, ese era que la estaba evitando.

Encontró a Colt sentado en los escalones del porche trasero, demasiado tarde, cuando se suponía que debía llevar al menos una

hora durmiendo. Ella había bajado a beber agua y lo pudo observar a través de la ventana de la cocina. Se dijo que debía hablar con él.

Colt supo que ya no estaba solo y que solo podía ser Linda la que permanecía de pie a su espalda. Respiró hondo y se dijo que ella buscaba una explicación a su humor en los últimos días y a que hubiera mantenido tanto las distancias. Se movió hacia un lado y palmeó el lugar en el escalón que estaba a su izquierda sin girarse a mirarla.

Linda dudó unos instantes si aceptar la invitación, pero finalmente lo hizo. Debían hablar. Caminó hacia el lugar y se sentó al lado del hombre. ¿Cómo se comenzaba una conversación como aquella? ¿Quizá con un «por qué huyes de mí»?

—¿Estás bien? —preguntó, en cambio.

Colt respiró hondo antes de responder.

—No demasiado —confesó él.

—¿Más pesadillas?

—No es eso. O no solo eso —dijo, apretando la mandíbula.

El silencio se hizo fuerte entre ambos durante unos minutos.

—¿Es por lo que pasó entre nosotros la otra noche? —preguntó Linda, sintiendo que la boca se le acababa de secar. Creyó haber usado su último aliento.

Colt volvió a tensar la mandíbula.

—Hay cosas que no sabes de mí —respondió.

Linda volvió a guardar silencio. ¿Qué le estaba ocurriendo a Colt? Meditó qué decir a continuación.

—Supongo que hay cosas que tú tampoco sabes de mí.

—Pero estoy convencido de que son cosas que no necesito saber.

—¿Te arrepientes? De lo que pasó entre nosotros —Linda tragó saliva y se acarició los brazos. Era lo que más le podía doler en aquel momento en el que había pensado que alguien bueno se había colocado en su camino por primera vez en mucho tiempo.

—¡No! ¡Maldita sea! ¡No! —exclamó Colt a continuación. No quería que ella pensara eso. Y, probablemente, su comportamiento de los últimos días se lo había dado a entender.

—Bien —Linda se mostró más aliviada y miró a la oscuridad reinante delante de ellos—. Porque yo tampoco lo hago.

Decidió levantarse para volver a la cama, pero el hombre la detuvo y la tomó de la mano.

—No te vayas —le pidió, sintiéndose algo más miserable por haberle dado a entender que se arrepentía de lo que había pasado entre ellos hacía un par de noches. Se echó hacia atrás, dejando un hueco, indicándole que quería que se sentara justo delante de él.

—¿Seguro? ¿No prefieres estar solo?

—He pasado demasiado tiempo solo.

Linda cedió y se sentó. Colt la envolvió desde atrás con los brazos e hizo que se recostara en su pecho. La mujer aspiró el aroma herbal que usaba él y se relajó en su compañía.

—Me alegra que nos encontráramos aquel día en Kingfisher —dijo ella.

—Me alegra haberte encontrado, Linda —posó los labios en la sien de la mujer y le dio un tierno beso.

—A pesar de que te disparasen después por mi culpa.

—Un disparo amortizado. Estamos aquí, ¿no crees? Me habrías dado una patada después de aquella copa.

—Odio que me busquen citas.

—Scarlett —rio suavemente Colt.

—Ajá.

Linda giró y miró a Colt a los ojos en la penumbra de la noche. Él rozó la nariz de la mujer con la suya y los labios de ambos se acercaron para unirse en un beso suave primero e intenso después.

—Eres lo mejor que me ha pasado —susurró el exmarine con los ojos cerrados, sintiendo todo lo que Linda le provocaba en su interior.

Ella no supo qué responder, solo lo besó de nuevo.

—Puede que sea hora de que nos vayamos a dormir —dijo Linda.

—Puede que sí.

Linda se levantó del escalón del porche bajo la atenta mirada de Colt.

—Si necesitas compañía, ya sabes dónde encontrarme —le dijo Linda, entrando en la casa.

Colt sonrió y sacudió la cabeza.

—¡Linda! —la llamó cuando ella llegaba a la puerta del dormitorio, en la planta de arriba. Él venía algunos pasos por detrás de ella.

—¿Mmm?

La tomó de la cintura y la acercó hasta su cuerpo, pasando las manos por la cintura de la mujer.

—¿Decías en serio lo de la compañía? —preguntó con una voz ronca y sensual.

Linda subió los brazos al cuello del hombre y colocó las manos por detrás de él.

—Muy en serio —sonrió con un brillo travieso en los ojos.

Los labios de Colt cubrieron los de ella en un intenso beso mientras que la mano del exmarine tomaba el pomo de la puerta y la abría. Después la alzó por debajo del trasero y la subió sobre su cintura para introducirla en el dormitorio.

EL REGRESO DE CHARLIE SIERRA

Linda se desperezó en la cama cuando sonó el despertador y un brazo la atrajo hacia sí; era Colt, que la besó en el cuello y le acarició el abdomen, a pesar de que supo que aún dormía. Estaban desnudos y enredados entre las sábanas y le pareció sexi y placentero, tanto como la noche anterior y el cómo habían terminado allí. El exmarine era un amante dedicado, pasional y muy generoso. ¡Qué afortunada era!

Se giró en la cama y lo observó mientras descansaba ¿Aquel hombre era de verdad o cerraría los ojos y se desvanecería? Los cerró con fuerza, los volvió a abrir y allí seguía. Su cuerpo estaba cincelado por los dioses, a pesar de un par de mordidas de bala, la más reciente la que sufrió en Kingfisher. Le tocó el pecho, allí donde estaba el corazón; era guapo, estaba muy bueno, pero lo mejor de él estaba allí dentro: lo sabía.

***

—Buenos días —saludó Celeste, subiendo una ceja mientras pillaba a un Colt soñoliento con la ropa del día anterior puesta saliendo de la habitación de su prima.

—Buenos días —respondió él y supo que aquello podría acarrear algunas consecuencias.

—Ahora entiendo algunas cosas —dijo la mujer en tono amargo.

—Pensaba que solías levantarte al mediodía —observó Colt, sabiendo que no eran ni las seis de la mañana y la joven estaba en pie.

—Salí anoche —informó, haciéndole saber que realmente estaba llegando.

—¿Dónde…?

—¿Crees que follarte a mi prima te da derecho a preguntarme dónde he estado?

—Celeste —advirtió Colt, algo molesto.

—Me voy a dormir —dijo, pasando por su lado camino del dormitorio.

***

Colt se dijo que se había convertido en un marine débil mientras daba de comer a los terneros con Cody y Dylan, dos de los cowboys del rancho.

Había vuelto a dormir con Linda después de hablar con ella la noche anterior, pero la angustia que sentía en el pecho continuaba acompañándolo. No estaba haciendo las cosas bien, porque no estaba actuando con total sinceridad. Y él siempre había sido un hombre de honor.

Pero, ¿y si Linda le daba una patada? ¿Y si nunca podría perdonarle el que la hubiera engañado con algo así? O peor aún: ¿Y si pensaba que solo había jugado con ella?

También había otra solución a su problema. La había pensado algunas semanas atrás y ahora volvía a estar sobre la mesa: olvidar que Charlie Sierra existió alguna vez. Y no debía ser difícil, ya que nadie más, aparte del sheriff, sabía de aquel alias. O esperaba que así fuera.

Respiró hondo y se sujetó con fuerza al madero del cercado, mientras comprobaba que una vaca amamantaba a su ternero recién nacido.

Era una solución cobarde, pero no podía perder a Linda, porque no estaba seguro de poder soportarlo. La quería y la necesitaba en su vida, como el aire que respiraba.

***

Scarlett había sopesado muchos escenarios en aquellas semanas. Realizó todo tipo de cábalas y conspiraciones en su mente y se dijo que ya era suficiente. No podía dejar pasar aquel asunto mucho más, ya que él ni siquiera le había preguntado por la carta.

Necesitaba enfrentar a Colt, porque temía que Linda estuviera comenzando a sentir algo por él.

Creyó haber hallado la opción que más información le daría acerca de la relación entre Colt y Charlie. Sin embargo, sabía que necesitaba ser precavida, ya que dudaba que el exmarine fuera un incauto.

Una cosa era que te pillaran por la espalda desprevenido y te dieran una paliza entre varios y, otra muy distinta medirse con una entrometida contable y agente de seguros de Kingfisher. La contable, que era ella, estaba en clara desventaja en ese escenario.

Debía llevar cuidado, o Colt descubriría que realmente no sabía nada. Perdería la mano y no hallaría la verdad para ayudar a Linda. Necesitaba hacerlo bien, o más que bien, tenía que hacerlo como si fuera una espía del más alto nivel.

Llegó al rancho, aparcó su coche y se dijo que los astros parecían sonreírle aquella mañana: Colt estaba apoyado en el cercado, observando a una vaca y su cría recién nacida.

Para su seguridad, estaban cerca de la casa, pero no lo suficiente, evitando ser escuchados. Era el escenario ideal para hacer lo que tenía que hacer.

Caminó con el corazón en la garganta hacia el lugar. La carta estaba dentro del bolso que llevaba al hombro, esperando el momento de ser mostrada si era necesario y el hombre enfrentado.

—Charlie Sierra —dijo Scarlett con la voz más firme que pudo lograr, aunque estaba temblando por dentro. Apretó la mandíbula, porque podía comenzar a temblarle la boca.

Colt tragó saliva al escuchar el nombre en los labios de alguien que ni siquiera reconoció, hasta que se dio la vuelta y la observó frente a él. Era Scarlett, mirándolo firmemente y demasiado seria para lo que era costumbre en ella.

—¿Perdón? —preguntó él, de forma automática.

¿Qué demonios sabía ella de Charlie Sierra? ¿Por qué lo había nombrado?

—Charlie Sierra —repitió Scarlett de nuevo, sabiendo que aquello no iba bien.

—No sé a qué…

—Lo sé todo —dijo la mujer de repente, interrumpiéndolo, tirándose un gran farol, porque evidentemente no sabía nada. Solo que debía existir una relación entre los dos hombres, pero no cuál. Y justo eso era lo que necesitaba conocer.

Colt entrecerró los ojos, tratando de vislumbrar qué demonios creía saber la mujer. Parecía segura, pero no lo estaba, por más que

trataba de apretar la mandíbula. Había visto cómo su labio había temblado la última vez que habló.

En cambio, no sabía por qué le decía el nombre de su alias y decía «saberlo todo». ¿Qué era «todo» lo que sabía? Probablemente nada. Quizá que Linda se escribía con un tío que se llamaba así o que había acudido a una cita con él en Oklahoma City, pero nada más. Era imposible.

—¿Quién es ese tío? —preguntó Colt, y se arrepintió de ello al instante siguiente, porque Linda sí que le había hablado de él en varias ocasiones y Scarlett podía saber ese detalle. Solo que esperaba que no fuera así.

Scarlett sintió que estaba perdiendo la mano. Nadie dijo que enfrentarse a un exmarine iba a ser sencillo. Pero a ella aún le quedaba un as bajo la manga y esperaba que fuera el ganador.

Introdujo la mano en el bolso y le extendió la carta que llevaba semanas allí dentro:

—Lo sé todo —pronunció, despacio, una vez más. Ahora sí vio cómo el hombre palidecía delante de ella y tragaba saliva, antes de arrebatársela de entre sus dedos. La miró y supo que la misiva no le era desconocida.

Colt la reconoció, era la carta que Linda le había escrito. Pensó que seguía en el último lugar donde la había dejado, a pesar de no haberlo comprobado. Ahora se dio cuenta de que no la había vuelto a guardar en su anterior escondite. Habían sido unas semanas demasiado intensas.

—¿Dónde demonios…?

—En tu chaqueta, en el hospital.

—¿Me la has robado? —preguntó Colt, e hizo que Scarlett sonriera peligrosamente. Lo acababa de cazar, porque había admitido que sabía dónde estaba y que obraba en su poder. Tuvo que reprimir un gesto de júbilo, pero no pudo evitar mostrar el atisbo de una sonrisa de satisfacción.

—Se cayó accidentalmente —dijo, y esa probablemente iba a ser la única verdad que le iba a decir esa tarde.

—Pero no la devolviste a su lugar.

—No, no lo hice. Pero me ayudó a entender muchas cosas —volvió a presionar la mujer.

—¿La has leído? —preguntó el hombre, para tratar de vislumbrar hasta dónde sabía realmente.

—La he vuelto a leer, sí. Yo estuve cuando Linda la escribió y la echó al correo.

—¿La conocías?

—Perfectamente, por eso la reconocí en cuanto la vi. Es la carta que mi amiga le escribió al soldado desconocido, que terminó siendo Charlie Sierra.

—No tenías derecho a…

—Puede que yo no tuviera derecho, pero tú tampoco lo tienes a engañar a mi amiga. Lo sé todo. Lo comprendí en cuanto vi esa carta y uní las piezas en mi mente. Solo quiero saber por qué.

Básicamente, le gustaría saberlo, porque la verdad era que no sabía absolutamente nada. Sus teorías durante aquellas semanas habían variado desde imaginar una paliza de Charlie a Colt a pensar que Colt había matado a Charlie. Ahora sabía que Charlie estaba vivo, ya que le había escrito un mail a Linda. Con lo cual, suponía que Colt no le había hecho nada, pero que había una relación entre los dos hombres, era más que evidente. Si cordial o no cordial era lo que esperaba averiguar.

Colt escrutó a Scarlett. Sabía que, si conocía el contenido de la carta y quién fue el destinatario de la misma, no era muy difícil conocer el resto. Había caído delante de ella con todo el equipo. La carta de Linda nunca había salido de entre las tapas de un aburrido libro que llevaba consigo allá donde viajaba, excepto en las veces que él la había vuelto a leer, que no eran pocas, o la noche que había quedado con ella en Oklahoma City. Le quería mostrar que la conservaba como un bien preciado, por lo mucho que significaron sus palabras en un momento tan oscuro de su servicio.

—Estoy esperando. Charlie Sierra —dijo y trató de presionar. Quería que le hablara de su relación con el hombre y el por qué él tenía la carta del otro marine.

Colt se apretó las sienes con una mano, molesto.

—Pensé en decírselo el primer día que nos vimos en Kingfisher —comenzó a decir él—. Luego le dispararon y… volví a tratar de decírselo un par de noche después, pero nos interrumpieron y… luego pasó todo lo de los sabotajes, lo de los frenos de la camioneta, más tarde lo de los tipos que me pegaron y… ¡Joder!

Scarlett no entendía de qué estaba hablando, pero necesitaba que siguiera y no podía mostrar su desconcierto.

—¿Por qué, Colt? —volvió a preguntar seria, tratando de forzar al hombre, que de repente le pareció atormentado y casi vulnerable. Había algo que tenía que decirle a alguien, ¿el qué? ¿A quién?

—¡Porque la quiero, maldita sea! No sé cuál es la forma de decírselo.

Scarlett contuvo la respiración, lo creyó. Sabía que Colt quería a su amiga Linda, y él mismo se lo acababa de confesar, pero seguía sin comprender el corazón del asunto. Él estaba vulnerable, y ella iba a aprovecharse.

—No creo que sea justificación para…

—Ya no es una opción perderla, Scarlett —la cortó.

El hombre se quitó el sombrero y se pasó los dedos por dentro del cabello, frustrado y molesto. Se giró hacia la cerca, dándole la espalda y volvió a colocar las manos sobre la traviesa superior de la misma.

Scarlett vio cómo trataba de respirar hondo. Y se sintió mal de repente por él, por haberlo presionado tanto. Y a la vez agradecida, ya que había alguien que quería de aquella forma a su amiga, que no le había importado confesarlo hacía solo un par de minutos. Se acercó a él y colocó una mano sobre el hombro del exmarine.

—Hallaré el momento de hacerlo por mí mismo, lo prometo —tensó la mandíbula y tragó saliva—. Pero no le digas que soy Charlie Sierra, por favor.

Scarlett se sintió noqueada con aquella frase y el aire escapó de sus pulmones.

De repente, las piezas encajaron poco a poco en su mente:

Un exmarine recién retirado apareciendo de la nada en Kingfisher.

Llevándose una bala por Linda.

El interés que siempre había mostrado por ella.

Las flores de Colt el día de la cita con Charlie.

El hecho de que Colt también tuviera una cita con una desconocida.

La carta de Charlie en su poder.

Porque… ¡aquella carta solo podía tenerla el propio Charlie! ¡Nadie más!

¡C. S.! Las mismas iniciales.

Todas las piezas habían estado allí tanto tiempo que se sintió estúpida por no ver las similitudes antes.

—¡Oh, Dios! —exclamó de repente, emocionada con el hallazgo, retirando la mano del hombro de Colt—. ¡Eres Charlie Sierra!

Colt se giró para verla y frunció el ceño. ¿No lo sabía?

—¡Mierda! —exclamó el exmarine. Scarlett le acababa de tender una trampa y había caído en ella como un imbécil.

—¡Oh, Dios! ¡Todo encaja! —dijo con una amplia sonrisa y los ojos anegados en lágrimas—. Y es maravilloso.

—No lo sabías, ¿verdad? —dijo, sonando molesto. Le acababa de confesar aquello a la mejor amiga de Linda y eso no podía ser bueno.

—¡No, joder, no! Pensaba que Charlie te había dado una paliza. O que tú se la habías dado a él. O que os habíais peleado la noche de la cita y que le habías robado la carta. O que se le había caído —se detuvo—. Pero esto, esto… ¡esto es mucho mejor!

—¡Maldita sea! —se lamentó Colt una vez más, apoyándose de nuevo en la cerca para pasarse la mano por dentro del cabello.

La euforia de Scarlett aún duró un par de minutos más, mientras que Colt, a su lado, guardaba silencio, probablemente demasiado atormentado, por su error al haber sido descubierto y porque alguien más supiera su secreto.

—No se lo voy a decir, pero me temo que tú sí has de hacerlo —le habló, tratando de recomponerse—. Y si prometes que no me harás daño, me vas a tener a tu lado.

—¿Por qué demonios te iba a hacer daño? —Colt frunció el ceño, pensando cómo había llegado a aquella conclusión.

—Olvídalo. Cosas mías —dijo, pensando en que se había visto descuartizada y echada como comida para peces en el Kingfisher Creek mientras iba hacia el rancho.

—¿Crees que me perdonará? —preguntó Colt. La parte buena de todo aquello, era que al final podía hablar del asunto con alguien que conocía a Linda.

Scarlett frunció los labios, pensando en la respuesta.

—Linda odia que le mientan. Asher es un embustero de manual y es algo que después de dos años de matrimonio con esa escoria, detesta profundamente.

—Maravilloso —dijo Colt sarcástico, suspirando.

—Ya iremos viendo, ¿vale? —lo animó Scarlett, palmeando su espalda.

Estaba feliz por su amiga. Colt era el hombre que necesitaba. ¡Y además Colt era Charlie! A Linda le gustaban los dos, porque los dos eran el mismo hombre. Y ella no podía estar más contenta con el asunto. Lo ayudaría, porque había confesado que la quería. ¿Y qué había más importante que aquello? ¿Más que un hombre al que le importas tanto como para recibir una bala por ti sin dudarlo un solo un segundo?

CELOS

Hacía semanas que Scarlett no pasaba por el rancho, las mismas que llevaba pensando qué hacer con la carta o cómo enfrentar a Colt. Sabía que no podía mostrarse delante de su amiga demasiado tiempo sin decirle que tuviera cuidado con Colt. La última vez casi lo hace en el restaurante de Kingfisher. Ahora, conociendo el secreto del exmarine, las circunstancias eran diferentes.

—¡Sorpresa! —exclamó Scarlett sentada en el sofá cuando Linda entró en la casa.

—¡Scarly! —Linda mostró una amplia sonrisa al ver a su mejor amiga en el rancho—. Pensaba que estabas huyendo de mí.

—Han sido unas semanas muy ocupadas, pero he vuelto y estoy deseando volver a disfrutar de la comida de Sofía y de ponernos al día.

—Claro. Le diré que seremos uno más antes de subir a tomar una ducha.

—Ve arriba y no tardes. Ya se lo he dicho yo.

—Sube conmigo, te pondré al tanto de algunas novedades —le dijo, pensando hablarle del petróleo, algo que solo sabían Jacob y Colt, por seguridad. Pero quería que su amiga sí conociera de aquello.

***

—Hay algunas mujeres que piensan que los cowboys son sucios y que huelen todo el día a vaca y a sudor —comenzó a decir Scarlett cuando observó entrar en la casa a Jacob, recién duchado y aún con el cabello húmedo.

—¿Tú no lo haces? —respondió él, sintiéndose escrutado.

—Solo en parte. Pero luego recuerdo que no hay nada más sexi que uno recién duchado con ropa limpia —pasó al lado del hombre y aspiró el olor a gel de ducha y colonia que desprendía—. Como tú.

—Yo aún no tengo una opinión formada de las agentes de seguros. Más allá de que les gusta ser unas entrometidas y jugar con los viejos cowboys.

Scarlett rio y Jacob esbozó una lenta sonrisa.

—¿Viejo? ¡No! —desestimó, observándolo de arriba a abajo.

—Scarly —la riñó Linda, escuchando solo la última parte de la conversación—. Deja al pobre Jacob.

Scarlett rio de nuevo. Jacob podía ser muchas cosas, pero pobre, no lo creía.

—¡Vaya! Hoy está la familia al completo —exclamó Celeste, viendo a Scarlett y a Jacob en el comedor.

—Buenas tardes, Celeste —la saludó la interpelada—. Hacía mucho que no me pasaba por el rancho.

—Podéis sentaros —indicó Sofía, llevando las últimas viandas a la mesa ayudada de Linda, mientras que Colt entraba en la estancia, también recién duchado.

Todos tomaron asiento y sirvieron los platos, comenzando a degustar los filetes de ternera con la salsa gravy.

—Esta salsa se irá directa a mis caderas, pero no puedo evitarlo. La de Sofía es la mejor —dijo Scarlett.

—Estás estupenda, Scarly —dijo Linda.

—Los hombres prefieren a las mujeres más delgadas.

—No todos. A otros nos gusta que haya carne en el hueso —convino Jacob y Scarlett le sonrió mientras masticaba.

—Así es —Colt apoyó la teoría y Celeste se mostró algo molesta.

—Supongo que hay gustos de todo tipo —quiso zanjar Linda, para echarle un cable a su prima. A pesar de que odiaba que fuera tan superficial en muchas de sus apreciaciones.

—Y bien —Scarlett quiso cambiar de tema—, hacía mucho que no venía por el rancho. ¿Me he perdido algo?

—No demasiado en realidad —dijo Linda.

—Los de la petrolera están rondando por el rancho —dijo Jacob.

—Espero que encuentren petróleo.

—El grano sigue engordando —dijo Colt, satisfecho de aquello.

Linda le dedicó una sonrisa y lo miró, agradecida. Le gustaba que compartiera sus anhelos en los cultivos.

—Eso es estupendo —dijo Scarlett—. Finalmente, no va a ser tan mala cosecha. ¿Algo más?

—Linda se está tirando a Colt —dijo Celeste de repente, observando la mirada que su prima le había dedicado al exmarine y este a ella.

—¡Celeste! —exclamó Sofía en tono de reproche.

Linda soltó los cubiertos en el plato y miró a la otra mujer con la que compartía apellido y sangre, además de hogar. Su prima se limitó a sonreír satisfecha, mientras se introducía un trozo de carne en la boca y lo masticaba lentamente.

—Es un comentario muy injusto hacia tu prima —observó Colt, frunciendo el ceño.

Linda agradeció las palabras de Colt, pero se dijo que Celeste era asunto suyo. ¿Cómo diantres se había enterado? Pensaba que habían sido muy discretos.

—Deberías pensar quién es la que pone un plato de comida en esta mesa cada día —le advirtió Jacob, sintiéndose molesto por el comentario.

—Da igual, chicos. Dime, Celeste. ¿El hecho te supone algún problema? —preguntó Linda a su prima, después de limpiarse los labios con la servilleta, tratando de mantener la compostura.

Celeste había esperado avergonzar a su prima en la mesa, pero no aquella reacción de su parte. No solo Linda no se sentía avergonzada, sino que le preguntaba cuál era su problema si se acostaba con Colt. Guardó silencio, sin saber qué responder.

El mutismo en la mesa se hizo demasiado pesado.

—A mí me parece fantástico. Hacéis muy buena pareja —dijo Scarlett, tratando de cortar la tensión.

Sospechaba que Celeste estaba celosa de Linda. Llevaba semanas orbitando alrededor del exmarine. Pero Colt nunca la había mirado de la forma en la que miraba a la dueña del Clayton.

Jacob introdujo otro tema. Hablaron de los terneros nuevos que había en el rancho y de los precios que se estaban moviendo en las lonjas en las últimas semanas, tratando de desviar la atención del muy desafortunado comentario de Celeste Clayton.

La conversación fluyó con Linda, Colt y Scarlett aportando su visión acerca del tema y en cómo pensaban que comenzaría el verano para los rancheros económicamente.

—¿Quién va a querer tarta de queso? La hice ayer a última hora —anunció Sofía.

—Yo paso, son calorías vacías. Tengo planes —dijo Celeste, levantándose de la mesa después de terminar su plato.

—Los niños se han ido al fin —dijo Scarlett en voz baja, y Jacob sonrió disimuladamente.

—Sé que no es asunto mío, pero deberías poner a esa mujer en su sitio —dijo Sofía, recogiendo los platos—. No le deberías consentir este tipo de salidas de tono.

—Es una mujer adulta de veinticinco años —argumentó Linda.

—Que vive en tu casa y de tu dinero —añadió Sofía—. Pero no diré nada más, porque no es algo que no sepas, ni me debe incumbir el cómo llevas tus asuntos familiares. Yo solo trabajo aquí.

Sofía se dirigió a la cocina mascullando algo más como que aquella niña se merecía un buen escarmiento o que la vida se encargaría de ponerla en su lugar, tarde o temprano, porque el karma existía.

—Voy a… echarle una mano a Sofía con el postre —dijo Linda, siguiendo a la mujer. La realidad era que le daría un abrazo y le diría que sí tomaba en consideración su opinión, porque no era solo una empleada, sino que también era su familia.

***

Linda se apoyó en el quicio de la puerta del porche trasero de la casa. Colt estaba allí sentado en una de las mecedoras, en silencio. Parecía preocupado. ¿Pudiera ser que el comentario de Celeste lo hubiera ofendido?

—Hola —le dijo, para hacerse notar.

—Hola —respondió Colt, girándose para verla y sonreírle.

—¿Estás bien? —preguntó Linda, caminando hacia él.

—Sí —sonrió levemente, pero la sonrisa no llegó a los ojos.

—Siento lo de mi prima de antes —se disculpó.

—Creo que quien debería sentirlo es ella, ¿no te parece?

—Ya.

—Ven aquí —alargó la mano hacia ella—. Siéntate conmigo.

—¿Dónde? —sonrió Linda.

—Aquí —Colt palmeó su regazo.

Linda esperó que la mecedora fuera lo suficientemente robusta para soportar el peso de los dos en ella. Le hizo caso y se sentó en el regazo del hombre, que la abrazó contra su pecho y la besó en la sien. Ella se dejó hacer acomodándose en el amplio pecho del exmarine.

—Supongo que ni siquiera tenemos que disimular ya —trató de bromear Linda.

—No, eso parece. Siento que es culpa mía y debería habértelo dicho.

—¿A qué te refieres?

—Me encontré a tu prima en el pasillo hace un par de mañanas cuando salía de tu habitación.

—¿A esas horas? Suele dormir como un lirón toda la noche.

—Llegaba de algún lado. No me dijo de dónde, me respondió que no tenía derecho a preguntarle —Colt edulcoró la respuesta real, que habría disgustado a Linda.

—Está muy fuera de lugar últimamente. Más que nunca.

—Si fuera adolescente lo entendería, pero…

—Lo sé. Mi tío fue muy laxo con ella mientras vivía y mi tía… bueno, ellas dos son como el agua y el aceite. Aunque no la culpo, mi relación con mi madre no es mucho mejor.

—No creo que sea comparable, tú manejas tu vida y gestionas este rancho. Celeste está dependiendo de ti.

—Sí. Y se toma licencias como la de esta noche. Siento que haya dado a entender que eres un hombre objeto.

Colt sonrió.

—He pasado demasiados años en los marines para que las percepciones que alguien como Celeste tenga sobre mí me afecten,

créeme. Sin embargo, no me ha gustado cómo te ha hablado. No mereces ese trato.

Linda suspiró.

—Supongo que debería haber hablado seriamente con ella hace tiempo. Creo que… pensé que sería una etapa que pasaría, el cambio de vivir en Miami a vivir en un pueblo perdido de Oklahoma.

—¿Quieres que lo haga yo?

—No, pero gracias. Me temo que es mi responsabilidad.

—Si necesitas algo…

—Lo sé —sonrió Linda, sintiendo que el tener a alguien como Colt a su lado apoyándola era más que suficiente.

VISITA INTERESADA

La mañana en el rancho Clayton se acababa de torcer demasiado temprano para el gusto de Linda. El gran todoterreno negro de Asher enfilaba el camino de la entrada y Linda detuvo sus pasos hacia las caballerizas, esperando ver qué tripa se le había roto a su exmarido en esta ocasión.

El ritual de su llegada fue el de siempre, solo que, por suerte, había llovido algo la noche anterior y se habían ahorrado la nube de polvo del camino que solía acompañarla. El matón de Asher se bajó y le abrió la puerta a su jefe, que esbozó una sonrisa en cuanto la vio al lado del pavimento. Caminó hasta ella, el ranchero vestía esa mañana un traje sastre de tonos claros. Linda estaba convencida de que iría de camino a alguna reunión en Oklahoma City.

—Buenos días, Linda. Estás muy bonita hoy.

—Buenos días, Asher. ¿A qué debo el placer de tu visita tan temprano?

—Había pensado que podríamos tomar un café y ponernos al día.

—Siento decirte que no dispongo de tiempo y ya he tomado el café de la mañana. Así que, te agradecería que fueras breve.

—Bien —Asher sonrió—. Solo quería prestarte la ayuda de mis servicios jurídicos para que puedas negociar con la gente de Cimarron Oil. No sé por qué me dijiste que era fracking, cuando no es así.

—No lo hice. Fuiste tú el que lo supusiste.

—Pero no me sacaste de mi error.

—Parecías muy seguro de ello.

—No importa. Me alegro por ti, el que busquen petróleo en los viejos pozos de tu abuelo es aún mejor.

—Puede que no haya nada que buscar, pero pagaban bien por el estudio y ha sido una buena inyección económica.

—Los cien mil —recordó Asher.

—Así es.

—Si esos pozos tienen petróleo, podrías ganar más de medio millón de pavos libres de impuestos, cada año.

—Como te digo es solo una hipótesis. Se secaron en la época de mi abuelo.

—Sabes que con nuevas técnicas puede que aún les quede más del sesenta por ciento de crudo restante.

—No me suele gustar hacer cábalas sobre algo que no ha sucedido —desestimó Linda.

—Vas a ser una mujer muy rica, Linda. Por eso, insisto, debemos negociar con Cimarron para que obtengas un buen porcentaje.

—¿Debemos? —Linda subió una ceja, al escuchar aquella inclusión de Asher en el trato del petróleo.

—Quiero ayudarte.

—No quiero ofenderte, Asher —mintió. Sí, quería ofenderlo, pero fue consciente en ese momento de que no debía hacerlo. Necesitaba evitar que alguien tirase algo, como cemento o chatarra a sus pozos. Al menos hasta que estuvieran entubados de nuevo y cerrados a sabotajes. Y no se fiaba de Asher, especialmente cuando ahora sabía que ella iba a ganar tanto dinero y él no. Era un hombre avaricioso y el dinero le provocaba un gran sentimiento de envidia. Especialmente, el dinero ajeno.

—No me ofendo —respondió, antes de que ella pudiera terminar de hablar—. Entiendo que quieras ser autosuficiente, pero me gustaría ayudarte.

—Te lo agradezco, de verdad —dijo, y mintió una vez más—. Pero todavía no estamos en ese escenario. Solo están haciendo el estudio, más adelante, si sucede algo relevante con ello, pues ya veremos.

—Te prometo que te ayudaré a conseguir el máximo, un veinticinco por ciento. Poca gente lo logra.

—¿En serio? ¡Eso es mucho! Ojalá haya algo, aunque mi abuelo dejó el negocio y soy bastante escéptica.

—Linda, Linda, Linda —Asher chasqueó la lengua y le habló de forma condescendiente—. En esta vida hay que tener una mentalidad ganadora para ganar.

—Ya me conoces —se vio obligada a sonreír.

Asher miró su reloj de pulsera.

—Creo que tengo que irme. Supongo que tú tienes cosas que hacer. ¿Qué te parece si me llamas cuando haya algún resultado acerca de los pozos?

—Veremos qué sucede —dijo ella, tratando de no prometer algo que no iba a hacer.

—Buena chica.

Asher hizo un gesto a su matón que se encontraba unos metros más allá y este volvió a abrirle la puerta.

—¡Buen viaje, Asher! —le dijo, saludándolo con la mano y una sonrisa falsa.

Cuando el vehículo derrapó para girar en el camino, ella borró la sonrisa de su rostro y se quedó mirando cómo se alejaba de ella y del rancho. Hasta la próxima, porque sabía que habría una próxima.

—Te he visto… cómoda con ese tipo —observó Colt, apoyado en uno de los postes de la entrada de las caballerizas.

—Realmente acabas de conocer a Linda la actriz —dijo, tratando de esbozar una sonrisa. Las visitas de Asher solían tener la capacidad de ponerla de mal humor.

—Ha estado bien la actuación ¿Qué quería ese tipo?

—Meterle mano a mi petróleo. Por eso he sido encantadora. Cuanto más tranquilo esté Asher, menos probabilidades hay de que decida hacer una estupidez. No quiero sorpresas hasta que los pozos estén entubados y no se puedan sabotear.

—¿Crees que él…?

—Yo no creo nada, pero le gusta demasiado el dinero: el suyo. No le agrada que los demás lo consigan, y me temo que menos aún que sea yo quien lo haga.

—Puedo echar un ojo allí por las noches, no era lo mío, pero sé hacerlo.

—No será necesario, pero gracias. Hablaré con Sterling para que refuerce la vigilancia de la zona. No quiero sorpresas. Y nadie excepto Scarly, Jacob, tú y yo sabe la realidad de lo que hay allí. Y así seguirá siendo, mientras podamos mantenerlo en secreto.

Colt se cerró la boca con una llave imaginaria y la tiró lejos, diciéndole que sus labios estaban sellados.

CABEZA DE COBRE

Linda se sentía molesta. Jacob la sometía a una continua vigilancia y la acompañaba a todos lados en el rancho, especialmente después de la paliza de Colt hacía semanas. O al menos trataba de hacerlo la mayor parte de las veces, excepto en las que ella se escapaba de él. Y el capataz fruncía el ceño cuando se volvían a encontrar. El problema era que Colt parecía ser un buen alumno del otro hombre.

—Me gustaría tener la oportunidad de ir al pueblo sola, para variar —dijo Linda.

—Puedes hacerlo, solo he dicho que me gustaría ir contigo —apreció Colt.

—No es eso, es que sé que Jacob te ha convencido para que lo hagas.

—No es cierto. Él no me ha dicho nada.

—¿En serio? —Linda entrecerró los ojos, escéptica.

Colt exhaló el aire que había estado reteniendo.

—Yo fui el que le dije a Jacob que no debíamos dejarte sola —le confesó.

—Debes estar bromeando —dijo Linda, sintiéndose más molesta aún.

—No lo hago. Han pasado cosas que…

—¡Hace semanas que no pasa nada! ¡Es absurdo! Me gustaría, solo para variar, no tener un guardaespaldas, porque no soy una estrella de cine.

Colt tensó la mandíbula.

—Me gusta pasar tiempo contigo —le dijo, tratando de llegar a ella de otro modo.

—No vayas por ahí —dijo, sintiéndose molesta.

—Es cierto —respondió el hombre, aparentando tranquilidad.

—¡No trates de hacerlo, Colt! Salí de un matrimonio con un manipulador y no necesito a un… —se detuvo, pensando qué eran

Colt y ella, pero no halló un adjetivo. Él subió una ceja, esperando—, alguien, que haga exactamente lo mismo.

—Es por tu bien —dijo Colt, mostrándose arrepentido. Ella tenía razón, pero tenía que entender su punto.

—No —repitió Linda, tomando el bolso para salir de la casa y dirigirse hacia el coche.

Colt se dijo que no había sido inteligente en su forma de manejar la situación, aunque Linda no era estúpida y había tenido demasiada paciencia tanto con Jacob como con él mismo. Salió tras ella, no podía permitir que se fuera molesta con él.

***

Linda sintió un agradable aroma a pepinillos en su coche y se dijo que era extraño, ya que seguía usando el mismo ambientador floral de siempre. Luego un suave silbido en el suelo del asiento de al lado le dijo que no estaba sola y que la compañía no era nada agradable. Se limitó a cerrar los ojos y tragar saliva sin mover un solo músculo de su cuerpo, con las manos sujetando el volante. Una serpiente se deslizaba y subía al asiento del copiloto y si no se equivocaba mucho, era una cabeza de cobre. Hemotóxica con una picadura extremadamente dolorosa que no sabía cómo iba a evitar. Necesitaba mantener la calma y pensar cómo salir de allí sana y salva ¿Qué demonios hacía un animal como aquel en su coche?

—Lo siento, Linda —Colt se acercó al vehículo de la mujer. Ella había ganado, no pondría objeciones a que fuera al pueblo sola, tenía razón. Hacía semanas que no ocurría nada en el rancho, puede que el peligro hubiera pasado. Pero no podía permitir que se fuera molesta con él.

Linda oyó la voz de Colt pidiéndole disculpas desde el otro lado de la ventanilla, a su lado. Volvió a tragar saliva mientras que de reojo observaba los movimientos de la cabeza de cobre que silbaba, parecía que algo molesta por estar en aquel lugar. Bueno, parece que tenían algo en común, a ninguna le gustaba la compañía de la otra.

—¿Linda? —preguntó Colt de nuevo. La mujer permanecía rígida, con las manos en el volante y mirando al frente. La imagen de la

cabeza de una serpiente se asomó por el salpicadero en el lado contrario al que estaba la mujer.

¿Por qué demonios era tan testaruda? Si Colt hubiera ido con ella al pueblo, probablemente la habría visto antes de subir al vehículo y aquella escena se habría podido evitar. Al menos estaba allí, a su lado y esperaba que se diera cuenta que si no le hablaba no era porque le estuviera haciendo el vacío o estuviera furiosa. En ese momento tenía más problemas que una pequeña discusión que había sido a todas luces estúpida, porque él solo trataba de conseguir que estuviera a salvo.

—¡Jacob! ¡Dylan! —llamó al capataz y el cowboy que sabía que estaban cerca—. ¡Tenemos un problema!

Oyó cómo Colt pedía ayuda y agradeció que estuviera en el rancho y que no la hubiera dejado marchar enfadada.

—Hay una serpiente en el coche de Linda —les informó cuando llegaron hasta el lugar.

Para entonces, Celeste también había salido de la casa, escuchando el revuelo que se había organizado. Cody, otro de los cowboys también se acercó.

—Debe ser una serpiente de leche, son inofensivas —informó Dylan, acercándose hacia la ventanilla del conductor. La serpiente se abalanzó contra el cristal, molesta por la irrupción.

—¡Joder, no! —exclamó Jacob viéndola. Aquello no era una amable milksnake—. Es una cabeza de cobre.

—¿Una cabeza de cobre? —preguntó Celeste, casi chillando. Había oído hablar de lo que les pasaba a las personas que sufrían su mordedura.

—¿Qué demonios hace una copperhead dentro de un coche? —preguntó Cody, recién llegado.

—No creo que sea importante ahora mismo saber de dónde viene. Necesitamos sacar a Linda de ahí cuanto antes —dijo Colt, poniendo cordura al asunto, aunque supo que aquello no era un accidente ni la serpiente había entrado de forma casual en el vehículo.

—Sácala de ahí, por favor, Colt —le dijo Celeste, entre lágrimas.

—Eso es justo lo que haré —el hombre miró a Sofía, pidiéndole que se ocupara de la joven, que de repente parecía haber entrado en un estado de shock viendo a su prima en aquella situación.

—¿Cómo? —preguntó Jacob.

—Necesitamos una caja para la cabeza de cobre.

—¿Quieres cazarla? —preguntó un más que sorprendido Dylan.

—Necesitamos hacerlo, por lo que pueda pasar —dijo, casi perdiendo el aliento, no queriendo pensar en que pudiera morder a Linda.

—Voy a por una —Cody corrió hacia un cobertizo.

—Vamos a sacarla de ahí, cariño —dijo Colt, dirigiéndose a Linda, que movió imperceptiblemente la cabeza para agradecérselo.

Cody regresó con una caja de plástico transparente con tapa.

—Genial —convino Colt—. Mantenla abierta con la tapa lista para cerrarla, la meteremos dentro.

Colt se acercó a la puerta del copiloto, el lugar que ocupaba el reptil.

—¿La piensas coger con la mano? —preguntó Jacob, alarmado.

—Sí, ese es el plan.

—¡Estás loco!

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—¿Llamar al sheriff? ¿A un experto?

—Linda está ahí dentro y ese bicho es demasiado inestable, está encerrada en un coche y enfadada —le recordó.

—Puede que te muerda.

—Trataré de que no sea así —respondió Colt tratando de esbozar una sonrisa nerviosa.

—Que Dios te ayude —dijo Jacob.

—Tengo una pinza de serpientes en mi camioneta —habló Cody.

—¿Y a qué demonios estás esperando? —preguntó Jacob, instando al hombre a ir a por ellas. Después de aquello, compraría un par de ellas para tener en el rancho.

Cody corrió a por las pinzas y regresó con ellas antes de pasárselas a Colt.

El exmarine las probó antes y luego colocó la mano en el picaporte de la puerta para abrirla, muy despacio. Respiró hondo

para poder ir liberando el aire lentamente. No iba a propiciar ni un solo movimiento brusco, excepto el de atraparla, y esperaba ser preciso.

—Cuidado, Colt, por favor —oyó a Celeste, que seguía llorando más allá.

Abrió la puerta con delicadeza, la cabeza de cobre siseó, molesta.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó Colt en voz muy baja.

—Siento lo de antes —dijo Linda, susurrando.

—Solucionemos esto y luego lo hablamos.

—Ten cuidado.

El reptil se removió unos instantes, probablemente había captado las vibraciones de las voces de ambos. Luego siseó una vez más y se enroscó sobre el asiento, mostrándose más tranquila al no escuchar nuevos sonidos. Colt tragó saliva y se preparó, acercó lentamente las pinzas abiertas a su cuello. Respiró hondo, se concentró y… cerró a su alrededor el artilugio.

—La tengo —dijo en voz alta, apretando la mandíbula—. ¡Necesito la caja!

—¡Aquí! —dijo Jacob que era quien la sostenía en ese momento. Dylan y Cody habían dado unos pasos atrás.

El reptil se mostró molesto con su captura y se enroscó con fuerza en el mango de las pinzas.

—No te resistas —le dijo.

Jacob soltó la caja y la desenroscó no sin esfuerzo, a pesar de que no era un ejemplar demasiado grande y efectivamente, en un primer momento podría haber sido confundida con una serpiente de leche.

—Estamos listos para la caja —dijo Colt sujetando la cola del animal extendida.

Jacob volvió a tomarla y Colt metió primero la cabeza de la misma. Era de plástico y profunda, resbalaría en ella el tiempo suficiente para cerrar la tapa.

—Ya casi está —dijo Jacob, viendo cómo el otro hombre se preparaba para soltarla.

Colt lo hizo rápidamente, aunque en esta ocasión, la cabeza de cobre quedó enganchada por la cola al borde de la caja. Maldijo por lo bajo y empujó el extremo del cuerpo del reptil hacia el interior para poder cerrar la tapa. Fue un error. La serpiente se revolvió con una rapidez sorprendente, girándose sobre sí misma para clavarle los colmillos en el antebrazo, antes de que pudiera apartarse.

—¡Maldita sea! —exclamó, sintiendo el dolor agudo en la zona—. No la soltéis. Puede que la necesitemos.

—¡Noooo! —gritó Celeste antes de seguir llorando en los brazos de Sofía que trataba de calmarla.

—¡Necesitas ir al hospital ya! —dijo Jacob, cediendo la caja a uno de los cowboys para correr hacia donde estaba su camioneta aparcada.

—¡Lo siento, Colt! —exclamó Linda, abrazándolo por la cintura.

—No importa, cariño. ¿Tú estás bien? —le preguntó, acariciándole el cabello mientras soportaba el dolor de la mordedura. Sabía que aquello no mejoraría y esperaba que Jacob fuera rápido en buscar la camioneta y llegar con él al hospital.

—Estoy bien. Tú también lo estarás.

—Lo sé —Colt tragó saliva e hizo una mueca que mostraba el dolor que comenzaba a sentir y que cada vez se hacía menos soportable. Que lo aspasen, pero prefería que lo mordiera una bala a aquello.

***

Linda paseaba de un lado a otro en la sala de espera. Había estado con Colt y sujetado su mano, pero después le habían pedido que lo dejase mientras le hacían algunos análisis.

—Linda —saludó el sheriff.

—Wyatt —dijo ella, cruzándose de brazos.

—Se está volviendo una costumbre que nos encontremos en este lugar.

—Por desgracia. Ojalá recibiera tu visita solucionando todo lo que está pasando.

—Estoy en ello. Tendré noticias muy pronto, te lo prometo. Pero parece que tenemos que comenzar con esto —dijo, sacando un bloc

y un bolígrafo—. Había un saco de tela blanco debajo del asiento de tu coche. ¿Es tuyo?

—No —se extrañó Linda y frunció el ceño.

—Ya sabemos en qué llegó la cabeza de cobre.

—¿Alguien la metió?

—Eso parece. He decidido llevársela a Virginia —habló de la veterinaria local—. Ella la cuidará y veremos si obtenemos algún dato extra.

—No la voy a echar de menos, sinceramente —dijo Linda.

—La culpa no es del reptil —dijo el sheriff.

—Desde luego que no. Coge a quien sea que haya hecho esto y como le pase algo a Colt… —Linda perdió el aliento y su voz se quebró.

—Es un hombre duro, no temas —la mano del sheriff se colocó sobre el hombro de la ranchera.

—Eso espero —respiró hondo, tratando de recomponerse.

—¿Algo nuevo que pueda decir de dónde viene esta broma cruel?

—¡Nada! —exclamó, frustrada—. Sigo sin deberle dinero a nadie, estoy trabajando con los de Cimarron Oil y mi exmarido quiere ofrecerme su ayuda.

—¿En serio? Lo de Asher —aclaró.

—Sí, piensa que pueda haber petróleo en los viejos pozos y quiere negociar con la petrolera para ayudarme.

—Ya —Wyatt tomó nota en su libreta.

—No sé qué es lo que ocurre —se dejó caer en uno de los sofás —. Y a veces pienso que otras personas saben más que yo misma.

—Amplíame eso, por favor —le pidió el sheriff.

—Jacob y Colt. No me permiten estar sola en ningún lugar. Es decir, en casa sí, pero si vamos a visitar cereales o a los pozos, siempre alguno de ellos va conmigo. Incluso si quiero venir al pueblo, como hoy. Acababa de discutir con Colt justo por eso. Quería venir a hacer algunas cosas, pero yo sola.

—Siento decir que estoy con ellos, más desde lo que le hicieron a Colt —el sheriff tomó asiento en la mesa baja frente al sofá, recolocándose el cinturón, para que no lo molestara.

—¿A qué te refieres?

—Mientras le daban una paliza le decían que se fuera del pueblo y se alejase de ti.

—¡¿Qué?! —preguntó una sorprendida Linda, ya que era la primera vez que oía aquello.

—Jacob y Colt solo están velando por tu seguridad.

—Ninguno de los dos me había dicho tal cosa.

—No quieren preocuparte.

—Soy una mujer adulta, ¿sabes? —dijo, molesta.

—Con demasiados frentes abiertos —le recordó el sheriff—. Y parece que alguien quiere que estés sola.

—¡Mierda! ¡Asher! —exclamó Linda.

—¿Algo que hayas recordado?

—Estuve hablando con él la tarde antes de la paliza de Colt. Me mostró su disgusto sobre él. No le gustaba y no se fiaba. Me dijo que había sido demasiado casual su presencia en el disparo, lo de las vacas… Y ahora quiere ayudarme a negociar con la petrolera.

Wyatt McCoy se rascó la mandíbula.

—Parece que le vendría bien que estuvieras algo más sola.

—Me ha dicho que ha cambiado. Que se preocupa por mí. Que quiere ayudarme. Ya sabes, el mismo discurso de siempre.

—No obstante, apuesto doble contra sencillo a que estaba en alguna reunión fuera de Kingfisher mientras todo sucedía. Como las veces anteriores. ¿Crees que es él?

—No lo sé, pero ahora pienso que algunas cosas son demasiado casuales.

—Yo no suelo creer en las casualidades —dijo McCoy, entrecerrando los ojos antes de levantarse de la mesa.

—Acompañante de Sullivan —dijo una enfermera saliendo a la sala.

—Ve —le ordenó el sheriff señalando con la cabeza hacia la mujer, dándole a entender que habían terminado, al menos de momento.

—Gracias —respondió Linda, tocándole el antebrazo al representante de la ley, agradecida por su ayuda.

***

Linda entró en la habitación. El médico aún apuntaba algunas cosas en una hoja de papel. Colt parecía estar bien, aunque tenía un gesto que evidenciaba que le dolía.

—Señorita Clayton —el galeno se dirigió a ella—. Le he dicho al capitán Sullivan que debe quedarse al menos una noche con nosotros, especialmente para controlar la hemotoxicidad del veneno y el dolor.

—No se preocupe, lo hará —dijo, segura de ello. Aunque tuviera que atarlo a la cama con ayuda de varios hombres, Colt se iba a quedar allí lo que el médico estimase oportuno.

—Sorprendentemente no había gran cantidad de este y es algo curioso, puede que se haya tratado de una mordedura seca, a veces pasa con la cabeza de cobre. También pudiera ser que haya mordido a alguien antes, en ese caso, espero que le diga al personal de su rancho que es necesaria la atención médica urgente.

—No ha mordido a nadie del rancho. Tuvo que haberlo hecho antes.

—En todo caso, es una gran noticia. Colt no va a sufrir complicaciones y si todo sigue como hasta ahora, en un par de días estará completamente recuperado. Solo vamos a hacer unas analíticas seriadas, controlaremos la inflamación y la coagulación. Así que, me temo que estaremos dando un poquito la lata por aquí de vez en cuando.

—No importa. Gracias, doctor —dijo Linda.

—Si necesitas más medicación para el dolor, no dudes en pedirla —el médico se dirigió a Colt—. No necesitas hacerte el héroe. ¿De acuerdo?

—Sí, doctor —convino Colt.

El médico abandonó la sala.

—Coincido con él. Ya te has hecho demasiado el héroe —dijo Linda.

—Discrepo con esa opinión. Lo hago muy mal, siempre termino en este hospital.

—Linda esbozó una sonrisa, la primera en mucho tiempo, desde esa mañana.

—Apuesto a que te hacen paciente del año un día de estos.

—No sería raro. ¿Cómo estás? —preguntó Colt, cambiando el tono de la conversación.

—No es a mí a quien le ha mordido una cabeza de cobre. La pregunta es cómo estás tú.

—Sobreviviré.

—Eso espero —Linda sonrió. Después dejó de hacerlo al recordar algo y se dirigió hacia la ventana de la habitación.

—¿Qué ocurre?

—He estado hablando con el sheriff. Me ha contado algo que no me habías dicho. Me has mentido —dijo, mirándolo fijamente, a distancia.

Colt tragó saliva. No podía ser que el sheriff se hubiera ido de la lengua sobre lo que le había confesado la vez anterior. Se removió, molesto por el dolor y por aquello.

Linda observó la incomodidad del exmarine, habría jurado que contenía la respiración. Aunque puede que solo fuera porque la mordedura le dolía.

—¿Por qué diantres no me habías dicho que los tipos de la paliza te dijeron que te alejases del pueblo y de mí?

—McCoy no debería haber abierto la boca —respondió Colt, molesto. No era lo que había pensado, pero tampoco le gustaba.

—No, probablemente no, porque debiste ser tú quien me lo dijera —dijo Linda, elevando el tono sin pretenderlo. Cerró los ojos y se giró hacia la ventana, tratando de calmarse.

—¿Iba a cambiar algo? —preguntó Colt, con serenidad.

—Tenía derecho a saberlo, Colt —dijo, aún de espaldas.

—Solo te habrías sentido responsable por lo que me habían hecho —desestimó él.

—No necesito que me protejan —respondió, girando para mirarlo, aún con los brazos cruzados.

—Lo sé. Pero tampoco necesitas que te hagan daño innecesariamente.

—Puede que me lo haga más el que no me cuentes este tipo de cosas. Odio que me mientan. He tenido demasiado de eso, ¿sabes?

Colt sintió un puñetazo seco en el estómago. Si aquello la había herido, ¿qué iba a hacer cuando le contara que era Charlie Sierra?

No lo miraría igual después, no confiaría en él. Incluso podría perderla. Y ya no era una opción fingir que aquel seudónimo nunca había existido, porque Scarlett lo sabía, Wyatt también.

—Lo siento, Linda.

—Espero que no haya nada más que no me hayas contado —lo instó a hablar—. Prométeme que nunca lo volverás a hacer.

La oportuna entrada de una enfermera para sacarle sangre detuvo la conversación, dando a Colt tiempo para no hacer una promesa que no estaba cumpliendo.

UNA SERPIENTE MANIPULADA

Linda salió al porche delantero de la casa, en dirección a uno de los graneros. Tenían que comenzar a poner a punto la maquinaria para las tareas de cosecha que en no demasiado tiempo comenzarían en el rancho.

La camioneta de Virginia Williams, la veterinaria de Kingfisher avanzaba por el camino y esperó su llegada. Era extraño, siempre avisaba antes de ir.

—Buenos días, Virginia. No recuerdo que tuviéramos alguna cita pendiente —dijo Linda, adelantándose hacia la mujer, que en ese momento se bajaba del vehículo.

—Buenos días. No la teníamos, pero pensé que estaría bien pasarme y charlar sobre un tema.

—Claro, ¿quieres tomar algo?

—No, gracias. ¿Qué tal si paseamos un rato?

Linda asintió y ambas mujeres caminaron hacia los graneros.

—Tú dirás.

—¿Cómo está Colt? —preguntó.

—Bien. Por suerte fue una mordida seca, y la cantidad de veneno fue realmente insignificante. Está arriba, descansando, en contra de su voluntad.

—No fue una mordida seca, Linda —dijo la veterinaria.

—Eso ha dicho el médico —habló Linda, extrañada de la seguridad con la que decía aquello la veterinaria.

—Sabía que había mordido a Colt y quise extraer el resto del veneno —comenzó a explicar—, solo por si lo necesitábamos. Me

encontré con la sorpresa de que la serpiente estaba ordeñada.

—¿Ordeñada? —se extrañó.

—Sí, a veces se les extrae el veneno.

—Sé lo que es que una serpiente esté ordeñada, pero no entiendo por qué alguien ordeñó a esa.

—Alguien quería daros un susto, asegurándose de que fuese solo eso.

Linda sacudió la cabeza, incrédula. ¿Quién demonios podía haber hecho tal cosa?

—¿Por qué? —salió de su boca tras el shock inicial, sabiendo que era solo una pregunta retórica. Estaba claro que Virginia no tenía aquella respuesta.

—Por precaución, no quería que la inoculación del veneno fuera mortal —dijo la veterinaria.

—Te juro que no sé quién demonios puede hacer este tipo de cosas o qué pretende.

—No puedo ayudarte, espero que el sheriff McCoy sí.

Linda cerró los ojos y asintió, esperaba que así fuera.

***

—Hola —Celeste tocó con los nudillos a la puerta de la biblioteca del rancho. Colt trataba de buscar una lectura, ya que Linda le había dicho que se tomara las cosas con calma, al menos por ese día. Acababan de regresar del hospital.

—Hola —dijo Colt, mirando a la joven.

—¿Cómo estás? —preguntó, cruzándose de brazos.

Colt se dijo que Celeste parecía algo abatida. Sofía le había dicho que se había disgustado mucho con la situación vivida hacía un par de días.

—Bien. No ha sido gran cosa.

—¿Te duele?

—Solo un ligero hormigueo en ocasiones.

—¿Estás fuera de peligro? —volvió a preguntar.

—Parece que voy a sobrevivir. Al menos hasta que me ataque algo más o me peguen otro tiro —bromeó él y notó cómo la joven tragó saliva. Le resultó extraño.

—Bueno, sí… —Celeste miró a sus pies—, necesitas que haga algo por ti, no tienes más que decírmelo, ¿ok?

—Claro. Gracias.

—Voy a… —señaló el piso de arriba— conectarme a internet.

Colt asintió con la cabeza y siguió la figura de la mujer hasta que abandonó la estancia. ¿Qué le había pasado a Celeste? Puede que hubiera roto con el tipo con el que salía las últimas semanas, porque era evidente que había alguien.

HAY UN CULPABLE

Dos coches de la oficina del sheriff se adentraron por el camino del rancho Clayton esa mañana. Podría ser una visita rutinaria, pero Linda supo al verlos que no era así. Llevaban las luces encendidas, algo estaba pasando. Se detuvo en el sitio y llamó a Jacob, que dos minutos después se encontraba a su lado. Colt vino con él y se colocó a su flanco, esperando ver qué tenía que comunicarles el bueno de Wyatt.

—Buenos días, Linda —se dirigió hacia la dueña del Clayton.

Para entonces, Sofía y Celeste estaban en el porche de la casa, expectantes. Los jornaleros salieron de los graneros y se mantuvieron a una distancia prudencial, esperando ver qué estaba sucediendo. Que el sheriff trajera los rotativos encendidos y viniera acompañado de su ayudante no era una buena señal.

—Buenos días, sheriff. Algo me dice que no me va a gustar tu visita.

—Probablemente no —dijo afectado. A él tampoco le gustaba lo que tenía que hacer esa mañana. Tensó la mandíbula.

Colt escuchó un grito ahogado, era Celeste, a la que Sofía abrazó.

—Vienes a por alguien —adivinó Linda, sintiendo un nudo en la garganta.

Wyatt asintió con la cabeza.

—Sabemos quién fue el que manipuló los frenos de tu coche.

—¡Mierda! —exclamó Linda, formándosele un nudo en el estómago. Si el sheriff había llegado de aquella forma al rancho, era

que el culpable se encontraba allí—. ¿Estás seguro, Wyatt?

—Bastante seguro —respondió antes de darle una orden directa a su ayudante, subiendo el tono de su voz—. Adelante, Cass.

Todos vieron cómo la mujer se dirigía hacia donde estaban los cowboys parados. Linda cerró los ojos, pensando cuál de ellos sería. No podía pensar que Dylan o Cody fueran los culpables.

—Travis Boone —dijo la ayudante Briggs—. Estás detenido por la manipulación de los frenos del coche de Linda Clayton.

—¡Travis! —exclamó Linda, sorprendida—. No puede ser, él… tuvo el accidente justo por eso.

—Sí, la coartada perfecta.

El hombre no opuso resistencia y agachó la cabeza, siendo conducido hasta el coche patrulla.

—¡Travis! —Linda se acercó a él mientras que Cass lo sostenía por las muñecas. Necesitaba una explicación.

—Lo siento, Linda —murmuró el interpelado, avergonzado.

—¿Por qué? —preguntó. Supo que había sido él, pero no entendía por qué.

—Nunca pretendí hacerte daño, lo juro.

—Una curiosa forma de demostrarlo —dijo el sheriff, llegando hasta el lado de Linda, para indicarle a su ayudante que lo metiera en el vehículo—. Cassidy.

Linda sintió una mano en el hombro, era Colt que estaba a su lado y trataba de apoyarla, de consolarla y hacer que se sintiera mejor. Pero no era fácil.

Respiró hondo. Travis Boone había manipulado los frenos de su coche y podría haber muerto por ello. El Travis al que su padre le dio un lugar en el rancho y una oportunidad, después de meterse en un buen puñado de líos cuando era adolescente. El que había pensado que era uno de sus hombres más fieles, el que hacía solo un par de meses le había dicho que estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta por ella. ¿Todo había sido mentira? Tragó saliva y apretó la mandíbula.

—Te mantendré informada —habló el sheriff McCoy—. Lo siento, Linda.

—Sí, yo también. Gracias, Wyatt.

El representante de la ley dio la vuelta y subió a su vehículo, emprendiendo el camino antes de su ayudante y de Travis, sentado en la parte trasera del vehículo policial.

—Linda —habló Jacob, sin saber muy bien qué decir. Apreciaba a Travis, llevaban más de veinte años trabajando juntos.

La mujer respiró hondo y miró a Jacob y a Colt por turnos.

—¿Podéis encargaros de lo de hoy, al menos durante un par de horas? Tengo algo que hacer.

Los hombres asintieron, comprendiendo que era un trago duro de asimilar para ella el que alguien de su confianza la hubiera traicionado.

—Linda —la llamó Colt, tomándola de la mano—. ¿Vas a estar bien?

—Lo voy a intentar —dijo ella, sabiendo que necesitaba un respiro a solas. Esbozó una mueca, parecida a una sonrisa, pero no podría convencer a nadie.

Colt tiró de ella y la abrazó durante unos instantes. La mujer le pasó las manos por el torso y lo apretó contra ella. Le consolaba tener a alguien como Colt a su lado.

—¡Volvamos al trabajo! —gritó Jacob al otro par de cowboys que seguían parados en un lateral. Colt hizo lo propio y siguió al capataz. Sabía que necesitaba tener un rato a solas.

***

Linda cerró la puerta del despacho tras de sí y se dirigió hacia una de las estanterías. Miró una fotografía de su padre y ella tomada años atrás. Acarició el cristal de la misma.

—Me alegra que no lo hayas visto —dijo en voz alta, hablando a la imagen de su padre en el pequeño cuadro, mientras que una lágrima le resbalaba por la mejilla. Después la limpió con los dedos, se dirigió hacia la ventana, miró a través del cristal y se abrazó a sí misma.

Sentía frío, aunque no era real; la mañana era templada. Era el frío que dejan las traiciones, el que se instala bajo la piel y tarda tiempo en abandonarte.

Recordó lo orgulloso que estaba su padre de Travis, de la oportunidad que le había brindado para lograr encauzar su vida y de

cómo la había aprovechado.

Hasta el momento en el que decidió manipular los frenos de la camioneta.

Asher, Travis… ¿qué demonios les pasaba a algunos hombres? Tragó el nudo que tenía en la garganta. No era justa en su apreciación. Jacob seguía allí. Colt también. Respiró hondo y se dijo que lo tenía a él y que, al tenerlo a su lado, se sentía una persona afortunada. Aunque las lágrimas siguieron bañando su rostro, porque la traición dolía. Más aún cuando venía de alguien que había considerado parte de su familia.

UN RESPIRO, SOLO UNO

Linda y Colt acababan de visitar unos cultivos de trigo a caballo. La mujer estaba más callada que de costumbre, pero era lógico; más después de la detención de uno de sus cowboys hacía un par de días. Colt sabía que esperaba la llamada del sheriff, para tratar de saber por qué Travis había hecho aquello.

—¿Qué te parece si nos paramos un rato por aquí? —propuso Colt, apeándose del caballo.

—Casi es la hora del almuerzo —dijo ella. A pesar de ello, lo imitó y bajó de su yegua.

—Precisamente —Colt sacó un par de emparedados y se los mostró con una sonrisa en el rostro, antes de volver a guardarlos. Tomó la manta enrollada que llevaba sobre la grupa del caballo ese día y la extendió en el suelo bajo un árbol. Después se quitó el sombrero y lo colgó en una pequeña rama.

—Así que, ¿un pequeño picnic?

Linda sonrió y un calor reconfortante se adueñó de su estómago, pero no era hambre. Necesitaba algo así justo en ese momento y Colt lo había hecho por ella. Se le formó un nudo en la garganta pensándolo.

—Ajá. Un día demasiado agradable para desperdiciarlo almorzando entre cuatro paredes, ¿no crees? —sonrió, observando que la temperatura era cálida; estaban al final de la primavera.

Colt extendió la mano hacia la mujer, que sonrió y la tomó. Se acercó a él, y este le quitó el sombrero.

—Gracias —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Colt continuó sonriendo y le colocó unas hebras de cabello que el sombrero le había aplastado contra la sien a Linda. Después le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Gracias a ti, siempre —murmuró él, sintiendo que tenía todo lo que deseaba en ese momento de su vida: a ella mirándolo de aquella forma, pegada a su pecho mientras una agradable brisa primaveral mecía las hojas del árbol bajo el que estaban cobijados.

Colt bajó la cabeza y los labios de ambos se unieron en un tierno y profundo beso. Luego se separaron y Linda volvió a mirarlo.

—¿Qué has traído? —preguntó, quitándole el sombrero de la mano para colgarlo cerca de donde estaba el de él, en otra rama.

—Unos emparedados de roast beef con queso cheddar curado y mostaza.

—¡Muero de hambre! —exclamó Linda, que aprobó el menú.

—Siéntate —le ordenó él para ir a sacar la comida de las alforjas del caballo—. También tengo té bien frío.

—¡Mmmmm, me encanta!

Colt colocó los sándwiches sobre la manta, cerca de donde ella se había sentado. Luego hizo lo propio con el termo de té. Se colocó de rodillas delante de ella y le tomó una pierna, para ayudarla a deshacerse de las botas y que pudiera estar más cómoda. Linda apoyó las palmas de las manos a los lados de su cuerpo y se dejó hacer mientras lo observaba.

Le gustó que de repente alguien tomara las decisiones de qué hacer o cómo. Estaba cansada por todo lo que había sucedido en los últimos días y necesitaba dejar la mente en blanco.

—Gracias —dijo.

—De nada —Colt sonrió y le pasó uno de los emparedados, sentándose a su lado.

Comieron en silencio, despacio, compartiendo el té frío, disfrutando de la brisa y del sonido del campo. El trino de los pájaros amenizaba el lugar, seguido del mugido de las vacas a lo lejos.

—Necesitaba esto —dijo Linda cuando ambos terminaron de comer y Colt se echó en la manta. El hombre extendió el brazo y ella se acomodó a su lado, poniendo la mano en el pecho de él antes de respirar hondo.

—Era hora de que tuviéramos una cita.

—¿Es una cita? —preguntó, sorprendida.

—Algo informal, pero sí —dijo Colt—. Espero que podamos tener una mejor pronto.

—Hacía mucho que no tenía una cita. Bueno, al menos no exitosa —pensó en la de Charlie.

—Por eso a veces es mejor no planear las cosas demasiado —respondió, recordando que aún le dolía alguna costilla de la paliza de aquella noche.

—Desde luego.

Linda permaneció callada mientras sus dedos tocaban uno de los botones de la camisa del hombre.

—¿Sigues pensando en esa cita? —preguntó Colt.

Linda continuó en silencio un poco más.

—¿Importa? —respondió con otra pregunta. La realidad era que no estaba segura de ello. Se sentía molesta con Charlie por haberla dejado tirada en su primera cita y justo ahora estaba hablando de ello en una primera cita con otro hombre. Sintió que no era justo con Colt.

—No lo sé. Yo sí estoy seguro de esto, Linda —la apretó contra su pecho, le tomó la mano que jugaba con uno de sus botones y se la llevó a los labios para posar un beso en ella.

—Yo también lo estoy.

Linda se dijo que había dudado y que él lo había notado. Colt no lo merecía, había hecho demasiado por ella. Se movió y se colocó encima de él, antes de mirarlo a los ojos y ver cómo esbozaba una sonrisa. Lo besó en los labios y él le apretó el trasero con las manos. Después se acomodó apoyando la cabeza contra el hueco de su cuello unos instantes y aspiró el aroma del exmarine. Amaderado, aunque con un toque herbal, quizá romero. Le gustaba cómo olía Colt. Le gustaba Colt.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó, cuando Linda se movió para quitársele de encima.

—Sé que peso mucho —dijo ella.

—No es verdad.

—Tengo báscula en el baño, ¿sabes?

—Seguro que está estropeada.

Linda rio con el comentario de Colt.

—Tengo un trasero del tamaño de Texas.

—Me gusta Texas —dijo el hombre y le dio un azote cariñoso en el lugar que decía tener del tamaño del segundo estado más extenso del país. Linda volvió a reír.

—No pienso acostarme contigo en la primera cita.

—Sobreviviré —dijo él.

Linda lo volvió a besar en los labios y él le acarició el rostro después, mirándola, arrobado.

—¿Tengo algo de mostaza en la cara?

—No —Colt sonrió y respiró hondo—. Es solo que...

Linda se puso nerviosa, sabía que había un pensamiento demasiado profundo en el hombre, y de una forma un tanto irracional y absurda, de repente, sintió miedo a escuchar lo que él tendría que decirle.

—Creo que estoy impidiendo que el riego te llegue al cerebro —bromeó ella, rodando hasta llegar al suelo de nuevo. Luego se incorporó, sentándose en la manta a su lado, abrazándose las rodillas con los brazos, mientras respiraba hondo el aroma del campo de Oklahoma.

Colt supo que Linda tenía miedo. Asher la había dañado demasiado en aquel matrimonio. Necesitaba tiempo para volver a confiar. Y él tenía un secreto que no sabía cómo se iba a tomar. Se incorporó y se sentó a su lado.

—No va a ser una mala cosecha —dijo él.

—Gracias a las lluvias. En el momento oportuno —suspiró Linda.

—Los de Cimarron están entubando.

—Sí —volvió a suspirar ella.

—Las cosas están mejorando.

—Lo sé —lo miró—. Y me da miedo, porque cuando me relajo, parece que algo se estropea.

—A cada tormenta se le acaba la lluvia —le dijo, dándole a entender con aquel manido dicho que todo pasa.

Comenzaron a sonar los acordes de la canción de Gary Allan con el mismo título, *"Every Storm (Runs Out of Rain)"*

Linda sonrió viendo cómo Colt sostenía el teléfono móvil en la mano, desde donde se emitía aquella música. La canción adecuada en el momento adecuado. Cerró los ojos y respiró hondo, escuchándola.

—Es la canción que más veces he reproducido cuando he estado allí, especialmente en el último año —habló Colt y se refirió a cuando servía en Siria.

—Tú también lo has pasado mal —verbalizó ella, sintiéndose más acompañada. Colt parecía una roca la mayor parte del tiempo, pero no era así. Era un hombre que había resultado herido sirviendo a su país, si no de forma física, sí de otra más profunda. Casi había olvidado las primeras semanas en el rancho, en las que deambulaba de noche tras sueños que lo retrotraían a su tiempo allí y a la pérdida de su compañero.

—Pero ahora estoy con una preciosa mujer teniendo una cita —quitó hierro al asunto.

Linda le tendió la mano y él la tomó, entrelazando los dedos con los de ella.

—A la tormenta se le terminará la lluvia —dijo la mujer y Colt le apretó un poco más fuerte la mano, mientras ambos miraban hacia el campo, con el océano de trigo meciéndose en olas con la brisa.

LA CONFESIÓN

Colt observó a Celeste a la mañana siguiente. Era curioso, pero la joven había comenzado a levantarse más temprano cada mañana. Y no pasaba tanto tiempo creando contenido para redes. O al menos él no la veía hacerlo tan a menudo como hasta un par de semanas atrás. Paseaba o, mejor dicho, deambulaba por el rancho durante varias horas. Parecía esperar algo, o a alguien. Pero, ¿el qué?

¿Quizá a aquel hombre con el que ya no se veía? Porque otra cosa que no hacía era justo esa, salir. No había puesto un pie fuera del rancho desde… el incidente de la serpiente. Incluso se molestaba en preguntarle de vez en cuándo si le seguía escociendo la mordedura.

El coche del sheriff volvió a aparecer por el camino de entrada del rancho. Celeste pasó de estar apoyada con aparente tranquilidad sobre el cercado, observando los caballos a envararse de golpe.

—¿Pasa algo? —le preguntó, tomándola de la mano, para detenerla cuando se la cruzó. Ella iba camino de la casa deprisa.

—Necesito… voy a entrar un momento —respondió con una sonrisa impostada. Tenía los ojos rojos, la mano fría y la vio temblar. La soltó y vio cómo continuaba su camino. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al exmarine. Había algo que no cuadraba en todo aquello. Pero aún no sabía el qué. Solo sabía que algo no le gustaba.

—Sheriff —saludó Colt al representante de la ley, nada más este se bajó de la camioneta.

—Capitán Sullivan —dijo el otro hombre.

—Pensaba que habíamos superado lo del tratamiento formal.

—De acuerdo, Colt —sonrió levemente el hombre—. ¿Está Linda?

—En el despacho. Te acompaño, ¿son buenas o malas noticias?

—Me temo que un poco de todo. ¿Cómo está?

—Disgustada. Estaba orgullosa de que este rancho hubiera sacado a Travis del mal camino.

—Sí, ya lo supongo. No es asunto mío, pero, ¿cómo te van las cosas con ella?

—Bien —Colt sonrió.

—Me alegro. ¿Le has contado lo tuyo?

Colt tragó saliva y endureció el gesto. El sheriff era una de las pocas personas que conocían aquel secreto.

—No. Y, por desgracia, no creo que sea el mejor momento, dadas las circunstancias.

—No, probablemente no lo sea.

Colt tocó con los nudillos a la puerta del despacho. Linda levantó la vista del ordenador y sonrió al hombre, esperando una visita amable.

—El sheriff está aquí —informó Colt, rompiéndole la tranquilidad.

Linda se puso de pie y estiró su blusa. Antes de rodear la mesa, Wyatt ya había entrado en la estancia y puso la mano por delante de él para saludarla. La mujer se la estrechó y Colt salió del lugar, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Cómo estás? —preguntó Wyatt, mientras que Linda le indicaba que se sentara en uno de los sofás.

—No te voy a decir que estoy bien. Pero mejor, hasta que te he visto entrar por esa puerta.

—Siento que mis visitas últimamente no sean por una buena causa.

—Espero que en el futuro vengas a cenar alguna noche y tratemos de romper esta racha o te cogeré manía cada vez que te vea rondar mi rancho —trató de bromear Linda, queriendo aliviar la tensión.

—Yo también lo espero —Wyatt sonrió.

—Bien, supongo que quieres hablarme de Travis.

—Supones bien. Ha confesado ser el autor de los hechos.

—Creo que cuando lo detuviste quedó bastante claro que había sido él —Linda apretó la mandíbula.

—Se arrepintió nada más hacerlo. Lo trató de revertir, pero a la vista está que no lo hizo bien y acabó en la cuneta él mismo. Y hay algo más… no actuó por iniciativa propia.

—¿En serio? ¿Hay alguien detrás?

—Así es. El problema es que no lo vamos a poder demostrar.

—¿Quién? —preguntó Linda con un nudo en el estómago.

—Asher Granger —pronunció el sheriff.

—¡Cabrón! —exclamó Linda con rabia, después de asimilar que el malnacido de su exmarido había convencido a uno de sus hombres para atentar contra ella.

—Un cabrón con mucha pasta. Podría tratar de soltar a Travis, ponerle un micro y que Asher confesara.

—A estas alturas de sobra sabe que has detenido a Travis y no se va a tragar el anzuelo, no es tan tonto ni está tan mal informado.

—Ahí está el problema. Además de que finalmente no le terminó pagando a Travis, porque el plan falló y no cumplió.

—¿Cuánto le prometió? —quiso saber Linda.

—Veinte de los grandes —informó el sheriff—. Travis tiene deudas de juego y había un prestamista que lo estaba presionando.

—Seguro que Asher lo sabía y se aprovechó de ello —Linda recordó que había aprendido algunos de los trucos de su exmarido, uno era ese: conseguir que las personas con apuros económicos se doblegasen ante él.

—Eso es algo que no puedo asegurar.

—Yo sí. Estuve casada con esa escoria. Lo sé. Y también sé que Asher no estaba en Kingfisher cuando sucedió y que, sin el dinero, solo tenemos la palabra de uno contra el otro.

—Es un caso difícil —reconoció el sheriff.

—Es una vía sin salida, Wyatt. ¿Qué vas a hacer con Travis?

—Ha colaborado, ha confesado, se ha arrepentido y dice que asume que tendrá que pagar por lo que él mismo ha denominado como el peor error que ha cometido en su vida. Está bastante abatido y puedes pensar que soy un sensible, pero yo le creo. Aunque es un delito serio y no puedo hacer que desaparezca.

—¿Quiere decir que vas a interceder por él ante el fiscal?

—A menos que tengas algún inconveniente.

—Es tu decisión y tu criterio.

—¿Tú lo harás? Interceder por Travis —aclaró él.

—No lo sé aún —Linda suspiró. La traición de uno de sus cowboys más antiguo dolía.

—¿Me lo dirás cuando lo decidas?

—Lo haré.

—No tardes demasiado. Supongo que en un par de días hablaré con el fiscal sobre el asunto.

—No temas.

—Creo que mi visita toca a su fin. Tengo pendiente lo de la paliza de Colt, hay una pista muy buena que estoy siguiendo—. El sheriff se levantó del sofá.

—Espero que no sea obra del mismo ideólogo —se refirió a Asher.

—Pues yo, sinceramente espero que sí y que podamos pillarlo en esta ocasión.

—¿Sabes que tampoco estaba en el pueblo? —recordó que él mismo se lo había dicho hacía unas semanas.

—O eso dice él. Ya veremos. Una cosa más, Linda.

—Tú dirás.

—Entiendo que puedas estar molesta con tu exmarido, dados los acontecimientos. Pero él no debe saber que lo sabemos, si podemos evitarlo. Porque no sé tú, pero yo quiero atraparlo. Si no es por esto, que sea por otro asunto. No necesito que esté sobreaviso.

—No le diré absolutamente nada.

—A Colt tampoco —advirtió el sheriff.

—¿En serio? —Linda subió una ceja.

—A ese tío le importas y no necesito que haga una estupidez que estropee mi caso.

—Suele ser un hombre muy templado —lo defendió Linda.

—Por eso casi coge a la cabeza de cobre con sus manos desnudas —rebatió Wyatt McCoy.

Linda abrió la boca para rebatir aquello, pero no podía hacerlo. Había sido una imprudencia de parte de Colt tan siquiera plantearse

aquella opción.

—No diré absolutamente nada. A nadie —dijo, en cambio.

—Eso estará bien —convino el sheriff—. Ahora sí, tengo que irme.

—Gracias por pasarte, Wyatt.

—Ya sabes que odio el teléfono —dijo él con una sonrisa, antes de dirigirse hacia la puerta para irse.

Linda se sentó de nuevo en el sofá, cruzó las piernas y meditó acerca de lo que había dicho el sheriff. ¡Maldito Asher Granger! ¿Qué demonios quería de ella a esas alturas? Quizá lo que había pretendido la mayor parte del tiempo desde que se habían divorciado: que ella volviera con él. Y ahora, además, con el incentivo de la petrolera haciendo negocios con ella. Asher llevaba demasiado tiempo moviendo los hilos de su vida, incluso después del divorcio.

PLANES

Colt permanecía sentado en los escalones del porche trasero de la casa de Linda. Era tarde, pero no tenía prisa por ir a la cama, ya que esa noche lo haría solo. Scarlett se quedaría a dormir en el rancho y las dos mujeres solían alargar durante horas la charla tras la cena. Linda necesitaba aquel contacto con el exterior y la visita de su mejor amiga le hacía bien.

Respiró hondo y miró hacia la luna, imponente en medio del cielo. Cerró los ojos, pensando en lo que cargaba en su interior y que cada día le pesaba más. ¿Cuándo podría hablarle a Linda sobre su doble identidad? Ansiaba el momento en el que los problemas del rancho se solucionaran, que los pozos escupieran petróleo, el grano estuviera recogido y pagado a buen precio y que, al menos durante un tiempo, la vida fuera aburrida y monótona: sin sobresaltos, serpientes, sabotajes, palizas en callejones o robos. Solo ellos dos y el trabajo diario. Entonces, podría preparar el terreno y confesarle que bajo Colt Sullivan también estaba Charlie Sierra, porque mucho se temía que Linda había sentido algo por el marine desconocido, que casualmente era él mismo. Quería tener la libertad de contarle lo que sintió cuando leyó su carta, cómo pasó de sentirse solo a estar acompañado y la ilusión casi infantil que sentía antes de mirar la bandeja de entrada de su correo electrónico para encontrar una nueva comunicación con ella. ¿Era posible que se hubiera enamorado antes de conocerla en persona? Respiró hondo y tragó el nudo que tenía en la garganta. ¡Maldita sea! Necesitaba ser él mismo al completo con ella, sin dobleces, sin secretos.

—¿Sigues aquí? —preguntó Linda, sorprendiéndolo.

—¿Es tan tarde?

—Scarly se estaba quedando dormida mientras hablábamos y la he mandado a la cama —explicó ella—. Supongo que desayunaremos juntas por la mañana y seguiremos poniéndonos al día.

—¿Estás muy cansada esta noche?

—¿Física o emocionalmente? —preguntó ella, con ironía.

—Solo para sentarte un poco conmigo —Colt se movió hacia atrás y palmeó el suelo delante de él.

Linda esbozó una sonrisa y caminó hacia el lugar para tomar asiento justo delante del exmarine, que la abrazó contra su pecho y le besó la sien, aspirando el olor de la mujer.

—Creo que para esto nunca estaré cansada —dijo ella, acomodándose entre los brazos del hombre.

—Yo tampoco. Ni aunque pasen cincuenta años —le habló suavemente.

Linda permaneció quieta pensando en aquello que Colt acababa de decirle.

—¿Cincuenta años? —preguntó, sintiendo algo de vértigo de repente. ¿Colt hablaba en serio?

—Lo siento —se disculpó él, pensando si había ido demasiado lejos. Ella no estaba preparada.

—No, no te disculpes —dijo a continuación Linda. No estaba bien que lo coartase de aquella forma. Solo que ella…—. Están pasando tantas cosas que… me cuesta pensar a tan largo plazo ahora mismo. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte —la volvió a besar en la sien. Lo entiendo.

Guardaron silencio durante unos minutos en los que solo disfrutaron de la compañía del otro mientras el sonido de los grillos en el jardín trasero amenizaba la noche.

—Ya puedes beber bourbon, quizá deba ir a por la botella nueva que… —dijo Linda.

—Da igual, otro día —respondió Colt—. No quiero que te vayas.

Si antes le había dado vértigo escuchar que hacía planes a cincuenta años vista, aquel «no quiero que te vayas» le había llenado el alma, extrañamente. Porque ella tampoco quería que él se fuera de su lado.

***

—Buenos días —saludó Linda a su amiga con una sonrisa, nada más verla entrar en el despacho.

—Buenos días —dijo, derrumbándose en uno de los sofás.

—No tenías que levantarte si no querías —le dijo, cariñosamente. Se la veía cansada.

—Es que quiero estar contigo antes de que subas a caballo y salgas de mi vista otra semana más.

—Podemos almorzar juntas.

—Pero probablemente no estaremos a solas.

—Voy a traerte algo de desayunar —dijo, levantándose del escritorio.

—No, lo haré yo. Sigue trabajando.

—Vale.

Linda trató de ser más eficiente con las facturas que tenía pendientes. Sabía que se tomaría otro café mientras veía desayunar a su amiga y seguirían comentando las novedades de ambas, ya que la noche anterior se habían visto interrumpidas por el cansancio de Scarlett.

—¡Ya estoy de vuelta! Y te he traído un café. Y a mí, Sofía me había guardado unas tortitas y un poco de bacon. Cuando sea rica y tenga mucho dinero te robaré a esa mujer —le dijo, poniendo la taza sobre la mesa pequeña, mientras que se sentaba con las piernas cruzadas sobre el sofá y la bandeja sobre ellas.

—Lo de Sofía no es cuestión de dinero; se llama lealtad —dijo, orgullosa, con una sonrisa mientras salía de detrás del escritorio y se sentaba en el sillón que se encontraba al lado del sofá donde estaba Scarlett.

Un pensamiento menos agradable relacionado con aquello de la lealtad le cruzó la mente y su rictus cambió.

—¿Qué pasa? —preguntó Scarlett, notando el cambio en su amiga.

Linda suspiró y miró el fondo de su taza.

—Quizá solo sea una cuestión de dinero, dependiendo de la cantidad, si es la adecuada —comenzó a decir—. Nunca pensé que Travis haría nada así y…

—¿Fue por dinero? —preguntó Scarlett, interesada.

—Deudas de juego —aclaró Linda.

—Entonces… a ver si lo entiendo… ¿Necesitaba dinero y alguien le pagó para que manipulase tu coche?

—No puedo decir nada, me lo ha prohibido el sheriff.

—¡Joder! ¡Eso es horrible! ¿Y quién querría que hiciera eso? —Scarlett meditó unos instantes—. ¿La petrolera?

—Me temo que te he contado demasiado ya. Pero no fueron ellos.

—Entonces si no fueron ellos, ¿quién?

—Da igual, Scarly. No quiero seguir hablando del tema. Y por favor, no le digas nada de esto, a nadie. Y cuando digo nadie, es nadie.

—Es decir, que no se lo has contado a Colt.

—Wyatt me pidió que no lo hiciera, porque sigue investigando y quiere pillar a quien sea.

—Mis labios están sellados —Scarlett hizo el gesto de cerrar la cremallera y tirar la llave, antes de comer un trozo de tortita con sirope de chocolate—. Vayamos entonces a lo interesante, ¿qué tal van las cosas con tu guapo marine, para el que tienes secretos?

—No tengo secretos. Es solo que el sheriff no quiere que Colt intervenga.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —Scarlett frunció el ceño, pensando en ello.

Linda carraspeó.

—Con Colt van las cosas bien —trató de distraerla de sus elucubraciones.

—¿Habéis llegado a la segunda base?

—¿En serio es solo eso lo que te interesa? El que sea atento, amable y…

—Sí, bueno, y que haya atrapado una serpiente con las manos desnudas para salvarte de ella, también es muy romántico. Pero a

los hombres hay que probarlos en otro lugar.

—No la cogió con la mano, utilizó unas pinzas —corrigió ella.

—Detalles —desestimó Scarlett—. Y no me entiendas mal, porque es algo que no haría cualquier hombre, la verdad.

—Sí, hemos pasado a segunda base —confirmó Linda.

—¡Touchdown! —exclamó antes de bailar con la bandeja encima de ella y el vaso del zumo se tambaleó algo.

—Scarly, mi alfombra —le advirtió Linda.

—¡Perdón! ¿Y qué tal es?

Linda sonrió a su amiga, recordando cómo había sido aquella primera vez con Colt.

—Fantástico —dijo, con un suspiro.

—¡Ohhhh! ¡Ese hombre no defrauda! ¡Lo supe! Lo supe desde que lo vi bajar de aquel autobús y entrar en el bar. Es una pena que solo te buscase a ti.

—No me buscaba a mí —desestimó Linda, extrañada con el comentario—. De hecho, tú tuviste una oportunidad, hablaste con él antes que yo.

—Solo tuvo ojos para ti desde el primer momento. Le di pasta para que te invitara a una copa y me dijo que él pagaba.

—¿Le ofreciste dinero? —Linda se mostró molesta con su amiga y la forma en la que trataba de conseguirle citas.

—Da igual. Ahora quiero saber más… una vez, dos veces y lo más importante, ¿llegaste al final?

—¿Qué clase de preguntas son esas? —se quejó Linda.

—¡No seas mojigata, Linda Clayton!

—Pues sí. Soy mojigata, ¿qué pasa?

—¡Argh! —exclamó y puso los ojos en blanco—. Eres imposible. Probablemente prefieras que te pregunte si dormisteis juntos y abrazados después.

—Pues sí. Y fue muy tierno.

—Los hombres tan valientes y aparentemente duros son como cachorritos. Y Colt es muy mono.

Linda rio con el comentario de su amiga. Cierto era que Colt era un hombre que, sin grandes gestos conseguía llegar a lo importante para ella; siempre estaba ahí dispuesto a echar una mano, sin ser

dominante y dándole su espacio, al igual que la abrazaba cuando sabía que lo necesitaba.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó a bocajarro Scarlett, hablando de nuevo y obteniendo la atención de su amiga, que parecía haberse quedado recordando algo que la hacía sonreír de una forma soñadora.

—¿No es muy pronto?

—¿Pronto? Con tu ex, el que no vamos a nombrar para no estropear el momento, fue aún más rápido.

—¡No estaba enamorada! —desestimó ella, sin pensar el motivo, solo sabía que no había estado enamorada.

—¿En serio? Si no me estoy volviendo loca y si el azúcar de este desayuno me está llegando bien al cerebro, creo recordar perfectamente que me aseguraste que te habías enamorado de él.

Linda entrecerró los ojos, tratando de recordar aquello. Sí, seguramente lo habría dicho, pero estaba convencida de que no había estado enamorada. Lo sabía.

—Eso no fue amor, Scarly. Ese cabrón me manipuló, como manipula a todas las personas que decide —Linda se levantó del sillón y decidió acercarse a una de las estanterías. Pensó en Travis y en cómo lo habría manipulado. Acarició los lomos de varios libros.

—Sabes que Colt sí está enamorado de ti, ¿no? —le dijo, en un tono de voz sosegado y suave. Linda se giró hacia ella y le mantuvo la mirada durante unos segundos.

—¡Venga ya, Scarly! —desestimó Linda.

—No lo ves, ¿verdad? —preguntó Scarlett—. O quizá no quieres verlo, porque te da miedo.

—¿Miedo a qué? —Linda lanzó una carcajada.

—A que te pase lo mismo que la otra vez.

Linda respiró hondo.

—Colt solo es un buen hombre, que… acaba de salir de los marines, está herido porque perdió a alguien importante y… busca su sitio en el mundo. Ya sabes cómo es eso. Mientras tanto… él… solo me está echando una mano.

—Sí, desde luego. En la cama.

—Llevo unos años sola —continuó diciendo mientras pasaba un dedo por el borde del sillón que había frente a Scarlett, comprobando una suciedad inexistente—. Supongo que él también.

—Celeste se colocó en esa línea de fuego, Linda. Y ni siquiera la miró.

—Celeste es muy joven para alguien como él.

—¡Ja! —Scarlett lanzó una carcajada—. ¿Desde cuándo eso le ha importado a un hombre?

—¿Puedes dejar de imaginar historias románticas? —le pidió.

—Y tú, ¿podrías observarlo cuando te mira? ¡No me creo que no te hayas dado cuenta! A menos que te dé miedo darte cuenta.

Linda tragó saliva. Estaba aterrada con la idea. Guardó silencio y su amiga lo respetó.

—Creo que iré a… los pozos —dijo, de repente.

—¿En serio no te ha dicho nunca nada?

—No les debe faltar mucho para terminar de entubarlos de nuevo —habló, tratando de no pensar en las veces en las que Colt había bordeado aquella verdad, incluida la noche anterior, cuando le había dicho que no se cansaría de sentarse con ella en el porche ni dentro de cincuenta años.

—Puedes ignorarme, pero no puedes huir de la verdad.

—Tienes razón en algo: puedo ignorarte —dijo, tratando de esbozar una sonrisa hacia su amiga antes de salir del despacho.

Scarlett se dijo que volvería a la cama y con suerte podría dormir durante al menos una hora más.

SOSPECHAS Y CERTEZAS

Linda cabalgó hasta los pozos en compañía de Colt. Scarlett había metido la idea en su mente y ella había estado observando al hombre durante toda la mañana, el cómo la miraba, cómo le sonreía y cómo le hablaba; había sido de lo más profesional. Claro que, Jacob también los había acompañado. Quizá no era el mejor momento para observar aquello.

—¿Se puede saber por qué me has estado mirando durante toda la mañana? —preguntó Colt llegando a ella en las caballerizas para tomarla de la cintura por detrás, colocando los brazos alrededor de la mujer. Jacob se había ido y estaban a solas—. Casi logras ponerme nervioso, a pesar de que soy un aguerrido exmarine.

—Es una tontería —dijo Linda, sintiéndose bien entre los brazos del hombre y contra su pecho.

—Quiero que me la cuentes —dijo, soltándola de su agarre, para comenzar a quitar las sillas de montar a los caballos.

—Es por algo que me ha dicho Scarlett sobre ti.

Colt sintió cómo el oxígeno se retiraba de sus pulmones. Palideció y se puso nervioso.

—¿Qué te ha dicho? —quiso saber. La pregunta sonó demasiado seca y áspera para provenir de él. Colt se temió que Scarlett hubiera roto su promesa y Linda ya supiera quién era realmente.

Linda lo observó. El exmarine parecía haber palidecido de repente.

Un segundo más tarde, Colt se centró en quitarle los aperos al caballo, mientras cerraba los ojos fuera de la vista de Linda, sin

saber qué esperar.

—Me ha dicho que… tú…

—Dilo —la urgió, mientras apretaba los dientes.

—Me ha dicho que te mirase.

—¿Qué me mirases? ¿Por qué? —dejó la silla del caballo a un lado y la observó, esperando algo, no sabía el qué exactamente.

—Ella dice que… me miras de una forma distinta.

—¿Distinta?

—¡Ya sabes cómo es Scarlett! —suspiró, rindiéndose, aunque suavizó la apreciación de su amiga—. Ella piensa que te gusto.

Colt entrecerró los ojos, tratando de asimilar la información. Scarlett no había revelado su identidad, solo le había dicho que él la miraba de una forma distinta porque le gustaba.

Linda esperó una reacción de él.

Colt emitió una carcajada.

—Si se da cuenta ahora de eso, creo que Scarlett debería visitar a un oculista urgentemente —dijo él.

—Ya te dije que era una tontería.

—¿Entonces llevas toda la mañana mirándome por eso?

—Sí, supongo que sí —sonrió Linda, sintiéndose algo estúpida. Porque «gustar» no era la palabra que había usado Scarlett. Y la otra era demasiado seria, o le daba demasiado miedo.

—Puede que mi mente no sea demasiado clara a mi edad de jubilado de los marines, pero ¿de verdad no te he dicho nunca que me gustas, Linda? —Colt se acercó hasta la mujer y la tomó de la cintura para acercarla hasta él.

—Los hombres decís ciertas cosas para llevaros a una chica a la cama —respondió ella, tratando de salir de aquel embrollo y recordando cuándo él le colocó la mano en el corazón para mostrarle cómo latía por ella.

—Ah, ¿con que es eso? Muy bien, Linda Clayton. Prepárate para escuchar algo sin que pienses que te voy a llevar a la cama en este momento: me gustas.

Colt bajó la cabeza y unió los labios con los de Linda, que lo acogieron, cálidos y dulces, como siempre.

Después, ella apoyó la mano en el pecho de Colt y ambos se miraron a los ojos. Recordó que él sí que le había dicho que le gustaba, en el pasillo de los baños de uno de los bares de Kingfisher, justo la noche después de que él la besara bajo la lluvia.

La mano de Colt le acarició la mandíbula y la mejilla sin dejar de mirarla. Había calidez y luz en los ojos del hombre y aquello hacía que algo en su estómago se removiera. Era hora de almorzar. Puede que aquel revoloteo solo fuera hambre.

—Creo que es hora de que vayamos a la casa —dijo Linda, pensando en la sensación que Colt despertaba en ella—. Nos deben estar esperando.

—Pasa el tiempo volando —dijo él.

***

Scarlett había insistido a Sofía en preparar el almuerzo en el porche delantero de la casa y allí estaban sentados tanto ella como Celeste y Jacob. Sofía llegó con una jarra de té helado.

—Id a lavaros las manos, tenemos el almuerzo listo —dijo Scarlett al verlos subir los escalones del porche.

—Sí, señora —respondió Linda.

—Habéis tardado —añadió Jacob.

Unos minutos más tarde, todos estaban a la mesa y apareció ante ellos de la mano de Sofía una fuente de costillas de cerdo asadas, un bol de ensalada de col y mazorcas de maíz con mantequilla a la parrilla.

—Está delicioso, Sofía —alabó Colt la comida rato después.

—Estábamos tardando de disfrutar del sábado fuera de la casa —dijo Scarlett—. Y de nuevo creo que comiendo así no voy a poder adelgazar antes de verano.

—Estás estupenda, Scarly —dijo Linda.

—Sí, además, parece que a Jacob le gustan las mujeres rotundas —bromeó Scarlett.

Jacob tosió después de tomar un sorbo de té y Scarlett rio. Colt sonrió, pensando que el hombre le había dicho que ella trataba de molestarlo, pero que no sabía con quién se enfrentaba. Sin embargo, acababa de ahogarse con el té. A veces sí que lo lograba.

—Scarly, ten compasión del pobre Jacob —la riñó Linda, aunque también estaba sonriendo al decirlo.

—El pobre Jacob —Scarlett paladeó la expresión mientras lo miraba—. No creo que sea tan pobre. Se puede defender solito. ¿Qué tienes, cuarenta y cinco?

—Cuarenta y ocho —dijo el interpelado—. Y podría ser tu padre.

—¿En serio hacías ese tipo de cosas con trece años? —preguntó Scarlett, lenguaraz.

Ahora el que casi se atraganta con el té es Colt, mientras que Jacob la fulminaba con la mirada.

Linda se aguantó la risa y observó a su prima Celeste, que removía la comida y no participaba de la diversión. Llevaba un tiempo demasiado extraña; primero había comenzado a salir demasiado y ahora estaba enclaustrada en el rancho. Se mostraba taciturna la mayor parte del tiempo y parecía que no era capaz de sostenerle la mirada, como si pudiera echarse a llorar en cualquier momento. Ni siquiera estaba subiendo contenido nuevo a sus redes sociales. Estaba segura de que algo le sucedía, pero no sabía el qué. ¿Un desengaño amoroso? Puede que tuviera que tratar de hablar con ella. Después de todo y a pesar de los encontronazos que habían tenido, solo era una joven que había pasado a mujer demasiado perdida y sin un referente claro en su vida.

—¿No tienes hambre, Celeste? —le preguntó.

—Creo que he desayunado demasiado —se excusó.

Linda oyó un leve gruñido. Era Sofía que la miraba y subía una ceja.

—¿Hay alguna pista sobre los que te hicieron aquello en el callejón, Colt? —preguntó Scarlett.

—No de momento —respondió el interpelado.

—El sheriff cree tener una buena pista, será solo cuestión de tiempo que lo resuelva —añadió Linda.

—¿Y sobre la serpiente? —preguntó ahora— ¿Creéis que también fue Travis?

—Lo dudo. Travis se mostró tan sorprendido como el resto cuando sucedió.

—De todas formas —continuó Linda—, creo que Wyatt dará con la persona que la puso en mi coche. Es el mejor sheriff que hemos tenido en Kingfisher.

—Por lo menos parece ser el único que no se ha rendido a los encantos de ya sabemos quién —dijo Jacob y todos interpretaron que se refería a Asher Granger.

—Tengo ganas de saber quién fue ese malnacido —añadió Colt.

Celeste dejó los cubiertos sobre el plato y la silla se deslizó hacia atrás.

—Si me disculpáis —dijo la mujer, entrando en el interior de la vivienda.

—Celeste no está bien —dijo Linda en voz alta una vez hubo entrado la joven.

—Se angustió mucho con lo de la serpiente —explicó Sofía—. Pasó varios días muy asustada llorando. ¡Pobre chica! Creo que sigue en shock. No es cierto lo que ha dicho, hoy no ha probado bocado.

—Yo pensaba que entre reptiles se conocían bien —dijo Scarlett.

—No seas injusta, Scarlett —le pidió Linda.

—Lo siento, tienes razón. Hoy no ha sido impertinente. Está algo rara —dijo esta.

—Está muy rara —convino Jacob—. Hace días que no se pone a grabar por el rancho sus cosas de las redes.

—Voy a ver cómo está —dijo Linda, haciendo ademán de levantarse de la silla.

—Puedo ir yo —dijo Colt, deteniendo con un gesto de la mano a Linda, para decirle que él se ocupaba.

—¿Tú? —se extrañó Linda.

—Sí, yo he terminado de comer —añadió él.

—De acuerdo —aceptó Linda.

Colt esbozó una sonrisa antes de introducirse en la casa y poner un gesto serio, porque no le gustaba el escenario que estaba pasando por su cabeza.

Llevaba días observando a Celeste. Se había comenzado a poner especialmente nerviosa desde que comenzaron a hablar del sheriff, pero lo había podido controlar. Cuando el tema giró y salió el incidente de la serpiente, el temblor de su mano había aparecido de

nuevo y la joven se había tensado demasiado, hasta salir huyendo de la mesa.

—¡Celeste! —la llamó Colt, alcanzándola en el pasillo de la planta superior de la vivienda.

—¿Sí? —respondió la joven deteniéndose.

—¿Estás bien? —quiso saber.

Celeste cerró los ojos y tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Muy bien, gracias.

Colt dio unos pasos y se colocó delante de ella. No, Celeste no estaba bien, porque las lágrimas estaban bañando su rostro en silencio.

—¿Estás segura de ello? —volvió a preguntarle, en tono sosegado.

La mujer se cruzó de brazos y trató de tranquilizarse, infructuosamente. Su respiración se hizo errática.

—Sí —pudo articular.

—¿Qué te parece si… entramos y hablamos? —señaló la habitación que usaba Linda para relajarse. Tenía una gran televisión y una mesa para realizar distintas manualidades y hobbies.

Celeste asintió con la cabeza y se sintió perdida. El exmarine abrió la puerta y la joven entró en el lugar. Colt se sentó en un sillón y esperó a que la mujer se colocara en la habitación.

Celeste sintió que no era capaz de controlarse a sí misma y a sus emociones. Sabía que Colt se estaba dando cuenta de que había algo le ocurría. Era cuestión de tiempo que uniera las piezas y hallara la verdad, como lo haría el sheriff. Pensar en el sheriff la puso aún más nerviosa. O en la condena que le caería por lo que había hecho. Había oído hablar a los cowboys del rancho sobre el tiempo que podría ir Travis a la cárcel. Ella no podría vivir en una prisión, la matarían en aquel lugar. Y allí era donde iba a terminar. El aire le faltó y se comenzó a ahogar. Lo siguiente que vio fue a Colt levantándose del sillón para buscar sobre la mesa de hobbies de su prima una bolsa de papel, vaciar el contenido y dársela.

—Respira aquí dentro y pasará —dijo, sujetándola por debajo del brazo, para que pudiera mantener el equilibrio, mientras que la ayudaba a sentarse en otro sillón de la estancia.

Celeste pudo acompasar la respiración y volvió a sentir el aire en sus pulmones, aunque hacía demasiados días que este le faltaba. Ya no era como antes, no respiraba hasta el final. Después, se quitó la bolsa de la nariz y la boca y comenzó a llorar, de forma desconsolada.

Colt se retiró y casi sintió lástima por ella, a pesar de que, a esas alturas, creía saber bastante certeramente el porqué estaba así. Esperó a que se calmara un rato después.

—Gracias —dijo la joven con un hilo de voz. Las manos le seguían temblando.

—¿Me vas a contar qué es lo que te pasa?

—No —dijo esta y se mantuvo en silencio, como él mismo lo hizo, durante unos minutos que se hicieron demasiado largos.

Después, Celeste se levantó con intención de dirigirse hacia la puerta, pero Colt fue más rápido y se interpuso en su camino.

—Creo que esto no va así —le dijo él.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya lo sabes. Dímelo.

—No, no lo sé —dijo y volvió a cruzarse de brazos, tratando de abrazarse para tranquilizarse, volviendo al otro extremo de la habitación.

—¿Por qué demonios lo hiciste? —Colt trató de sonar tranquilo, a pesar de que la palabra «demonios» se había colado en la frase.

—No sé de qué me estás hablando.

—Yo creo que sí.

—No —trató de sonreír y de mostrarse orgullosa y altiva, como había hecho muchas otras veces, pero ya no era tan buena en ello.

—La cabeza de cobre —dijo él, fulminándola con la mirada, como si tratara de ver en su interior.

La boca de Celeste tembló y se vio obligada a cerrar los labios con fuerza, haciendo una fina línea de sus labios.

—¿Por qué la pusiste en el coche de Linda? —preguntó ahora Colt. La mirada de la joven la delató: culpa, pero estaba claro que también arrepentimiento. ¿O era solo miedo a las consecuencias?

—Yo no fui —negó.

—¿En serio? —Colt fue sarcástico.

—Sí, sí. Yo no lo hice.

—¿Crees que soy idiota? —le preguntó, sonando duro a la vez que subía el tono de voz.

—No —Celeste sintió miedo al ver el fuego en los ojos del exmarine. Él lo sabía.

—Sabes que no te creo —fue algo más duro con ella—. La pusiste y querías hacerle daño a Linda.

—¡No! ¡Nunca! —negó una vez más.

—Sí, querías hacérselo. ¡Podría haber muerto, maldita sea! —presionó, subiendo una vez más el tono de voz.

—¡No, no, no! —negó nuevamente, con las lágrimas corriendo por su rostro.

Colt se dijo que sentiría compasión de ella si no fuera porque a quien había tratado de hacer daño era a la mujer que amaba.

—¿En serio? ¿Te he contado que colocamos cámaras hace tres semanas y te tengo grabada? —Colt se tiró un farol y pareció funcionar porque el oxígeno había parecido desaparecer de la otra mujer, que lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Yo… no quería hacer daño a Linda! —exclamó, sollozando.

—Bonita forma de demostrarlo.

—¡No quería, lo juro! ¡Solo fue una broma! Quería gastarle una broma y él me dijo… solo tenía que ser una inofensiva serpiente de leche.

—¿Él? —Colt se sobresaltó y el corazón se le detuvo. Había un «él».

—Yo no… —trató de desdecirse la mujer.

—¿De quién demonios me estás hablando, Celeste?

—De nadie.

—¿Quién te dio esa serpiente? —inquirió Colt.

—¡Nadie! Yo la cogí.

—¡Y una mierda! ¿Quién fue? Dilo o cargarás tú sola con esto. ¡Te entregaré al sheriff en menos de una hora!

La mujer miró a Colt con los ojos anegados en lágrimas, sabiendo que tenía que hacerlo. No pensaba cargar con todo ella sola. No sabía que había una cabeza de cobre en el saco.

—El exmarido de Linda —soltó a bocajarro y Colt sintió un puñetazo en el estómago. Mataría a aquel malnacido de la forma más lenta y dolorosa que jamás hubiera imaginado aquel cabrón malnacido.

—¡¿Asher?!

Celeste asintió con la cabeza, mientras se derrumbaba, sentándose en el suelo.

Colt cerró los ojos y respiró hondo. La sed de venganza no podía nublar su buen juicio. Si mataba a aquel tipo, el que acabaría con sus huesos en la cárcel sería él y quien debía terminar en aquel lugar, sin duda, era el propio Asher Granger.

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —dijo la mujer, sin parar de llorar—. Yo no quería hacerle daño a mi prima. Ella se ha portado siempre bien. Solo era una broma, solo era una broma. Él me engañó.

Colt apretó la mandíbula y caminó por la habitación, pasándose la mano por el cabello, mientras que Celeste Clayton seguía llorando sentada en el suelo, repitiendo que no quería hacer daño a su prima y que lo sentía mucho.

Cuando pudo relajarse lo suficiente, el exmarine respiró hondo y pensó en cómo había visto a Celeste desde hacía demasiados días. Estaba desconocida, aquello la había afectado demasiado, había perdido peso y vivía con la carga de la culpa que la carcomía. Se dio cuenta que casi no hablaba con Linda porque sentía vergüenza de sí misma y de lo que había hecho. Era otra víctima de aquella escoria de Asher y la había manipulado a su antojo para conseguir su fin.

Se agachó hasta el suelo y recogió a Celeste, que se abrazó a él, pidiéndole perdón y que no se lo contara a nadie, que haría todo lo que le pidiera a cambio.

—Tienes que contárselo a Linda —le dijo.

—Haré todo lo que tú quieras… pero eso no.

—Justo eso es lo que quiero. Cuéntaselo a Linda.

—Me odiará para siempre cuando se entere —se lamentó.

—Lo hará si no eres tú quien se lo cuente primero —aseguró él —. No tendrás ninguna oportunidad cuando se entere por otra persona. Porque se va a enterar.

—¿Se lo contarás? —los ojos de la mujer se posaron en los de Colt, suplicando clemencia.

—Lo haré si tú no lo haces —le aseguró—. Y si no soy yo, ten por seguro que el sheriff lo descubrirá muy pronto.

—¡No! —la mujer volvió a sollozar.

—Probablemente tu vida ha sido fácil hasta ahora, Celeste. Pero es tiempo de asumir las consecuencias de tus actos.

Celeste se soltó de Colt y fue hasta uno de los sillones del lugar, donde se acurrucó, subiendo las piernas y abrazándolas contra su pecho mientras continuaba llorando.

—¿Me darás tiempo? —le pidió, aún entre sollozos.

—Tendrás que hacerlo hoy. Y si tú no lo haces, lo haré yo y me veré en la obligación de llamar al sheriff. Es tu decisión —le dio un ultimátum.

Celeste se sorbió la nariz.

—Lo haré —musitó, sabiendo que no tenía más opciones.

Colt había dejado a Celeste en la habitación de arriba y se detuvo en la cocina. Se apoyó en la encimera y se pasó los dedos por dentro del cabello. Aquella mujer había sido una incauta. Ya no le cabía duda alguna de que Asher era el tipo con el que salía y se había estado acostando.

De buena gana iría a su rancho y lo molería a puñetazos, por lo que le había hecho a Linda y por lo que le seguía tratando de hacer.

Sabía que seguía queriendo recuperarla, solo Dios conocía el motivo. Quizá solo porque los tipos como aquel eran tan soberbios que no podían ser abandonados, sino ser ellos los que abandonaban a una mujer.

O por algo más mundano, como tomar el control del rancho de Linda, o más bien, poner las manos sobre los suculentos beneficios que darían los recuperados pozos de petróleo del rancho Clayton.

Él también era un escollo en el camino. Comenzaba a pensar que los cobardes del callejón que lo habían atacado por la espalda eran algunos de los trabajadores de Granger. Porque tendría sentido el mensaje de que se alejase del pueblo y de Linda.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta, esperando tranquilizarse lo suficiente para volver a salir al porche y poner cara de que todo iba bien.

Linda lo oyó imprecar. Colt estaba apoyado en una de las encimeras de espaldas a ella. Había tardado demasiado hablando con Celeste. Incluso se había servido el postre y el café sin él. El resto disfrutaba fuera de una animada charla de sobremesa y ella había entrado, extrañada por la tardanza del exmarine. A pesar de estar de espaldas a ella, pudo ver el desasosiego en el hombre.

—Me preguntaba por qué tardabas tanto —dijo, en cambio, como si no llevara unos minutos observándolo, a pesar de que, en esa ocasión, él no se había percatado de su presencia y solía ser muy intuitivo.

—He estado hablando un rato con Celeste —le dijo, mirándola. Linda no merecía todo aquello que el malnacido de Granger se empeñaba en hacerle, tocando a casi todo su entorno para lograr un fin.

—¿Va todo bien con ella?

—Está muy disgustada.

—¿Sabes qué es lo que le ocurre?

—Me temo que sí, al menos en parte —Colt apretó la mandíbula.

—¿Qué es?

El exmarine respiró hondo y miró a Linda. Probablemente debería contárselo, pero le daría la oportunidad a Celeste de hacerlo antes.

—Ella hablará contigo y te lo contará por sí misma.

—¿Es grave? —preguntó Linda, sabiendo que por el rostro de Colt así era.

—Prefiero que te lo cuente ella, por favor —dijo Colt.

—De acuerdo —convino Linda.

Colt la observó. La amaba. Y deseaba protegerla de todo aquello, pero había cosas que no podía hacer, como evitarle el disgusto que le daría su prima en cuanto le contara lo que había hecho.

—Ven aquí —Colt se acercó a la mujer y la abrazó contra su pecho. Ella se dejó hacer y se sintió reconfortada en aquel lugar, que

se había convertido en su favorito—. Tú y yo vamos a hacer un viaje.

—¿En serio? —preguntó Linda.

—Muy en serio, y yo te invitaré, porque llevo años cobrando del Tío Sam y no he gastado demasiado. ¿Qué te parece México? No sé… Cancún, por ejemplo. Tú y yo, una hamaca con sombrilla, una playa privada, un cóctel en nuestra mano y cero preocupaciones.

—Suena genial. Nunca he estado en México y Sofía habla muy bien de su país.

—Haremos también turismo, donde tú quieras, lo que tú quieras. Solo necesitamos poner una fecha.

—Cuando acabe la cosecha puede ser buen momento.

—Ya estoy contando los días —dijo Colt, sonriendo antes de tomar los labios de la mujer y besarla con pasión.

Linda miró a los ojos a Colt, a sus ojos verdes, a lo que había tras ellos, a la forma que tenía de mirarla como lo hacía en ese momento, era algo que le provocaba una sensación de bienestar absoluto. La sonrisa del hombre y sus labios curvados hacia arriba mientras se miraban, lograron que el revoloteo de horas antes volviera a aparecer en el estómago de Linda, pero no podía ser hambre, porque acababa de terminar de comer. ¿Qué demonios era aquello? No lo sabía, o… quizá no quería saberlo. Solo sabía que se sentía tan bien…

LA CONFESIÓN

Linda tenía que reconocer que, a pesar de todo, no había sido un mal día. Había almorzado con sus amigos, con Colt y había resultado agradable. Solo le preocupaba su prima, pero ella siempre la estaba preocupando en mayor o menor medida y se había convertido casi en una costumbre.

Scarlett había ido a disculparse con Jacob por haber sido tan descarada durante la comida y Colt estaba poniéndole heno a los caballos. Ella había decidido continuar con las tareas de oficina y pagar algunas facturas que tenía pendientes. El trabajo en un rancho no se detenía. Ni siquiera el administrativo.

—¡Adelante! —dijo Linda cuando unos tímidos nudillos tocaron a la puerta.

El rostro de Celeste apareció. Estaba seria y tenía los ojos hinchados, suponía que se había dado un buen atracón a llorar después de haber hablado con Colt. No se le había escapado que el hombre estaba realmente preocupado por aquel asunto, así que se dijo que estaba preparada casi para cualquier cosa que le tuviera que contar su prima, porque sabía que no iba a ser buena.

—¿Tienes un momento? —preguntó tímidamente desde la puerta.

—¡Claro! Pasa y cierra.

La otra mujer hizo lo que le mandaron, pero se quedó plantada al lado de la entrada de la habitación.

—Quería… —Celeste carraspeó, mirando al suelo—. No sé si tienes un momento para que hablemos.

—Por supuesto —dijo Linda desde la silla del escritorio—. No tienes por qué quedarte al lado de la puerta.

—Ya —dijo ella, dando un paso adelante, pero solo uno. No sabía cuál iba a ser la reacción de su prima, entraba en lo probable que quisiera pegarla.

—Como quieras.

—¿Te… ha dicho algo Colt? —preguntó, con miedo.

—Solo que me contarías qué es lo que te pasa —Linda salió de detrás de la mesa de escritorio. Jamás había visto tan abatida a Celeste, casi podría decirse que tenía miedo, cuando hasta hacía poco, solía enfrentársele y hasta retarla.

La joven Clayton respiró hondo.

—Me gustaría que sepas que… te agradezco profundamente que me hayas acogido en tu casa y que te hayas ocupado de parte de mis gastos.

—Supongo que para eso está la familia —Linda se sentó en el brazo de un sillón, guardando cierta distancia, que parecía necesitar su prima.

—Ya sabes que la mía no.

—La tuya es la mía. Pero no importa, ambas sabemos que nuestras madres son un poco… particulares.

—Siento si me he portado de forma caprichosa e injusta en ocasiones. Lamento muchas de las cosas que te he dicho, de verdad que sí.

—Vale —Linda frunció el ceño. O era eso lo que había comenzado a afligirla de repente o lo que fuera necesitaba toda aquella parafernalia de preparación para tratar de ablandarla. Mucho se temía que la opción era esta última.

—Te quiero, Linda. Aunque siempre haya parecido lo contrario, no es verdad. Quiero que estés bien y que todo te vaya bien siempre, porque lo mereces.

—Me estás comenzando a asustar, Celeste —dijo Linda, notando una cantidad inusitada de elogios y amor, más aún viniendo de su prima.

—He hecho algo horrible —Celeste se atrevió a mirar a Linda por primera vez en días y las lágrimas le corrieron por las mejillas en

silencio.

—Bueno, cariño —le dijo—. Espero que podamos arreglarlo.

La relación con su prima nunca había sido especialmente cercana, pero sentía lástima al verla de aquella forma. Sus palabras, lejos de tranquilizarla parecieron afligirla aún más. Se limpió las mejillas con las manos.

Linda se levantó para acercarle una caja de pañuelos que la otra mujer agradeció asintiendo con la cabeza, incapaz de articular palabra. La joven sorbió sus lágrimas y se las enjugó con un pañuelo. Trató de respirar hondo y tranquilizarse cuando su prima volvió al mismo lugar que antes ocupaba en el sillón.

—Es Asher —comenzó a decir.

—¡Vaya! —exclamó Linda—. ¿Qué demonios ha pasado con él?

—Me… me… —Celeste no encontraba las palabras.

—¡Por Dios, habla, Celeste! —la instó ella—. ¿Qué ha hecho ahora ese cabrón?

—Me… he estado acostando con él —dijo, de repente.

Linda apretó los dientes, molesta. El muy cabrón le pedía una oportunidad mientras se estaba acostando con su prima al mismo tiempo.

—¡Joder, Celeste! ¿Cómo se te ocurre? ¿Acaso no sabes cómo es?

—Él… me dijo que… —se detuvo.

—Sí, él dice muchas cosas. Y la mayoría de ellas son mentira.

Celeste lloró ahora más amargamente. Linda trató de acercarse a ella. Estaba molesta, pero su prima parecía destrozada y sintió compasión.

—No —la joven la detuvo poniendo la mano delante de ella—. Hay más.

—¡Santo cielo! —exclamó, sin saber qué más esperar, pero cuando el nombre de Asher aparecía en una conversación, nunca traía nada bueno.

—Creo que… —Celeste bajó la voz— que… puede que… creo…

—¿Qué? ¡Por Dios, Celeste! Habla.

—Estoy embarazada —susurró.

Linda no se sintió preparada para la bofetada que supuso aquello. ¡Celeste embarazada de Asher! Y si eso había sucedido era porque él tenía un plan, estaba segura.

—¡Maldito cabrón! —exclamó, volviendo sobre sus pasos para tomar asiento en el sillón. Sintió que las piernas le podían comenzar a fallar. Se echó hacia delante y se llevó la mano a la frente, pensando en ello.

Celeste lloraba sin poder parar de hacerlo y Linda trataba de pensar o de despejar la mente para averiguar por qué había decidido destrozarle la vida a su prima. Porque estaba convencida de que debía existir algún motivo, Asher Granger nunca daba puntada sin hilo.

—¡Maldita sea! —dijo, cayendo en la cuenta de algo—. ¡El fideicomiso que te dejó tu padre!

Solo podía ser eso, quería meterle mano a aquel dinero y él sabía cómo podía hacer que legalmente fuera liquidado en su totalidad. ¿Pero tan desesperado estaba por dinero? ¿Tan mal le iban las cosas?

Se centró en su prima, que, congestionada, seguía sin poder parar de llorar.

—¿Lo sabe él? ¿Se lo has dicho? —preguntó Linda y su prima negó con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra—. Bien, porque no lo harás. De momento, no.

—Vale —respondió entre espasmos de hipo.

—¿Estás completamente segura de que estás…?

—Tengo una falta.

—¿Te has hecho un test?

Celeste negó con la cabeza.

—Bien, puede que sea un retraso por otro motivo —dijo Linda, esperando que así fuera.

—¿Y si lo estoy? —preguntó, tratando de calmarse.

—Si lo estás… —comenzó a decir Linda, mostrándose calmada, o al menos tratando de estarlo y de pensar con cierta perspectiva, algo que le estaba costando, ya que hablaban de un posible bebé del cabrón de Asher con la incauta de su prima—. Estudiaremos todas las opciones y decidirás la que consideres más oportuna.

—Lo siento, lo siento tanto —volvió a decir Celeste, aumentando de nuevo su llanto.

—Bueno, cariño, ya está hecho. Tranquilízate, ¿vale? —le dijo a su prima, viendo que sus palabras surtieron justo el efecto contrario.

—He hecho otra cosa horrible y me vas a odiar por ello —dijo Celeste.

—No puede haber nada peor —aseguró Linda, tragando saliva. ¿Qué más y más horrible había que un bebé de Asher en camino en el vientre de una Clayton con la posible intención de despojarla del fideicomiso familiar?

—Me vas a odiar —aseguró, tratando de respirar hondo para tranquilizarse.

—Prueba —dijo Linda, sabiendo que era algo más que no le iba a gustar y, por la reacción de su prima, parecía que podría ser algo cercano al fin del mundo.

—Me… —comenzó a hablar Celeste, tratando de controlar el llanto que había vuelto—. Él me… convenció de que… sería divertido.

—¿El qué, Celeste? —la apremió, viendo que le costaba expresarlo.

—Solo iba a ser una broma, lo juro.

—¿Qué cosa? —insistió.

—La… serpiente de tu coche —dijo Celeste.

—¿Qué? —preguntó, sin entender. O sin querer entender lo que su prima le estaba diciendo.

—Yo la puse allí.

—¿De qué demonios estás hablando? —Linda sintió cómo la garganta se le secó de repente y una sensación de noqueo la golpeó en la cabeza.

La miró con incredulidad, luego trató de asimilar las palabras en su mente sin casi entender lo que estaba pasando y después se dejó caer en el sillón, echándose hacia delante, al igual que su cabeza. Colocó las manos en la frente, masajeando las sienes, que le comenzaban a doler.

—Te juro que fue una broma, Linda. Lo juro.

—¡¿En serio meter una serpiente cabeza de cobre en mi coche crees que es una broma?! —el tono de Linda subió unos decibelios en esta ocasión. Su prima era una demente.

—Lo sé y lo siento —se disculpó una vez más, llorando.

Linda se levantó del sillón y se apoyó en una de las estanterías, tratando de serenarse porque la abofetearía, era justo lo que más le apetecía hacer en ese momento. Abofetearla y zarandearla.

—¿Qué tienes en la cabeza, Celeste? ¿Broma? ¿En serio? ¡Es una maldita serpiente venenosa!

—Pensé que era una serpiente de leche. Esas no hacen nada.

—¡Por favor! ¿Has pasado la mitad de tu vida en un rancho y no sabes diferenciar una cabeza de cobre de una de leche? ¡No lo creo! Has llegado muy lejos, Celeste.

—¡No lo sabía! —gritó, llorando—. ¡No lo sabía! ¡Él me la dio dentro del saco! ¡Me dijo que solo nos reiríamos un poco! ¡Que tú también te reirías!

—¡¿De quién demonios estás hablando?! ¿Quién es «él»? —Linda no había captado aquel detalle al comienzo de la conversación.

—¡Asher! —confesó.

—¿Y le creíste? ¡Mierda, Celeste! ¡Eres realmente ilusa! —le espetó.

—Lo sé y lo siento, Linda. Te lo juro, lo siento de verdad.

—¡Por supuesto que sí!

Linda paseó por la habitación escuchando los sollozos de su prima de fondo. Trató de respirar hondo, de ordenar sus ideas, de tranquilizarse. Pero solo sentía rabia, y ni siquiera hacia Celeste, que solo había sido una incauta en las manos del cabrón desalmado de su exmarido. ¿Así que la serpiente había sido idea suya? Con razón el reptil estaba ordeñado y tenía menos veneno del habitual. Asher no quería matarla, solo herirla o asustarla. Como mucho, conseguir que estuviera un par de días en el hospital y que se creyera el cuento aquel de que él la protegería y la ayudaría.

—¿Me vas a denunciar? —Celeste formuló la pregunta, temerosa.

Linda se giró para mirarla, sorprendida una vez más.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó, sintiéndose molesta.

—No quiero ir a la cárcel, Linda —Celeste sorbió con la nariz—. No podría resistir allí.

—Y eso es lo que de verdad te preocupa —repitió Linda, asegurándolo ahora, sintiendo que todo aquello de que la quería, que le deseaba lo mejor, que le agradecía que la hubiera acogido en su casa era solo para ablandarla, para que no se lo dijera al sheriff o para encubrirla ante él.

—No, yo…

—¡Maldita sea, Celeste! Esa serpiente mordió a Colt, podría haberle costado la vida, o a mí, o a cualquiera de los cowboys. Y lo único que te importa de verdad es que tu trasero esté a salvo, una vez más.

—No, no, no es cierto —dijo.

—¿De verdad que no?

—¿Por qué no me crees? —se lamentó.

—No lo sé, Celeste. Quizá sea la costumbre, o que te conozco demasiado.

Su prima continuó llorando y ella decidió que necesitaba perderla de vista, al menos de momento. Caminó hacia la puerta con paso firme. Su prima se encogió al verla acercarse, como si temiera o esperase que la abofeteara, y solo Dios sabía las ganas que tenía de ello. Sin embargo, colocó la mano en el pomo de la puerta, la abrió y cerró con un sonoro portazo.

Paseó por el salón del rancho, molesta consigo misma, por no haberse dado cuenta antes de lo que le pasaba a Celeste o de lo que estaba tramando Asher. Estaba harta de aquel cabrón de Asher Granger y de sus estrategias de mierda para hacer que ella se volviera a acercar a él. No quería recuperarla, quería poseerla otra vez. Mantener el control sobre ella ¿Qué parte de la palabra «divorcio» no entendía? Necesitaba hacer algo y dejarle claro aquel punto.

***

Cuando Colt observó a Linda caminar decidida hacia donde tenía su coche aparcado, decidió que era momento de intervenir.

—¡Linda! —la llamó.

—Más tarde —respondió ella, sin prestarle atención, dirigiéndose hacia el coche.

Colt corrió hasta ella. Sabía que estaba molesta y supo que solo podía ser porque Celeste le hubiera contado lo que había hecho.

—¿Dónde vas? —dijo, poniéndose frente a ella para interrumpirle el paso. Por su expresión sabía de sobra que solo podía ir a ver a Asher.

—Voy a salir —trató de esquivarlo.

—En ese caso te acompañaré —dijo, colocándose delante de ella de nuevo.

La mirada de Linda era dura y sabía que su voluntad en ese momento era férrea. Creía no equivocarse en el destino de sus pasos.

—¿Otra vez con la mierda esa de que no puedo ir sola a los sitios? —bramó ella, soltando su enfado con el exmarine.

—Ey, cariño —le habló suavemente.

—¡No trates de ser condescendiente conmigo! ¡Y quítate de mi camino!

—Vamos a respirar y a calmarnos un poco. No estoy tratando de ser nada de eso y lo sabes.

—¿Qué demonios quieres, Colt? ¿Quieres mirar si hay un escorpión en mi coche? Puede que el cabrón de Asher haya convencido a alguien más. Puede que incluso te pueda convencer a ti de ello.

—Vale. Puedo mirarlo, sí.

—Pues míralo y sal de mi camino.

—Sabes que esta no es la forma, ¿verdad?

—Puede que no lo sea, pero estoy harta de que ese hombre trate de jugar con mi vida, con mi rancho, con mi familia y con mis amigos como se le antoje. Necesito que deje en paz todo lo que amo y todo por lo que trabajo. Que me deje en paz a mí, de una vez por todas —Linda soltó todo aquello, quedándose casi sin aliento. Se mostró exhausta de repente. Los ojos le brillaron y Colt supo que era momento de abrazarla.

—Lo sé, cariño —dijo, besándole el pelo—. Pero tú eres más inteligente que él y lo vas a hacer de otra forma. Y yo te voy a

ayudar, porque estamos juntos en esto.

Linda agarró la camisa de Colt con las manos, apretándose contra su cuerpo y se dijo que él era el único refugio con el que contaba en momentos como aquel.

EL PROBLEMA QUE VIENE

Linda se sentía… bueno, realmente ni siquiera podía saber cómo se sentía. ¿Traicionada? ¿Decepcionada? ¿Preocupada?

Respiró hondo, tratando de ordenar sus pensamientos. Estaba en un extremo algo alejado del patio trasero del rancho, allí donde había un roble que databa de la época de los ancestros de los Clayton. Había atardecido hacía rato y dadas las circunstancias del día, y a pesar de las quejas de Sofía, nadie cenó en el rancho.

La casa parecía tranquila, pero era solo eso, apariencia, como ella misma en esos instantes. Nadie que pudiera verla diría que bullían tantas cosas en su interior al mismo tiempo. Se había retirado hasta el banco que estaba bajo el viejo árbol. Su padre solía pensar las estrategias a seguir en tiempos complicados bajo aquellas ramas. En una ocasión, le dijo que, si aquel roble había logrado permanecer allí tantos años, era porque tenía una gran sabiduría para lograrlo y podía compartirla. Era una tontería, porque un árbol solo necesita agua y un clima propicio. Pero lo creyó. Esperaba que el roble también quisiera compartir algo de aquello con la última Clayton, con ella.

—¿Qué tal si tomamos un poco de bourbon? —era la voz de Colt tras ella, que al poco se hizo visible, sentándose a su lado en el banco con la botella del Balmorhea y dos vasos en las manos.

—No parece que haya mucho que celebrar.

—Que seguimos en pie un día más —dijo él, pasándole un vaso —. Cuando estás en los marines en épocas complicadas, en misiones demasiado difíciles para ser ciertas, simplemente el sobrevivir a un

día más y tener la oportunidad de ver otro amanecer, es motivo de celebración suficiente.

—Lo siento —dijo Linda, sintiendo que quizá sus problemas eran mucho más mundanos de los que tenían otras muchas personas, como los marines desplegados en el exterior.

—No importa —Colt sonrió y sirvió un par de dedos de bourbon en cada vaso. Después tapó la botella, la dejó a su lado en el suelo y alzó su vaso—. Por un día más, juntos.

Linda volvió a sentir aquel revoloteo en su estómago. Ahora sí podría ser hambre, no había cenado. Miró a Colt y observó su expresión, tal como le había dicho Scarlett. Chocó el vaso con el de él y bebió un trago.

—Siento lo de hace unas horas —se disculpó Linda—. No sé qué demonios pensaba hacer yendo a casa de esa rata. Gracias por detenerme. También siento haberte hablado como lo hice.

—No tienes por qué disculparte —dijo Colt, aceptando las disculpas a la vez que le quitaba importancia al hecho—. Cuando Celeste me contó lo de la serpiente, yo también lo pensé. La única diferencia era que yo sí sabía qué iba a hacer con él. Pero me contuve.

—Me gustaría tener tu templanza.

—Entrenamiento marine —sonrió él.

—Pues gracias por salvarnos a los dos —Linda meditó otro rato en silencio—. Pensaba que por fin íbamos a tener un poco de tranquilidad, hasta que Celeste entró en el despacho.

—Ya.

—Y lo peor es que no parece que nos vayamos a librar de ese cabrón en mucho tiempo —suspiró—. Un hijo de Asher, ¡Dios!

—¿De qué hablas? —preguntó Colt, fuera de juego.

—El embarazo de Celeste —aclaró ella.

—¿Qué? —Colt frunció el ceño.

—Esa parte no te la ha contado, ¡vaya! Se han estado acostando —le informó.

—¡Mierda! —exclamó Colt—. Es tu prima y no quiero ofenderla, pero…

—Sí, yo tampoco. No sé en qué demonios estaba pensando —suspiró—. Solo me queda la esperanza de que se haga una prueba y no lo esté realmente, que sea una falsa alarma.

—Rogaré por ello. Celeste es…

—¿Caprichosa? ¿Estúpida? ¿Egoísta? —preguntó Linda, dándole varios adjetivos para usar.

—A veces, sí. Pero no creo que sea mala persona.

—No soy miembro de su club de fans justo ahora mismo. Estoy a un paso de echarla a patadas de mi casa.

—Ese tipo solo ha jugado con ella —dijo Colt.

—Sí, lo sé. Pero ella debería tener la suficiente madurez para haberlo evitado. Para decidir qué está bien y qué está mal. Meter una serpiente en el coche de alguien no está bien.

—Tienes razón —dijo Colt, zanjando el asunto.

—No me des la razón para callarme —le pidió.

—Estás enfadada, es mejor no seguir por ahí —reconoció él y ella sonrió, dándose cuenta.

—Lo siento —se lamentó ella.

—No más lo siento, ¿vale? —le pidió Colt—. Ambos sabemos que no ha sido un buen día. Pero seguimos aquí, bajo este bonito roble, en esta agradable noche de primavera, con un Balmorhea en la mano, la mejor compañía y… mañana será otro día.

Colt levantó el vaso hacia ella y Linda lo imitó, chocándolo levemente y bebiendo el líquido ambarino de su interior.

Después, Linda respiró hondo y apoyó la cabeza en el hombro de Colt. Él la rodeó con el brazo y sintió que podría enfrentar un nuevo día.

POSIBILIDADES

Linda miró una vez más a Colt mientras se servía una taza de café y el hombre le devolvió la mirada y añadió una sonrisa al conjunto. Era guapo a rabiar, probablemente el hombre más atractivo que había conocido nunca.

¿Cómo le quedaría el uniforme de piloto? Estaba segura de que lo llevaba entre las pocas pertenencias con las que apareció en Kingfisher hacía ya un par de meses. ¿Hacía tanto tiempo que estaba allí? ¡El tiempo había pasado volando!

—¿Mirándome de nuevo? —bromeó Colt, bajando la vista hacia la taza para añadir un terrón de azúcar.

—Solo me preguntaba por qué tomas azúcar. Pensaba que los marines bebéis el café amargo.

—Creo que ya no soy marine, siento que estoy mutando a cowboy.

—Muchos cowboys también lo beben amargo.

Colt sonrió y ladeó la cabeza para mirar a Linda.

—Puede que sea porque me gustan las cosas dulces —la miró intensamente con un brillo en los ojos que la hizo estremecer. Sabía que no estaba hablando del café.

Dejó la taza sobre la encimera y se acercó hasta la mujer para tomarla de la cintura con una mano y acercarla hasta él. Con la otra le acarició el rostro para terminar con los dedos enredados en el cabello de ella, mientras le sujetaba la cabeza y se miraban a los ojos.

—Eres muy hábil, Colt Sullivan —le dijo Linda, subiendo la mano hacia la mandíbula para tocar la sombra de barba del hombre.

—Puede —la miró a los ojos, verde contra marrón y se acercó a la boca de la mujer lentamente—. Y solo por si te lo sigues preguntando cada vez que me miras: me gustas… y mucho, además.

Después se apoderó de los labios de la mujer y la besó intensamente, arrancándole un gemido que salió desde el fondo de su garganta solo con aquel gesto. Colt le supo a café dulce, a día de trabajo, a rancho, a hogar. Luego él se separó de ella lentamente y sonrió, antes de volver a tomar la taza de café.

Linda carraspeó, aquel hombre tenía la capacidad de aflojarle las piernas o era solo que sabía qué teclas tocar para excitarla.

—Creo que… iré a tomar una ducha —dijo Linda.

—Sí, yo también, además parece que me has indicado sutilmente que es hora de afeitarme.

—No es tan importante si no te apetece.

—No, tienes razón, empiezo a pecar de falta de disciplina.

—También está bien, ¿sabes?

—¿Tener barba o falta de disciplina?

—Un poco de ambas cosas.

Colt volvió a dejar la taza y se acercó a ella de nuevo para besarla en los labios.

—Así que, ¿también te gusta así?

Un carraspeo los interrumpió y se separaron el uno del otro como si fueran dos adolescentes que son pillados haciendo algo malo.

Linda miró hacia quien había emitido el sonido y entrecerró los ojos, fulminándola con la mirada.

—Celeste —dijo Colt.

Linda se giró hacia otro lado, de momento, seguía enfadada con su prima y no había cosa que le apeteciera menos que hablarle.

—Me preguntaba si te importaría mucho escribirme una carta de recomendación. No sé a quién pedírsela y… me gustaría comenzar a buscar trabajo en el pueblo.

—No me importaría escribírtela, exceptuando que nunca te he contratado y puede que no sirva de nada.

—No importa, la mayor parte de las veces piden que haya alguien que avale a esa persona en cierta forma, ya que sería mi primer trabajo. Te prometo que no haré que quedes mal.

—De acuerdo. La tendrás mañana.

—Gracias, Colt —la joven esbozó una sonrisa tímida—. Puede que no merezca que seas tan amable conmigo.

—De nada —dijo el hombre.

Celeste salió de la cocina.

—¿Trabajar? —preguntó Linda cuando supo que Celeste había subido a la planta de arriba y no podía escucharla.

—Eso parece.

—No lo ha hecho nunca.

—Seguro que es buen momento para que comience. Puede que tú también debas escribirle una carta de recomendación.

—No pienso hacer tal cosa —dijo Linda.

—Está tratando de hacer lo que piensa que tú querrías que hiciera, como buscar un empleo para que la perdones.

—O trata de conseguir que no le diga al sheriff que la que puso la serpiente en mi coche fue ella.

—Estás enfadada y lo entiendo —Colt se apoyó contra la encimera y cruzó los pies—. Solo dale el beneficio de la duda, ¿vale?

—Lo estoy haciendo, aunque no lo creas. Si no lo hiciera, te aseguro que la habría sacado de mi casa a patadas.

Colt se acercó a ella.

—Eres una buena persona, Linda Clayton —le dijo, sonriendo cerca de su rostro y mirándola a los ojos.

—Lo único que tiene a su favor es que llevamos la misma sangre. No puedo soportar que me mientan o manipulen.

Colt tragó saliva y algo se turbó en él. Era el recordatorio de que él también le estaba mintiendo desde que la había conocido en persona. Y seguía sin saber cómo iba a salir de aquel embrollo cuando le tuviera que contar quién era en realidad.

—Creo que iré a ducharme —dijo, antes de besarla en la mejilla y abandonar la cocina.

CONSULTAS Y CERTEZAS

Wyatt McCoy llegó al rancho en su camioneta civil, lo que indicaba que aceptaba la invitación que le había hecho Linda en varias ocasiones. Colt lo saludó y le indicó que ella estaría a punto de terminar de cambiarse para cenar y que podía entrar en la casa y esperar en el salón, mientras terminaba con su tarea.

—Quería hablar contigo antes de entrar.

—Si no te importa acompañarme a llevar un depósito de agua a un prado, no tengo inconveniente.

—No, de hecho, será mejor así.

—Pensaba que no venías en misión oficial.

—Y no lo hago, aparentemente —sonrió el hombre.

Subieron a la camioneta y se encaminaron hacia el lugar.

—Tú dirás —Colt bajó del vehículo al llegar, abrió la parte trasera y comenzó a colocar los tablones que harían que el depósito nuevo se deslizara hasta el suelo, con ayuda del sheriff.

—Tengo a uno de los tipos que te dieron la paliza. Lo ha cantado todo.

Colt se detuvo un instante y miró al sheriff, estudiando su gesto, que esperaba una respuesta de su parte.

—Esa es una buena noticia. Supongo que está detenido —dijo al fin.

—Aún no.

—¿No? —Colt frunció el ceño y lo miró fijamente.

—Está trabajando para mí en algo más —aclaró.

—¿Acaso fue la mafia la que me dio la paliza? —dijo el exmarine, sabiendo que no había sido así—. Ayúdame a empujar esto.

El sheriff subió a la parte trasera de la camioneta con Colt y empujaron el depósito, que se deslizó suavemente hasta el suelo.

—No, no fueron ellos.

—¿Y quién fue?

—No estoy seguro de que sea una buena idea el que lo sepas, aún.

—¿Estropearía tu caso?

—Puede.

—¿Entonces para qué demonios me cuentas esto? —dijo Colt molesto, recogiendo las maderas y subiendo a la camioneta para moverla cerca del depósito vacío que cargarían ahora.

—Deferencia profesional, supongo —respondió cuando el hombre se apeó de nuevo mientras ambos colocaban los maderos cerca del depósito vacío.

—De acuerdo —convino Colt—. ¿Y si te digo que estoy bastante convencido de que ha sido obra del exmarido de Linda?

—Que no podría decirte nada al respecto.

—Es decir, que sí. Es él —anunció Colt, entendiendo que podría haber dicho que no, para no alimentar sospechas vanas, pero no lo había hecho.

Colt empujó el depósito haciendo que deslizase por las tablas y subiera a la parte trasera de la camioneta. Wyatt le echó una mano.

—No he dicho tal cosa.

—No ha hecho falta. Ese tipo no es demasiado inteligente. Es predecible. O está muy desesperado.

—Y eso te preocupa —dijo Wyatt.

—Sí. Lo hace. Porque no sé cuál es su motivación real. Y cuando no sabes la motivación real de un hombre, no sabes hasta dónde está dispuesto a llegar. Y eso… es algo peligroso.

Una vez que subieron el depósito a la parte trasera de la camioneta, Colt lanzó la eslinga hacia el otro lado y Wyatt la tensó para sujetarla, mientras que volvían a recoger los tablones de deslizamiento.

***

—¡Wyatt! —dijo Linda, viéndolo entrar en la casa, seguido de Colt. Tendió la mano hacia él para saludarlo—. Me alegra que hayas aceptado mi invitación.

—Decías que querías que viniera de civil para no cogerme manía. Me gusta conservar las amistades —bromeó él y Linda rio.

—Tomaré una ducha rápida antes de cenar —expresó Colt, antes de comenzar a subir las escaleras de la vivienda.

—Yo, mientras, invitaré a Wyatt un aperitivo, ya que no está de servicio —dijo Linda, señalando el camino hacia el despacho. El hombre la siguió.

—Es una de esas pocas veces que puedo tomar un trago y, aunque no soy un gran bebedor, lo agradezco —dijo él, tomando asiento en uno de los sillones.

—Y por eso te voy a ofrecer algo distinto. —Le mostró la botella del bourbon texano.

—Veo que los rumores acerca de que tus pozos escupen petróleo no son falsos —bromeó.

—Aún no, pero espero que lo hagan —dijo Linda, acercándole un vaso del oscuro líquido a la vez que brindaba con él.

—Brindemos por ello —dijo, antes de subir el vaso y dar el primer sorbo, paladeando el licor—. ¡Fantástico!

Linda tomó asiento en el extremo del sofá más cercano al hombre.

—Fue un buen regalo para compartir —convino Linda—. Me preguntaba si podría consultarte algo.

—¿Como sheriff?

—No. Extraoficialmente —sonrió ella—. Recuerda que hoy no estás aquí como agente de la ley.

—Adelante.

—¿Qué podría pasarle a la persona que puso la serpiente en mi coche?

—Es una lesión agravada, acabó mordiendo a Colt. El fiscal podría considerarlo delito grave.

—¿Y eso significaría…?

—Seis meses, un año, hasta cinco en prisión. Pago de multa y gastos médicos. Antecedentes de por vida —le informó el sheriff.

—¿En serio? —Linda se mostró sorprendida con ello.

—Es la ley. Poner una cabeza de cobre deliberadamente en el vehículo de alguien no es una broma. Aunque el juez podría considerar el detalle de que la serpiente estaba ordeñada, lo que sugeriría que la intención no era la de hacer el mayor daño posible. Ahora dime, Linda. ¿Sabes quién lo hizo? Porque si lo sabes, has de decírmelo —el sheriff se echó hacia delante en el sillón y apoyó los antebrazos en las rodillas, sosteniendo el vaso entre las manos.

—Era solo curiosidad.

—Ya —la miró con los ojos entrecerrados.

—Recuerda que estás aquí en calidad de amigo, no de sheriff.

—A veces es difícil separar ambas cosas. Más cuando me haces preguntas de ese calibre.

—De acuerdo —sonrió Linda—. No más preguntas legales. Disfrutemos de la velada.

***

Celeste se quedó blanca al bajar a cenar y ver al sheriff en el comedor del rancho.

—Buenas noches, Celeste —dijo el hombre, sonriendo hacia la mujer.

—Buenas noches, sheriff —Celeste tragó saliva y trató de esbozar una sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó, notándola algo nerviosa.

—Sí, gracias. Yo solo… necesito un momento.

Celeste salió del lugar y se dirigió a la cocina.

—Voy a ver qué le ocurre —dijo Colt esbozando una sonrisa antes de seguirla.

—Discúlpala —dijo Linda, dándose cuenta del motivo de la huida de su prima. El sheriff estaba allí y el hombre la aterraba en esos momentos.

Colt encontró a Celeste apoyada con ambas manos en la encimera de la cocina, luchando por tranquilizarse.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre, sabiendo que no era así.

—Linda me va a entregar —sollozó, mirando al exmarine.

—No, ni mucho menos —se acercó a ella y le retiró las manos para tomarla de las mismas. Estaba helada y le temblaban, como todo su cuerpo lo hacía—. Wyatt solo ha venido a cenar con nosotros.

—Eso es lo que quiere que piense, pero se lo va a decir, ¡le va a decir lo que hice! ¡Voy a ir a la cárcel!

—Celeste, por favor, tranquilízate. No es así. Te prometo que Wyatt solo ha venido a cenar. Lo has visto, no trae su uniforme, solo es un amigo.

—¡Y también es el sheriff!

—Yo soy piloto y ahora mismo no estoy pilotando —le dijo, tratando de hacerle ver otra realidad—. Solo es alguien que ha venido a cenar.

—No puedo, no puedo —dijo Celeste, nerviosa, comenzando a hiperventilar.

—De acuerdo —la calmó Colt—. Sube arriba, diré que te encuentras mal y que no cenarás con nosotros.

—Por favor —le suplicó.

—Claro que sí —le sonrió, tranquilizador—. Nadie te va a hacer nada esta noche.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Coge algo de comer y sube.

—Gracias, Colt, gracias —dijo la mujer, desapareciendo de la estancia, sin pararse a coger absolutamente nada de alimento.

***

—¿Celeste está bien? —preguntó Wyatt, cuando vio regresar a Colt a la mesa.

—Un poco indispuesta. No cenará con nosotros —anunció Colt.

—Lamento oír eso. Es una mujer agradable —admitió el sheriff.

Linda lo miró con interés, captando un matiz en la respuesta, ¿a Wyatt le gustaba su prima?

—Puede que solo esté incubando algo —dijo la dueña del rancho Clayton.

—Creo que estaba muy cansada —añadió Colt.

CONFESIONES

Linda y Colt se despidieron de Wyatt tras una animada y suculenta cena de Sofía. Después, la mujer expresó su deseo de ir a tomar una ducha antes de dormir.

—Ha sido un día largo —dijo Linda en la puerta de su habitación.

—Y que lo digas —convino Colt—. Espero que Celeste haya conseguido tranquilizarse.

—Pasa —Linda abrió la puerta de la habitación, invitando a Colt a entrar. No era una buena idea hablar de lo de su prima en el pasillo—. ¿Qué demonios ha pasado con ella?

—Se ha puesto muy nerviosa al ver a Wyatt. Creía que lo habías invitado para soltar lo de la serpiente en la mesa y que la detuviera allí mismo.

—Tiene un gran concepto de mí —dijo Linda, sonando sarcástica, mientras se deshacía de las botas.

—Estaba aterrada.

—Sí, suele pasar cuando infringes la ley.

—Venga ya, Linda. Los dos sabemos que no eres tan fría.

—No, no lo soy —suspiró—. Pero estoy molesta y decepcionada. Además, me siento traicionada. Y no lo puedo evitar.

—Y a pesar de todo, no harías algo así, no la entregarías al sheriff —aseguró él, apoyando el trasero en el tocador de la habitación.

—No lo sé —dijo, y fue sincera. Era algo contra lo que luchaba: proteger a su prima o tratar de conseguir que Asher pagara por algo de lo que había hecho, ya que el asunto de Travis no iba a ser

sencillo. Él se había metido en demasiados líos cuando era joven para que se tomara en serio su palabra.

—Quieres pillar a Asher —adivinó.

—Sí —suspiró—. Pero ahora no quiero hablar de ese hombre.

—De acuerdo —dijo Colt, mientras la mujer dejaba los pendientes en el tocador. Después la tomó de la mano y la acercó a él—. ¿Estás bien?

—Sí —Linda sonrió al ver los ojos verdes del hombre, preocupado por ella.

—Me iré para que tomes esa ducha y te vayas a dormir pronto —le dijo, mientras le acariciaba el rostro.

—Quédate —le pidió.

Colt esbozó una sonrisa y la miró con cariño. Siempre era un placer dormir con ella. La boca del exmarine buscó los labios de la mujer y el beso se profundizó entre ambos.

—Apesto y necesito esa ducha antes —dijo Linda, interrumpiendo aquel beso.

—No apestas —discrepó él con una sonrisa.

—Oh, sí —rio ella.

—Es una pena —dijo, dejándola ir, mientras veía cómo Linda desabrochaba los botones de la camisa.

—A menos que quieras acompañarme —lo invitó, tras terminar de desabrochar los botones de la camisa, revelando un sostén de color negro bajo ella.

Colt esbozó una lenta sonrisa.

—¿Seguro que eso es lo que quieres? —Algo cambió en la mirada de Colt.

—Estaría bien que alguien me frotase la espalda, solo para variar.

—Solo si prometes hacer lo mismo conmigo —sonrió él.

—Palabra de *girl scout* —dijo Linda, subiendo la mano a modo de promesa, a la vez que veía cómo Colt la miraba fijamente y comenzaba a desabrocharse los botones de la camisa.

—Soy tu hombre.

—Qué poderosas palabras —los ojos de Linda chispearon y Colt le devolvió una sonrisa y una mirada cargada de intenciones.

Linda giró sobre sus talones y de camino al baño se quitó la camisa, abandonándola sobre el respaldo de una silla que había a su paso. Colt escuchó el agua del grifo correr.

Se habían desnudado rápidamente e introducido en la cabina de la ducha, la espalda de Linda estaba contra los azulejos de la pared con el cuerpo de Colt apretándose deliciosamente contra el suyo, a la vez que los labios de ambos se conocían a fondo bajo la fina lluvia de la ducha que caía sobre ellos.

Sentía la urgencia de ambos, pero también ansiaba jugar con él y dilatar el momento. Se separaron con intención de recuperar el aliento y Linda alargó la mano para tomar su esponja y mostrársela a Colt.

El hombre sonrió mientras la miraba con una mezcla de deseo y adoración. Si Linda había pensado antes que era atractivo, bajo el agua de su ducha y con aquella mirada que era capaz de cortarle la respiración, resultaba absolutamente irresistible.

—Supongo que tengo que cumplir mi promesa —dijo Colt, tomando la esponja en su mano.

—Sí —sonrió ella, con picardía.

Alargó la otra para tomar el bote de gel y fue generoso echándolo sobre la esponja. Después le indicó con un gesto a Linda que se diera la vuelta, porque le pensaba enjabonar la espalda y así lo hizo. La mujer respiró hondo, relajándose bajo las manos del exmarine, sintiendo cómo la esponja se deslizaba por toda la espalda.

La pegó a su cuerpo, abrazándola desde atrás, y comenzó a enjabonarle el pecho y el estómago, mientras que Linda descansaba su cabeza en el hueco del cuello del hombre, con los ojos cerrados, disfrutando del momento.

El exmarine pasaba la esponja de una mano a otra y con la contraria le acariciaba la piel expuesta de sus senos, así como sus pezones, erectos, a pesar de la calidez del agua de la ducha y de sus cuerpos. Decidió bajarla hasta su monte de venus y sus dedos jugaron un instante con su zona más sensible, despertando un gemido en ella.

—No hagas trampa, Colt —lo riñó.

El hombre la besó en el cuello y subió la mano hasta el abdomen de la mujer, acariciándolo.

—Me gusta hacerte sentir bien —susurró, besándola en la sien.

—Mi turno —dijo Linda, girándose hacia él a la vez que tomaba la esponja y echaba más gel sobre ella. Le indicó que se diera la vuelta, con una sonrisa en los labios. Subió la mano y le enjabonó la espalda al hombre, pasando por cada centímetro de la misma. Colt era un tipo grande y fuerte, con unos músculos definidos, probablemente provenientes de una buena genética. Amasó sus nalgas con la esponja y sintió ganas de darle un azote. Era un perfecto ejemplar masculino que en esos momentos le pertenecía.

Giró y se puso frente a él, que colocó los brazos a ambos lados de Linda, apoyándose en la pared y bajando su boca para encontrarse con la de ella y besarla.

—No he terminado —se quejó ella cuando sus labios fueron liberados. Él sonrió y continuó mirando la delicadeza y precisión con la que ella le pasaba la esponja por el pecho en esos instantes, bajando por él hasta llegar al lugar donde el deseo se acumulaba de forma potente.

Lo miró a los ojos y tomó toda la amplitud del hombre entre los dedos de su mano derecha. Tocó el extremo y consiguió que él se estremeciera. Sonrió, sintiéndose poderosa y volvió a deslizar la mano de arriba abajo.

—No hagas trampas, Linda —le recriminó, usando la misma frase que ella había usado minutos antes, con la respiración agitada a la vez que apretaba la mandíbula. No podía ser tan dúctil como un adolescente bajo sus dedos. La mujer sonrió.

—Me gusta hacerte sentir bien —respondió, al igual que él había hecho, deslizando una vez más la mano por su amplitud. Los músculos del hombre se tensaron y se dijo que estaba demasiado cerca para continuar con aquello.

—No querrás que esto termine solo así, ¿verdad? —preguntó Colt, tragando saliva.

Linda dejó la esponja en la repisa de la pared para tal fin.

—Hay otras opciones —dijo, pasando las manos por detrás del cuello del hombre, dejando muy claras sus intenciones.

—Mierda, Linda, no me hagas esto.

Tiró de ella hasta quedar debajo de la gran regadera de lluvia de la ducha y el agua cayó sobre ellos, haciendo que el jabón se deslizara por su piel hasta caer al suelo mientras se miraban en silencio a los ojos.

—Quiero sentirte —dijo ella y entrecruzó los dedos detrás de su cuello, diciéndole que estaba preparada.

Colt luchó por hacer lo correcto, por no caer en la tentación, pero no era sencillo cuando tenía delante a la mujer que amaba, que le estaba sugiriendo una locura difícil de rechazar.

Colt la tomó por debajo del trasero y la alzó con facilidad escuchándola reír, feliz de haber logrado su propósito, llevándola hasta la pared para apoyarla e introducirse en ella.

—Gracias —gimió Linda recibiéndolo, sintiéndose plena de repente.

Colt la besó en los labios con dedicación y comenzó una danza rítmica, notando cómo el cuerpo de la mujer se iba tensando a cada embestida. Supo que ella estaba cerca del final. Y él solo necesitaba concentrarse.

El orgasmo le sobrevino como una oleada, llevándola hasta lo más alto, haciéndola temblar y gemir su nombre mientras se aferraba con fuerza al cuello de Colt, que en el último momento salió de ella. La continuaba besando con dedicación en los labios. Él no había terminado y le entristeció saberlo. Abrió los ojos y se topó con una mirada intensa que no mostraba aquello que había pasado.

El hombre le tomó la cara entre las manos, la miró con ternura, le retiró algunos cabellos mojados del rostro y la besó en los labios, haciendo que el cosquilleo de su estómago apareciera de nuevo.

—¿Por qué, Colt? —preguntó—. ¿Por qué no lo has hecho?

El hombre sonrió levemente, pero su rictus no cambió, solo le acarició el rostro con el dorso de un dedo y tragó saliva.

—Porque te quiero —le confesó.

Linda se quedó sin aliento unos instantes, mientras que el cosquilleo de su estómago regresaba. La mirada del hombre era tan evidente y clara que… el corazón le latió con fuerza, pero sintió

temor y vértigo a aquello que estaba sucediendo, a lo que él le acababa de expresar.

—Colt, yo… —comenzó a decir Linda.

El dedo índice del hombre se posó sobre los labios de ella casi al instante, deteniendo sus palabras.

—Shhh. No importa, Linda. Lo sé, y lo entiendo.

Colt sabía que la mujer tenía miedo al futuro, a equivocarse repitiendo errores del pasado y, probablemente, a abrir su corazón. Sin embargo, sabía que lo lograría algún día y se dijo a sí mismo que era un hombre paciente. Linda merecía la espera.

Ahora fue ella la quien de puntillas y lo besó en los labios, sin decir nada. Luego alargó la mano y tomó la esponja de nuevo de la repisa. Comprobó que tenía espuma al apretarla y le sonrió. Quería conseguir que él también se sintiera bien.

EXPLICACIONES

Las primeras luces de la mañana entraban por el ventanal del dormitorio y bañaban el cabello de Linda, esparcido por la cama. Él la observaba en silencio desde hacía varios minutos cuando ella despertó y lo pilló mirándola.

—Buenos días —dijo la mujer, para a continuación estirarse con un breve gruñido de placer—. ¿Mirándome tan temprano?

—Buenos días —Colt sonrió—. Eres muy bonita cuando duermes.

—¿Incluso cuando babeo? —bromeó ella.

—Tú no haces tal cosa.

Colt alargó la mano para tomarla de la cintura y arrastrarla por las sábanas hacia él. Le gustaba sentirla junto a su cuerpo desnudo, piel con piel.

—Esto es tan agradable que podría pasar el día entero aquí. O en la ducha —le dijo con una sonrisa a la vez que acariciaba la espalda del hombre con la mano, recordando lo que había sucedido la noche anterior entre ambos.

—Nunca volveré a pensar en una ducha del modo tradicional —admitió Colt y Linda rio, separándose algo de él para mirarlo con curiosidad.

—Creo que yo tampoco —rio y lo rememoró en su mente. Había sido espontáneo y muy excitante. Su mente también voló al hecho de que Colt había mantenido el control que ella había perdido. En la pregunta que le hizo después y en la respuesta que él le dio «Porque te quiero». Linda tragó saliva y cerró los ojos un instante. La abrasaron aquellas tres palabras. ¿Eran reales? ¿En serio él sentía aquello por ella? ¿Era cierto?

—No lo pienses —dijo Colt, teniendo una idea muy certera de hasta dónde había volado la mente de la mujer. Lo podía sospechar porque su respiración se había agitado. Le tomó la mano y le besó los dedos.

—Solo estoy pensando en que llegaremos tarde si no nos apresuramos. —Desvió el tema y sonrió—. Y es algo que me pone nerviosa.

—Puede que me esté jugando el sueldo si no salgo de aquí ahora mismo —dijo él, divertido, antes de levantarse de la cama.

—¿Tan dura es tu jefa? —bromeó Linda, tratando de recuperar la compostura y el humor que creyó haber perdido por un instante.

Ella también abandonó la cama para dirigirse hacia el armario y elegir las prendas que usaría ese día.

Colt se vistió y antes de marcharse de la habitación se acercó a Linda y la abrazó desde atrás, besándole el cuello.

—No haré nada de lo que te puedas arrepentir —le dijo al oído antes de besarle el cuello por segunda vez y salir de la habitación.

La mano de Linda seguía aferrando el pomo de la puerta del armario mientras miraba hacia el lugar por el que Colt había abandonado la estancia.

Comprendió ahora el motivo por el que él se había apartado en la ducha. Había pensado en ella incluso cuando ella había dejado de hacerlo, presa del deseo del momento. Evitando que cometiera un error como el que la propia Celeste había cometido. El corazón le latió fuerte en el pecho; aquel hombre era demasiado bueno para ser real.

***

—¿Ocurre algo? —preguntó Colt tras observar a Celeste detenida frente a la puerta del despacho del rancho esa tarde.

—Nada —dijo ella. La realidad era que esperaba hallar el valor para entrar y hablar con su prima.

—Bien. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café? Voy a por uno.

—No —dijo Celeste—. Pero te acompaño.

Ambos se dirigieron hacia la cocina. Colt tomó una taza del armario y la llenó con café de la jarra. Colocó un terrón de azúcar dentro y lo removió con una cucharilla que sacó de un cajón. La observó mirándolo, mientras fruncía el ceño.

—Sí, ya sé que los marines y los cowboys suelen tomar el café amargo —expuso él.

—Es raro, sí.

—Prefiero mi café dulce —dijo, recordando que, aunque parecían tan distintas y lo eran, cabía recordar que por las venas de Linda y Celeste corría casi la misma sangre.

—Da igual —restó importancia la mujer—. Quería agradecerte tu carta de recomendación. He conseguido un empleo a media jornada en una tienda del pueblo. No es mucho, pero creo que podré hacerlo.

—Está muy bien, ¡felicidades!

—Gracias. Por algún lado tenía que comenzar, ¿verdad?

Celeste guardó silencio. Había algo que quería decir, pero no sabía cómo.

—¿Se lo has contado a tu prima? —preguntó él.

—Sigue sin hablarme. ¿Crees que conseguiré que me perdone?

—Dale tiempo.

—Ya —respondió, algo decepcionada. La paciencia no era una de sus virtudes.

—¿Por qué no intentas hablar algo con ella ahora? Está en el despacho, aunque creo que ya lo sabías.

***

Linda apoyó en sus labios el extremo del lápiz que tenía en la mano. No había podido concentrarse en la tarea de hacer el pedido de recambios que necesitaba para poner a punto la cosechadora. Seguía pensando en la conversación con Scarlett acerca de que observara a Colt para que se diera cuenta de que él estaba enamorado.

Regresó a su memoria aquel «te quiero» que le dijo él tras hacer el amor en la ducha. Recordó al exmarine mirándola, y el hecho de que se hubiera retirado a tiempo para no ponerla en una situación difícil.

Demasiados indicios que conducían hacia el mismo lugar: Scarlett podía estar en lo cierto. Aunque, si lo pensaba bien, un «te quiero» no era un «te amo». El problema era que no solo se trataba de él, sino también de ella. Se preguntó si podría confiar en alguien de nuevo. Si podría confiar tanto en Colt. Se removió, incómoda de repente, en el sillón del escritorio.

Sacudió la cabeza de todos aquellos pensamientos y decidió centrarse en la pantalla del ordenador. Abrió el navegador y terminó en la bandeja principal del correo electrónico. Buscó «Charlie Sierra».

Allí estaba, el último correo que el marine le había escrito días después de dejarla plantada en Oklahoma City. Aparecía como leído porque Scarlett lo había hecho por ella. Acarició el ratón y pasó por encima del mensaje, antes de hacer clic.

De: Charlie Sierra
Asunto: Lo siento tanto, Linda

Querida Linda:

Sé que probablemente estás muy enfadada y lo comprendo si así es.

Te prometo de todo corazón que habría querido estar contigo en Oklahoma City, darte las flores que te había comprado y haber compartido una agradable cena juntos.

Pero ese día, las cosas se complicaron en el último momento y sucedió algo que me impidió llegar hasta ti o tan siquiera avisarte de mi ausencia hasta ahora.

Sabes cómo es mi vida y que, desgraciadamente por el momento, no puedo contarte el motivo de lo sucedido. Pero te prometo que, si me das una oportunidad más adelante, lo haré. Tendrás todas y cada una de las explicaciones y tendremos la cita que nos merecemos.

Tuyo, siempre.
C. S.

Unos nudillos tocaron a la puerta, cerró el correo electrónico y carraspeó.

—¡Adelante! —dijo, esperando ver quién aparecía en la estancia.

—Hola —dijo Celeste, entrando en la habitación. Cerró la puerta y se colocó a un lado de la misma.

—¿Qué deseas? —preguntó en un tono cortante.

—Yo… quería decirte algo.

—No tengo todo el día —la apremió, volviendo a ser cortante.

—Sí, lo siento —se disculpó, bajando la cabeza—. He… conseguido un trabajo.

—Bien —dijo la mujer. Si Celeste esperaba que la felicitase, aquel no iba a ser el día.

—Voy a tratar de ser más austera en mis gastos.

—Genial —volvió a usar una sola palabra, con un tono que no denotaba demasiada amabilidad.

Celeste guardó silencio durante cerca de medio minuto.

—¿Eso es todo? —preguntó Linda, viendo que su prima no abandonaba el lugar.

Celeste carraspeó y se puso visiblemente nerviosa.

—¿Has decidido si le vas a contar lo de la serpiente al sheriff? —preguntó temerosa, con un ligero temblor en la voz.

—Aún no he decidido qué voy a hacer contigo —volvió a sonar seca.

—Yo… —Celeste tragó saliva— sé que odias a Asher. Si… crees que contando lo que hice ayudará a que pague por ello, estoy dispuesta. Y… estoy dispuesta a asumir las consecuencias que me correspondan.

Linda quedó sorprendida por las palabras de la otra mujer, que no la miraba directamente a los ojos desde hacía semanas.

—Lo valoraré —respondió, suavizando el tono en esta ocasión.

—Gracias —dijo Celeste, volviendo a quedar en silencio unos segundos.

—¿Algo más?

—No, es todo —dijo la más joven de las dos Clayton, girándose para volver a coger el pomo de la puerta con la mano y abrirla—. Sé que no lo he dicho nunca, pero te quiero, prima.

A continuación, la puerta se abrió tan rápidamente y Celeste se fue a tal velocidad que Linda no tuvo tiempo de reaccionar; solo alcanzó a quedarse mirando la puerta ya cerrada.

Tenía que reconocer que Colt tenía razón y que Celeste se mostraba arrepentida. Parecía haber cambiado. Al menos se había tomado la molestia de conseguir un trabajo. Ahora solo hacía falta que durara lo suficiente en él y que se cortara en sus habituales y elevados gastos mensuales, porque sobrepasaban el fideicomiso que le había dejado su tío en herencia.

AMIGA Y ENEMIGO

Colt había torcido el gesto cuando Linda le dijo que iría al pueblo y que esta vez quería ir sola, porque había quedado a almorzar con Scarlett. El hombre apretó la mandíbula unos instantes, la miró con preocupación y sopesó los riesgos. Supo que no le hacía gracia, pero se tragó lo que fuera que tuviera que tragarse y le deseó que se lo pasara bien, aunque por precaución le pidió que tuviera el teléfono del sheriff en marcación rápida. Ella había puesto los ojos en blanco, pero entendió su preocupación, más después de los últimos acontecimientos.

—¡Scarly! —la saludó cuando la otra mujer entró en The Shed y se colocó al lado de la mesa.

—Linda —sonrió esta y la besó en la mejilla—. Estás resplandeciente. ¿Una buena noche de sexo?

—¡Scarlett! —se quejó Linda—. ¿Acaso yo te hago ese tipo de preguntas?

—Porque no quieres. Yo estaría encantada de contártelo.

—No me cabe duda alguna.

—Como no lo has negado, deduzco que sí —rio su amiga, tomando la carta entre sus manos para ver qué le apetecía comer ese día.

Linda la imitó, hizo su elección y la camarera se acercó para tomarles nota del pedido.

—¿Sales con alguien? —preguntó Linda, notando algo distinto en su amiga.

—No sé si se podría definir salir —dudó.

—De acuerdo, te estás acostando con alguien —dijo Linda, acertando en ello.

—¿Desde cuándo me haces tú este tipo de preguntas? —se mostró pensativa, entrecerró los ojos y se colocó un dedo en la barbilla dándose toquecitos con él.

—Tú me preguntas, yo te pregunto. Creo que es ser ecuánime.

—No —dijo segura de ello—. Lo haces desde que no quieres que te pregunte si ya te has dado cuenta de que Colt besa el suelo por donde pisas. Y no exclames de nuevo eso de «Scarly» con cara de fastidio.

La camarera volvió diligentemente a la mesa y dejó el pedido delante de ellas.

Linda miró por encima de la comida a su amiga y guardó silencio, mientras cortaba un trozo de su filete empanado y se lo introducía en la boca.

—Me ha dicho que me quiere —admitió Linda después de masticar y tragar el trozo de carne.

—¡No! —el de Scarlett quedó suspendido en el aire a medio camino de la boca, mientras ella permanecía con una amplia sonrisa en los labios—. ¡Está enamorado! ¡Hasta el último centímetro de ese cuerpo bien esculpido que tiene!

—Técnicamente solo es un «te quiero», no es un «te amo» —Linda trató de quitarle importancia al asunto. Por un lado, había deseado contárselo a su amiga, pero por el otro, sentía vértigo de nuevo al ver cómo Scarlett le daba todo aquel crédito a las dos palabras del hombre—. Es algo así como «te aprecio» y esas cosas.

—Cada uno se engaña como quiere —dijo Scarlett, masticando un trozo de su filete.

—Celeste también me dijo ayer que me quería. Y nunca antes lo había hecho.

—Bueno, esto también resulta sorprendente y probablemente me gustará que hablemos de ello después, pero no vamos a obviar que Colt te ha dicho esas dos poderosas palabras y no es en el mismo contexto que lo ha hecho tu prima.

—Es algo un poco ambiguo, ¿no crees? —meditó Linda.

—¿Ambiguo? —Scarlett frunció el ceño.

—Bueno, es decir… Colt me ha dicho con anterioridad que ha sido muy importante para él el encontrar un sitio en el rancho después de los marines y de la pérdida de su compañero.

—Sí, claro, Linda —sonó sarcástica.

Ambas mujeres continuaron comiendo en silencio durante unos minutos. Linda se dijo que no tenía por qué engañar a su amiga y, de paso, engañarse a sí misma.

—No sé si estoy preparada para algo así, Scarly —habló, abriendo su corazón.

—Lo sé, aunque tú trates de engañarte, conmigo no lo haces. Colt está moviendo todos tus cimientos.

—¿Tú crees? —preguntó, quizá buscando una confirmación que ella no se atrevía a hacerse a sí misma.

Linda dejó los cubiertos y se mostró pensativa. Se llevó la mano inconscientemente al abdomen.

—¿Mariposas en el estómago, Linda? —Scarlett la estaba observando con una sonrisa maliciosa.

Ella retiró la mano del lugar.

—¿Te han dicho alguna vez que eres terrible? —sonrió Linda.

—Solo unas pocas —rio la mujer y continuaron comiendo. Después, compartieron un trozo de tarta de nueces pecanas con sendos cafés.

—He leído el correo de Charlie Sierra —dijo, un par de minutos después.

—¿Te ha vuelto a escribir? —Scarlett se puso nerviosa.

Linda negó con la cabeza.

—El que me escribió después de dejarme plantada en la que iba a ser nuestra primera cita —aclaró—. Tú lo leíste.

—¿Y? ¿Qué opinas? —preguntó Scarlett cogiendo un poco de espuma del café con la cuchara.

—No sé —se encogió de hombros y miró el contenido de su taza —. Es curioso cómo un pequeño hecho lo cambia todo.

—¿Sigues recordando a Charlie?

—No —suspiró—. Bueno, de vez en cuando sí. Pero… creo que ya no es importante.

—No es importante, pero decidiste leer su último correo.

—Sí.

—¿Por qué?

Linda tardó unos segundos en contestar.

—No lo sé —Linda quedó pensativa un momento, mientras su amiga esperaba algo más—. Supongo que quería ver si necesitaba su explicación.

—¿La necesitabas?

—No.

Scarlett la miró durante unos instantes en silencio.

—Cariño, no estabas leyendo ese correo por Charlie. Lo leías por Colt.

Linda arrugó el entrecejo.

—¿Leer el mail de Charlie por él? —sonrió, incrédula—. Otras personas dirían que sigo pensando en él.

—Otras personas ven extraterrestres el Cuatro de Julio, cielo. Tú estás tratando de entender qué sientes por Colt.

—¿En serio?

—Me lo preguntas, pero lo sabes. Solo que ahora él te ha dicho esas dos poderosas palabras y tú no sabes qué hacer con ellas.

—Es… posible —admitió, tras unos segundos.

—Colt es el bueno, Linda. Tú ya lo sabes —le sonrió con cariño —. Date la oportunidad de ser feliz.

La mujer tragó saliva y se tocó inconscientemente de nuevo el abdomen. Puede que no fuera una indigestión por el filete empanado que habían almorzado; puede que fuera algo más.

—Colt Sullivan las puso ahí —zanjó Scarlett al ver el gesto de su amiga.

Linda se sintió más ligera después de almorzar con Scarlett. Puede que fuera cierto y estuviera comenzando a sentir algo por el exmarine que había aparecido en el pueblo hacía un par de meses. Decidió aprovechar la visita en libertad al pueblo y compró productos de perfumería. También decidió que era el momento de renovar sus prendas de lencería. Además, ahora había alguien en su vida que las iba a ver. Sonrió con aquella idea y, de nuevo, se volvió a sentir bien mientras entraba en la tienda de ropa local.

—Te sienta bien convertirte en una productora de petróleo de Oklahoma —escuchó la voz de su exmarido mientras caminaba por la calle principal de Kingfisher.

Linda se detuvo y giró hacia él, sorprendida.

—Asher —lo saludó, esbozando una mueca que trataba de imitar a una sonrisa.

—¡Vaya! Parece que no te alegras demasiado de verme —observó el ranchero.

—Puede que tenga algunos motivos —Linda subió una de sus cejas.

—Si es por lo de Travis —Asher chasqueó la lengua—. Ese muchacho nunca cambió, igual de mentiroso que siempre.

—Ese hombre llevaba más de veinte años cumpliendo con su trabajo sin una sola queja —rebatió ella.

—Hasta que apareció el exmarine por tu rancho. Y se dio cuenta de que no te iba a conseguir para él —Asher esbozó la sonrisa de quien sabe cosas que la otra persona no.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó Linda, mientras a Asher le brillaban los ojos con la satisfacción de quien cree saber algo que el otro ignora.

—Linda, Linda… —dejó caer, mostrando condescendencia—. ¿Nunca te diste cuenta de que a Travis le gustabas?

—¿Qué diantres…? —preguntó Linda, confusa con las palabras de Asher.

—Sí, cariño. A Travis Boone se la ponías dura.

—Eres un… —dijo, molesta por la insinuación que había hecho sobre uno de sus trabajadores más antiguos del rancho.

—¡Cuidado! Eres una señorita —la interrumpió—. No querrás que nadie te oiga imprecar en la calle principal del pueblo.

—Me tiene sin cuidado el que me oigan, Asher. Eso que has dicho es realmente asqueroso.

—Califícalo como mejor te plazca, pero no deja de ser cierto. Ya sabes lo que dicen: el último en enterarse es siempre el protagonista de la historia.

—Excepto tú. Tú siempre te enteras antes de todo.

—La información es poder —sonrió—. Siempre es bueno hacer negocios sabiendo las cartas que tienen tus oponentes antes de sentarse a la mesa.

—Sí, eso parece que se te da muy bien.

—Exacto. Volviendo al asunto de los pozos de petróleo —recondujo la conversación—, quiero que sepas que, a pesar de lo que hayas negociado, siempre podemos pedir más por ellos.

—¿Podemos? —Linda subió una ceja, sorprendida por su atrevimiento.

—Yo te ayudaría a conseguir el máximo. Sé cómo hacerlo, créeme.

—No lo dudo. Yo también sé cómo hacerlo —sonrió, satisfecha —. De hecho, ya lo hice. Tengo un contrato del veinticinco por ciento con Cimarron Oil.

—¡Buena chica! —exclamó con una sonrisa que Linda supo era impostada. Apostó a que él pretendía llevarse algún porcentaje por su ayuda.

—Yo también sé hacer algunas cosas por mí misma, ¿sabes?

—Nunca he dudado de tu valía. Sé que eres muy especial —dijo, tratando de sonar encantador, mientras a ella se le ponían los pelos de punta.

—Si me disculpas, creo que me esperan en el rancho —trató de deshacerse de forma educada de Asher, aunque le encantaría decirle que sabía que estaba detrás de lo de Travis, de lo de la serpiente y de la paliza de Colt. Tendría que morderse la lengua por el momento si no quería estropear la investigación del sheriff. La recompensa podría ser muy satisfactoria si ella se tragaba todo aquello.

—¿Ese tío? ¿Colt? —preguntó con un tono de desagrado que no le pasó desapercibido e hizo que se girase hacia él de nuevo.

—Sí —sonrió—. Colt.

—¿Te acuestas con él?

«¿Y tú con mi prima?» quiso preguntarle para dejarlo asombrado, pero se contuvo. Tampoco quería que pensara que estaba celosa, porque no era cierto.

—No te incumbe.

—Lo haces —aseguró—. Apuesto a que ese tío no se acostó contigo hasta el día en el que le dijiste que los pozos tenían petróleo. Porque eso es lo que busca de ti. Dinero.

—Sí, bueno. Eso ya me lo has dicho otro día —desestimó ella.

—Porque conozco muy bien a los tipos como él —dijo, mostrándose convencido de ello.

—Ve a la oficina del sheriff y se lo cuentas.

—No dejes el efectivo a su alcance, ni tu chequera —le recomendó Asher.

—Mira, Asher —se encaró hacia él—. Me pienso acostar con quien me dé la gana, porque soy una mujer libre. Y me dan igual tus opiniones sobre con quién me acuesto. Quizá debieras preocuparte de con quién lo haces tú.

Asher se mostró sorprendido durante un instante; ella parecía demasiado segura de lo que estaba diciendo. ¿Sabría lo suyo con Celeste? No, no era posible. De haberlo sabido se lo habría escupido a la cara. El hombre sonrió durante una fracción de segundo y después dio un paso hacia ella.

—¿Te lo pasas mejor con él que conmigo? —La agarró de la cintura en un gesto violento y la acercó contra su cuerpo. Algunas de las bolsas que llevaba en las manos se cayeron al suelo.

—Vete a la mierda, Asher —le dijo, con una mirada que podría desintegrarlo.

—¿Lo haces? —La apretó un poco más contra él, buscando una respuesta.

Linda soltó el resto de bolsas que tenía en la mano, se revolvió y se liberó del hombre, propinándole una sonora bofetada.

Asher sonrió maliciosamente.

—Siempre me ha excitado tu carácter —le dijo.

Linda pensaba contestarle con algo poco amable, pero un carraspeo los interrumpió y ambos miraron hacia el recién llegado; el sheriff McCoy.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—No ha pasado nada —se apresuró a contestar Asher.

—¿Linda? —preguntó el sheriff dirigiéndose hacia la mujer.

—Sí, sheriff. Va todo bien. Gracias.

El sheriff se agachó para recoger las bolsas de la compra de Linda y ofrecérselas. Linda le sonrió, agradecida.

—Señorita Clayton, si no le importa acompañarme. Tengo un par de preguntas acerca del incidente de la serpiente —dijo, observando la reacción de Asher, que permaneció impertérrito.

—Claro, sheriff —dijo, colocándose a su lado.

—Granger —se despidió el hombre.

—Sheriff —contestó el otro—. Linda.

La mujer hizo caso omiso al saludo y comenzó a caminar al lado del sheriff en dirección al vehículo del representante de la ley.

ENAMORADOS

Linda no pensaba contar que se había cruzado con Asher en el pueblo. Estaba segura de que sus dos guardaespaldas, Colt y Jacob, pondrían el grito en el cielo al enterarse y se lamentarían de no haber estado con ella.

Ella se bastaba sola para poder con el imbécil de su exmarido. Solo había algo que le preocupaba de ese último encuentro: las cosas se habían puesto demasiado tensas con Asher y a la vista estaba que le molestaba especialmente su relación con Colt. ¡Incluso le había preguntado si se lo pasaba mejor en la cama que con él! ¡Cabrón engreído! ¡Por supuesto que lo hacía! Pero eso era algo que solo le concernía a ella.

No obstante, no le había gustado aquella muestra de posesión que había tenido justo antes de llegar el sheriff. Asher podía ser muchas cosas, probablemente pocas de ellas eran buenas, pero jamás la había tratado así, ni siquiera cuando le planteó el divorcio o lo hicieron efectivo. Al contrario, siempre había sido amable, aunque fuera afilado y malicioso. Ahora se mostraba más manipulador que nunca y trataba de sembrar la duda sobre la gente que le importaba. Y también había resultado algo… violento. ¿Podría ser que estuviera desesperado? ¿Qué sintiera que estaba acorralado por algún motivo? A pesar de que había mostrado una frialdad manifiesta cuando el sheriff mencionó el asunto de la serpiente. Linda no podía evitar preguntarse qué había cambiado.

—¿Puedo preguntarte algo? —habló Linda a su capataz mientras descabalgaban, habían estado cercando el próximo lugar donde

rotarían al ganado. Y Colt se había quedado rezagado comprobando algunas cosas.

Jacob frunció el ceño.

—Siempre me preguntas cosas sin preguntarme si puedes hacerlo. ¿Qué es lo que ocurre?

—No quiero una charla —le advirtió.

—Significa que crees que podría darla.

—Sí, pero me sé todo lo que vas a decir al respecto.

—Dispara.

—Asher me ha dicho que Travis…

—¿Dónde has visto a ese capullo? —preguntó Jacob, sin dejarla terminar.

—Lo has prometido —Linda subió un dedo en clara advertencia.

—No he prometido una mierda y no me gusta que te veas con el capullo de Asher —dijo, molesto mientras Linda ponía los ojos en blanco.

—Lo encontré en el pueblo después de almorzar con Scarly.

—Da igual, no me gusta.

—Sí, vale —dijo, cansada—. El asunto es que me dijo algo absurdo, pero no puedo dejar de pensar en ello, porque he estado recordando lo que me dijo Travis en el hospital y… me siento confusa.

—Sácame de dudas —le pidió.

—Asher afirma que Travis tenía sentimientos hacia mí —le dijo.

Jacob guardó silencio y apretó la mandíbula. Le bajó las riendas a su montura y caminó hacia las caballerizas con el caballo de la mano.

—¿Y eso se supone que importa por qué? —preguntó Jacob al llegar al interior del edificio.

—Motivación para lo que hizo —dijo Linda.

—Más bien, motivación para no hacerlo —aseguró Jacob, dándole a entender que era verdad.

—¡Mierda, Jacob! —exclamó Linda en voz baja.

—Hacía años que le gustabas —afirmó el hombre, mientras aflojaba la cincha de la silla de montar.

—Él nunca me dijo nada.

—Puedes llegar a intimidar —sonrió su capataz.

—Me siento un poco… mal por Travis —dijo Linda.

—No lo hagas. Te ha traicionado, Linda. Manipuló los frenos de tu coche, por dinero —Jacob no lo perdonaría tan fácil.

—Lo sé —admitió ella—. Aunque no llegó a cobrarlo.

—O eso es lo que dice él.

—Asher no nombró ningún dinero. Me vino a decir que Travis lo hizo por la presencia de Colt en el rancho, viendo que no tenía ninguna oportunidad conmigo.

Jacob volvió a torcer el gesto. Linda lo miró, esperando que le ofreciera una nueva explicación.

—O puede que lo hiciera pensando que Colt iba a coger tu coche —añadió el capataz.

—¿Se llevaban mal?

—Travis no soportaba a Colt. Ahora sabes el motivo, así que no me pareció que debía darle mayor importancia.

—Colt nunca ha dicho nada.

—Colt no se quejaría, menos contigo. Es demasiado discreto.

El susodicho entró en las caballerizas con *Ranger* de las riendas y cara de pocos amigos antes de dirigirse a ella.

—¿Por qué me tengo que enterar por otra persona que has tenido una discusión bastante fea con Asher en la calle principal de Kingfisher? —Colt trataba de mantener un tono neutro y calmado, pero no le estaba saliendo demasiado bien. Por primera vez desde que lo conocía, parecía realmente molesto.

—¿Quizá porque quería evitar justo esto? —preguntó Linda y miró a Jacob buscando un apoyo que no halló.

—¿Una discusión? —preguntó el capataz cruzándose de brazos, mientras la miraba con el ceño fruncido.

—No vas a volver a salir del rancho sola —aseguró Colt.

—¿Perdona? —ahora la que subió el tono fue ella.

—Ya lo has oído —dijo Colt.

Linda entrecerró los ojos y su mirada destiló fuego.

—Soy una mujer libre que sale sola de su casa cuando le place.

—No mientras ese malnacido siga libre o cerca. ¿Si no aparece Wyatt, qué habría pasado, Linda?

—¡Así que ha sido el sheriff quien te ha venido con el cuento! No esperaba que McCoy fuera tan cotilla.

—Está preocupado por ti y yo también, maldita sea. Te tenía retenida —rebatió él.

—No es cierto. ¿Y no te ha contado Wyatt que me sé defender perfectamente? Estás utilizando un argumento retrógrado.

—Físicamente él es muy superior a ti, y eso no es machista, es un hecho objetivo. Por no hablar de que podría ir armado o tiene siempre a esos… guardaespaldas cerca. No es seguro.

—Chicos —intervino Jacob tratando de poner cordura—. Linda, sabes que Colt tiene razón.

—¡Y yo sé cómo tratar al imbécil de Asher! —se defendió ella.

—Esto se está volviendo peligroso. Ya no son solo bravuconerías y no puedes manejarlo —opinó Jacob.

—¡No lo entiende! —se lamentó Colt hacia él.

—¡No hables de mí como si no estuviera presente!

—Pues no seas tan tozuda, Linda Clayton —le pidió.

—Es mi casa y mi vida, Colt.

—Sí, es tu vida, una vida que trato de salvar.

—No te he pedido que hagas tal cosa.

—No, claro. Eres demasiado orgullosa para ello.

—Llevo años cuidando de mí misma.

—Pues no se te dio demasiado bien cuando te casaste con ese capullo de Granger.

Linda lo miró, furibunda. Aquello dolía.

—No eres quien para opinar sobre las decisiones que he tomado en mi vida.

—¿En serio no soy nadie? —Colt apretó la mandíbula.

Linda supo que se había equivocado y por una fracción de segundo quiso no haberlo dicho, pero estaba molesta y quería darle de su propia medicina.

—Un par de meses por aquí no te dan derecho a…

—¡Chicos! —intervino Jacob, apaciguando las aguas. Lejos de llegar a un entendimiento, las cosas se estaban poniendo tensas entre Linda y Colt. Entendía que al igual que él, el otro hombre

estaba preocupado por la seguridad de Linda, pero eso ella, en ese momento, no podía verlo. Sentía su independencia atacada.

—Creo que iré… a… —comenzó a decir Colt sin saber a dónde exactamente necesitaba ir, pero lo que sabía era que no podía continuar discutiendo con Linda.

—Sí, es buena idea que vayas y respires un poco —lo animó Jacob—. Yo me ocuparé de *Ranger*.

—Gracias —Colt esbozó una mueca parecida a una sonrisa de agradecimiento hacia el capataz mientras que Linda seguía fulminándolo con la mirada hasta que salió de las caballerizas.

—Mejor así —dijo Linda, ocupándose de aflojarle la cincha a su yegua antes de quitarle la silla de montar.

Jacob apretó los labios y se dijo que le daría un poco de espacio a su jefa mientras dejaban a los caballos preparados antes de cenar. Si es que conseguía que las aguas se calmaran de cara a la cena.

—Colt está preocupado —dijo Jacob, rato después.

—No tiene por qué —desestimó ella.

—Te han disparado, envenenado vacas, robado alfalfa, tus frenos fueron manipulados, pusieron una serpiente en tu coche… Creo que razones no le faltan para estarlo. Yo también lo estoy.

—Tú no has sido tan… machista como él.

—Yo opino exactamente igual que él. Y perdóname si el tratar de que no te ocurra nada más te suena a machismo o a control.

Linda respiró hondo y cerró los ojos, apoyándose en un lateral de las caballerizas.

—¿Qué es lo que pasa, Linda? —volvió a hablar Jacob.

—Asher tenía razón en lo de Travis. Y… si te soy sincera, ya no sé de quién fiarme.

—¿Estás desconfiando de Colt? —se alarmó el capataz.

—No. No es eso, es… —Linda sacudió aquella idea de su mente. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Le iba a dar crédito a Asher en aquello? No, no podía ser.

—Bien, porque te recuerdo que ese tío se llevó un tiro por ti y sacó una serpiente de tu coche, por no hablar de que también

recibió una paliza en la que le decían que se alejara de este rancho y de ti —Jacob sonó duro.

—Lo sé, ¡mierda! —Linda se deshizo de los guantes de un tirón y los sacudió con violencia contra la pared, antes de introducirlos en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

***

Linda se encerró en el dormitorio, tenía mucho en lo que pensar. Lo primero de todo era en cómo, aun a sabiendas de la naturaleza de Asher, había dado crédito a las sospechas sobre Colt. Sobre lo de Travis había acertado, pero no tenía nada que ver. El problema era ella; tenía miedo a sentir por el exmarine.

Suspiró y caminó por la estancia hasta la ventana.

Cuando Colt le había dicho que no volvería a salir sola de casa sintió control, no protección. Y ahora, pensándolo más fríamente, sabía que el hombre no trataba de controlarla, solo de protegerla. Y ella se lo pagaba de aquella forma.

Necesitaba respirar y supuso que todos estarían dormidos a aquellas alturas de la noche. Salió al porche trasero de la casa y se sentó en los escalones, cogiendo todo el aire que pudo en sus pulmones para exhalarlo lentamente. Al día siguiente tendría que disculparse.

Linda escuchó a alguien toser y se levantó. El eco de aquel sonido la llevó hasta el anciano roble del patio trasero. Colt estaba sentado en el banco, observándolo.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó él girándose hacia ella, para mirarla. Había detectado su presencia, como muchas otras veces.

Linda sintió un vuelco instantáneo en el estómago. ¿Quería que se fuera? ¿Para siempre? Dos segundos después, tragó saliva y supo que realmente se refería a irse del banco y dejarla a solas. Después de todo, era su banco, su roble, su patio y su rancho.

—No —respondió, escueta.

Colt se volvió a girar hacia el árbol y lo siguió observando. Linda se sentó a su lado y permanecieron en silencio largo rato.

—Siento haber insinuado aquello de tu matrimonio con Asher —dijo Colt, rompiendo el silencio.

—Ya —dijo Linda como toda respuesta.

El silencio se hizo espeso de nuevo entre ambos.

—Puede que sea difícil de entender —comenzó de nuevo Colt—. Pero, perdí a mi compañero en Siria y si hay algo que tengo claro es que no quiero perder a nadie más, mucho menos a ti. Porque, no sé si podría soportarlo.

La mujer oyó lo que creyó un suspiro salir de los labios de Colt, a la vez que dolor real en sus palabras. Lo creía y se maldijo por haber permitido que Asher la manipulara en contra de él. El exmarine cargaba con algo pesado en su interior.

—Siento… todo lo que dije —susurró ella.

—Creo que eres una mujer muy valiente, Linda.

—Con un gusto pésimo para los maridos —sonrió, tratando de quitarle hierro al asunto.

—Solo con el primero —respondió él.

Guardaron silencio de nuevo.

—Sí que eres alguien importante en este rancho, Colt. Siento haber insinuado lo contrario.

—No quiero ser alguien importante en el rancho —desestimó él.

—¿No? —Linda frunció el ceño, pensando si quizá su ofensa había causado más daños en el exmarine.

Colt tragó saliva, se levantó del asiento para acercarse al roble y tocar su tronco. La miró de nuevo, mientras ella, expectante, contenía la respiración, temiendo haber perdido su confianza.

—Quiero ser alguien importante para ti, Linda —confesó.

El cosquilleo volvió a aparecer en el estómago de la mujer y escuchó la voz de Scarlett en su mente diciéndole «él las puso ahí». No sabía qué responder. Colt no le sostuvo más la mirada, se lo veía turbado y volvió a colocar la mano sobre la corteza del roble, fijando su atención en él.

—Ya lo eres —respondió Linda después de guardar silencio unos instantes, levantándose del banco para acercarse y colocarse frente a él. Levantó la mano y la colocó sobre el pecho del hombre, allí donde sabía que estaba su corazón.

Colt dejó al roble de lado y la miró, colocando a su vez la mano sobre la de ella. La mujer se acercó a él, que la acogió en su pecho

y aspiró el aroma de la fragancia amaderada que solía usar y que se había convertido, casi sin darse cuenta, en el olor del hogar.

DULCE Y AMARGO

Colt y Linda estaban en la cama, el despertador acababa de sonar, ellos se habían dado los buenos días y permanecían ahora en silencio, observándose mutuamente. El exmarine alargó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—Me casé porque… creo que me sentía sola —dijo ella de repente, sintiendo que quería compartir aquello con él—. Mi padre acababa de morir, había discutido con mi madre porque quería que vendiera el rancho e irnos a vivir a Florida. Y cumplió, ella se fue. Me quedé con Sofía, con Jacob y con un rancho lo suficientemente grande para que resultara un reto enorme para mí. Asher era el dueño del rancho vecino, su padre había fallecido solo un par de años atrás, supuse que sabía por lo que estaba pasando. Invitaciones a cenar, regalos, palabras que parecían reales pero que resultaron falsas, como sus promesas. Hizo que pensara que lo necesitaba para seguir. Pero no era cierto.

—Te bastas y te sobras contigo misma —aseguró él.

—Sí, lo comprendí tiempo después.

—No quiero controlarte, Linda. Solo quiero que estés a salvo —Colt entendió cuál era el problema de Linda, una vez más.

—Lo sé —suspiró—. Solo soy yo y ese malnacido de Asher Granger que a veces sigue apareciendo en mi cabeza, después de tres malditos años.

—No es fácil superar ciertas cosas —dijo Colt—. A mí me asustó lo que me contó el sheriff sobre tu encuentro con ese tipo.

—No pasó nada —lo tranquilizó.

—No me fio de él.

—Ya, yo tampoco —reconoció Linda, recordando el comportamiento del hombre, tan distinto al de otras veces.

***

Días después, Linda se probaba unas botas para el campo en la tienda del pueblo, mientras que Colt ayudaba a Jacob con algunas compras pesadas para el rancho.

Lo había convencido diciéndole que en la tienda estaría a salvo. Además, más tarde se encontraría con Scarlett y almorzarían todos juntos, para tratar de limar asperezas entre Jacob y su amiga, que había sido un poco incisiva con él en los últimos tiempos.

Llegaré tarde, nos vemos en el restaurante.

Leyó el mensaje de su amiga y se dijo que no podía permanecer hasta entonces en la tienda una vez tuvo sus botas, aunque a Colt no le haría gracia el hecho de que caminase por el pueblo, ni a Jacob. Pero no quería que su vida se basara en el miedo a su exmarido. ¿Qué podía hacerle? ¿Sembrar dudas sobre las personas que quería? Ya lo había hecho y sí, era peligroso. Pero no caería en aquello nunca más con él.

Paseó por la calle principal de Kingfisher y oteó las tiendas, entró en algunas, incluso en el supermercado, donde pudo observar que Celeste reponía una estantería. ¿Así que era allí donde trabajaba? La vio seria y concentrada en su tarea. Un cliente le preguntó algo y ella se giró hacia él con una sonrisa, indicándole dónde podía encontrar el producto. Parecía que su prima iba en serio con lo del trabajo. Puede que debiera dejar de mostrarse tan dura con ella. Sí, había colocado una serpiente venenosa en su coche, pero lo había hecho movida por Asher: alguien que sabía cómo podía vender hielo en medio del polo norte. Quizá le convenía no ablandarse tan pronto y esperar un poco más de tiempo para asegurarse de que no volvía a las andadas. Tomó los productos que necesitaba del lugar y pagó en la caja.

Se detuvo frente a la floristería y observó en el porche delantero de la misma un rosal de rosas de Oklahoma. Recordó el ramo que Colt le había regalado y sonrió. No tenía aquel tipo de rosal en el rancho, probablemente era algo caro, pero sería un bonito recuerdo para sembrarlo en el patio trasero o quizá en el jardín de la entrada, delante del porche. Se fijó en el precio, cincuenta dólares. No era barato, pero tampoco era prohibitivo. Podía permitírselo, más ahora que tenía el adelanto de la petrolera, la cosecha parecía que iba a ser buena y los pozos prometían.

—Te lo regalo —dijo la voz de quien no esperaba encontrarse de nuevo en el pueblo: Asher.

—Solo estaba mirando —desestimó Linda, esbozando una mueca que ni de lejos llegó a parecer una sonrisa.

—Es una oferta de paz, para disculparme —volvió a hablar el hombre—. Por lo del otro día. Creo que ambos nos pusimos un poco nerviosos.

—No, gracias —repitió ella.

Asher la observó, entrecerrando los ojos.

—¿No quieres el rosal o mis disculpas? —preguntó.

—Ninguna de las dos cosas, si te soy sincera. Ahora tengo que irme —dijo, bajando los escalones del porche de la tienda para volver a la calzada. La mano de Asher la sujetó del brazo antes de permitirle descender completamente.

—Estás siendo un poco intransigente, Linda. Me estoy disculpando de verdad contigo —dijo el hombre manteniéndola sujeta.

—Y yo no quiero aceptar tus disculpas, Asher —respondió la mujer.

—No las aceptes, pero acepta el rosal, sé que te gusta. He visto cómo lo mirabas —insistió él.

—No quiero que me lo regales tú.

Asher le apretó un poco más el brazo y Linda se removió, aunque no pensaba suplicar.

—Seguro que si te lo regala ese exmarine con el que te acuestas lo aceptarías sin tanto remilgo —dijo entre dientes, tensando la mandíbula.

—No lo dudes ni un momento —Linda subió la barbilla y sonrió, orgullosa, antes de volver a hablar lentamente, paladeando las palabras, para que él las entendiera—. Tú y yo estamos divorciados. Y eso no va a cambiar, Asher.

El hombre la miró duramente a los ojos.

—Va a hacer que dependas de él, tarde o temprano —aseguró.

—¿En serio? ¿Sabes qué? Prefiero eso a que me manipulen, como tratas de hacer todo el tiempo, incluso ahora.

—¿Quién te ha dicho algo así? ¿Él? —Asher rio y a Linda le pareció una risa demasiado histriónica.

—Tengo prisa, Asher —Linda miró la mano del hombre que aún le retenía el brazo.

—No, no la tienes —le dijo, mirándola a los ojos, de una forma que, por primera vez en su vida, le dio escalofríos.

—La tengo —aseguró, tratando de sonar firme.

—Vamos a dar un paseo antes —le dijo, tirando de ella para bajar el último escalón del porche de la floristería.

—Voy a gritar —advirtió Linda.

—¿En serio cariño? —el hombre sonrió—. No harás nada de eso, porque sabes que tengo un arma.

—Pero no la estás empuñando —rebatió.

—¿Necesitas que lo haga? —la miró fijamente y desabrochó el botón de presión que sujetaba el arma en la cartuchera que llevaba bajo el brazo.

—No… será necesario. —Linda se dijo que aquello ya no era solo bravuconería, sino que, por primera vez, el juego con Asher se había tornado peligroso.

—Bien —sonrió de nuevo el ranchero—. Vamos a dar un paseo.

Colt se quedó helado al ver a Linda con Asher Granger frente a la floristería y se maldijo por haber cedido y dejarla a solas en la zapatería. Scarlett debía estar con ella y ambas tendrían que estar juntas en el restaurante a aquellas horas.

Cuando el ranchero la zarandeó para hacerla bajar el último escalón de la tienda, supo que algo en la escena estaba yendo muy mal.

Linda le reprochó algo muy cerca de él, y Asher metió la mano bajo la chaqueta, supuso que para tocar el arma que solía llevar en una cartuchera. La sangre se le heló en las venas. Aquel tío estaba amenazando a Linda.

Colt se tocó instintivamente la zona donde él había llevado la suya durante los últimos veinte años y se dio cuenta que ya no estaba allí, su vida era distinta y a pesar de la permisividad del estado de Oklahoma con aquel tema, había decidido dejar de portar un arma. No la había echado de menos hasta ese momento. Apretó los puños y cruzó la calle.

—¡Linda! —la llamó, acercándose hacia ellos, tratando de mantener la calma, actuando con naturalidad, como si no supiera nada de lo que había visto e intuido.

—¡Colt! —respondió ahogadamente la mujer, sorprendida ante su presencia. Agradecida y asustada a la vez. Asher tenía un arma y a ella se la había mostrado, con Colt… Dios sabía qué podía hacer con él aquel demente de Asher. Porque sabía que algo había cambiado en él, pero no el qué. No solía ser así.

—¡Vaya! ¡El marine! Sabía que aparecerías —dijo Asher, sonriendo de una manera inquietante.

—Asher —saludó Colt y se dirigió hacia la mujer—. Te estaba esperando para almorzar.

—Lo siento, me entretuve. Ya me estaba despidiendo de Asher —Linda hizo ademán de caminar hacia Colt, pero la mano de Asher volvió a cerrarse sobre su brazo de nuevo, a la vez que se mostraba confuso.

—¿Dónde crees que vas? —le preguntó.

—A almorzar, con Colt —respondió ella, viendo que algo en Asher no estaba bien.

—No, creo que no. No hemos terminado de hablar.

—Sí que hemos terminado, ¿recuerdas?

—Linda, ven conmigo —dijo Colt, tratando de hacerle ver a Asher que él también quería que la mujer fuera hacia donde estaba él.

Asher soltó el agarre de la mujer durante un momento y la mujer dio medio paso, pero al siguiente, Asher la volvió a sujetar de

nuevo.

—Asher, por favor —dijo Colt—. Deja que Linda se venga a almorzar.

—¿En serio quieres que vaya contigo? —preguntó el otro hombre.

—Sí.

—¿Le has dicho ya quién eres? —pronunció Asher la pregunta.

—No sé de qué estás hablando —dijo Colt, frunciendo el ceño.

—Así que, no se lo has dicho —Asher rio.

—Deja que Linda venga a almorzar —le pidió una vez más.

—Solo cuando le digas quién eres de verdad y por qué estás en este pueblo.

—Puedes hacerlo tú —dijo Colt.

—No, ¡lo harás tú! —.El brazo de Linda fue liberado y la mujer corrió hacia donde estaba el exmarine. Asher había desenfundado el arma y ahora apuntaba hacia Colt.

—¡No, Asher, por favor! —dijo Linda, poniéndose delante de Colt. A ella no se atrevería a hacerle daño.

—No, cariño —dijo Colt, tratando de mantener la calma, todo lo que se podía cuando un revólver del treinta y ocho estaba apuntándote. Apartó a Linda hacia un lado y se puso en la trayectoria del arma de nuevo.

—Apareció él héroe —dijo Asher, haciendo un gesto de asco hacia el exmarine—. Conozco a los tipos como tú.

—¡Asher Granger! —se oyó la voz de un tercer hombre en escena que provenía de un lateral. Era el sheriff McCoy que empuñaba su arma hacia el ranchero.

—¡Sheriff! —dijo este y volvió a reír, como si estuviera desquiciado—. Únase a la fiesta.

—¿Qué te parece si sueltas el arma, Asher? —preguntó el representante de la ley usando un tono calmado ahora.

—Solo estoy charlando con el capitán Sullivan —paladeó el rango y el apellido de Colt con desprecio.

—Me parece bien, pero preferiría que lo hicieras con el arma enfundada, Asher.

—En cuanto él diga quién es —movió el cañón del arma señalando a Colt.

—Asher, dímelo tú —le pidió Linda, tratando de respirar y de sonar firme y calmada. No entendía de qué iba aquello, pero quería que el asunto finalizara cuanto antes y con el arma de su exmarido en las manos del sheriff, preferiblemente—. Por favor, Asher.

—¿No lo ves, Linda? Es uno de esos tipos.

—No, no lo sé. ¿Qué quieres decir?

—Dile qué buscas —se dirigió al exmarine.

—¿Qué estás insinuando? ¿Qué Colt está conmigo por mi petróleo? —preguntó Linda, observando que la ayudante del sheriff caminaba despacio por detrás de Asher. Ahora solo tenía que entretenerlo para que no fuera consciente de ello—. ¿Es eso?

Las manos de Colt se cernieron en los brazos de Linda, lentamente. Sabía lo que iba a tratar de hacer la ayudante Briggs y que Dios la ayudase.

—¡Por fin empiezas a entenderlo! —dijo Asher y se pasó la mano por la cara.

Cassidy Briggs golpeó la mano de Asher en aquel momento y, acto seguido, se escuchó un disparo. Colt cayó al suelo llevando a Linda con él. La mujer se giró inmediatamente hacia Colt, buscando su mirada, su rostro y una señal de que el hombre que amaba estaba sano y salvo en esta ocasión.

—¡Colt! ¿Estás bien? ¡Dime que estás bien! ¡Por favor! —exclamó atropelladamente. No podía estar pasando otra vez, Colt no podía estar herido.

—Asher Granger, estás detenido —dijo el sheriff McCoy, ayudando a su compañera a ponerlo en pie para esposarlo—. Léele sus derechos y llévalo a la oficina.

—¡No es quien dice ser! —gritó una última vez Asher, demostrando estar fuera de sus cabales.

—Estoy bien, creo —dijo Colt, tranquilizando a Linda. A veces te disparaban y fruto de la adrenalina podías no sentir el dolor.

—¿Creo? ¡Dios, Colt!

—Estoy bien, cariño —le dijo, aun sin saberlo del todo, revisándola ahora a ella, que permanecía de rodillas a su lado. No

había ninguna mancha de sangre en su ropa, solo algo de polvo de la calle.

La mano del sheriff apareció delante de Colt y este la tomó para levantarse, a la vez que observaba que tanto él como Linda estaban en perfectas condiciones.

—Creo que la bala está allí —Wyatt McCoy señaló el alerón del tejado de enfrente—. He escuchado el sonido metálico.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Linda, abrazándose a la cintura de Colt. Había pasado mucho miedo, aunque ella no solía reconocer aquel tipo de cosas. Y el principal había sido el cómo de cerca había estado de perderlo.

Colt la abrazó durante un instante y colocó los labios sobre su pelo, para depositar un beso, mientras que cerraba los ojos un momento. Había temido que las cosas terminasen de forma trágica, pero por suerte no había sido así. Ella estaba bien y a su lado de nuevo.

—Gracias, sheriff —dijo Colt tendiendo una mano hacia él. El otro hombre la estrechó y esbozó una mueca parecida a una sonrisa, sabiendo que al menos por esa vez, no había pasado nada irreparable.

—Ahora os dejaré un rato mientras voy a fichar a ese tipo. Os llamaré después para tomaros declaración.

Linda asintió.

—Gracias, Wyatt —dijo, aún con la cabeza pegada al pecho de Colt y abrazada a su cintura.

—Lo tenemos, Linda —le dijo, tratando de tranquilizarla y sabiendo que la mujer había sido muy valiente, dadas las circunstancias.

CORREO DE VUELTA

Asher había pagado la fianza y estaba fuera de la cárcel a la espera de juicio. Extrañamente había puesto en venta su rancho, aunque con el paso de los días comenzaron las habladurías sobre que estaba en bancarrota y que los negocios no le habían ido nada bien en los últimos tiempos. Eso podría explicar muchas cosas, quizá el que estuviera tan desesperado por tratar de acercarse a ella o que pareciera que había perdido el juicio los últimos días que se habían visto en el pueblo y por supuesto, su comportamiento aquella última vez. No obstante, Linda ya no tenía de qué preocuparse, ya que el sheriff había pedido una orden de alejamiento de emergencia para ellos y sabía que la cumpliría.

***

Linda miró por la ventana, vio a Colt riendo con Jacob mientras se bajaban de los caballos y sonrió. Había necesitado de la locura de Asher para darse cuenta de sus verdaderos sentimientos por el exmarine. Y sí, aquello que sentía en el estómago no era ni hambre ni indigestión. Eran mariposas, y tal como había dicho Scarlett, Colt las había puesto allí. Estaba enamorada de él. Pero en esa ocasión de verdad, no como cuando creyó estarlo de Asher. Era diferente y muy agradable sentirse de aquella manera por primera vez en su vida. Y no solo era en el estómago, sino que cada vez que Colt la miraba, como solo él sabía hacerlo, sentía algo más en el pecho, una especie de oleada que la privaba de aliento de una forma demasiado agradable para ser explicada.

Se mordió un labio y sonrió antes de echarle una última ojeada al hombre. Tenía que ponerse a trabajar y dejar de suspirar por un chico como una adolescente.

Se sentó al ordenador y revisó el correo electrónico, tras contestar a un par de ellos para recibir catálogos de alguna maquinaria nueva que deseaba adquirir para el rancho, los pasos del ratón la llevaron hasta el correo de Charlie Sierra y lo leyó una vez más.

De: Charlie Sierra
Asunto: Lo siento tanto, Linda

Querida Linda:
Sé que probablemente estás muy enfadada y lo comprendo si así es.
Te prometo de todo corazón que habría querido estar contigo en Oklahoma City, darte las flores que te había comprado y haber compartido una agradable cena juntos.
Pero ese día, las cosas se complicaron en el último momento y sucedió algo que me impidió llegar hasta ti o tan siquiera avisarte de mi ausencia hasta ahora.
Sabes cómo es mi vida y que, desgraciadamente por el momento, no puedo contarte el motivo de lo sucedido. Pero te prometo que, si me das una oportunidad más adelante, lo haré. Tendrás todas y cada una de las explicaciones y tendremos la cita que nos merecemos.

Tuyo, siempre.
C. S.

Ya no estaba enfadada con él. Todo lo que pasaba en la vida siempre era por algo. Aquel plantón de Charlie, aunque resultó doloroso en su momento, pasó por algo. Ahora sabía que ese algo para ella era Colt. Tenía que cerrar aquel capítulo y en cierta forma agradecerle que la hubiera ayudado en una etapa complicada.

De: Linda Clayton
Asunto: Gracias por nuestro tiempo

Querido Charlie:
No voy a negar que estuve muy enfadada en su momento cuando me diste plantón en Oklahoma City. De hecho, tardé semanas en leer tu correo electrónico. Y he tardado algunas más en contestarlo. Si ahora lo hago es porque, llegados a este punto, mereces que sea justa contigo.

Me gustaría agradecerte nuestro contacto durante todos aquellos meses en los que nos escribimos con asiduidad. Créeme que tus mensajes fueron muy importantes para mí, en un momento en el que necesitaba a alguien, apoyándome de la forma en la que tú lo hacías. Espero que los míos significaran algo similar para ti. Siempre será un bonito recuerdo, o al menos por mi parte así será, ya que creo que lograste que volviera a confiar en alguien y tener la ilusión de encontrar tus palabras en un correo cada pocos días.

Como desde hace algún tiempo nuestros mensajes se comenzaron a espaciar demasiado (quizá fue culpa de tu trabajo, de mi vida o de ambas cosas), creo que debo ser justa contigo y actualizarte cómo ha ido todo por el rancho en los últimos meses.

Te hablé de alguien que apareció en mi rancho hace un tiempo, un marine, como tú. Él fue piloto y perdió a alguien. Me temo que es algo demasiado común en vuestro trabajo, desgraciadamente.

No sé si hay alguna forma de decir esto de una manera suave, probablemente no, pero, siendo honesta, tengo que hacerlo de forma directa:

Él forma parte de mi vida actualmente. Me ha costado mucho llegar a reconocer lo importante que es para mí, pero lo he hecho al final y siento que, por primera vez en mucho tiempo, respiro de otra forma y comienzo a ser feliz, pero de verdad. A veces me descubro a mí misma sonriendo sin motivo aparente.

Espero que esta noticia te agrade, o si no lo hace en principio, deseo que encuentres a alguien en tu vida, al igual que yo lo he hecho.

Deseo que esto no afecte al cariño que nos hemos tenido durante todo este tiempo. Si alguna vez vuelves a Oklahoma, escríbeme. Estaría encantada de ponerte cara al fin, tomar una copa y por supuesto presentarte al que ahora es mi exmarine más especial. Estoy convencida de que os caeríais bien y podríais compartir algunas anécdotas militares, de esas que no son ultrasecretas.

Tu amiga
Linda Clayton

Linda releyó el correo electrónico y se dijo que a pesar de que cambiaría cosas en él, terminaría contando lo mismo y la primera idea siempre es la mejor en ese tipo de situaciones.

Unos nudillos tocaron a la puerta y minimizó la pantalla del ordenador; era Colt.

—Hola —la saludó él—. ¿Ocupada?

—Para ti nunca —sonrió Linda, levantándose del asiento y saliendo de detrás del escritorio para acercarse a él—. Estaba solicitando unos catálogos de maquinaria.

—Bien. Harás feliz a Jacob, se preguntaba cuánto tiempo tendría que seguir arreglando algunas cosas.

—Por primera vez en mucho tiempo, parece que podremos permitírnoslo.

Colt se acercó a Linda y le colocó las manos en la cintura para atraerla hacia él.

—Gracias a tu excelente gestión —la alabó.

—Y a que ha llovido en la última parte de la primavera —respondió, estirando los brazos para pasar las manos por detrás del cuello del hombre.

—¿No crees que es hora de que tengamos una cita?

—Tuvimos una —recordó ella, con una sonrisa en los labios.

—Y estuvo muy bien, pero me refiero a algo más formal. Tú y yo, una cena en un sitio bonito, un par de copas, algo de baile. ¿Qué te parece? —Colt se acercó a Linda y le acarició la nariz con la suya.

—Que suena muy bien —susurró Linda, mirando los labios del hombre. Él sonrió, entendió el gesto y la besó con intensidad.

Las mariposas volvieron a revolotear por el estómago de Linda. Le encantaba aquella sensación.

—Me gustaría contarte algunas cosas de mí —dijo, acariciándole el rostro a la vez que la miraba, ahora serio.

—¿Algo como que en realidad estás casado y tienes cinco hijos? —bromeó Linda.

—No —Colt negó con la cabeza, divertido—. No lo estoy y, que yo sepa, no tengo hijos.

—Scarly siempre ha dicho eso de cualquier tipo desconocido que se ha acercado a mí —sonrió Linda.

—Scarlett tiene una gran imaginación. Pero, ¿sabes? pretendo casarme una sola vez —expresó él.

—Me temo que yo llego tarde a eso.

—En tu caso, estoy seguro de que la segunda será la buena.

Colt sintió que Linda se tensaba con la mención del asunto, quizá porque recordaba a Asher y su error o puede que todavía estuviera algo reticente a mirar hacia el futuro con él.

—No creo que quede mucho por descubrir de ti —volvió al tema anterior, más seguro.

—Pues sí queda. Sobre lo otro, para tu tranquilidad, no te lo voy a pedir —esbozó una sonrisa—. Aún.

—Colt —se quejó ella y bajó las manos del cuello del hombre.

—Soy un hombre paciente. Ven aquí —la tomó del rostro y la volvió a besar ávidamente en los labios mientras que ella gemía suavemente.

—¡Chicos! —se oyó la voz de Celeste, que los miraba desde la puerta—. ¡Ups, perdón!

—Celeste —dijo Colt, viendo cómo Linda huía de él, hacia el otro lado del escritorio de nuevo, centrándose en la agenda que tenía abierta.

—No quería molestar.

—No lo haces, ¿en qué te podemos ayudar?

—Quería saber si os apetece que traiga una pizza del pueblo para cenar. Yo invito. Hoy tengo turno de tarde.

Colt miró hacia Linda, buscando su opinión, pero la mujer seguía concentrada, apuntando algo en su agenda.

—Es una gran idea. Yo invitaré —dijo el exmarine sacando la cartera de su bolsillo trasero.

—Nada de eso, lo haré yo. Tengo un sueldo y quiero gastar algo con la gente que me importa.

—De acuerdo —dijo Colt, esbozando una sonrisa.

—¡Hasta la noche! —Celeste saludó para despedirse, esperando que su prima le dijera algo, pero no hubo respuesta, como en las últimas semanas. Y se marchó.

—Tiene un trabajo, cobra un sueldo y algo me dice que no debe estar tirando demasiado de la tarjeta que le diste —dijo Colt, mirando a Linda, que ahora sí, levantó la vista hacia él y suspiró.

—No ha gastado ni un solo centavo en las últimas semanas.

—Lo está intentando. Quizá tú también debas comenzar a hacerlo con ella. Ha puesto un gesto triste al irse. Y ya la has oído, quiere gastar su sueldo con la gente que quiere.

—Sí, sobre todo a mí. Metió una serpiente en mi coche.

—Está tratando de redimirse, Linda. Y ya sabes que ella no fue la única culpable. No seas tan dura.

—Lo sé —suspiró—. Pero no puedo hacer como que no ha pasado.

—Pronto te necesitará, está el bebé.

—Eso es algo que aún no sabemos —se defendió Linda.

—Precisamente. Te necesita para abordar el asunto. No tiene a su madre, solo te tiene a ti. Va a necesitar tu apoyo.

—Lo sé, maldita sea —suspiró Linda.

Colt bordeó la mesa y se acercó a ella para besarla en el pelo.

—Eres una cabezota orgullosa, pero eres buena persona.

—No apuestes todo a ese caballo, capitán Sullivan —le advirtió ella con una sonrisa que él le devolvió.

—Creo que iré a echar un ojo a los depósitos de agua del ganado y me pasaré por los pozos, para ver cómo van los trabajos de entubación.

—Te lo agradezco.

—A su servicio, señora Clayton —dijo, llevándose dos dedos a la frente en forma de saludo.

—Señorita —le sonrió, aclarándose aquel punto.

—Porque quieres —le guiñó un ojo antes de comenzar a caminar hacia la puerta—. Piensa en lo de la cita.

—Pon tú la fecha —le dijo Linda, antes de verlo asentir.

—Haré la reserva y te diré —dijo, abandonando el despacho.

ME QUIERE, PERO…

La nueva entubación de los pozos estaba casi lista, en no más de un par de días podrían terminar y no mucho después, comprobarían que el crudo salía al exterior. Aquel sería un gran día para Linda y el rancho Clayton. Ella merecía vivir más cómodamente y con menos preocupaciones. Y de momento, era lo que estaba sucediendo. No había pasado nada más que se pudiera considerar extraño, ya que con Asher Granger desactivado no había opción a ello. Uno de sus esbirros había sido detenido y, como buen asalariado, había cantado la lista de fechorías del ranchero, lo que les aseguraría un buen tiempo a la sombra a ambos.

Revisó los depósitos de agua en los prados y se sentó a la sombra observando al ganado. Le gustaba aquella vida sencilla de Oklahoma, y le gustaba más desde que parecía que no se tendrían que preocupar de asuntos externos. Respiró hondo y observó a un ternero perdido que mugía desesperado por encontrar a su madre tras haberse quedado dormido. Sonrió cuando su madre lo llamó para hacerle saber dónde estaba y lo acogió a su llegada. Colt supo que aquel era su sitio en el mundo, el que nunca había pensado que necesitaba, o no al menos en los últimos veinte años de su vida. Recordó a Austin, él hablaba de aquello a menudo y lo había tomado por loco. Por aquel entonces era feliz en la fuerza aérea. O lo había sido. Ahora sabía que lo era aún más en Kingfisher, Oklahoma y al lado de Linda. Sonrió con aquel pensamiento.

Respiró hondo y miró la pantalla del teléfono para ver las últimas notificaciones. Halló algo que no esperaba. Linda le había escrito un

mail a Charlie. Frunció el ceño. No lo hacía desde antes de la cita fallida en Oklahoma City y pensó que nunca más volvería a suceder. Acarició el borde del dispositivo con un dedo y se dijo que tenía que leerlo. Respiró hondo y pulsó la pantalla para que se abriera. Comenzó a leer, reteniendo el aliento.

De: Linda Clayton
Asunto: Gracias por nuestro tiempo

Querido Charlie:

No voy a negar que estuve muy enfadada en su momento cuando me diste plantón en Oklahoma City. De hecho, tardé semanas en leer tu correo electrónico. Y he tardado algunas más en contestarlo. Si ahora lo hago es porque, llegados a este punto, mereces que sea justa contigo.

Me gustaría agradecerte nuestro contacto durante todos aquellos meses en los que nos escribimos con asiduidad. Créeme que tus mensajes fueron muy importantes para mí, en un momento en el que necesitaba a alguien, apoyándome de la forma en la que tú lo hacías. Espero que los míos significaran algo similar para ti. Siempre será un bonito recuerdo, o al menos por mi parte así será, ya que creo que lograste que volviera a confiar en alguien y tener la ilusión de encontrar tus palabras en un correo cada pocos días.

Como desde hace algún tiempo nuestros mensajes se comenzaron a espaciar demasiado (quizá fue culpa de tu trabajo, de mi vida o de ambas cosas), creo que debo ser justa contigo y actualizarte cómo ha ido todo por el rancho en los últimos meses.

Te hablé de alguien que apareció en mi rancho hace un tiempo, un marine, como tú. Él fue piloto y perdió a alguien. Me temo que es algo demasiado común en vuestro trabajo, desgraciadamente.

No sé si hay alguna forma de decir esto de una manera suave, probablemente no, pero, siendo honesta, tengo que hacerlo de forma directa:

Él forma parte de mi vida actualmente. Me ha costado mucho llegar a reconocer lo importante que es para mí, pero lo he hecho al final y siento que, por primera vez en mucho tiempo, respiro de otra forma y comienzo a ser feliz, pero de verdad. A veces me descubro a mí misma sonriendo sin motivo aparente.

Espero que esta noticia te agrade, o si no lo hace en principio, deseo que encuentres a alguien en tu vida, al igual que yo lo he hecho.

Deseo que esto no afecte al cariño que nos hemos tenido durante todo este tiempo. Si alguna vez vuelves a Oklahoma, escríbeme. Estaría encantada de ponerte cara al fin, tomar una copa y por supuesto presentarte al que ahora es mi exmarine más especial. Estoy convencida de que os caeríais bien y podríais compartir algunas anécdotas militares, de esas que no son ultrasecretas.

Tu amiga

Un nudo le apretó la garganta nada más comenzar a leer la misiva electrónica. Aquello significaba que Linda… lo quería. Cerró los ojos, respiró hondo y henchió su pecho con un aire que le pareció más puro que nunca. Dejó el teléfono a su lado y se rascó la frente, los ojos se le humedecieron y tragó saliva una vez más: Linda lo quería. Saberlo era lo mejor que le había ocurrido en mucho tiempo. Quizá en toda su vida. Había sido un viaje largo, pero allí estaba su recompensa. Respiró una vez más y otra y otra más. No podía ser más feliz.

De repente, cayó en la cuenta de que aún faltaba un trámite para que aquella felicidad fuera completa, porque, aunque podía engañarse, no era cierto, no lo era. Necesitaba confesarle su doble identidad. Y que el cielo lo ayudase.

UNA NUEVA CITA

Linda concluyó su maquillaje y se vistió. Esa noche cenaría con Colt fuera. Era la segunda cita, aunque en realidad tenía el sabor de una primera. Estaba nerviosa en cierta forma, aunque habían pasado muchas pantallas más allá de una primera cita. La diferencia era que ella ahora sabía que tenía sentimientos por el hombre. Sonrió y recordó que él le había dicho que la quería hacia semanas. Tragó saliva y las mariposas revolotearon de nuevo por su estómago, que se acarició, tratando de calmarlo.

—No tienes quince años, Linda Clayton —se riñó, mirándose al espejo. Después sonrió y se dijo que no importaba, que se sentía bien así y que no tenía que esconderse.

Se perfumó y cogió la cartera que usaría esa noche antes de salir de la habitación, dispuesta a bajar las escaleras. Solo que antes de hacerlo, se cruzó con Colt en el pasillo, que acababa de subir.

—¡Perdón! —se disculpó y miró el reloj—. Me temo que se me ha hecho muy tarde.

—Y yo he terminado demasiado pronto —dijo Linda, sonriendo. Y no era menos cierto, la impaciencia había podido con ella y se había arreglado con mucho tiempo de antelación.

Colt la observó de arriba abajo y sonrió. Llevaba puesto un vestido azul marino con un estampado de grandes flores de colores.

—Estás bellísima —le tomó la mano a la mujer y la besó en el dorso—. Necesito tomar una ducha urgente antes de llevarte a cenar.

—Esperaré abajo —dijo ella, mirándolo con adoración. Sí, Colt venía de trabajar en el rancho, pero también resultaba sexi, porque sabía que estaba cuidando su propiedad como si fuera la suya propia y era lo más sexi que podía hacer un hombre por ella en ese momento de su vida.

—Pasa a mi dormitorio mientras me ducho y me cambio —la invitó.

—¿No te importa?

—Hablaremos mientras. Hay noticias sobre los pozos. Vengo de allí —le dijo.

Linda lo siguió y ambos hablaron sobre el asunto, se sentía algo nerviosa al respecto. Cimarron Oil estaba segura de que había crudo allí abajo, pero ella no respiraría tranquila hasta verlo salir con sus propios ojos, y probablemente no se relajaría hasta obtener al menos un año de beneficios de los mismos, sería una buena inyección para el Clayton.

Según Colt, en no más de dos días aquello iba a suceder, solo faltaba ajustar unos pocos detalles. Después, podrían ir a presenciar los primeros momentos de la extracción en vivo y en directo. El hombre se desnudó y se introdujo en la ducha.

A Linda le gustaba la pasión que mostraba en el tema y se dijo que la había ayudado a tomar aquella decisión. Era la correcta. Los pozos asegurarían el futuro del rancho y, por primera vez en años, podía imaginarse sin el peso constante de las preocupaciones.

Oyó el agua de la ducha, Colt estaba dentro. Se preguntaba de qué querría hablarle esa noche. Suponía que alguna de aquellas cosas que le hacían daño y que tenían que ver con su pasado en los marines y las pesadillas que, aunque más espaciadas, sabía que aún sufría.

Paseó por la habitación y miró las llaves de la nueva camioneta del hombre sobre el escritorio. Las tocó con la punta de los dedos y sonrió; quería quedarse. Observó uno de los cajones, algo lo atascaba y no cerraba del todo. Lo abrió y sacó algunos catálogos de maquinaria que ella le había pasado para que los ojease. Los tomó en su mano para colocarlos bien y halló un libro debajo de ellos.

Dejó las revistas sobre el escritorio y sacó el libro. Nunca antes lo había visto, no era del rancho, debía pertenecer a Colt. Leyó el título en la tapa: Meteorología de los últimos cincuenta años en Kansas.

Linda sonrió y se preguntó quién demonios leía algo así o de dónde lo habría sacado. Sintió curiosidad y lo abrió. En la primera parte venía un resumen por años del fenómeno más importante acaecido en el estado con la explicación del mismo, por qué se originó y las consecuencias que tuvo en la población. Después, añadía medias de temperaturas, pluviometría, vientos… Pasó las páginas y se encontró con testimonios de los meteorólogos más reputados del país. Linda se dijo que nunca habría pensado que Colt estuviera interesado en aquel tema, cuando siempre era ella la que estaba pendiente del cielo o del cambio del tiempo. Quizá solo era uno de esos libros lo suficientemente aburrido para hacerte dormir en solo un par de párrafos. Pasó rápidamente las páginas, más por curiosidad que por interés, y justo cuando decidió cerrarlo para dejarlo en su sitio, un sobre sobresalió de la esquina de la tapa posterior. Abrió el libro por aquel lugar para recolocarlo bien y se topó con algo que no había esperado. Una carta dirigida al programa Soldier's Angel. Solo que el sobre le era demasiado familiar y la letra también.

Dejó el libro sobre el escritorio y sostuvo el sobre en la mano. Lo observó y le dio la vuelta. Conocía el remite, porque había sido ella quien lo había escrito. «Linda Clayton, Kingfisher, OK» rezaba aquel.

—¿Qué demonios…? —se dijo, preguntándose por qué aquella carta estaba dentro del libro que Colt tenía dentro del escritorio de la habitación.

Abrió el sobre y descubrió la misiva que ella misma había escrito al soldado desconocido hacía meses. Eran su letra y sus palabras. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué la tenía él? La observó detenidamente y la miró al trasluz. Estaba manoseada y algo arrugada, pero sin lugar a dudas, era la carta original que ella había escrito. Y ahora estaba entre las cosas de Colt. Era la carta que ella le había enviado a Charlie Sierra.

—No —se dijo.

La leyó para sí misma, recordando las palabras que había usado en ella. Se dejó caer en uno de los sillones, aturdida con el descubrimiento, tratando de vislumbrar el motivo por el que Colt pudiera tenerla en su poder.

—No puede ser, maldita sea —tragó saliva de nuevo.

La voz de Asher le resonó en la mente: «Es uno de esos tipos» le decía. Recordó cómo se había enfrentado al exmarine la última vez que se habían visto en el pueblo: «Dile lo que buscas» «¿Le has dicho ya quién eres?»

Pero, ¿qué demonios podía buscar Colt? ¿Su dinero? Asher pareció estar convencido de que no era quien decía ser y que ocultaba algo. Temió que, por primera vez, Asher tuviera razón.

Sintió un escalofrío. ¿Quién demonios era el hombre que estaba al otro lado del tabique, terminando de ducharse?

Cuando el sonido del agua se detuvo, Linda se apresuró a guardar el libro y los catálogos de maquinaria en el cajón del escritorio. Volvió a tomar asiento y colocó la carta en su regazo, tapándola con las manos.

Colt entró en la habitación instantes después con la toalla en la cintura y continuó hablando algo acerca de que irían en su nueva camioneta y de cómo de emocionado estaba por tener al fin un medio de transporte propio y lo bien que le vendría en algunas tareas del rancho.

Linda casi no pudo escucharlo, tratando de mantener una sonrisa, sopesando aún qué le iba a decir. Él pareció relajado y se vistió delante de ella. Cuando se colocó el cinturón y terminó de abrocharse la camisa, volvió de nuevo al baño, supuso que para dejar la toalla. Apareció de nuevo ante ella con una sonrisa encantadora, mientras se ponía el reloj en la muñeca.

Linda supo que era el momento, tragó saliva y se levantó, colocándose frente a él.

—¿Estás bien? —preguntó Colt frunciendo el ceño, al ver que la mujer lo miraba de una forma demasiado extraña de repente.

—¿Quién eres? —la pregunta salió de sus labios, recordando la que otrora había formulado Asher.

—El hombre que te va a invitar a cenar esta noche —bromeó Colt, sin entender muy bien el motivo de aquella pregunta.

—¿Qué demonios es esto? —Linda abrió las manos y colocó la carta que había sido dirigida a Charlie Sierra delante de ella, a la vista del exmarine.

Colt perdió el color del rostro y tragó saliva. Ella había descubierto la misiva y no supo cómo. Se había asegurado que estuviera oculta en aquel aburrido y grueso libro, o al menos eso había creído.

—Puedo… —comenzó a decir Colt.

—¿Explicarlo? —Linda apretó la mandíbula—. ¿Por qué la tienes tú?

—Quería hablarte de…

—¡Asher tenía razón! ¡Maldito sea! ¡Estabas buscando algo! ¡Todo ha sido mentira!

—¡No! —Colt hizo ademán de acercarse a ella.

Linda dio dos pasos hacia atrás.

—No te acerques —le advirtió con un dedo en alto y mintió—. Jacob está ahí fuera. Gritaré.

—Cariño —dijo Colt, tratando de calmarla, mientras obedecía su orden, permaneciendo estático en el lugar.

—¡No me llames así! —exclamó apretando la mandíbula, furiosa —. ¿Te contrató Asher? ¿Es eso? Ese malnacido lo planeó todo, ¿verdad? Todo ha sido falso.

Linda luchaba por contener las lágrimas. Había vuelto a confiar en alguien, le había entregado su corazón y de repente se daba contra un muro, otra vez.

—¡No, no, no! —dijo Colt.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas realmente? —preguntó, queriendo saber con quién se había acostado.

—El sheriff me investigó —le recordó, tratando de tranquilizarla, mientras veía cómo ella negaba con la cabeza.

—¿Y qué demonios es esto? —volvió a colocar la carta delante de sus ojos y masticó la siguiente pregunta—. ¿Por qué tienes esto?

—Yo… —Colt tragó saliva, sabía que todo podía terminar allí mismo. Linda estaba furiosa. Respiró hondo, tomó aire y se lanzó al

vacío—. Soy Charlie Sierra. Y esa es la carta que me enviaste.

—¿¡Qué!? —Linda se sintió noqueada con aquella afirmación—. ¡Tú no puedes ser Charlie!

—Lo soy —dijo él, mirándola, firme. La hora de la verdad había llegado.

—¡Demuéstralo! —dijo, sin creerlo aún.

—La cita de Oklahoma City. Ahora sabes por qué no pude ir.

Linda lo miró en silencio, cuadrando los hechos en su mente. Cerró los ojos y tragó la saliva.

—No puede ser —murmuró, sin dejar de mirarlo.

—Me has enviado un correo electrónico hace dos días —dijo él.

Linda se sintió desnuda de repente. Él había visto lo que le había escrito a Charlie. Le había abierto su corazón. Le dolió sentirse tan expuesta. Le dolió el engaño.

—Recoge tus cosas y vete de mi casa, quienquiera que seas —le advirtió, con la mandíbula apretada, llena de rabia, acercándose a él antes de girarse para irse.

—Linda —la llamó él, cogiéndola de la mano—, déjame explicarte el por qué…

La mujer subió la mano por la que estaba siendo apresada y la miró después de mirarlo a él, dándole a entender que ya no le gustaba que la tocara.

—No quiero que me expliques nada —dijo, a la vez que Colt aflojaba el agarre de la mano y la mujer fue liberada.

—Te quiero, Linda —le dijo, viendo que escapaba de él.

Linda se detuvo una vez más, cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. Se giró hacia él y sintió que no podría retener durante mucho más tiempo las lágrimas que se le agolpaban en la garganta y pugnaban por salir.

—¡No es cierto! —dijo, enfrentándolo. Sonó fría, con una frialdad que nunca había visto Colt en aquellos meses—. La gente que te quiere, no te miente ni te manipula. No hace lo que me has hecho tú.

—Linda —volvió a decir él—. Déjame explicar…

—¡No, no voy a dejarte nada! ¡Sal de mi propiedad! Si no lo haces antes del amanecer, te juro por mi vida que sacaré el revólver.

Y puede que esta vez no me tiemble el pulso para dispararlo.

Colt apretó la mandíbula y asintió. Linda estaba muy alterada y no era el momento adecuado para hablar con ella sobre el asunto.

Un portazo seco de la mujer al salir del dormitorio zanjó la conversación e hizo que el exmarine se derrumbara sentándose en la cama, antes de colocarse las manos en la cara, frustrado. Las cosas no debían de haber sucedido de aquella manera.

SOLEDAD Y TRAICIÓN

Había corrido escaleras abajo después de la conversación con Colt y se había encerrado en el despacho del rancho. Tomó asiento en el sillón del mismo y miró por la ventana las últimas luces del atardecer. Su mente comenzaba a cuadrar las similitudes entre Colt y Charlie y aquellas casualidades, como la cita en Oklahoma City que no se llevó a cabo, el ramo de rosas que él tenía listo para ella justo el mismo día o tantas otras cosas, como que el otro marine le escribiera días después para disculparse por no ir. Solo que no había otro, sino que siempre había sido solo uno.

Charlie Sierra y Colt Fisher eran la misma persona. ¡Maldito fuera! Había jugado con ella todo aquel tiempo. La había engañado durante meses. ¿Cuántas veces la había mirado sabiendo algo que ella ignoraba? ¿Cuántas conversaciones habían tenido mientras Colt conocía toda la verdad y ella ninguna? ¡Maldito mil veces! Incluso habían hablado de Charlie. Había confiado en él y no dejaba de ser una rata de alcantarilla como el propio Asher, a pesar de que este tratara de advertirle sobre Colt. O quizá no fuera como su exmarido. Puede que fuera peor. Porque de Asher esperaba las mentiras, de Colt no.

***

Colt miró a la pared del dormitorio durante horas. Linda estaba furiosa y aunque en su interior había mantenido la esperanza de que pudiera llegar a comprenderlo, la conversación no había surgido como él la había planeado. Por una vez, haría lo que ella le había pedido, se marcharía, a pesar de no saber si volvería a tener ocasión

de hablar con ella. Le habría gustado hacerlo de otra forma y explicarle los motivos por los cuales aquella verdad permaneció oculta durante más tiempo del necesario. Pero de momento, conociéndola, sabía que tenía que abandonar el rancho lo antes posible. Miró a su alrededor. Durante unos meses, creyó haber encontrado un hogar. Ahora comprendió que lo estaba perdiendo.

***

Linda contuvo la respiración al escuchar cómo se cerraba la puerta de la casa horas después. Cerró los ojos y tragó saliva. Solo podía ser Colt, había esperado justo hasta el amanecer, la hora límite que ella le había impuesto. Seguramente el muy malnacido había tenido una agradable noche de sueño, mientras que ella permanecía en vela encerrada en el despacho. ¿Dónde iría ahora? Le importaba una mierda. Lo que quería era que estuviera lejos de ella y de su rancho.

***

Colt portaba al hombro el petate militar con el que había llegado a Kingfisher meses atrás. Iba más lleno y más pesado. En cambio, su corazón iba más vacío. Miró hacia la casa, esperando vislumbrar la figura de Linda en alguna ventana o que, en el último momento, quisiera que hablasen, pero sabía que se estaba engañando. La conocía, y no iba a suceder.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Jacob, tras observarlo con el equipaje.

Colt dejó de observar la casa y se giró hacia el lugar desde donde provenía la voz del capataz, que se acercaba a él.

—Me voy —articuló las palabras con dolor impreso en ellas. Caminó hacia la camioneta, desbloqueó las puertas y lanzó el petate en los asientos traseros de la misma.

—Linda no me ha dicho nada sobre que os fuerais de viaje —observó Jacob.

—No —suspiró Colt y volvió a apretar la mandíbula—. El que se va soy yo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, sabiendo por su rostro que no se trataba de un viaje de negocios, y que se estaba refiriendo a que se iba del rancho.

Colt bajó la cabeza y negó con ella, haciendo una mueca con la boca, sin encontrar las palabras adecuadas para explicar lo que había pasado. Jacob supo que el hombre que tenía frente a él estaba roto por dentro.

—Sea lo que sea, se le pasará —volvió a hablar el capataz—. Linda es cabezota y necesita algo de tiempo para reflexionar, pero lo hace.

—No, me temo que esta vez no, Jacob —lo contradijo—. La he cagado, mucho.

El hombre permaneció en silencio mirando al que se había convertido en su amigo y su mejor compañero de trabajo en aquellos últimos meses y supo que algo demasiado grave había pasado entre los dos.

—Puedes quedarte en mi casa —le ofreció.

—Te echaría a ti también, pero gracias.

—¿Dónde vas a ir?

—Supongo que… no sé… a casa de mi hermana. Tiene un rancho en Winfield, Kansas.

Jacob extendió la mano hacia Colt, sentía su pérdida. Había conocido a pocos hombres tan íntegros como él.

—Ha sido un placer, capitán Sullivan.

—El placer ha sido mío, Jacob.

El capataz posó una mano en el hombro de Colt y lo apretó con afecto.

—Cuida de ella, por favor —le pidió antes de volver a apretar la mandíbula una vez más.

Jacob asintió con la cabeza y Colt subió a su camioneta antes de arrancar y saludarlo con la mano para despedirse.

***

Linda observó la escena desde la ventana del despacho. Había permanecido toda la noche allí, le dolía el pecho desde que había hablado con él arriba, pero hasta el momento en el que la camioneta de Colt enfiló despacio por el camino de salida del rancho no había llorado. Fue entonces cuando las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas. Había querido que se marchara. Se lo había exigido. Sin embargo, verlo abandonar el rancho hizo que sintiera que algo

dentro de ella se rompía. Sí, él la había traicionado, pero acababa de perder al único hombre con el que había comenzado a imaginar un futuro.

VUELTA A… ¿CASA?

Colt detuvo la camioneta delante del cartel del rancho Sullivan. Seguía llamándose así porque había sido de su padre y su hermana había rechazado cambiarse el apellido al casarse. Recordó durante un segundo a Linda, sabía que ella tampoco se lo habría cambiado. Decidió parar el motor y respirar hondo antes de traspasar los límites de la entrada.

¿Cuánto tiempo hacía que no pisaba aquella tierra? Al menos cuatro años. Bajó del vehículo y la pisó de forma literal. Aquel lugar había sido su casa en un pasado muy lejano. Ahora solo le pareció un refugio.

Volvió a subir a la camioneta y se adentró en el camino. Tras unos minutos, llegó a la explanada frente a la vivienda y detuvo su vehículo a un lado de la misma. Observó la impresionante casa, recién pintada de blanco y miró a su alrededor, notando cómo habían cambiado las cosas por allí. Cuatro años era demasiado tiempo.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —Oyó la voz de una mujer que salía de uno de los establos.

—Buscaba alojamiento —dijo, sabiendo que era su hermana, a pesar de la distancia.

—No sé qué le han dicho, pero este no es de ese tipo de ranchos.

—Esperaba algo más de comprensión —dijo él, cuando a la mujer solo le restaban un par de metros para llegar a él.

Nora Sullivan se detuvo frente al hombre, que le sonrió. Reconoció aquella sonrisa, aquella planta y los ojos verdes.

—¿Colt? —preguntó, con una amplia sonrisa.

—Pensaba que te habías olvidado, pequeña —le dijo, abriendo los brazos.

La mujer se le lanzó al cuello y lo abrazó con fuerza. Colt la tomó por la cintura y la apretó contra sí. Habían pasado cuatro años, pero el cariño resistía.

—¿Qué demonios ha pasado por tu cabeza, Colt Sullivan? —la mujer le dio un puñetazo en el hombro a continuación—. Cinco malditos años desde la última vez.

—Cuatro, Nora —la corrigió, mientras la veía limpiarse los ojos.

—Demasiado tiempo —lo riñó de nuevo y se agarró a su cintura para dirigirlo hacia un cobertizo—. Espera a que CC te vea.

***

Dos días después, Sofía puso una nota manuscrita sobre su escritorio sin decir una palabra mientras ella trabajaba en el ordenador. Linda la cogió distraídamente y la leyó:

Lo siento, Linda.
Colt S.

Apretó la mandíbula y miró a la otra mujer.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó, a sabiendas de que era una nota manuscrita de Colt. ¿No se habría atrevido a ir al rancho?

—Una nota, de ese muchacho, Colt. Estaba en su dormitorio.

—Ya la veo. ¿Por qué no la has tirado a la basura?

—Se disculpa contigo.

—Eso tendría que haberlo pensado antes. Tírala —la volvió a poner sobre la mesa y la empujó hacia la mujer.

—No voy a hacer tal cosa —rechazó.

—De acuerdo —respondió molesta—. La quemaré por mí misma.

La mano de Sofía se posó inmediatamente sobre la nota y la recogió, poniéndola fuera del alcance de las manos de Linda.

—La guardaré —la retó con la mirada.

—Haz lo que te plazca. Y espero que la guardes bien, porque la próxima vez que la vea, arderá —le prometió.

—¿Cuál ha sido el pecado de ese muchacho para que no puedas perdonarlo? —le preguntó Sofía ahora.

—No quiero hablar de ello.

—Eres demasiado estricta.

—Estoy trabajando —le indicó tácitamente que abandonase el despacho.

Cuando la figura de Sofía se alejó con la nota manuscrita en su mano, soltó el aire que había estado reteniendo. Le había costado varios días el dejar de llorar las suficientes horas al día para no depender de sus gafas de sol durante toda la jornada. Y, de repente, aparecía Sofía con aquel papel que le había dejado Colt con la clara intención de ablandarla. Y quién sabía cuántas intenciones más tras ella. Jacob estaba siendo muy comprensivo, dadas las circunstancias, sabía que Colt se había ido para no volver, los había visto hablar y despedirse la mañana de su marcha. Puede que él le hubiera contado lo que había sucedido entre ambos. Pero si lo sabía no lo mencionó y si no era así, trataba de ser discreto, como un buen capataz de rancho.

—Me voy, Linda —la figura de Celeste se colocó en medio de la puerta del despacho, ya que Sofía no la había cerrado al marcharse.

—Bien —respondió sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—Mandaré a alguien a recoger mis cosas, para que no tengas que verme más —dijo Celeste, captando la atención de su prima, por primera vez en semanas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Linda, mirando a Celeste. La joven tenía una pequeña maleta a su lado.

—He entendido el mensaje, ¿vale? —dijo, casi a punto de romperse. Respiró hondo y parpadeó para ahuyentar la humedad.

—¿Qué está pasando, Celeste? —Linda se levantó del sillón y bordeó la mesa, poniéndose en medio de la estancia, a la vez que miraba a la maleta y a su prima, por turnos, tratando de entender lo que ocurría.

—Hace semanas que casi no me diriges la palabra, y desde hace un par de días… —se detuvo y tomó aire de nuevo—. Sé que quieres

que me vaya y no sabes cómo decírmelo. No hace falta, mensaje recibido.

—Celeste, yo… —comenzó a decir Linda. Sabía que los últimos días no habían sido fáciles para ella y de ahí a que la joven hubiera malinterpretado la situación.

—No pasa nada, está bien. Lo entiendo. Te juro que siento muchísimo lo que hice, Linda, de verdad. Y ojalá algún día puedas perdonarme por lo estúpida que he sido.

Celeste miró a Linda y esta le sostuvo la mirada. Después volvió a respirar hondo y decidió caminar hacia la puerta de salida.

¿Qué iba a hacer con aquel asunto? Seguía molesta con su prima, pero no todo había sido culpa suya. Asher la había manipulado y, además, ahora necesitaría de su ayuda más que nunca, si había «algo» en camino. Salió del despacho y cruzó el salón.

—¡Celeste! —la llamó—. ¿Dónde irás?

—Una… compañera de trabajo me ha dicho que me puedo quedar en su casa, mientras busco algo que pueda pagar —miró al suelo.

—¿Y lo de…?, Ya sabes —miró su vientre, no le pareció tan plano como unas semanas atrás.

—No lo sé. Pero me las arreglaré.

Linda guardó silencio unos instantes. Celeste estiró el brazo y cogió el pomo de la puerta.

—No te vayas —dijo Linda—. Somos familia.

—No quiero ser una obligación para ti.

Linda meditó aquello.

—No lo eres. Y ahora tienes un trabajo.

—Pero no vas a perdonarme —se lamentó.

Linda cerró los ojos.

—Dame tiempo, ¿vale? —le pidió.

—Vale —convino Celeste segundos después, a la vez que dos lágrimas le caían por las mejillas.

—¿Has ido al médico? —preguntó Linda.

—No —negó con la cabeza, mirando al suelo—. Tengo miedo.

—Te pediré cita. Iré contigo.

Celeste se mordió el labio inferior mientras asentía y las lágrimas caían sin cesar por su rostro. Linda trató de reprimir las suyas, pero tampoco pudo. Cubrió los pasos que la separaban de su prima y la abrazó contra su pecho, consolándola.

COMIENZOS

Sterling Hayes apareció de buena mañana el día en el que todo estaba listo para la primera extracción del petróleo de los dos pozos del rancho. Nunca hubiera imaginado que alguien como él se tomase la molestia. Linda estaba convencida de que otros negocios lo retenían en la zona. La escena era lo más parecido a una inauguración que pudiera haber imaginado y a pesar de la confianza en los ingenieros, supo que todos estaban tensos cuando llegó el momento del acontecimiento.

—¿El señor Sullivan no nos acompañará hoy? —preguntó el CEO de Cimarron Oil, colocándose a su lado.

—Colt está de viaje —dijo Jacob, colocado al otro lado de Linda, evitándole responder a la mujer. A él no podía engañarla, estaba mal, tan mal como el exmarine cuando había abandonado el rancho. No se había separado de las gafas de sol desde hacía días.

—Pensé que no se perdería este momento —añadió Sterling.

—Es… un asunto familiar —volvió a hablar Jacob, actuando de portavoz de Linda.

—¡Una pena! —se lamentó Sterling—. Si me disculpan, llegó la hora.

Linda y Jacob asintieron con la cabeza, mientras el CEO se acercaba a los ingenieros.

—Gracias —murmuró Linda hacia el capataz, cuando el otro hombre se marchó.

—No sé qué ha pasado, pero… trata de no ser cabezota —supo que se refería a lo que había pasado con Colt.

—No es eso —respondió Linda.

—Está bien —convino el hombre.

Sterling les dirigió una sonrisa y puso el pulgar hacia arriba. Linda le devolvió el gesto, él asintió con la cabeza hacia un ingeniero y aquel hizo algo en un ordenador. Oyeron algo retumbando bajo los pies, después el sonido se detuvo y los ingenieros miraron atentamente hacia la pantalla del ordenador. Un siseo y un olor a gas fue lo siguiente que sintieron. Linda arrugó la nariz. ¿Aquello era una buena señal? Se fijó en Sterling y vio que este sonreía. Era bueno, sin duda. Oyó hablar sobre la presión. ¿Sería la adecuada? Se había rendido a aquel negocio del petróleo, y a riesgo de parecer codiciosa, esperaba que fuera la correcta. La sonrisa de Sterling se ampliaba conforme pasaban los minutos. El hombre se acercó al manómetro de la cabeza del pozo y comprobó la presión de forma analógica antes de dirigirse hacia ellos de nuevo.

—Estabas sentada sobre una buena balsa de crudo. Habrá que esperar un tiempo para ver si los datos continúan así, pero todo hace indicar que hay petróleo para que te jubiles más que cómodamente. Felicidades.

—Es una buena noticia —dijo. La mejor noticia que recibía desde hacía demasiado tiempo.

Sterling le tendió la mano y ella se la estrechó. Después volvió con el resto de personal del pozo. Una vez estuvieran en marcha los dos pozos y asegurasen que todo iba como la seda, solo quedaría el personal de mantenimiento que pasaría de tanto en cuanto por el lugar o si surgía algún problema puntual.

—Felicidades, Linda. Eres una mujer rica —dijo Jacob a su lado y le pasó un brazo por los suyos, apretándola contra sí.

Apreciaba su compañía, pero había pensado que en aquel momento sería Colt quien estuviera a su lado, celebrando el primer día de extracción de petróleo. Un negocio que había sido obra de ambos en el fondo, ya que él la había acompañado a las negociaciones. Allí donde habían conocido el bourbon Balmorhea. También la había acompañado durante el estudio de la tierra y se había encargado de controlar la reintubación de los pozos. La

emoción se cerró en su garganta y una lágrima le resbaló por la mejilla. No era por el petróleo, era porque él no estaba allí.

Los labios de Jacob se posaron en su sien, consolándola. Ella se giró y escondió la cabeza en el pecho del hombre, abrazándose a él, que le pasó la mano por la espalda, tranquilizador. A continuación, Linda se separó sin mediar palabra y comenzó a caminar hacia la camioneta. Jacob la miró, hablaría con ella más tarde. Después miró hacia el resto y observó cómo el CEO de Cimarron Oil observaba a su jefa. Se despidió de él con dos dedos en el sombrero para abandonar el lugar.

***

Colt miraba al horizonte cuando este ya era solo una leve línea naranja. Un día más terminaba en el rancho Sullivan. Había trabajado hasta la extenuación, luego tomó una ducha y cenó. Después, había expresado su deseo de retirarse para irse a dormir temprano. O al menos tratar de hacerlo. Pero no fue sencillo; no lo consiguió y decidió salir al porche a respirar el frescor de la noche.

—Sé que lo que vivís allí es duro —habló Nora desde atrás. Caminó hasta el lugar donde estaba sentado y se colocó a su lado en las escaleras.

—Así es.

—Siento lo de Austin.

—¿Lo sabías?

—Su esposa me llamó hace meses —confesó ella—. Supongo que los dos teníais los contactos de emergencia de ambos. Estaba preocupada por ti.

Colt sonrió sin humor. Le pareció irónico que, a pesar de su dolor, hubiera tenido la delicadeza de preocuparse por él.

—Es una buena persona —dijo Colt.

—Lo es. La invité al rancho y ha venido un par de veces con los niños a pasar unos días.

—No lo sabía —se sorprendió el hombre—. Pero gracias, seguro que les vino bien.

—No tienes nada que agradecer —Nora entrecruzó un brazo con el de su hermano y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Dónde has estado este tiempo que llevas fuera de los marines?

—¿También sabes eso?

—Soy rubia, pero no estúpida, querido hermano —sonrió, frotando su nariz con la camisa del hombre—. ¿Qué has hecho este tiempo?

—En Oklahoma. Trabajando sin el Tío Sam.

—Aquí teníamos trabajo de sobra para ti, ¿sabes?

—Es tu rancho, Nora.

—Bueno —suspiró—. Creo que ya es más de CC que mío, pero me has entendido perfectamente.

—Conocí a alguien —confesó.

Nora sonrió.

—Sabía que había alguien. Demasiada melancolía la tuya, hermano. ¿Cómo es ella? ¿O… él? No te juzgaré —prometió.

—Es ella —Colt sonrió—. Me siguen gustando las chicas, ¿sabes?

Nora rio y Colt se animó.

—¿Cómo la conociste? —ahora pasó las dos manos por el brazo de su hermano y esperó con ansia conocer la historia.

—¿Has oído hablar del programa Soldier's Angel?

—¿En serio? No pensé que eras tan romántico, hermanito.

—No es lo que piensas —sonrió nuevamente y se puso serio a continuación—. Austin había muerto hacía unas semanas y alguien me dio un paquete del programa. Supongo que para animarme.

—Lo siento —se arrepintió Nora.

—No, no importa —la besó en el pelo—. Había una carta y una caja de galletas de jengibre caseras. Era Navidad y, aunque parezca una locura, fue significativo para mí. Una desconocida dándole ánimos a alguien al otro lado del mundo y horneando galletas para él.

—Me cae bien —dijo Nora.

—Sí —sonrió Colt—. Había una dirección de correo electrónico y le escribí para agradecérselo y decirle lo importante que había sido justo en ese momento.

—Y ella respondió una vez más —supuso Nora.

—Ajá. Y yo lo volví a hacer y durante meses mantuvimos el contacto.

—¿A ver si lo adivino? Es de Oklahoma.

—Así es. Cuando salí decidí que debía ir en persona a decirle que gracias a sus cartas seguía cuerdo y vivo.

—¡No me digas que estabas comenzando a enamorarte! —exclamó Nora Sullivan emocionada.

—¿No crees que estás corriendo demasiado? Ninguno de los dos había visto siquiera cómo era el otro físicamente.

—El amor es ciego —canturreó—. ¿Y qué pasó? ¿Un flechazo? Quedasteis en la parada del autobús, ella corrió hacia ti y la estrechaste entre tus brazos, besándola con pasión.

—¿De dónde demonios sacas esas cosas? —se extrañó él, frunciendo el ceño.

—Tengo cuarenta y dos, pero estoy viva, ¿sabes? Sigue contando, no te escaquees.

—No le dije que iba a ir.

—¿En serio? —el tono fue de reproche.

—Ya sé lo que me vas a decir.

—Muy mal, Colt. Apuesto a que querías verla tú antes, para saber si era tu tipo.

—Apostarías y perderías. Solo que no estaba seguro de que fuera una buena idea porque… nunca he creído en esas cosas de escribirte con alguien que no conoces.

—Da igual, ¿la encontraste?

—La encontré casualmente, sí.

—¿Y?

—Me pegaron un tiro.

—¿¡Qué!? —Nora se separó de su hermano y lo miró con el ceño fruncido.

—Fue un rasguño. Lo prometo.

—Me gustaría saber cuándo alguien te hace un rasguño, Colt. Sigo siendo tu familia, aunque no te hayas acordado de mí en los últimos cinco años.

—Cuatro —la corrigió.

—Lo que sea —dijo, ceñuda.

—¿Quieres saber cómo sigue? —trató de distraerla de lo anterior.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados durante unos instantes.

—De acuerdo. ¿Qué pasó? —dijo de mala gana.

—El tiro era para ella.

—¡No! ¿Quién querría hacerle tal cosa?

—No lo sé.

—¿Y qué pasó?

—Después de un breve paso por el hospital —dijo para tranquilizar a su hermana—, me llevó a su casa.

—¿Y ahí surgió toda la magia?

—Con el tiempo, sí —sonrió con melancolía.

—¡Ohhh! —volvió a coger a su hermano del brazo para hablarle de forma suave—. ¿Y qué ha pasado?

—Que cometí un error —suspiró—. La engañé. No le dije que yo era el marine de Soldier's Angel.

—¡Mierda, Colt! —se lamentó su hermana, apoyando la cabeza de nuevo contra él.

—Sí, mierda —miró al suelo.

Nora meditó sobre aquello, su hermano tenía el corazón roto. Lo había visto abatido desde su llegada, a pesar de que trataba de disimular, pero ahora sabía que no era solo por la pérdida de su compañero, sino que también era por la pérdida de una mujer.

—¿Cómo se llama? —preguntó en voz baja.

—Linda. Linda Clayton —respondió.

—Estoy segura de que a Linda se le pasará.

—Yo no apostaría por ello —negó él.

—¿Estás haciendo algo para que te perdone?

—No. Solo hice lo que me pidió: irme. Y aquí estoy.

—¿La has llamado?

—Me colgaría, si es que llega a cogerme.

Nora pensó un poco más.

—¿Por qué no le escribes? Algo así como comenzó todo.

—Borrará mis correos electrónicos sin leerlos siquiera.

—Eso no puedes asegurarlo. ¿Sabes si ella… te quería?

Colt recordó el último mail que le había enviado a Charlie Sierra, en el que por primera vez confesaba sus sentimientos. Ella lo había querido, lo leyó en sus ojos días atrás. El problema era que no sabía si aún seguía existiendo algo de aquello, o él lo había destruido con su mentira.

MENSAJES

Linda abrió la bandeja de correo electrónico de su ordenador a última hora de la tarde, consultaría si había llegado algo importante antes de ir a la ducha y cenar. No estaba preparada para el único correo nuevo sin leer que allí estaba:

De: Colt Sullivan
Asunto: Perdóname

La mujer entrecerró los ojos con furia.

—A la mierda, Colt Sullivan —dijo, antes de enviar el correo a la papelera de reciclaje y apagar la pantalla del aparato.

***

—¿Cuándo tenías pensado decirme que Colt se había ido? —era la inquisidora pregunta de su amiga Scarlett, entrando en tromba en su dormitorio, mientras que ella terminaba de vestirse para bajar a cenar.

—Hola, Scarly —trató de hablar con calma.

—¿Y bien? —la otra mujer cerró la puerta y puso los brazos en jarras.

—No me sentía preparada —dijo, apretando la mandíbula—. ¿Te quedas a cenar?

Scarlett observó a su amiga, que ahora se pasaba los dedos por dentro del cabello, peinándolo, antes de recogerlo en una coleta alta.

—Sabes que es un cabrón, ¿verdad?

—Sí —suspiró—. Pensaba que nadie podía superar a Asher, pero me equivoqué.

—¡Maldito sea! —exclamó Scarlett—. Me hizo pensar que estaba enamorado de ti y te juro que lo creí. Claro, que… ¿qué se puede esperar de un hombre? Obtienen sus cuatro polvos y un día desaparecen de tu vida sin decir adiós.

Linda miró a su amiga unos segundos.

—Yo fui la que le dijo que se fuera —confesó.

—No… lo entiendo —dijo Scarlett, ahora confusa—. ¿Qué… ha pasado?

Linda respiró hondo y se sentó en uno de los sillones de la habitación. Scarlett tomó asiento en el otro, frente a ella, esperando que su amiga hablara.

—¿Recuerdas a Charlie Sierra? —preguntó Linda al fin.

—Sí —Scarlett tragó saliva y palideció. Aun así, trató de mantener la compostura—. ¿Qué pasa con Charlie?

—Colt Sullivan es Charlie Sierra —Linda soltó la bomba.

—¡Mierda! —exclamó Scarlett y se mordió el labio.

Linda miró a su amiga, habría esperado una explosión mayor ante una noticia de tal calibre. Se dijo que quizá estaba siendo demasiado susceptible y simplemente era que no encontraba palabras a aquello.

—He sido estúpida, Scarly. ¿Cómo no me di cuenta antes? Las similitudes entre las dos historias. El ramo de rosas, el plantón en Oklahoma City. ¡Maldita sea! ¿Por qué demonios iba a aparecer alguien como Colt justo en mi rancho?

Scarlett pensó qué decir, ella ya sabía todo aquello, porque Colt se lo había confesado cuando le tendió la trampa. Y lo que no le había dicho, lo había adivinado por su cuenta.

—¡Dios, Linda! —exclamó sin saber qué más decir—. ¿Te lo ha dicho él?

—No, maldita sea. Probablemente ni siquiera pensaba hacerlo nunca. Iba a mantenerme engañada todo el tiempo, mientras me escribía mails de disculpa cuando faltaba a una cita.

—¿Y cómo te enteraste?

—Encontré la carta que le escribí a través de Soldier's Angel entre sus cosas.

—¿Lo estabas registrando? —se extrañó Scarlett.

—Fue casual. Él estaba en la ducha, íbamos a ir a cenar al pueblo. Nuestra primera cita de verdad —dijo con dolor—. Un cajón de la cómoda no cerraba, había catálogos de maquinaria que lo atascaban y un absurdo libro meteorológico de Kansas. La carta estaba dentro de él.

—Guardó tu carta.

—Supongo que tendrá más de otras mujeres.

—O no.

—Me da igual —desestimó, levantándose del sillón para ir hacia la ventana y cruzarse de brazos mientras miraba hacia la oscuridad que se cernía en el exterior—. No es justo, ni limpio. Él jugaba a dos bandas.

—¿Te dio sus motivos?

—Me importan una mierda, llevaba meses viviendo bajo este techo. Tuvo cientos de oportunidades de decirlo.

—Entonces no dejaste que se explicara —dijo Scarlett.

—¿Y qué demonios podía decirme?

—No lo sé, Linda. Pero a veces es bueno escuchar. En ocasiones no es todo como parece a simple vista.

—¿En serio estás defendiéndolo? Si lo primero que le has dicho ha sido «cabrón» —Linda subió una ceja y miró a su amiga.

—Yo solo digo que quizá había algo más y que no pasaba nada si lo escuchas durante cinco minutos.

Linda respiró hondo y entrecerró los ojos, mirando a su amiga.

—¡Linda! —la imagen de una Celeste demasiado asustada apareció ante ellas en la puerta.

—¡Joder! —exclamó Scarlett, fijándose que una gran mancha de sangre se extendía por la entrepierna de la prima de su amiga.

***

Colt miró a los caballos que estaban dentro del cercado del rancho de su hermana. Había tomado una ducha y la cena tardaría en estar lista. ¿Qué estaría haciendo Linda en aquel momento? Quizá sonriendo porque los pozos funcionaban. Ella había tenido sus temores acerca del asunto, pero él había hablado largo y tendido con algunos ingenieros y, con los datos que manejaban del estudio, el lugar prometía décadas de extracción a gran presión. Se alegraba

por ella, solo que le habría gustado vivirlo a su lado. No por el dinero, sino porque estar con ella había sido lo más valioso que había vivido en muchos años. Respiró hondo, tratando de alejar el dolor del pecho que lo carcomía desde hacía demasiado tiempo.

—La cena estará lista en cinco minutos —dijo Nora, llegando a su lado y deslizando un brazo por el torso del hombre, para colocarse a su lado.

—Bien. Estaba echando un ojo a tus caballos, son grandiosos.

—Gracias. Es obra de CC.

—Le has enseñado más que bien.

Ambos guardaron silencio mientras miraban hacia los ejemplares.

—¿Le has escrito? —preguntó Nora.

—Ajá.

—¿Y?

—Nada.

—Continúa haciéndolo. Es una orden.

Colt sonrió y le pasó el brazo por los hombros antes de besarla en la sien. El rancho de su hermana siempre había sido una buena opción para obtener refugio. Allí, al menos, no tenía que fingir que todo iba bien.

***

Linda paseaba nerviosa por la sala de espera. Tenían programada la maldita cita médica justo para el día siguiente y ahora… ¡Dios! Esperaba que Celeste estuviera bien. Seguía molesta por lo que había hecho, pero también sentía compasión por su prima, en las últimas semanas era poco menos que un alma en pena vagando por el rancho. Aquel era el sello de Asher Granger, maldito fuera. Al menos, ahora sabía que estaba a buen recaudo y pronto sería juzgado por sus fechorías.

—Si continúas así, abrirás una zanja en el suelo —le dijo Scarlett, que seguía acompañándola, a pesar de que se había hecho demasiado tarde.

—No sé por qué tardan tanto —dijo Linda, dejándose caer en una de las sillas, echándose hacia delante para colocarse las manos en la nuca.

—Están haciendo su trabajo, y supongo que estarán realizando algunas pruebas. Querrán tener el resultado antes de decirte nada, esto suele tardar.

—Pues no me tranquiliza.

—Pensaba que estabas furiosa con ella.

—Estar furiosa no es desearle el mal, ¿sabes?

—Ya no estás tan enfadada, Linda Clayton —le dijo Scarlett y sonrió.

—Es mi familia. Solo eso —desestimó ella, haciéndole ver que ella solo cuidaba de los de su sangre.

—Tu prima estaba sufriendo porque ni siquiera la mirabas.

—Scarly, de repente estás de parte de todos mis enemigos. Primero Colt y ahora Celeste. ¿Acaso quieres formar parte de ese listado?

—Espero que no —sonrió—. Además, creo que ninguno de los dos son tus enemigos.

—Pues lo han disimulado muy bien.

—Han sido dos personas que han cometido algunos errores. He hablado con Celeste en el pueblo y no estaba bien.

—Las consecuencias de sus actos.

—Se está redimiendo, Linda. Está cambiando y se está esforzando de verdad en el supermercado. Quiere que estés orgullosa de ella.

—Parece que te estás convirtiendo en su mayor fan.

Scarlett sonrió.

—Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

—No siempre —dijo Linda.

En realidad, ya no estaba tan molesta con Celeste como le estaba diciendo a su amiga, era solo que… a veces, como le decía Jacob, podía ser demasiado obstinada. Y le costaba reconocer algunas cosas.

—Va a estar bien —habló de nuevo Scarlett, tranquilizando a su amiga—. Y sé que tú la vas a cuidar.

***

De: Colt Sullivan
Asunto: Lo siento, Linda

—¡Por favor! —exclamó airada Linda al recibir la alerta del correo electrónico de Colt en su teléfono móvil. Entró en la bandeja. No quería cometer el error de abrirlo sin querer y lo mandó a la papelera—. Pura basura.

—Mmmm —se desperezó Celeste en la cama del hospital, escuchando el exabrupto de su prima—. ¿He hecho algo mal?

—No, cielo —le dijo, dándose cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, usaba un diminutivo cariñoso con su prima. Se acercó hasta el lecho.

La joven miró a su alrededor y fue consciente de lo que había sucedido el día anterior.

—¿El bebé? —se tocó el vientre, instintivamente.

—No hay bebé —informó Linda.

—¿Lo he perdido? —el rostro de Celeste mostró dolor.

—No, no es eso. No estabas embarazada.

—Me dolían los pechos y estaba hinchada. Especialmente los últimos días.

—Era la menstruación.

—Pero… hacía casi dos meses que no me bajaba. No puede ser.

—Te asustaste tanto con… lo que pasó —hizo una pausa—. Que, se te había retirado durante este tiempo. A veces pasa. A mí también me ha pasado.

—¿En serio? ¿Te ha pasado? —preguntó de forma inocente.

—Cuando murió mi padre. Durante seis meses. Y también fue bastante explosivo a la vuelta, como te ha ocurrido a ti.

—¡Oh, Dios! —exclamó, aliviada y luego pensó en lo que acababa de decir y cómo—. Es decir, lo siento. Lo siento por ti, por lo que te pasó. Solo que, me alegro, por mí.

—Sí —Linda esbozó una tímida sonrisa—. Yo también me alegro de que haya sido así.

—¡Creo que nunca me había alegrado tanto de tener la regla!

—Apuesto por ello —dijo Linda, sonriendo. Caminó hacia la ventana y observó el amanecer.

—No quería tener un hijo de Asher —confesó la mujer y reflexionó—. Pero tener un bebé habría estado bien. Alguien a quien cuidar y querer. Y que también te quiera a ti, eso es bonito.

Linda miró a su prima, que más que contárselo a ella, parecía estar pensando en voz alta. Sintió un pinchazo en el corazón con aquella última parte «que también te quiera a ti». Entendía el sentimiento.

Su tía Esther no era lo que se podía decir una madre amantísima, quería a Celeste, pero a su manera. Tan a su manera, que casi nadie que las conociera bien podría decir aquello. Y la joven, en el fondo, y especialmente desde que vivía en Kingfisher, solo había buscado aceptación y cariño. Primero, de las redes sociales en las que pasaba horas creando contenido con no demasiado éxito, después de ella misma, de Colt incluso y más tarde de Asher. De ello se había valido aquel cabrón para engañarla y usarla. Y ella había estado tan ocupada con sus problemas que no había llegado a verlo, posponiendo mil veces el conversar en profundidad con la joven.

—Es una gran responsabilidad —habló Linda, después de carraspear—. Pero algún día pasará y con la persona adecuada, ya lo verás.

Celeste se limitó a sonreír y asentir. Luego, guardó silencio.

—Gracias —habló rato después—. Por estar aquí, conmigo.

—Somos primas —dijo Linda, evitando ponerse demasiado sensible—. En cuanto venga el médico seguro que nos podremos ir a casa a descansar.

—¿Y mi trabajo? ¡Tengo que avisar!

—Ya lo he hecho yo, tranquila. Te van a dar unos días libres.

Celeste sonrió agradecida hacia su prima.

LA VIDA SIGUE

Linda bajó de la cosechadora y le cedió el testigo a Cody, uno de sus trabajadores, mientras que Jacob la esperaba al lado de la camioneta para llevarla a casa. En aquella época cosechaban hasta el momento del punto del rocío y aquello a veces, sucedía bien entrada la madrugada.

—¿Un día duro? —le dijo su capataz, alargándole una botella de agua fría.

—Me duele todo, si te soy sincera.

—Ya te dije que sería complicado hacerlo con dos hombres menos —se refirió a Travis y a Colt.

—Por este año, nos tendremos que conformar con lo que hay.

—O hasta que vuelva Colt —dijo Jacob.

Linda lo miró con los ojos entrecerrados.

—En tus sueños, Jacob —respondió con rotundidad.

—Le vendría bien el trabajo.

—Seguro que encuentra a alguna ranchera con cerebro de mosquito a la que pueda engañar si quiere «trabajar».

Jacob la miró, ceñudo.

—¿Eso es lo que crees que hizo?

Linda se limitó a beber un largo trago de agua, dejando aquella pregunta en el aire. Jacob la siguió observando.

—No va a volver —le dijo, categórica.

Jacob guardó silencio y observó a su jefa y amiga, casi su hermana.

—Scarlett me ha contado el pecado que cometió.

—¡Vaya! Parece que no puede mantener la boca cerrada. Pensaba que os llevabais mal.

—Es complicado —desestimó él, molesto con el tema de Scarlett —. ¿Te has parado a pensar por qué lo hizo?

—Porque es un cabrón mentiroso, como todos los hombres.

—Gracias —dijo Jacob, con estoicidad.

—Sabes que no me refiero a ti —desestimó ella. Jacob entraba en otra categoría de hombre y él lo sabía.

—¿Por qué no hablas con él y se lo preguntas? El por qué lo hizo.

Linda emitió una carcajada, como si estuviera diciendo una chaladura.

—Es tarde, Jacob. Muy tarde para eso. Tuvo su tiempo.

Jacob la miró beber nuevamente, mientras seguía con la vista a la cosechadora manejada por Cody a lo lejos.

—Los pozos de este rancho también tuvieron su tiempo. Sin embargo, ahora han tenido otra oportunidad y ha salido bien.

Linda lo miró, molesta.

—Es la comparación más estúpida que he oído nunca, Jacob —le devolvió la botella y se encaminó hacia el otro lado de la camioneta —. Llévame a casa, necesito una buena ducha y dormir.

El capataz asintió y esbozó una suave sonrisa, sabía que le iba a contestar justo eso. Su jefa seguía arrastrando una tristeza que nunca antes le había visto, desde que Colt había abandonado aquel rancho.

***

—Cualquier día CC traerá a una chica a casa y yo sobraré —dijo Nora, sentada al lado de Colt mientras este conducía hacia los pastos más alejados del rancho, para comprobar que todo iba bien con el ganado que había allí.

—Eres su madre, no sobrarás.

—Soy realista, Colt. Además, me gustaría tener algún reto nuevo.

—¿Como cuál? —preguntó este.

—No sé, me gustaría… comprar un rancho que hubiera que reflotar. No demasiado grande. Aunque supongo que no tengo tanto

dinero disponible y no pondría este de aval.

—En ese caso, siempre puedes ofrecerte como capataz en uno así. Si es solo por el reto de reflotarlo…

Nora rio.

—Las cosas han cambiado, pero no tanto. ¿Crees que alguien iba a contratar a una mujer para ese trabajo?

—Tienes buenas referencias.

—Sí, ya —desestimó ella—. Y a ti, ¿qué te gustaría hacer?

—Ya sabes qué me gustaría hacer —esbozó una sonrisa triste, desviando durante medio segundo la vista hacia su hermana.

—Lo siento —se disculpó por su lapsus—. ¿Sigue sin contestar?

—Sí.

—No decaigas. Y aunque suene cursi para ser una cowgirl y tú, un marine, háblale desde el fondo de tu corazón: consejo de hermana y de mujer —le guiñó un ojo.

Colt le tomó la mano y le besó los dedos, agradecido por el apoyo emocional que le brindaba.

¿POR QUÉ?

De: Colt Sullivan
Asunto: Sobre Austin

Era temprano, Linda tocó el teléfono para ver la hora y se topó con aquella nueva entrada en su correo electrónico.

—Descanse en paz Austin, pero tú vas a la papelera, Colt —dijo, antes de que aquel nuevo mail corriera la misma suerte que los anteriores.

Bajó a la cocina, era el día libre de Sofía, pero se encontró a Celeste a los fogones.

—Buenos días, prima —dijo esta, mirándola con una sonrisa.

—Buenos días… ¿esto qué es?

—Hoy es el día libre de Sofía.

—Lo sé —dijo ella, pensando en qué mosca le había picado a su prima.

—He pensado en hacerte un buen desayuno. Sé que tienes mucho trabajo y necesitas que alguien se ocupe de ti.

Linda frunció el ceño. ¿Quién era aquella mujer y qué había hecho con su prima la superficial?

—¿Has usado mi tarjeta por encima del límite? —preguntó.

—No —Celeste ladeó la cabeza y puso los ojos en blanco—. No he tocado tu tarjeta.

—¿Es mi coche?

—No, todo está bien, ¿vale? Quiero ser amable contigo, ¿puedo?

—Sí, claro —dijo Linda, pensando que debía llevar cierto cuidado. La gente no cambiaba así de la noche al día, ¿no?

—¿Qué te parece si te sientas en el porche delantero? Hace un día estupendo para desayunar fuera. Yo me encargo de todo. Tú descansa.

—Vale.

Linda estiraba los músculos del cuello y la espalda mientras observaba el trasiego del rancho delante de ella.

—¡A la mesa! —dijo Celeste, dejando las viandas sobre la superficie. Tortitas, huevos revueltos, bacon y patatas asadas. Zumo de naranja y café con leche.

—Gracias —dijo Linda, aún extrañada con todo aquel despliegue.

—¿Te parece que desayunemos juntas? Si no quieres, no pasa nada.

—Sí, está bien.

Linda observó la comida. Tenía buen aspecto y olía aún mejor. No había pensado que su prima supiera cocinar nada más allá de unos huevos cocidos.

—No le he echado nada raro —dijo Celeste, sentándose frente a ella.

—No es eso, es que no sabía que cocinases tan bien.

—Sofía me está enseñando —dijo, orgullosa de ello.

Linda se sorprendió, Sofía no le había dicho nada. Pero tampoco es que pasara demasiadas horas en casa, ni que estuviera muy comunicativa con prácticamente nadie.

La triste realidad era que seguía pensando en Colt cada día y cada noche, no importaba lo que estuviera haciendo. Se había acostumbrado a tenerlo siempre cerca, y la verdad era que lo echaba de menos. En el trabajo, en el día a día y en su cama. Echaba de menos dormirse entre sus brazos y despertar bajo su intensa mirada. Los ojos la delataron, la pérdida del hombre dolía igual que el primer día.

—¿Está malo? —preguntó Celeste, viendo el gesto de su prima.

—No, está todo delicioso. Gracias —le dijo, esbozando una sonrisa triste antes de masticar un trozo de tortita con chocolate, tratando de apartar los nubarrones de su mente.

Linda permaneció sentada a la sombra tras desayunar. Celeste había tomado lugar en los escalones del porche y cerraba los ojos, tomando los primeros rayos del sol de la mañana que llegaban a su rostro. Ambas habían ingerido los alimentos prácticamente en silencio. Celeste se mostraba cauta, y le daba el tiempo que le había pedido semanas atrás.

—Gracias por el desayuno —dijo Linda, tratando de sonar amable, o de comenzar por algún lado.

—De nada, te lo has comido todo, así que deduzco que te ha gustado —respondió, guiñando los ojos para mirarla. Después sonrió y volvió a disfrutar de los rayos del sol en su cara.

—¿Trabajas hoy?

—Tengo turno de tarde.

Rato después, Celeste emitió un suspiro.

—¿Qué ocurre? —se interesó por ella.

—No sé si puedo decirlo —dudó la mujer, sentándose erguida, ahora mirando hacia los graneros más allá.

—Adelante —la animó Linda.

—Echo de menos a Colt —dijo la joven y miró ahora a su prima.

—¡Vaya! —exclamó Linda, algo tensa—. Te gustaba mucho, ¿eh?

—No es eso. No como crees.

—¿No?

—Fue el único que creyó en mí en un momento difícil —se refirió a después del incidente de la serpiente—, cuando nadie más lo hacía.

A Linda se le pasó por la mente un pensamiento perverso, algo así como que entre tramposos y falsos se entendían a la perfección, pero lo desestimó. No estaba siendo justa.

—Para mí no era fácil hacerlo.

—¡Oh, no! No quería decir eso —se disculpó inmediatamente—. Entiendo que no lo hicieras, lo tenía merecido. Solo que… no sé, hay veces que cuando estás en el fondo del pozo y te das cuenta de todo, necesitas que alguien confíe en ti y… poder cambiar el rumbo. Y él… bueno… Colt me escribió una carta de recomendación y conseguí el trabajo.

—Voy a estar para ti en adelante —dijo Linda, sintiéndose algo culpable por todo aquello.

Celeste sonrió hacia ella.

—Ya lo haces. Siempre lo has hecho, en verdad. Gracias, prima.

¿NO HARÍAS TÚ LO MISMO?

Colt y CC repartían pienso en los comederos para los terneros más jóvenes, en unos meses podrían ser vendidos y el rancho obtendría un buen beneficio.

—Mamá dice que estás solo de paso. Que volverás a Oklahoma.

—Yo que tu madre no apostaría todo mi dinero a ese caballo —bromeó amargamente Colt, sintiendo una punzada de dolor en su corazón. Los días pasaban, seguía enviando correos electrónicos, pero no obtenía respuesta alguna de Linda. Seguiría intentándolo, pero la esperanza se desvanecía.

—Las flores siempre funcionan —dijo CC.

—No sé si a estas alturas.

—No pierdes nada por intentarlo.

—Un día te cambio los pañales y al otro me das consejos sobre mujeres.

—Suele pasar cuando estás tantos años al otro lado del mundo. Los hombres crecemos.

—No pienso irme tan lejos nunca más —prometió Colt.

—Lo sé, mamá está feliz con ello. Y aunque vuelvas a Oklahoma, también estará bien. Está solo a un par de horas.

—¿Tú no tienes nadie a quien presentarme? —quiso saber Colt, cambiando de tema.

—Puede —la sonrisa de su sobrino se amplió.

—Mmmm «puede». Me gustará conocerla, o como me dijo tu madre, conocerlo, no te juzgo.

—Me siguen gustando las chicas —dijo el joven.

Colt rio.

—Le contesté lo mismo —Colt se mostró orgulloso de los genes Sullivan que veía en su sobrino.

—Solo que… quizá tengas que esperar algo más.

—¿Necesitas usar flores?

—Puede —volvió a usar la misma palabra que antes.

—¿Hay otro tío?

—No es exactamente eso. Es complicado —confesó, después de dudar—. Necesita tiempo. Aún no está lista.

—¿Es más joven que tú? —preguntó Colt.

—No, al contrario. Yo soy más joven.

—No será una amiga de tu madre.

—No lo es. Solo que tiene unos… cinco años más que yo.

—Así que… ella tiene treinta.

—Más o menos.

—Puede parecer un mundo a veces, ¿eh?

—No lo sabes bien.

—Si merece la pena, espérala. No tengas prisa —le dijo Colt y chocó su hombro con el de su sobrino, que sonrió.

***

De: Colt Sullivan
Asunto: La primera carta

—Joder, Colt. No te rindes —dijo Linda en voz alta.

Algo la distrajo antes de que el correo de aquella jornada terminase en la papelera, como el resto que había recibido. Bloqueó el teléfono móvil y lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón. El sheriff apareció con la camioneta enfilando el camino hacia el rancho. Permaneció al pie de la entrada de la casa, esperando ver qué deseaba.

—Linda —dijo el hombre, bajando del vehículo antes de ponerse el sombrero.

—Sheriff. Espero que traigas buenas noticias. Pasa y tomemos un café —lo invitó y el hombre la siguió.

Linda le pidió un par de cafés a Sofía y se introdujeron en el despacho.

—La instrucción del caso de Asher está hecha. El juicio será en un par de meses a lo sumo.

—¡Por fin una buena noticia! —sonrió Linda.

—La parte mala es que, si consigue un trato con el fiscal, es posible que no pase demasiado tiempo en la cárcel y que el juicio no llegue a celebrarse.

—¿Por qué habría de conseguir tal cosa? —preguntó Linda.

—Me temo que sabe ciertos asuntos de gente importante que pueden interesarle a la justicia.

—¿Por qué será que no me sorprende? —se preguntó Linda a sí misma.

La puerta del despacho se abrió y en vez de Sofía fue Celeste la que entró con la bandeja de los cafés.

—Señorita Clayton —saludó el sheriff, levantándose.

—Sheriff —dijo ella, pasándole la taza de café.

—He oído que habías estado enferma.

—Una pequeña indisposición de la que ya estoy recuperada —respondió Celeste, pasando la otra taza a su prima—. Os he traído unas galletas.

—Gracias, Celeste —dijo Linda.

La otra mujer sonrió y abandonó la estancia. El sheriff volvió a tomar asiento.

—Entonces, no tendremos que ir a declarar, ¿no? —quiso saber Linda.

—Si hace un trato con fiscalía, no será necesario. Se le condenará, pero con rebaja de pena.

—No sé si me tranquiliza demasiado volverlo a tener como vecino de nuevo en poco tiempo.

—Creo que eso ya no será un problema. El rancho ha sido vendido.

—¿En serio? ¿A quién?

—A una sociedad extranjera. Capital internacional.

—Esperemos que el nuevo vecino sea mejor.

—Y que nos dé menos dolores de cabeza a todos.

—Así sea. Asher, ¿se declarará culpable de todo?

—No de todo, el disparo que se llevó el capitán Sullivan sigue siendo una incógnita. Granger niega que haya sido obra suya.

—Puede que no quiera un cargo de un intento de asesinato, si no hay pruebas —dijo Linda.

—Puede —convino el sheriff, frunciendo el ceño.

—¿Pero tú no lo crees?

—No, si te soy sincero.

—No vamos a volver a repasar mi lista de enemigos, porque te aseguro que sigue siendo exactamente la misma que entonces —dijo Linda.

—Lo sé —suspiró el sheriff, antes de dejar la taza vacía sobre la bandeja del centro de la mesa—. La experiencia me dice que en ocasiones la explicación correcta es la más sencilla.

—¿Alguien que estaba limpiando su arma de casualidad mientras me apuntaba? —Linda fue sarcástica.

—Me temo que, si no aparece otra bala como esa, no podremos obtener una respuesta a ese asunto. Pero te aseguro que la tenemos guardada por si eso sucede.

—Sí, bueno —suspiró Linda.

—Sobre los matones que le dieron la paliza a Colt —dijo el sheriff—. No tienen tanta suerte como Asher, a pesar de que él haga trato, habrá juicio y es más que probable que el capitán Sullivan tenga que declarar.

—Eso es algo que tendrás que comunicarle por ti mismo, Wyatt —dijo Linda, levantándose del sillón, indicando que la reunión había terminado por su parte. No quería darle pie para abordar el tema de Colt.

—Entonces, ¿es cierto que se ha ido?

—Creo que ya sabes la respuesta —dijo Linda, esbozando una breve sonrisa que no sentía. Las noticias en los pueblos como Kingfisher volaban.

—Pero no conozco el motivo —el sheriff también se levantó del sillón y se colocó frente a ella.

—No es relevante para tu investigación, te lo aseguro.

—Es una pena que nos haya abandonado. No pensé que lo hiciera, si te soy franco.

—Yo le pedí que se fuera —dijo Linda, herida en su orgullo. ¿Por qué demonios la gente asumía que si un hombre se iba de un lugar era porque había sido él quién había abandonado a la mujer?

—Lo siento —se disculpó Wyatt McCoy—. No quise insinuar eso.

—Sí, bueno, pues ahora ya lo sabes.

—Sigue siendo una pena. Y creo que debo irme —dijo el sheriff, sabiendo que el humor de Linda había variado considerablemente nada más nombrar a Colt.

—Gracias por pasarte, Wyatt. Te acompaño.

Wyatt sentía haber molestado a Linda con aquello de Colt.

—Te mantendré al tanto si hay novedades —dijo, saliendo por la puerta del rancho.

—Te agradeceré que lo hagas.

El hombre caminó hacia la camioneta sin dejar de darle vueltas en la cabeza a un asunto. Lo más sensato siempre era dejar las cosas como estaban, pero… Colt le era simpático y apreciaba sus años de servicio. Habría merecido que el final fuese distinto.

—Si ha sido por lo de la doble identidad de Colt —dijo, llegando a la puerta de su vehículo para girarse hacia ella y mirarla—, quiero que sepas que fui yo el que le pidió que no te dijera nada hasta que todo terminara. Por tu seguridad. Y por la investigación.

Linda palideció.

—¿De qué estás hablando, McCoy?

El sheriff temió haber metido la pata hasta el fondo con aquello.

—El marine con el que te escribías —dijo él, observando la reacción corporal de la mujer. Esta le dijo que sí sabía de aquello, solo que desconocía que él también.

—¿Cuándo le dijiste eso? —preguntó Linda, con el corazón acelerado de repente.

—La… —dudó, sintiendo que quizá ya había hablado de más.

—¿Cuándo, Wyatt? —insistió ella.

—La noche del hospital, tras la paliza.

Linda apretó la mandíbula y asintió.

—Que tengas un buen día, sheriff —le tendió la mano.

—Lo siento —se disculpó él, tomándola para corresponder al saludo, estaba fría y no era tan firme como en otras ocasiones—Era

más seguro para ti.

Linda cerró los ojos medio segundo y asintió con la cabeza, dándole a entender que no importaba. Aunque lo cierto era que la experiencia en el comportamiento ajeno que atesoraba, le decía que sí que lo hacía. A ella le importaba.

El sheriff se subió a la camioneta, le dirigió una última mirada a la mujer, que sonrió de compromiso hacia él y lo vio alejarse del lugar.

Linda sacó el teléfono del bolsillo trasero de sus vaqueros y lo desbloqueó, mirando la pantalla. No se había movido, ni la aplicación se había cerrado. Estaba justo donde la había dejado.

De: Colt Sullivan
Asunto: La primera carta

ROSAS DE OKLAHOMA

Linda se levantó de la cama y se vistió. El amanecer había pasado hacía algunas horas, pero cosechó en el último turno de la tarde y se había ido a dormir aún más tarde. Estaba cansada y, además, no había podido quitarse de la cabeza la conversación con el sheriff Wyatt McCoy. Asher estaba fuera de rango y lo estaría aún más si había vendido el rancho. Pero también estaba Colt, que no era un peligro por sí mismo, pero sí para su corazón. ¿En serio Wyatt le había pedido aquello?

Llegó a la cocina y se encontró con Sofía, que le dio los buenos días y le sonrió, antes de servirle un café.

—¿Una mala noche, mi niña? —le preguntó, con cariño.

—¿Tan mala cara tengo? —sonrió, tras beber un sorbo de café.

—Se te ve cansada, entre otras cosas —dijo Sofía.

—¿Entre otras cosas? —Linda subió una ceja.

—Seguro que no quieres hablar de ello tan temprano.

—No, seguro que no —convino ella.

No quería hablar de Colt, ni pensar en Colt, ni recibir un nuevo mail de Colt. Todo acababa girando en torno a él y ella, cada día se sentía más insegura sobre la decisión que había tomado al pedirle que se marchara. ¿Cómo se había colado tanto en su vida? Si era totalmente sincera, había sido ella quien lo había metido en su rancho, en su vida, en su cama y… en su corazón.

—Tu prima lleva varias horas levantada.

—Ah, ¿sí? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Me ha ayudado a hacer una tarta para la cena. Te dije que necesitaba que te pusieras seria con ella. Ha funcionado. Puede que aún estemos a tiempo de que salga de ahí una mujer de provecho.

Linda sonrió. Se alegraba. Sofía parecía estar satisfecha con su nueva ayudante de cocina.

—Un mensajero ha traído esto —dijo la susodicha, entrando en la estancia con un ramo de rosas.

El sorbo de café que acababa de tomar Linda en esos instantes pareció tardar más de lo necesario en bajar por su garganta hasta el estómago. Eran rosas rojas de Oklahoma. Y supo al instante que solo podían ser de una persona.

—¡Son preciosas! —exclamó Sofía y se dispuso a salir de la cocina—. Buscaré un jarrón.

—Son para ti —dijo Celeste con una sonrisa.

—¿Me las has comprado? —preguntó absurdamente Linda, explorando el último resquicio de esperanza de que no fueran de quien sabía que eran.

—No —sonrió—. Pero creo que sé quién lo hizo.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—No hace falta, son como las de la otra vez —sonrió y se las tendió.

Linda las observó, pero no las cogió. Miró hacia la tarjeta que venía dentro de ellas: otro mensaje más de Colt.

Durante un instante se le pasó por la cabeza que también podían ser de Asher. Se le revolvió el estómago pensando en aquella otra posibilidad.

—¿Linda? —preguntó su prima, entrecerrando los ojos, preguntándose por qué no las cogía.

—Este jarrón será perfecto —dijo Sofía, volviendo a la cocina de nuevo, con el recipiente entre las manos.

El ama de llaves observó cómo Celeste tenía tendido el ramo hacia Linda y esta lo miraba, pero no hacía ademán de cogerlo. Arrugó la boca y decidió tomar cartas en el asunto, cogiéndolo ella misma.

—Son preciosas —dijo Celeste a Sofía.

—Y para que sigan igual de bonitas, las pondremos en agua, ya que parece que Linda aún no ha despertado.

Sofía, con ayuda de unas tijeras, cortó el lazo que las mantenía unidas. Tomó la tarjeta y la colocó en la encimera, justo delante de su jefa, que la miró.

Linda observó de forma hipnótica cómo Sofía y Celeste las colocaban en agua y las ordenaban, para que lucieran espectaculares.

—¿Quieres que las suba a tu habitación? —preguntó Celeste.

—No, aquí estarán bien.

—¿En la cocina? —objetó Sofía.

—Quedan bien —aseguró Linda.

Sofía entrecerró los ojos.

—Celeste, cariño, ¿puedes llevarlas al despacho? En la mesa baja, por favor —le pidió.

—Claro, ahora mismo —se dispuso la joven.

—Y tú, lee esa nota —puso los dedos sobre ella y se la acercó aún más.

—¿Me vas a obligar a hacerlo? —preguntó una sorprendida Linda.

—No, desde luego que no. También la puedo leer yo.

La guerra de voluntades se escenificó con ambas manteniéndose la mirada durante unos segundos. Después, Sofía alargó la mano hacia el pequeño sobre para tomarlo, pero Linda fue más rápida y la cogió entre sus dedos. Su ama de llaves era obstinada. ¿Creía que lo que Colt hubiera puesto en aquella pequeña tarjeta iba a hacerla cambiar de opinión? Lo abrió, sin dejar de mirar a la mujer y sacó la tarjeta, tratando de hacerle ver que aquello no la afectaba en absoluto. La tomó entre sus dedos y la leyó.

La distancia no borrará mis sentimientos por ti.
Te quiero, Linda.
Colt S.

El corazón le latió fuerte en el pecho y se le hizo un nudo el estómago.

—¿Contenta? —preguntó, apretando la mandíbula, mientras que los ojos de Sofía brillaban de satisfacción y esbozaba una suave sonrisa en los labios. A ella los dedos le temblaban levemente a la vez que intentaba volver a meter la tarjeta en el sobre.

—De momento —respondió.

Linda mantuvo el sobre en la mano y se levantó del taburete, para subir a la habitación. Lo hizo todo lo deprisa que pudo y una vez llegó, cerró la puerta por dentro con llave. Luego paseó por la estancia, tragando saliva, diciéndose que unas palabras escritas por alguien como él en una tarjeta y unas rosas rojas de Oklahoma no la podían afectar. El nudo del estómago se hizo más grande, le subió por la garganta y amenazó con desbordarse.

Lanzó el sobre hacia la cama y trató de respirar hondo. Lo hizo rápido, necesitaba aire. Parpadeó también y se dijo que no iba a derramar ni una sola lágrima más por aquello, no iba a volver a llorar por Colt. Se mintió, porque estas corrieron por sus mejillas a continuación, mientras que en su cerebro se repetían las palabras de la tarjeta de Colt, como si su voz las estuviera pronunciando una y otra vez. Porque las recordaba, él se las había dicho con anterioridad y le habían parecido sinceras.

¿Por qué, simplemente, no podía despreciarlo, como había hecho con Asher en su momento?

VUELVEN LAS GAFAS

Linda volvió a hacer el último turno de la cosechadora, relevando a Jacob. Uno de los obreros tenía el día libre y el otro se afanaba en atender a los animales. Jacob paró la máquina y se bajó de ella nada más terminar la vuelta, había visto la camioneta aparcada en un lateral del terreno y a su jefa apoyada en ella.

—Te he traído una cerveza muy fría —dijo Linda, mostrándole una pequeña nevera portátil que abrió.

—Gracias —observó a Linda, su rostro era serio y volvía a lucir unas grandes gafas de sol—. ¿Un mal día?

—Algo así —dijo ella, mientras veía cómo el hombre bebía un buen trago de la cerveza—. ¿Se mantiene la media?

—Mejor de lo esperado, las lluvias de finales de primavera nos han salvado.

—Estupendo —se alegró Linda, tratando de esbozar una sonrisa.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó Jacob.

—No —dijo ella—. Solo quiero montarme en esa máquina y cosechar mis campos.

La mujer se encaminó hacia la cosechadora.

—De acuerdo. Llámame para venir a recogerte —le gritó Jacob, que ya había quedado atrás.

Ella levantó la mano, dándole a entender que lo haría. Jacob observó cómo arrancaba de nuevo el motor y volvía a enfilar el campo para seguir cosechando el trigo. Sacudió la cabeza, negando. No le gustaba verla así.

***

Colt caminó por las calles de Winfield, Kansas. Tenían algunas cosas que comprar en la ciudad. Hacía demasiado tiempo que no estaba allí. Ni siquiera se había encontrado con algún conocido. Las caras habían cambiado y se dio cuenta de que, de repente, aquel no era su lugar en el mundo. Sabía dónde estaba el que sí lo era y lo entristeció. Su hermana, a su lado, sí que se paró a saludar a algunas personas a las que lo había presentado, orgullosa.

—Cambia un poco esa cara —le dijo Nora—. Va a parecer que te he secuestrado y estás en contra de tu voluntad.

—Lo siento —se disculpó él—. No soy una gran compañía.

—No digas tonterías, lo eres. ¿Qué te parece si te invito a un café? Y algo de azúcar. Un pastel, por ejemplo.

—Un café siempre me anima —se obligó a sonreír.

Su hermana lo tomó por el brazo y lo dirigió hacia una cafetería con un intenso olor a pasteles recién horneados.

—Tan solo el aroma me anima —dijo Nora, sentándose a una mesa del lugar.

—No está nada mal —convino Colt, observando a su alrededor.

Nora ordenó dos cafés y una porción de tarta, la cual pensaba compartir con su hermano. Al poco, fueron servidos.

—Es extraño volver, ¿verdad? —preguntó al rato, viendo que el rictus de su hermano no había mejorado demasiado ese día.

—Lo es. Demasiado tiempo fuera. Siento que no conozco a nadie y que nadie me conoce.

Nora miró a Colt con atención, mientras este le dedicaba una sonrisa a continuación y ella masticaba el trozo de tarta de manzana que había pedido.

—Me has hecho falta, ¿sabes? —le dijo—. Y no lo tomes como un reproche. Creo que ya tienes bastante de eso sobre tus espaldas.

—Entonces diré «gracias» —sonrió con cariño y colocó la mano sobre la de ella un instante.

Nora continuó degustando su tarta, mientras seguía observando a su hermano pequeño.

—¿Por qué no vas a verla? —preguntó de repente.

Colt respiró hondo antes de responder.

—Porque no soy un maldito acosador.

—No creo que ella lo piense. Le has escrito mails, CC me ha dicho que le habías enviado flores… puede que ya no esté tan enfadada y sea momento de que te dejes caer por allí y tratar de hablar con ella.

—Podría llegar a pedir una orden de protección contra mí. O mejor aún, pegarme un tiro.

—No lo creo —desdeñó Nora.

—No la conoces —dijo Colt, sonriendo al recordar la fuerza que tenía Linda.

—¿Y si… voy yo?

—¿Mandando a mi hermanita? —se burló él.

—Soy tu hermana mayor —Nora se puso recta en la silla.

—No quiero cagarla más con ella —le dijo.

—Puedo usar el apellido Callaway e interesarme por algún toro que tenga. Los rancheros siempre vendemos animales o estamos interesados en la sangre de nuestras reses. Ni siquiera tiene que saber que soy tu hermana.

—No —dijo Colt, haciéndole saber que no aprobaría tal cosa—. No pienso volver a mentirle.

***

—El trigo ha subido —informó Jacob mientras conducía la camioneta de vuelta a casa. El punto del rocío había llegado y Linda había terminado de cosechar, al menos por esa jornada.

—¿Dónde? —preguntó Linda.

—En Texas. Ya sabes que cuando sube allí, al par de días lo hace aquí.

—Genial, ganaremos más —convino Linda, de nuevo sin emoción en su voz. A pesar de que se alegraba de ello.

—Es casi de noche —informó Jacob, observando que la mujer seguía con las gafas de sol puestas.

—Lo sé —dijo ella.

—Lo digo por las gafas —aclaró él.

—También lo sé —respondió secamente.

—De acuerdo.

Linda suspiró y se las apartó, poniéndolas sobre su cabeza.

—¿Contento? —lo miró sin ellas. Era estúpido, él sabía por qué las llevaba tan bien como ella el por qué las usaba.

—No, no estoy contento, Linda. Conmigo no necesitas fingir.

—No me gusta verme así, Jacob.

—A mí tampoco me gusta.

—Y no quiero hablar.

—¿Y tomar una copa?

Linda lo pensó durante unos segundos.

—De acuerdo —dijo.

EVOLUCIÓN

Linda permanecía sentada en el sofá del despacho mientras observaba el ramo de rosas que estaba en la mesa baja, frente a ella. Sofía sabía de sobra dónde pasaba más tiempo en la casa y quería que las tuviera muy presentes.

Había aceptado la invitación de Jacob para tomar una copa y le había advertido que no deseaba hablar. Pero el que sí habló, fue él. Le contó que un día había encontrado a Colt demasiado abatido y molesto. Le preguntó sobre el asunto y Colt le confesó que había un secreto que lo estaba consumiendo. Su capataz interpretaba ahora que se refería justo a su doble identidad, aunque en su momento no le había dado importancia.

—Mierda, Colt —dijo en voz alta, expulsando el aire que había sido retenido mientras rememoraba la conversación del día anterior con Jacob.

Unos nudillos tocaron a la puerta, sacándola de sus pensamientos.

—Adelante —respondió después de respirar hondo.

—Me ha dicho Sofía que no habías querido desayunar —dijo Celeste, entrando por la puerta con una bandeja que contenía una taza de café y un plato con unas galletas de chocolate—. Pero puede que lo que desees sea estar a solas.

Linda esbozó una leve sonrisa, los genes Clayton estaban allí, aunque habían tardado en aflorar.

—Gracias.

—Si quieres algo más… Bueno, si no me lo pides ahora, tendrás que pedírselo a Sofía. Tengo que suplir unas horas extra ahora.

—Me arreglaré, gracias.

Celeste miró las rosas y acarició uno de los pétalos. Después suspiró.

—Ojalá algún día alguien me mire como él lo hacía contigo —dijo, sin pensarlo demasiado. Luego miró a su prima y su serio rostro y se dio cuenta del error—. ¡Perdón! No quise… solo estaba… pensando estúpidamente en voz alta.

Linda tragó saliva.

—No importa —dijo, a regañadientes—. Solo trata de no pensar de nuevo en voz alta.

—Sí, sí, lo siento —dijo, atropellada.

—Olvídalo.

—Me… voy ya —dijo, caminando hacia la puerta antes de detenerse y mirarla desde la entrada—. Te quiero, prima.

Antes de que Linda pudiera abrir la boca para contestar a aquello, la puerta se cerró. Sonrió. La pobre Celeste aún no se había vuelto a relajar del todo en su presencia y puede que tardara aún algún tiempo en aquello. Pero se alegraba de la relación que estaban comenzando a construir.

Había pensado que hacer trabajo de oficina le mantendría la mente ocupada. Comenzó a leer y contestar correos electrónicos, guardar facturas, hacer otras y navegar para ver cómo estaban evolucionando los precios del trigo en los últimos días en los estados vecinos. Y luego, sus dedos la llevaron a buscar algo demasiado concreto.

—¡Un nuevo fin de semana en el rancho! —exclamó Scarlett, entrando por la puerta del despacho sin avisar.

Linda se sobresaltó y cerró la pestaña que mantenía abierta, algo que no le pasó desapercibido a su amiga.

—Podrías llamar, ¿no? —se quejó.

Scarlett entrecerró los ojos y sonrió maliciosamente.

—Acaso Linda Clayton, ¿estabas viendo porno?

—¿¡Qué!? ¿En serio, Scarlett? —se mostró ofendida.

—No sé, ya no tienes sexo —explicó, divertida.

—¡Por favor! —Linda se mostró exasperada—. No quiero mantener esta conversación.

Scarlett rio sonoramente y dirigió la mirada hacia la mesa pequeña, frente al juego de sofás.

—¡Oh! ¡Qué bonitas! —exclamó al ver el ramo de rosas rojas, que se le parecieron a otras de hacía algún tiempo.

—Sí —convino Linda.

—Son de… ya sabemos quién, ¿no?

Linda se mostró cansada de repente.

—Colt, Colt, Colt por todas partes —suspiró con un deje de hartazgo—. Sí, son suyas.

Scarlett la miró con curiosidad.

—Esos son muchos Colt juntos, ¿no?

—No te haces una idea —exhaló.

—Todo te recuerda a él —Scarlett se cruzó de brazos, apoyando el trasero en uno de los sofás, mientras miraba a su amiga.

—Solo estuvo un par de meses por aquí y de repente, todas las conversaciones llevan hacia él. Viene el sheriff; acabamos hablando de Colt. Jacob me trae a casa tras cosechar; acabamos hablando de Colt. Celeste me trae un café; más Colt. Seguro que tú también quieres que hablemos de Colt. Ah, ¡no! Espera; ya estamos hablando de Colt —dijo sarcástica.

Scarlett sonrió.

—De acuerdo, no hablemos de Colt —dijo Scarlett—. ¡Ups! ¡Perdón! He dicho Colt. ¡Maldita sea! Otra vez lo dije.

—¡Idiota! —rio Linda. Tenía que reconocer que su amiga era algo payasa en ocasiones, y en esa ocasión, tenía gracia.

—Así me gusta —volvió a hablar Scarlett, satisfecha por haber conseguido que se riera por primera vez en demasiado tiempo.

—Gracias —suspiró, más relajada.

—Bien, dime. ¿En qué estás trabajando hoy? ¿Has vendido ya el cereal? —Se asomó a la pantalla y echó un vistazo—. Oh, eso no es trigo.

—No, no lo es —dijo Linda—. Ni tampoco es porno.

La pantalla del ordenador de Linda mostraba una búsqueda concreta "Colt Sullivan" y en ella se mostraban dos correos

electrónicos sin abrir.

—Pero lo tratas como si lo fuera —convino Scarlett.

—Sí —dijo Linda, dejando el ratón para coger un lápiz entre los dedos y jugar con él.

—Te ha escrito.

—Sí —suspiró—. Casi a diario.

—Solo son dos —objetó Scarlett.

—Borré el resto —explicó ella.

—¡Vaya! —guardó silencio unos instantes—. Sácalos de la papelera de reciclaje.

Linda negó con la cabeza, indicando que había vaciado aquella papelera y que los correos no existían.

—Demasiado impulsiva —le dijo Scarlett.

—No pensaba leerlos.

—¿Y ahora? ¿Leerás esos dos?

—No lo sé —suspiró Linda.

—¿Qué puede pasar si lo haces? Él no sabe si se leen o no.

—Me engañó, Scarly —dijo con dolor, aunque en esta ocasión, Scarlett pudo vislumbrar una sombra de duda en ella. Si no la hubiera, no tendría aquella búsqueda concreta en la pantalla de su ordenador.

—Es algo que no podemos cambiar.

—¡Mierda, lo sé! Me siento… —suspiró—. Siento que hice el ridículo en tantas ocasiones con él. Le hablé de Charlie y él sabía perfectamente quién era Charlie. Y no me lo dijo, nunca lo hizo.

—¿Te has preguntado por qué no lo hizo? ¿Sus motivaciones? —Scarlett actuó de voz de la conciencia.

—Solía pensar que… no sé. Era deliberado, para ejercer algún tipo de control sobre mí. Para tener una cierta ventaja en la relación.

—Pero ya no lo piensas, ¿eso es?

—Creo que… ahora… tengo algunas dudas.

Scarlett sonrió.

—Bien.

—Y puede que… puede que debiera haberlo dejado explicármelo. No haber sido tan obtusa. Pero no había esperado algo así de él y me dolió más de lo que imaginas.

—¿Por qué no lo llamas?

—No —dijo enseguida Linda.

—Te arrepientes de no permitirle explicártelo.

Linda dudó unos segundos.

—Sí —dijo al fin.

—De acuerdo —suspiró Scarlett, tratando de pensar qué podía decirle a su amiga sobre el asunto—. ¿Qué te parece si comienzas por leer ese par de correos electrónicos que tienes ahí? Él no lo va a saber y yo no se lo voy a decir a nadie. Puede que halles algunas respuestas.

—¿Y si no las hay?

—Si no las hay… al menos sabrás que hiciste lo que estaba en tu mano por encontrarlas.

—Gracias, Scarly —dijo Linda. Quería a su amiga, no solo era una mujer algo alocada, sino que ejercía siempre de espejo y le ayudaba a poner las cosas en perspectiva.

—Para eso estamos —sonrió la otra mujer. Ahora te dejaré a solas y buscaré un café en la cocina.

Linda le sonrió agradecida antes de que esta abandonara la estancia y cerrase la puerta tras ella.

LA ÚLTIMA CARTA

Colt miró por la ventana de la habitación de la casa de su hermana. Después dirigió la vista hacia el ordenador portátil abierto que tenía sobre la mesa del escritorio y respiró hondo. Tenía que ser realista: Linda no lo perdonaría. Le habría gustado que las cosas se hubieran dado de otra forma. En aquellas semanas había pensado qué habría sucedido si, durante la primera copa que habían compartido, le hubiera dicho que era Charlie Sierra. Pero, si era sincero consigo mismo, mirando atrás, ni siquiera él había estado preparado para ello.

—¡Mierda, Colt! —exclamó en voz alta, riñéndose a sí mismo y sintiéndose cobarde por no haber actuado así.

La realidad era que no había creído en aquello de las relaciones epistolares hasta que la carta de Linda le tocó el corazón.

Caminó hasta el escritorio y se sentó frente al ordenador. Aquella sería la última vez, debía dejarla ir.

***

La cosecha había terminado finalmente y el trigo estaba vendido, excepto el que se guardaba para alimentar a los animales. El precio fue justo y Linda estaba satisfecha. Tenía que actualizar algunos datos en el ordenador y se dispuso a ello.

Cuando terminó, se arrellanó en el sillón del escritorio y la mirada se desvió hacia el ramo de rosas que permanecía en la mesa baja, más allá. Algunos pétalos habían caído sobre ella, a pesar de que Sofía les cambiaba el agua a diario para mantenerlas lo más

perfectas posibles. No dudaba que si no hubieran sido de quien eran, ya habría corrido otra suerte por parte de su ama de llaves. Pero la vida de aquellas rosas llegaba a su fin y era un hecho objetivo, por más que Sofía tratase de retrasar el momento.

De repente sintió un leve pinchazo en el corazón; dejaría de verlas pronto. Se preguntó si él le volvería a enviar más. Y la expectativa de que eso no sucediera la entristeció. Suspiró y volvió a mirar hacia la pantalla del ordenador.

Le había costado algunos días, pero finalmente había abierto aquellos dos correos electrónicos del exmarine y los había leído. Primero con algo de escepticismo, luego el corazón tomó cartas en el asunto y le hizo volver a creer en él, para más tarde dejarlo de hacer. Su cabeza le decía que la habían engañado en el pasado con palabras y promesas vacías e incumplidas. Eso había pasado hacía unos días. Solo los había leído, no había contestado, y si era sincera, era algo que no estaba segura que fuera a hacer.

Respiró hondo y volvió a centrar la vista en el ordenador. Abrió la bandeja de correo electrónico y se topó con un nuevo correo de él que se sumaba a los dos que aún conservaba.

De: Colt Sullivan
Asunto: La última carta. Adiós, Linda.

Tragó saliva después de que el corazón le diera un vuelco en el pecho. Era… ¿una despedida?

Permaneció observando la bandeja durante unos instantes. ¿Debería abrirlo?

Dejó el ratón, apoyó el codo sobre el escritorio y se masajeó un lado de la frente, tratando de decidir qué hacer. Luego volvió a tomar el ratón en su mano y, respirando hondo, le dio al clic y lo abrió, conteniendo el aliento ahora.

Querida Linda:

Este es el correo más difícil que he escrito nunca. Y a la vez, me temo que el más necesario.

Me pediste que me fuera. Soy consciente de que no solo hablabas en el plano físico, sino de muchas otras formas.

Comencé a escribirte para mantenerte cerca de alguna forma y cada día buscaba una excusa para seguir haciéndolo, puede que de una manera egoísta e incumpliendo tu deseo. Lo siento. De verdad.

Quiero que sepas que respeto tu decisión y tras esta misiva, no volverás a recibir ninguna otra de mi parte. Aunque haya tardado semanas en encontrar la fuerza de hacerlo (realmente no la he hallado, no te voy a mentir). Como buen marine, aprendí a cumplir órdenes, aunque me rompan por dentro, como en esta ocasión.

Solo me gustaría que supieras todo lo que has significado en mi vida y cómo la has cambiado. Primero con tu carta en Navidad, que alimentó mi alma. Y luego tus galletas de jengibre, que me dieron el sabor del hogar que tanto necesitaba en esos instantes.

Un hogar que, después, también me ofreciste en Kingfisher, porque si cuando me enviaste aquella primera carta estaba perdido, cuando salí de los marines no lo estaba menos. Justo por eso, probablemente mis pasos terminaron en el lugar de donde era mi salvadora.

Lamento no haber estado a la altura y siento haberte decepcionado como lo hice con mi decisión de mantener a Charlie Sierra oculto detrás de mí.

Solo espero, de verdad y con todo mi corazón, que seas feliz, porque sé que lo mereces. Mis sentimientos no han cambiado hacia ti, pero sí mi determinación para respetar tus deseos, hasta las últimas consecuencias.

Te quiero.
Adiós, Linda.

Colt S.

Linda volvió a tragar saliva una vez terminó la lectura. Seguía mirando las últimas palabras escritas en él y el «Te quiero» se le clavó en el centro del corazón, a pesar de que no era la primera vez que él se lo había dicho o escrito. «Adiós, Linda».

Trató de respirar hondo y no lo logró. Apagó el monitor y se levantó del escritorio. Volvió a tratar de inhalar aire; le faltaba, no podía llenar sus pulmones. No era ella, no era la habitación, era… cerró los ojos con fuerza y tragó el nudo de la garganta.

Se dirigió hacia los sofás y se sentó en uno de ellos, recogiendo las piernas sobre él, mientras centraba la vista en el ramo de rosas rojas de Oklahoma, que había vivido tiempos mejores. Lo observó

fijamente a la vez que apartaba la humedad de los ojos, parpadeando de forma rápida.

Dos pétalos se desprendieron de las rosas, cayendo sobre la mesa y ella siguió con la vista la trayectoria de los mismos: Todo había terminado.

Las lágrimas resbalaron a continuación por su rostro y se sintió vacía de repente, como nunca antes le había ocurrido. Había esperado durante semanas que Colt dejara de escribirle y, ahora se dio cuenta de que no era feliz sabiendo que lo había logrado.

Se echó en el sofá, acurrucándose de lado. Siguió observando las rosas mientras se volvían turbias delante de sus ojos.

NO SÉ QUÉ… ¿ME AYUDAS?

Linda se levantó antes del amanecer, como siempre. No había dormido ni mucho, ni bien. De hecho, ni siquiera había pisado su habitación. Había permanecido encerrada en el despacho desde la tarde anterior.

Cuando se había mirado al espejo esa mañana, después de tomar una ducha, se dijo que sería otro de aquellos días en los que las gafas de sol más grandes que tenía, serían sus compañeras de camino. Aunque no de momento, el sol ni siquiera había asomado por el horizonte.

Permaneció largo rato sentada en una de las mecedoras del porche delantero. Estaba llena de incertidumbres y dudas. Escribió un mensaje a su amiga Scarlett, pensó que le gustaría que se pasara después del trabajo, aunque sabía que no sería pronto, ya que ni siquiera se había despertado.

Decidió salir del lugar y pasear. Sus pasos la llevaron hasta la casa del capataz, algo que no era difícil, estaba en su misma propiedad, a pocos metros de la suya. Primero la observó desde fuera, esperando ver alguna luz en ella. Dio otro paseo por delante de la misma. La volvió a mirar, no parecía haber vida. Comprobó el reloj y chasqueó la lengua. Era demasiado temprano, incluso para Jacob. Paseó de nuevo alrededor y esta vez subió las escaleras del porche y apoyó el trasero en la barandilla mientras se cruzaba de brazos.

—¿Por qué demonios llevas una hora rondando mi casa? —Jacob abrió la puerta, descalzo y con solo los vaqueros puestos a medio

abrochar y sin camisa.

—Yo no he…

—Sí. Tú sí has —la interrumpió el hombre, algo hosco.

—Lo siento —se disculpó Linda. No había querido despertarlo.

Jacob la miró. No llevaba las gafas de sol puestas, pero no podía ocultar que había llorado. Sintió haberle hablado de aquella forma.

—De acuerdo, entra y cierra la puerta. Haré café.

Linda obedeció y entró con él hasta la cocina. Se apoyó en la encimera, mientras veía al hombre moverse por la estancia, preparando la cafetera.

—¿Buscas algo conmigo? —preguntó, sintiéndose demasiado escrutado.

—¿Qué? —preguntó Linda, confundida con la pregunta.

—Sexo —dijo él, sacando las tazas de café del armario.

—¡No! —Linda puso un gesto casi de asco.

—Mejor.

—Solo… bueno, entiendo por qué Scarlett dice algunas cosas de ti.

Una taza resbaló de la mano de Jacob y cayó de lado sobre la encimera, aunque enseguida fue levantada sin sufrir daños. La altura no había sido demasiada.

—Es demasiado temprano para hablar de Scarly —zanjó el hombre.

—Vale —se extrañó Linda, él nunca había usado el diminutivo para referirse a ella. Quizá solo era eso, demasiado temprano.

—¿Y bien? —Jacob se mostró impaciente.

—Creo que… —Linda se detuvo, pensando si la decisión que había tomado era la correcta o no. Si quería arriesgarse a dar un salto al vacío como aquel.

—Espero que no me hayas despertado una hora antes para no tener nada que decirme —advirtió él, tomando la cafetera de la máquina y sirviendo la primera extracción en las tazas.

—No sé muy bien qué estoy haciendo —suspiró la mujer.

—¿Qué tal si me lo cuentas? —le pasó una de las tazas.

—Se trata de… —se mordió el labio—. Colt.

—Sentémonos.

VISITA

Jacob Vann: Estoy en Kansas. ¿Qué tal si nos vemos?

Colt miró el mensaje del teléfono móvil. Y aunque le extrañó, no dudó en responderle, enviándole la ubicación del rancho.

Se había despedido de Linda para siempre en el correo electrónico que le había enviado el día anterior y no era el mejor momento, pero no iba a despreciar la oportunidad de saber cómo estaba. No era lo más sano, pero ella le seguía preocupando. La seguía queriendo y, se temía, que era algo que sucedería durante mucho tiempo.

Jacob no había dicho a qué hora se pasaría y el «estar en Kansas» era demasiado amplio. Si estaba en Wichita tardaría algo menos de una hora. Si lo hacía en Kansas City casi cuatro y sería de vuelta a Kingfisher. Se dijo que Jacob aparecería cuando tuviera que hacerlo y tenía que seguir adelante con su día.

Cuando la camioneta blanca de Jacob enfiló el camino de entrada del rancho casi era la hora del almuerzo y aquello le daría la oportunidad de invitarlo a comer. Se colocó al lado del camino, esperando su llegada, casi de forma ansiosa. En esos momentos el capataz del Clayton era el único nexo que existía ahora con Linda. Olvidarla iba a ser harto difícil.

—¡Bonito rancho! —la impresionante figura de su amigo se apeó del vehículo, dirigiéndose a él.

—Obra de mi hermana y ahora de mi sobrino. Es de ellos.

Los hombres se dieron la mano y un medio abrazo, palmeándose las espaldas.

—¿Cómo estás? —preguntó Jacob, observando a su amigo. Reconocía algunos signos bastante similares a los de Linda en su rostro y lucía más delgado.

—Estoy —dijo y se encogió de hombros, dándole a entender que todo lo bien que se podía estar conviviendo con el corazón roto desde hacía semanas.

—Ya veo —convino Jacob.

—¿Cómo está Linda? ¿Está bien? —preguntó Colt y Jacob pareció pensar la respuesta más tiempo del necesario, poniéndolo nervioso.

—Saliendo adelante —respondió, lo que significaba que trataba de luchar día a día, al igual que él mismo lo hacía.

—Ya —Colt se mostró abatido, sintiéndose culpable por aquella circunstancia. La mano de Jacob se posó en su hombro, apretándolo para ofrecerle apoyo. El hombre cogió aire—. ¿Cómo te va todo?

—Bien, con mucho trabajo. Te echamos de menos por el Clayton.

Colt sonrió. Aquel «te echamos de menos» sabía que solo se refería a él.

—Yo también —dijo, sintiendo tristeza y melancolía. Trató de recomponerse—. ¿Qué haces por esta parte de Kansas?

—Viendo camionetas. Estaba pensando en cambiar a mi vieja amiga.

Colt echó un ojo a la camioneta de Jacob. No dudaba que fuera su amiga, pero vieja, no era tan vieja.

—Si lo llegas a decir antes, te la habría comprado.

—He visto algunas cosas y me he animado hace poco. Me gustaría que vinieras conmigo a ver un par de ellas que me gustan bastante, estaría bien tener tu opinión. ¿Qué te parece?

—Estaré encantado de dártela.

—¿Qué tal si te invito a almorzar y luego pasamos el día fuera viendo cosas?

—El almuerzo corre de mi cuenta —le dijo Colt—. Te presentaré a mi hermana y a mi sobrino y almorzarás con nosotros. Luego

tomaré una ducha y nos iremos a ver tantas camionetas como desees.

Jacob sonrió y ambos hombres caminaron hacia la casa.

ROSAS MARCHITAS

Scarlett supo que algo pasaba cuando observó la hora del mensaje de Linda en su teléfono móvil. Tampoco le extrañaba demasiado. Era probable que ni siquiera hubiera abierto aquellos dos mails, porque durante el último fin de semana que había pasado en el rancho, no habló de ello. Puede que quisiera que ella los leyera antes, como había sucedido con anterioridad, o que lo hicieran juntas. Por eso, no tardó ni cinco minutos en salir del trabajo y dirigirse hacia el rancho Clayton.

Encontró a Linda fuera, incluso podría decir que la estaba esperando.

—¿Va todo bien? —preguntó Scarlett nada más bajarse del vehículo.

Linda asintió con la cabeza y abrazó a su amiga.

—Vamos dentro, Scarly.

Ambas mujeres entraron en el despacho. La vista de la recién llegada se fue hasta el ramo de rosas de Colt. Tenía un buen puñado de pétalos a su alrededor sobre la pequeña mesa.

—Sofía no lo ha querido tirar aún —dijo Linda por toda explicación.

—Yo tampoco lo habría hecho —opinó Scarlett.

La dueña del Clayton sonrió. Apoyó el trasero en el escritorio, mientras agarraba con ambas manos el borde del mismo y cruzaba los pies, mirándose las botas.

—Colt me ha escrito otro mail —dijo a su amiga.

—¿Lo has leído?

Linda guardó silencio unos instantes y después asintió con la cabeza hacia Scarlett.

—¿Y? —volvió a preguntar.

—Era —carraspeó—. Una despedida.

—¿Se rinde? ¿En serio? —Scarlett se sintió desilusionada.

—Me da lo que le pedí. Que se fuera de mi vida.

—Deberías estar satisfecha —dijo, entre sarcástica y molesta, dejándose caer en uno de los sofás.

Linda respiró hondo.

—No, no lo estoy.

—Esto resulta interesante —la ceja de la mujer se levantó—. ¿Qué ha pasado, Linda?

—Que no estoy tan segura de haber tomado la decisión correcta.

—Debiste escucharlo —añadió Scarlett.

Linda asintió mientras cerraba los ojos un segundo. Luego se mordió el labio inferior y continuó, pensativa.

—Creo que… le quiero —dijo.

—¡Claro! —convino la otra, tratando de que su amiga le ofreciera una explicación algo más amplia.

—Puede que me haya equivocado pidiéndole que se fuera.

—Tú lo crees, yo lo sé. ¡Aleluya!

Linda sonrió.

—Sí —dijo, escueta.

—¿Qué vas a hacer?

Linda respiró hondo, lanzando un suspiro y se miró a los pies.

—No sé. ¿Qué te parece si… tenemos una tarde de chicas? Creo que ahora solo necesito despejarme de todo.

—De acuerdo —aprobó Scarlett, sabiendo que admitir todo aquello había sido demasiado para su amiga, al menos por ese día y de momento. Necesitaba airearse y algo de distracción—. ¿Dónde vamos?

—¿Oklahoma City te parece bien? —preguntó, a sabiendas de que su amiga no se negaría a pasar una tarde en la capital del estado.

—Me parece que solo necesitas cambiarte de ropa y seré toda tuya —sonrió Scarlett.

ESCUCHAMOS, PERO NO JUZGAMOS

Linda conducía camino de Oklahoma City con Scarlett a su lado. Necesitaba a su amiga, quizá ese día más que cualquier otro.

En la radio comenzó a sonar *Every Storm* de Gary Allan, la canción que Colt le había puesto en aquella primera cita improvisada en medio del campo. Sonrió recordándola.

—Esa sonrisa te queda muy bien con la ropa. Estás muy guapa hoy. Admitir ciertas cosas es bueno, es liberador —dijo Scarlett.

—Sí, así es.

—¿Cuándo lo vas a llamar?

Linda guardó silencio durante unos instantes.

—Colt me puso esta canción el día de nuestra primera cita —respondió ella, en cambio.

—¿*Every storm*? ¿Primera cita?

—Estábamos en el campo, habíamos ido a ver unos cultivos. Sacó unos sándwiches y nos tendimos en el suelo a comerlos. Él dijo que era nuestra primera cita y fue bonita.

Scarlett sonrió.

—Creo que a la tormenta se le está terminando la lluvia —dijo Scarlett, sonriendo y recordando el mensaje principal de la canción.

—No lo sé —suspiró Linda, sintiendo miedo por aquello. Colt se había despedido de ella en el último correo. No estaba convencida de que hubiera una vuelta atrás.

Scarlett observó a su amiga, era demasiado testaruda, cabezota y obstinada. Tenía que hacer algo.

—¡Escuchamos, pero no juzgamos! —exclamó la mujer desde el asiento del copiloto. Su amiga quería que jugasen a un tonto juego adolescente.

—¿En serio, Scarly? —objetó Linda.

—Lo necesitas.

—¿Yo? —frunció el ceño.

—Está bien… soy yo la que lo necesita.

—Adelante —suspiró Linda.

—Prométeme que no te vas a enfadar ni me vas a juzgar —le pidió.

—De acuerdo —se rindió—. Pero empiezas tú.

—Jacob me ha besado.

—¿¡Qué!? —Linda abrió mucho los ojos.

—¡Escuchamos, pero no juzgamos! —advirtió Scarlett.

Linda negó con la cabeza, incrédula.

—De acuerdo —suspiró—. Anoche me quedé dormida en el sofá… llorando, mientras miraba las rosas.

—Eso sí que me lo esperaba —dijo Scarlett con suavidad.

—No juzgues.

—No juzgo. De acuerdo —Scarlett respiró hondo—. Ahora va el de verdad.

—¿El de verdad? —preguntó Linda. No quería saber qué era si el primero era solo uno light.

—Sí —respiró hondo—. Yo sabía que Colt era Charlie Sierra.

—¿¡Qué cojo…!? —Linda puso el intermitente para salir hacia el arcén. Frenó y detuvo el vehículo.

—Escuchamos, pero no juzgamos —dijo Scarlett, tratando de aplacar a su amiga—. Lo prometiste.

—¡Mierda, Scarlett! —dijo Linda, antes de golpear el volante y salir del vehículo para respirar un poco. Scarlett la vio pasear por el espejo retrovisor durante varias decenas de yardas. Luego volvió y se subió de nuevo.

—Escuchamos, pero no juzgamos —repitió Scarlett, tratando de relajarla.

—Escuchamos, pero no juzgamos —convino Linda, tratando de serenarse—. Estoy a punto de abandonar en esta autopista a la que

creía que era mi mejor amiga. Y si un coyote decide tomarte como cena, no intervendré.

—Escuchamos, pero no juzgamos —habló Scarlett—. Ese hombre sufría cada día por no poder decírtelo, a pesar de que sabía que podías tener la reacción que has tenido.

—A ti te lo dijo —Linda se sintió engañada de nuevo.

—No queriendo. Lo descubrí de casualidad —confesó Scarlett.

—Siguió sin decírmelo, maldito sea.

—Tenía miedo. Prefería que lo odiaras antes de ponerte en peligro.

—Tú tampoco me dijiste nada.

—Yo también te prefiero viva, aunque no me hables nunca más —reflejó la preocupación tanto de Colt como de ella.

—¡Mierda, Scarly! —Linda comprendió aquello, a pesar de que su parte obtusa la impulsaba a realmente abandonar a su amiga allí.

Linda arrancó el motor del coche y se incorporó a la circulación de nuevo, permaneciendo en silencio.

—¿Piensas volver a hablarme? —preguntó Scarlett al rato.

Linda respiró hondo.

—No lo he decidido aún. ¿Cuándo te enteraste?

Scarlett le relató el hallazgo de la carta en la chaqueta de Colt y cómo se habían dado las cosas en aquellos días.

Linda supo que había juzgado mal a Colt una vez más. La sombra de su primer matrimonio era alargada y le había hecho desconfiar demasiado del hombre. La realidad era que él había tratado de cuidarla, incluso de sí misma.

—Escuchamos, pero no juzgamos —dijo Linda, después de asimilar todo lo que le había dicho su amiga.

—Escuchamos, pero no juzgamos —repitió Scarlett, esperando ver qué le tenía que decir.

—No vamos de compras a Oklahoma City —confesó Linda con una sonrisa.

—¿No? ¿Entonces a qué vamos?

—Voy a ver a Colt.

UNA CITA DE VERDAD

Linda y Scarlett tomaron asiento en una mesa algo apartada del comedor de *The Jones Assembly* en Oklahoma City. Era el lugar de la cita fallida, donde Charlie Sierra iba a quedar con Linda. Ahora sabía que él pensaba decirle la verdad esa noche.

En su cabeza entendió el plan de Colt, aparecer con las rosas y la carta que ella le había escrito a su otro nombre. Explicarle por qué lo había hecho. Pero aquello no sucedió, porque los esbirros de Asher le dieron una paliza justo por estar cerca de ella.

—¿Por qué estamos aquí, Linda? —quiso saber Scarlett, extrañada por haber terminado justo en aquel lugar, donde sabía que Colt la había plantado.

—Hay cosas que necesitan continuar donde se detuvieron.

Scarlett fue a replicar, pero una llamada entró en el teléfono de Linda y esta contestó. La conversación fue breve y sus respuestas se limitaron a tres «síes» y después colgó.

—Colt te quiere —dijo Scarlett ahora, sin más.

—Lo sé —Linda sonrió y se sintió en paz al decirlo, por primera vez en mucho tiempo.

Después, la vista de la mujer se fijó en la entrada del gran comedor del restaurante. Respiró hondo y esperó un poco más hasta levantarse de la silla.

***

Solo habían visto una camioneta en la ciudad de Perry. Pero Jacob no se mostraba complacido, a pesar de que a Colt le había

parecido una buena oportunidad y el motor estaba en un estado excelente.

Quería ver otra en Morrison, pero el capataz del rancho Clayton consultó el teléfono y le dijo que su dueño había tenido que ir a Oklahoma City y que allí se verían. Jacob no lo dudó un segundo, eran menos de setenta millas hasta la ciudad y él solo estaba acompañando a un amigo a encontrar su nuevo vehículo.

Cuando aparcó en las inmediaciones de *The Jones Assembly*, sintió un pellizco en el corazón. Aquel era el lugar donde había quedado con Linda y le fue imposible acudir, ya que terminó en el hospital esa noche.

Jacob le preguntó si le ocurría algo, pero él sonrió y se tragó el recuerdo y el dolor de lo que había perdido, como si no sucediera nada. Lo siguió y entraron al lugar. Era espacioso y agradable y lamentó que las cosas no salieran bien hacía meses. Aquella noche, podría haber marcado la diferencia en su relación con la mujer que amaba.

***

La impresionante figura de Colt entrando en el comedor le quitó el aliento. Linda necesitó levantarse, puede que, para recibirlo, o solo para tratar de obtener más oxígeno en sus pulmones. Estaba guapo, incluso más que antes y sonreía levemente hacia Jacob, que estaba a su lado.

***

Cuando los ojos de Colt vislumbraron la presencia de Linda en el lugar, no pudo evitar detenerse durante un instante, sin perderla de vista. ¿Era una alucinación? ¿Un deseo que se le aparecía? ¿O era real y era ella? Un nudo se le formó en la garganta.

—Adelante, ve con ella —escuchó la voz de Jacob a su lado, segundos después. Le confirmaba que la mujer existía de verdad y que no se estaba volviendo loco. Linda estaba allí.

***

—¡Oh, Dios! —exclamó Scarlett al ver a los dos hombres que entraron en el comedor, tras seguir la mirada de su amiga. Eran Colt y Jacob. Y ahora entendió exactamente qué hacían allí y por qué habían ido a Oklahoma City esa tarde.

El corazón de Linda le palpitó con fuerza en el pecho. Él se había detenido y la miraba, escrutándola. Pudo vislumbrar el dolor en sus ojos, a pesar de la distancia y cómo se le nublaban. Temió que fuera demasiado tarde, que ya no deseara hablar o que estuviera dolido por su indiferencia de las últimas semanas para con él y sus correos electrónicos. Sintió miedo a que la despedida de Colt fuera en serio y ahora, el que no quisiera saber nada de ella, fuera él. El hombre centró ahora la vista en su capataz.

***

—No estabas buscando una camioneta —se giró hacia su amigo, que aún permanecía a su lado. No era una pregunta.

—No —Jacob sonrió—. Ha sido cosa de ella, yo solo seguía sus órdenes.

Colt sonrió, feliz. Volvió a centrar la vista en Linda, ella estaba esperándolo. Caminó hacia ella y, ahora sí, cubrió el resto de la distancia que los separaba.

***

—Creo que ya no me necesitas. Me voy —dijo Scarlett en voz baja, desapareciendo por un lateral tras un breve asentimiento de cabeza de Linda, que no despegaba los ojos del exmarine.

—Hola —dijo Linda, siendo la primera en romper el hielo, tras unos segundos en los que ambos solo se miraban. El aroma de la colonia amaderada que usaba Colt la envolvió y se sintió en casa de nuevo.

—Hola —respondió él y respiró hondo.

—Sí —Linda fue consciente del nerviosismo que reinaba entre ellos.

—No me esperaba esto —dijo Colt.

—Pensé que estaría bien que hablásemos —dijo ella.

—Claro. Me alegra —Colt sonrió.

—¿Qué tal si os sentáis? —Scarlett pasó por el lado de ellos y ambos sonrieron, avergonzados. Después observaron a Jacob tomarla de la mano para sacarla del comedor casi a rastras.

—Es Scarly, ya sabes —dijo Linda, tratando de destensar el ambiente, antes de que ambos tomaran asiento. Mientras lo hacía,

sintió la esperanza en su corazón que le decía que aún estaba a tiempo con Colt.

El silencio se hizo fuerte entre ambos durante al menos un minuto.

—Nunca pensé que terminaríamos aquí —dijo él.

—Yo tampoco —suspiró Linda.

—Y mucho menos tú invitándome.

Linda sonrió.

—Técnicamente ha sido Jacob el que te ha traído hasta aquí —bromeó suavemente.

Colt sonrió y la miró intensamente. Allí estaba su cabezota Linda Clayton y le gustaba, más que nunca.

—No sé si es lo que quieres oír, pero te he echado de menos —confesó Colt y Linda sonrió, sintiendo un revoloteo en su estómago. Las mariposas que él había puesto allí seguían vivas.

—No ha sido fácil —admitió Linda.

—No —admitió Colt—. No lo ha sido.

—Leí tu último correo —confesó.

—Pensé que no lo harías.

—¿Por qué no me dijiste quién eras? —preguntó Linda en un tono suave, acariciando el mantel de la mesa con la otra mano.

Un camarero los interrumpió y tomó nota de lo que iban a tomar.

—¿Están listos para ordenar o desean que les deje unos minutos más? —preguntó.

—No, está bien, ordenaremos —dijo Linda, agradeciendo el respiro que les brindaba la entrada en escena del hombre.

Hicieron el pedido y volvieron a quedar a solas.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —quiso retomar Linda. Necesitaba algunas respuestas, aunque sentía que ella ya había organizado aquel puzle con las piezas que había encontrado a su alrededor.

—Pensé hacerlo, demasiadas veces. Siempre pasaba algo. Luego… luego creo que simplemente fui cobarde. Y no sabes cuánto lo siento.

Linda miró al hombre, vio sinceridad en él y en sus palabras. Lo creía o ¿solo quería creerlo?

—Me hiciste sentir como una ridícula. Te hablé de Charlie y eras tú —Linda no pudo evitar decir aquello. Le había dolido la parte de ser la persona que menos sabía de los dos en una relación.

Colt apretó la mandíbula y encajó el golpe.

—Me sentía como un bastardo cuando eso pasaba.

La mujer tragó saliva, esa parte le dolía. Saber que él tampoco lo disfrutaba, la calmaba en cierta forma.

—No te escribí en aquellos meses por ese motivo —confesó Colt.

—Lo hiciste —le dijo, ella lo recordaba.

—Solo en dos ocasiones. Cuando quedamos aquí, te lo iba a confesar esa noche. La siguiente, al conseguir un teléfono nuevo para disculparme por no haber aparecido.

Linda respiró hondo. Ya lo intuía, pero necesitaba escucharlo de los labios de Colt.

La irrupción del camarero para traerles la bebida les dio otro respiro, en el que ambos se miraron en silencio a los ojos.

—Wyatt lo sabía —dijo Linda. Necesitaba oír su parte de la historia.

—Se lo tuve que decir, para explicar mi misteriosa cita, las flores y todo aquello.

—Te pidió que no me lo dijeras —añadió Linda.

—Sí —Colt bebió agua de su vaso—. Alguien quería que no me acercase a ti. Fue por seguridad, sabía que te pondrías furiosa de saberlo.

—¿Y Scarly? —indagó ella.

—Scarly me pilló con la guardia baja. Pensé que ya lo sabía y me delaté solo.

La comida llegó y el camarero colocó el primer plato delante de ambos. Seguían observándose en silencio.

—La mejor parte de mi vida ha sido la que he pasado a tu lado —le dijo él.

—Recibiste un disparo —dijo ella.

—Lo sé y no importa.

—Te dieron una paliza.

—Solo lamento que fue la noche en la que habíamos quedado aquí.

—Te mordió una cabeza de cobre —continuó enumerando Linda.

—Nada de eso me importa, sabiendo que todo ocurrió para que a ti no te sucediera nada. No cambiaría cada segundo que he pasado a tu lado por nada del mundo.

Lo creía. Lo estaba creyendo y se le había formado un nudo en la garganta. Necesitó beber agua, tratando de ahuyentar las lágrimas de sus ojos.

Linda lamentó que la mentira de Charlie Sierra hubiera eclipsado todo lo demás que había vivido al lado del hombre en los últimos meses de su vida. No había ni un solo momento en el que él no hubiera sido intachable con ella.

—Te quiero —habló Colt, viendo la lucha interna que mantenía la mujer consigo misma. Había aprendido a conocerla e interpretarla.

Los ojos de Linda volvieron a observar al exmarine y una mano se posó lentamente sobre la de ella. Su tacto era frío, estaba nerviosa, al igual que él lo estaba.

Linda cerró los ojos un instante. Durante semanas había pensado que le daba miedo escuchar aquellas dos palabras, ahora sabía que lo que realmente se lo daba, era no volver a hacerlo nunca más.

—Lo sé —respondió en un susurro, sintiendo que nunca había necesitado a nadie, como ahora lo necesitaba a él—. Yo también te quiero.

ESTOY CON LINDA

Una vez que habían hablado de todo lo que más dolía, la cena había transcurrido con normalidad y pudieron disfrutar de la noche, la música del lugar y su gran ambientación. Salieron al exterior del local, aún algo contenidos tras el reencuentro.

—Borré muchos de tus correos sin abrirlos —confesó Linda, sintiéndose culpable.

Colt sonrió, algo le decía que lo había esperado.

—Volveré a enviártelos, si lo deseas.

—Por favor —pidió Linda, mirándolo a los ojos.

Colt subió una mano y le acarició la mejilla con los dedos.

—Te necesito para respirar, Linda.

Linda exhaló un leve suspiro, después pasó las manos por el cuello del hombre y él la apretó contra sí, abrazándose largamente. Luego se separaron y se miraron a los ojos. La cabeza de Colt se acercó a la de ella y los labios de ambos se unieron en un breve roce. Se miraron a los ojos un instante y volvieron a buscarse, solo que en esta ocasión el beso se profundizó, las mariposas camparon a sus anchas en el interior de Linda y Colt no recordaba un instante tan feliz como aquel.

—Te amo, Linda Clayton —le dijo, seguro de sus sentimientos, como nunca antes en su vida.

Linda necesitó tragar saliva y mantuvo los ojos cerrados un instante más.

—Te amo, Colt Sullivan. Y también a Charlie Sierra.

El hombre sonrió y le enmarcó la cara entre las manos para volver a besarla con dedicación y pasión.

El teléfono móvil del exmarine vibró en el bolsillo de su pantalón.

—Tengo que responder o mandará a la guardia nacional. Es mi hermana —explicó a Linda nada más ver la pantalla del mismo.

—Ha anochecido hace rato. No creo que sigáis viendo camionetas —dijo una voz de mujer al otro lado de la línea telefónica—. ¿Va todo bien?

—Nora —saludó él—. Va todo muy bien.

—¿Habéis encontrado una camioneta para tu amigo?

—No. He encontrado algo mucho mejor —miró a Linda y sonrió —. He encontrado a Linda.

Hubo un segundo de silencio al otro lado de la línea.

—¡No! —exclamó su hermana.

—Sí. Estoy ahora mismo con ella —confirmó él.

A continuación, se oyeron unos gritos de júbilo que hicieron que Colt tuviera que retirar el dispositivo de su oído. Linda también la escuchó y rio. Luego Colt cortó la comunicación.

—Estará así un rato. Hablaré con ella más tarde, cuando se tranquilice. Ahora supongo que tendré que buscar a Jacob.

Linda negó con la cabeza.

—Jacob se ha ido.

—Oh, vaya. En ese caso, necesitaré conseguir otro transporte para volver a casa.

Linda volvió a negar con la cabeza.

—¿Por qué no vuelves conmigo? —Linda se detuvo unos instantes—. A Oklahoma. A casa.

Colt sonrió, le pedía que volvieran juntos al que había sentido por primera vez en su vida como su hogar: el rancho Clayton.

Colt volvió a besarla despacio. Después ambos sonrieron, se cogieron de la mano y caminaron hasta el coche de Linda.

EPÍLOGO

A la siguiente primavera…

Linda sonrió viendo el trigo casi a punto de cosechar. La primavera había sido generosa. El trigo prometía una cosecha excelente, los prados seguían cubiertos de verde, el ganado prosperaba y hasta los pozos parecían recompensar la inversión en su reintubación.

Por primera vez en todo aquel tiempo, todo parecía funcionar al dedillo y se alegró. Incluso tenía un nuevo vecino, la persona que había comprado el antiguo rancho de Asher. Alguien tan discreto que hacía su vida sin molestar, todo lo contrario que su exmarido, que ahora cumplía una condena de diez años en una cárcel estatal.

Montó a caballo de nuevo y volvió hasta la casa. Colt sostenía una taza de café en la mano cuando llegó y se apeó del equino, antes de atarlo al poste. El exmarine colocó la taza sobre el extremo superior del madero y tomó por la cintura a Linda.

—Comenzaba a extrañarte —le dijo, besándola en los labios.

—¡Buscaos un hotel! —gritó Jacob, divertido.

—Ya tengo un rancho, Jacob —respondió la mujer, riéndose.

—¡Entonces, casaos de una buena vez!

—Es una opción —dijo Colt, observándola—. Gracias por la sugerencia.

—Voy a ver si Celeste… —comenzó a decir Linda.

—Ha salido, tenía un turno extra —le informó Colt.

—¡Vaya! No necesita trabajar tanto. El rancho va bien.

—Quiere tener su propio dinero y ser autosuficiente.

—Ya lo es, desde hace mucho.

—Tiene planes, ya sabes.

—Lo sé, pero yo puedo ayudarla. Bien, creo que me ocuparé de Misty antes de tomar una ducha y hacer un poco de trabajo de oficina —dijo Linda.

—Yo atenderé a Misty —dijo Colt, ofreciéndose.

—Gracias —Linda se puso de puntillas y le dio un suave beso en los labios al otrora marine.

Linda bajó al despacho sintiéndose fresca, después de una reconfortante ducha. Un bonito ramo de rosas de Oklahoma la sorprendió en la mesa del escritorio. Sonrió y tomó la tarjeta entre sus dedos.

Te he enviado un mail
Te quiero
Colt

¿Un mail? Linda sonrió. La había sorprendido el otoño pasado con algo así. Le regaló un viaje a Hawái.

Volvió a guardar la tarjeta dentro del sobre y se sentó al ordenador. Abrió su cuenta de correo electrónico.

De: Colt Sullivan
Asunto: Propuesta

Mi amada Linda:

Hace algo más de un año desde que nuestros destinos se cruzaron a través de Soldier's Angel primero y más tarde en Kingfisher. Un año que no ha hecho más que mejorar con el paso de las semanas.

Ha habido cosas que he tenido muy claras desde el principio. Una de ellas es que tú eres mi hogar, Linda. Creo que lo sentí desde la primera vez que te miré a los ojos y vi lo bonito que había dentro de ti y que anhelaba tener a mi lado. Durante años sentí que me faltaba algo, no sabía el qué hasta que te conocí.

Ahora solo anhelo una cosa más y espero que sientas que es el momento de ello, tanto como yo lo hago.

Linda Clayton:
¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Espero una respuesta tuya y deseo que sea afirmativa.

Tuyo siempre
Colt Sullivan

Linda se sintió emocionada tras la lectura del correo electrónico. ¿En serio le estaba pidiendo matrimonio? Un momento… ¿lo había hecho por mail? ¡No podía ser!

Linda salió de detrás del escritorio, dispuesta a buscarlo para decirle cómo de impersonal resultaba que se lo pidiera de aquella manera. Cruzó el umbral de la puerta y se encontró con Colt esperándola al otro lado, con una sonrisa.

—¿Lo has leído? —preguntó él, frente a ella.

—Lo he leído —confirmó ella.

—Bien —dijo, satisfecho.

—No creo que esa sea la forma de… —no pudo terminar la frase porque el siguiente movimiento del hombre la enmudeció.

Colt posó una rodilla en el suelo y abrió una caja que apareció en su mano. Contenía un anillo sencillo con una piedra rectangular que sobresalía sobre las otras por las que estaba circundada.

—Linda Clayton —comenzó a decir Colt—. ¿Querrías hacerme el hombre más dichoso del mundo y casarte conmigo?

Linda lo miró y tragó saliva. Había comenzado a pensar en aquel momento y no sabía si estaba preparada para él. Lo que sí sabía era que Colt siempre tenía la capacidad de sorprenderla, para bien.

—Sí, quiero —respondió y la sonrisa del exmarine se amplió aún más.

Linda alargó la mano hacia él, que, con algo de nerviosismo, colocaba el anillo en el dedo de la mujer. Después se levantó y se acercó a ella para mirarla intensamente.

—Gracias por dejarme volver a casa. Te amo, Linda.

—Gracias a ti por ser mi hogar. Te amo, Colt —respondió ella antes de fundirse en un tierno e intenso beso que encerraba todo el amor que sentían el uno por el otro.

Instantes después, se oyeron algunos aplausos tras ellos. Jacob, Scarlett y Celeste sonreían mientras aplaudían y los miraban desde

el centro del salón de la casa. Sofía estaba con ellos, pero se limpiaba los ojos emocionada, con un pañuelo de papel.

Colt la estrechó entre sus brazos, diciéndole sin palabras cuánto la amaba. Ella a él también.

Títulos de la autora:

Los Ojos de Jamie
Amor en Wyoming
Amor en Tennessee
Amor en Oklahoma

Serie Rancho Atkins:
Un Vaquero Leal
Un Vaquero de Ojos Verdes
Un Vaquero Atormentado
Un Vaquero Tímido

Serie Colorado:
Amor en Colorado
Besos en Colorado

Serie Navidad en Montana:
Un Cowboy por Navidad
Un Cowboy bajo el Muérdago
Un Cowboy para Nochebuena
Un Cowboy para Fin de Año
Un Cowboy para Año Nuevo